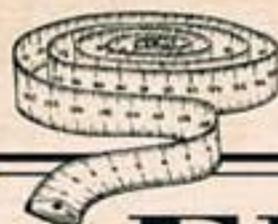


Una novela de



MIGUEL IZU



EL CRIMEN DEL SISTEMA MÉTRICO DECIMAL

EL MARQUÉS DE CONDORCET: «EL SISTEMA MÉTRICO
ES PARA TODAS LAS PERSONAS DE TODOS LOS TIEMPOS»

TRES MUERTOS EN UN TIROTEO EN LA PLAZA DE LAS CORTES



El ministro Bruso Murillo
promueve la ley de pesas y medidas.

Madrid, 6 de mayo de 1849. Nos dan parte de que en la tarde de ayer se produjo en la plaza de las Cortes de esta villa un tiroteo entre soldados del Cuartel de Artillería del Retiro y dos malhechores reclamados por la justicia. Uno de ellos resultó muerto y el otro herido. También resultó muerto un desgraciado transeúnte.

MINISTERIO DE LA GUERRA

El General en Jefe del ejército de Cataluña desde su cuartel general de San Boy, con fecha 29 de Abril último, confirma lo que dijo el General segundo Cabo (que se publicó en la Gaceta de ayer) respecto á la constante persecución que sufren los rebeldes, y alcances dados por los Coroneles Hore y Echagüe en San Esteban de Bas y el Esquírol á la gavilla de Saragatal. Manifiesta también el grande entusiasmo y constancia de que las tropas se hallan animadas, y que el decaimiento de los rebeldes es tal que lo comprueba el número altamente notable de presentados, pues que en los tres últimos dias lo verificaron en los puntos inmediatos el titulado Coronel de caballería D. Juan de Mieras, dos Jefes, subalternos y cuarenta entre ellos catorce á caballo.



Lectulandia

Madrid, 1849. Corren tiempos turbulentos. Una monarquía en entredicho y un gobierno conservador que adopta maneras autoritarias. Una rebelión está siendo sofocada en Cataluña. Inestabilidad internacional y una crisis económica que ha hundido las bolsas. Casos de corrupción que escandalizan a la opinión pública; un conocido empresario y político ha huido al extranjero para no ser encarcelado. Finaliza una guerra (la luego conocida como segunda guerra carlista) y está a punto de debatirse la Ley de Pesas y Medidas, que va a implantar el sistema métrico decimal en España. En ese contexto histórico, el ministro que la impulsa, Bravo Murillo, y el diputado que la defenderá, son tiroteados en plena calle y, aunque resultan ilesos, mueren dos acompañantes y uno de los asesinos, el famoso bandolero Cayetano García, mientras otro criminal resulta herido.

El comisario Pedro Arróniz será requerido para investigar la identidad de quien ordenó el atentado, seguramente alguien contrario a la aprobación de la ley. Arróniz perdió en Cuba a su mujer y a su hijo a causa de la fiebre amarilla y, a pesar de que sale con Elena, una viuda encantadora, aún no ha superado su tragedia familiar. Además del conflicto entre sus ideas progresistas y servir al gobierno del general Narváez, Arróniz pronto teme estar enfrentándose a oscuros intereses políticos y económicos.

El crimen del sistema métrico decimal es una admirable y muy original novela que desgana los entresijos de un momento crucial en la historia de España, sobre el que, sin embargo, aún pesan numerosos interrogantes.

Lectulandia

Miguel Izu

El crimen del sistema métrico decimal

ePub r1.0

Titivillus 08-01-19

Miguel Izu, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

«En efecto es una verdad, que la España está supeditada por el necio *Sistema Métrico Decimal*, que es obra de quatro Sabiostros, que ignorantes enteramente de las cosas de la vida humana, se metieron á gobernar lo que no entendían. Se me dirá tal vez, que antes habia mucha confusión en las *Medidas*, lo qual no es del todo cierto: en particular en España el *Pie de Rey* reinaba y gobernaba mucho; y la *Vara de Burgos*, y las demás Pesas y Medidas tenían la mayor influencia, lo qual no quiere decir, que no habia nada que hacer; mas sí, que no habia la menor necesidad de acudir á Francia para traernos á España un bárbaro barbarismo.»

Memoria sobre lo absurdo del Sistema Métrico Decimal, por Joaquín de
Irizar,
San Sebastián, Imprenta de Ignacio Ramón Baroja, 1869.

PREFACIO

Cualquiera que esa tarde se hubiese cruzado con aquellos dos hombres que paseaban tranquilamente por la calle del Arenal de Madrid, habría deducido que se trataba de personas importantes. No sólo por su atuendo; ambos iban elegantemente vestidos con traje de levita oscura y corbata de lazo y tocados con sombrero de copa, también por el séquito que les acompañaba. Pocos pasos por detrás, guardando una prudente y respetuosa distancia, les seguían otros tres hombres no menos impecablemente vestidos, uno de ellos con librea de lacayo y, muy cerca, por la calzada, cerraba la comitiva un carruaje cuyo cochero iba conteniendo el paso de las yeguas normandas que lo tiraban para no adelantarlos. Era un sábado de mediados de primavera, brillaba el sol y la temperatura resultaba suave y agradable.

—Amigo Oliván, espero que Vázquez no le plantee demasiados problemas en el debate —iba diciendo con cierto tono de preocupación el caballero que, aunque parecía más joven, ofrecía mayor aspecto de autoridad en su traje enteramente negro, mientras el grupo de paseantes entraba en la Puerta del Sol por el lado de la Real Casa de Correos.

—Cuento con que no —el tono de su acompañante era más optimista—. No son tantos los diputados que comparten su propuesta contraria al sistema métrico decimal.

—Confío en usted para que el proyecto consiga la mayoría.

—Déjelo a mi cuidado, señor ministro —respondió, enfático, el otro.

Enfrascados en su conversación, atravesaron la Puerta del Sol sin apenas prestar atención a lo que les rodeaba. Como cruce de las principales calles de la villa y forum matritense —así lo definía el conocido escritor y concejal don Ramón Mesonero Romanos—, el lugar se mostraba lleno de actividad y de ruido, con el estruendo del rodar de los coches y de los cascos de las caballerías golpeando el suelo y con un buen número de vendedores de prensa, de lotería, de naranjas o de fósforos voceando sus productos, amén de otros tantos mendigos suplicando la caridad de los viandantes. Siguieron por la Carrera de San Jerónimo y se entretuvieron al inicio de esa vía durante un momento para contemplar unos retratos en daguerrotipo expuestos en la puerta de un estudio donde se practicaba esa novedosa técnica. Las calles estaban muy concurridas, tanto de carruajes como de personas a pie que iban o venían de sus quehaceres.

Al fin se detuvieron en la que había sido hasta quince años antes la plaza de Santa Catalina y ahora era plaza de las Cortes, a la sombra de los eucaliptos y a unas pocas varas de distancia de la estatua de Cervantes colocada allí para solemnizar el establecimiento de las primeras cámaras en 1834. Contemplaron la fachada en construcción del nuevo Palacio del Congreso de los Diputados, en piedra berroqueña, que se elevaba a casi setenta pies de altura. Después de más de cinco años de obras estaba ya completado el majestuoso pórtico corintio de seis columnas levantado sobre

una no menos imponente escalinata, a falta de añadir las esculturas que debían decorar el frontón. En la estrecha calle abierta entre el edificio del Congreso y el contiguo palacio de los duques de Híjar, que servía para depositar materiales y herramientas, se podía observar el continuo y laborioso movimiento de los obreros que agotaban las últimas horas del día.

—Ya quedan pocos meses para acabar las obras —comentó con satisfacción el mayor de los dos caballeros a sus acompañantes.

Tras unos minutos durante los que los dos hombres examinaron con detalle e interés la marcha de los trabajos, se dispusieron a despedirse.

—Lo dicho, Oliván —dijo el caballero al que el otro llamaba ministro—. El lunes nos veremos en la sesión.

Uno de los acompañantes de ambos caballeros, el lacayo del ministro, hizo una seña al cochero, que aguardaba a unas pocas varas de allí sentado al pescante junto con otro lacayo, para que se acercara a recogerlo. Fue en el mismo momento en que el coche se detenía junto al ministro cuando empezaron a sonar los disparos. Instintivamente, todos se agacharon o se arrojaron al suelo, intentando adivinar de dónde procedían aquellas detonaciones. Sin que lo hubieran advertido, a sus espaldas se les habían acercado dos individuos que enseguida mostraron sus malas intenciones. Iban vestidos como simples empleados, el más grueso llevaba chaqueta corta, el más alto una blusa sobre el chaleco, tocados el uno con chambergo y el otro con sombrero calañés. Cuando estuvieron a pocos pasos, cada uno sacó un arma de entre sus ropas, el primero un revólver y el segundo un pistolete, y abrieron fuego contra el grupo del ministro; hasta seis disparos se pudieron oír antes de que se hiciera un corto silencio. Silencio que duró pocos instantes porque fue seguido por más de una docena de disparos que procedían de la parte de la plaza opuesta a la Carrera de San Jerónimo. Por la calle de San Agustín bajaba una pequeña columna de soldados y los que la encabezaban, al apercibirse de lo que sucedía, no habían dudado en apuntar con sus fusiles a los dos hombres armados y en abrir fuego. Los dos individuos cayeron de inmediato al suelo y quedaron tendidos en medio de sendos charcos de sangre.

—¡Señor ministro! ¿Está usted bien? —gritó angustiado uno de los jóvenes caballeros, poniéndose en pie y corriendo a su lado.

—Estoy bien, estoy bien —le tranquilizó el ministro, irguiéndose y, apoyado en el coche, echando un vistazo a su alrededor con el gesto aún confuso—. ¡Oliván! ¿Está bien?

—Creo que sí —respondió el aludido, palpándose el cuerpo con alivio al no encontrarse ninguna herida.

Junto a ellos yacían en el suelo dos cuerpos. Inmóvil, el de uno de los jóvenes caballeros que acompañaban al ministro y a su colega, con el color rojo de la sangre empapando su camisa blanca y el chaleco de color crema y derramándose sobre el pavimento. El otro era del lacayo del ministro, también ensangrentado, aunque movía

la cabeza gimiendo al tiempo que con la mano derecha se apretaba el costado izquierdo.

Los soldados rodearon la escena, interponiéndose entre los cuerpos tendidos en el suelo y los curiosos que, pasado el sobresalto por el tiroteo, se empezaban a acercar al lugar.

—¡Dios mío! —exclamó Oliván—. ¿Qué ha pasado?

Pedro Arróniz estaba despierto. Eran más de las seis y la luz del sol hacía rato que entraba por la ventana, pero se resistía a levantarse todavía. Se sentía relajado. Había dormido sin sufrir las pesadillas de otras noches en las que se veía de nuevo envuelto en una sangrienta batalla o yaciendo en estado febril en un hospital de campaña en Cuba. Aunque su trabajo no permitía nunca asegurarlo, esperaba tener un día tranquilo y le había reservado un agradable aliciente. Al mediodía, tenía previsto ir a buscar a Elena, una viuda a la que había conocido hacía unos pocos meses, para pasear y comer con ella. Hacía varios días que no había tenido oportunidad de verla y echaba de menos su compañía.

Doña Carmen golpeó la puerta de su dormitorio como hacía todas las mañanas.

—¡Pase! —respondió él mientras se sentaba en la cama.

Doña Carmen entró en la habitación, empujando con cuidado y con el cuerpo la puerta ya que tenía las dos manos ocupadas en sujetar una jofaina con agua. La acababa de calentar después de sacarla de uno de los cántaros que había en el patio, los cuales a su vez se llenaban varias veces a la semana cuando pasaba por allí un aguador gallego. Por alguna desconocida razón, en Madrid la mayoría de los aguadores que transportaban el agua desde las fuentes a las casas eran gallegos o asturianos. Doña Carmen depositó la jofaina sobre una cómoda, como de costumbre, para que su señor pudiera asearse.

—¿Quiere ya el desayuno, don Pedro? —preguntó con su voz siempre alegre.

—Sí, gracias, doña Carmen, deme un momento. Enseguida voy.

Aunque fuera su sirvienta, Arróniz había tratado desde el principio con mucho respeto a doña Carmen, empezando por el tratamiento de doña. Probablemente porque le imponían sus maneras, afables pero cargadas de serena autoridad, su mayor edad, sus vestidos siempre de luto, aunque llevara ya diez años viuda y, sobre todo, que fuera viuda de un militar. Un soldado que, como el propio Arróniz, había combatido en la guerra civil, la Guerra de los Siete Años, aunque con peor suerte que él. Había dejado a su viuda tres hijos y una mísera pensión que la había obligado a trabajar duro para salir adelante. Se ocupaba de todas las tareas de la casa, incluyendo la cocina, con la única ayuda de una muchacha que acudía algunas mañanas. Arróniz se solía felicitar de la suerte que había tenido al conseguir la casa con doña Carmen ya instalada en ella. No solo por su trabajo, sino también porque era una buena compañía.

Después de pasar por la letrina instalada en el patio, que compartían todos los vecinos del edificio, y tras afeitarse y asearse en su habitación y vestirse, Arróniz se dirigió a la cocina. Doña Carmen ya había preparado el desayuno para los dos. Solían desayunar juntos. Al principio ella se había resistido, no le parecía correcto comer en la misma mesa que su señor. No lo hacía con su anterior patrono, mucho más rígido

en las formas. El argumento de Arróniz, poco preocupado por el protocolo, de que siendo los dos viudos y teniendo que vivir solos en la misma casa —los hijos de ella ya eran mayores— debían acompañarse en las comidas, no sirvió para convencerla. Al final tuvo que imponer su autoridad: ordenó a doña Carmen que comiera con él bajo amenaza de despido. Aunque ella, con acierto, supuso que no se atrevería a consumir tal amenaza, acató la orden fingiendo malhumor.

Arróniz había obtenido el arrendamiento de la casa, con doña Carmen incluida, junto con su empleo. Hacía ya casi un año que había sido nombrado comisario del distrito del Prado, uno de los seis distritos en que se dividía la villa de Madrid a efectos judiciales, y del ramo de Protección y Seguridad Pública. Un distrito amplio, con unos treinta mil habitantes, que se extendía entre la calle de Alcalá por el norte y la calle de Atocha por el sur, a lo largo de casi media legua desde la plaza Mayor al oeste y el parque del Retiro al este. Constaba de ocho barrios, Constitución-Concepción, Carretas, Cruz, Carrera-Lobo, Cortes-Retiro, Cervantes-Atocha, Gobernador-Huerta y Afueras de Vallecas. Cada barrio tenía un celador al frente y cada uno de los ocho celadores de barrio, que en la última y reciente reforma habían sucedido a los anteriores y denostados alcaldes de barrio, estaba asistido por cinco individuos del Cuerpo de Salvaguardias, armados de ordinario con un sable. Anteriormente se habían llamado agentes de Protección y Seguridad Pública, pero popularmente se les llamaba los «guindillas» por un estrecho pompón rojo que había adornado el sombrero de tres picos de su uniforme, muy pronto eliminado pero sin poder evitar ya que el apodo quedara. Tanto celadores como salvaguardias estaban bajo la autoridad del comisario e, igualmente a sus órdenes, se encontraba una escuadra de diez hombres que componían la ronda de capa, encargada de patrullar las calles del distrito. Existía también otra ronda municipal que dependía exclusivamente del alcalde-corregidor que contaba con setenta y cinco agentes y que vigilaba el cumplimiento de las disposiciones municipales.

Su antecesor en el cargo, que dejaba la Corte por haber obtenido un nombramiento en Alicante, ofreció a Arróniz sucederle como inquilino, lo cual fue una gran suerte ya que no era nada fácil encontrar alojamiento adecuado en Madrid a precio razonable. La casa hacía también el papel de comisaría y, a estos efectos, resultaba muy práctica. Se hallaba en una planta baja al final de la calle del Lobo, cerca del cruce con la calle de las Huertas. Del portal, junto al que figuraba un letrero que rezaba «Comisario del distrito del Prado», se podía acceder a una amplia habitación con ventanas a la calle que servía como despacho y donde se recibía al público. Austeramente amueblada, estaba provista de dos mesas, una que utilizaba el comisario y otra su ayudante, un espabilado y reservado joven llamado Agustín Alcolea al que había contratado porque, además de haber servido como soldado de artillería, era bachiller. Del despacho, por una puerta que se abría al fondo, se podía acceder al resto de la casa, retirada de la calle y con salida y vistas al patio del que recibía la luz diurna. Allí tenían sus habitaciones el comisario y doña Carmen, y

había también una cocina, con su despensa y su carbonera, además de un amplio salón que podía servir asimismo de comedor, aunque en invierno era más frecuente que usaran como comedor la cocina por aprovechar el calor del fogón. La casa estaba desprovista de lujos, pero era cómoda. La renta corría por cuenta del comisario que recibía el envidiable sueldo, comparado con sus anteriores emolumentos como militar, de catorce mil reales al año, equiparable a un oficial de primera de la Administración, aunque el Ministerio con frecuencia se retrasaba en su abono. Para los gastos de oficina disponía del cinco por ciento del producto de los documentos que tenía que expedir o autorizar con su firma y por los cuales los interesados debían pagar las correspondientes tasas: los pasaportes para viajar a otras provincias o pueblos distantes a más de seis leguas, las licencias para uso de armas, instalación de puestos ambulantes, apertura de posadas o mancebías, circulación de carruajes, etc. A cargo del comisario estaba también pagar al servicio. Su antecesor le recomendó que conservara a doña Carmen, consejo que siguió y que con el paso del tiempo agradecía cada vez más porque era de trato agradable y le había permitido poder despreocuparse de casi todas las cuestiones domésticas.

—¿Va a salir esta mañana, don Pedro? —preguntó doña Carmen mientras desayunaban.

—No, por el momento no tengo intención de salir. Estaré en el despacho hasta el mediodía.

Aunque fuera domingo, tenía obligación de mantener abierta la comisaría. Y no era nada infrecuente que los domingos por la mañana se recibieran tantas o más visitas que los demás días de la semana. Muchos vecinos que guardaban fiesta aprovechaban precisamente ese día para acercarse a poner una denuncia o a tramitar algún documento al despacho del celador de su barrio o al del comisario. Algunos de los documentos habían de pasar primero por el celador y recibir luego la firma de aprobación del comisario, por lo que también era habitual que los domingos se presentaran los celadores o alguno de sus agentes cargados con gruesos legajos de papeles que debían someterse a la consideración de Arróniz.

El papeleo era la parte de su trabajo que más le aburría y procuraba dejarlo, en lo posible, en manos de Alcolea y de los celadores de barrio. Le gustaba mucho más recorrer las calles, presentarse sin previo aviso para acompañar y supervisar a los celadores y a los salvaguardias en sus rondas, interrumpir alguna partida de juegos clandestinos, acudir a donde se hubiera producido alguna reyerta, algún hecho violento, algún accidente, algún incendio de los que con tanta frecuencia provocaban estufas o velas mal apagadas, y tomar las medidas oportunas. Como su distrito comprendía las calles donde tradicionalmente se habían instalado los corrales de comedias y contaba con varios teatros, el de la Cruz, el de la Comedia, el Español, se había tenido que ocupar más de una vez de calmar alborotos entre el público o trifulcas con los cómicos. También se preocupaba personalmente de acudir con algún salvaguardia a detener a los delincuentes reclamados por la justicia y ponerlos a

disposición del juez de primera instancia de su distrito. Había sido siempre más un hombre de acción que de despacho. Por eso tampoco disfrutaba de algunas tediosas obligaciones del cargo como recoger animales perdidos o abandonados en la calle, colaborar con la comisión permanente de salubridad pública recientemente establecida para prevenir la epidemia de cólera morbo asiático declarada en Francia, identificar y detener a los vagos y prostitutas que merodeaban por las calles de su distrito o comprobar que los vendedores ambulantes contaran con sus licencias, tareas que procuraba también delegar.

—¿Va a comer con doña Elena? —quiso saber doña Carmen. Le repetía de vez en cuando que ya era hora de que se volviera a casar y de que no debía desperdiciar la oportunidad que le ofrecía una mujer como Elena, una auténtica señora y todavía joven, remarcaba. Aún está en buena edad y puede rehacer su vida, le decía, no es bueno estar solo, yo tengo a mis hijos y mis nietos, pero usted... Arróniz asentía, resignado a tener a doña Carmen como consejera y casi como madre adoptiva, aunque no veía las cosas tan sencillas como se las planteaba ella, en todo caso se precipitaba demasiado al hablar de matrimonio.

—Sí, en eso hemos quedado —respondió.

Acabado el desayuno, Arróniz se instaló en su mesa del despacho, no sin antes advertir a doña Carmen que podía salir si lo deseaba. El comisario solía conceder el domingo libre a doña Carmen para que pudiera visitar a sus hijos. Aunque no tuviera ningún compromiso le decía todos los domingos que comería fuera, ella solía ofrecerse muy solícita para quedarse en casa y prepararle la comida, él se ratificaba en que no comería en casa y le insistía en que saliera y que no volviera hasta la noche y ella finalmente aceptaba, se ponía con gozo su mantilla para salir y anunciaba que iría a misa y, después, a casa de alguno de sus hijos, pero que estaría de vuelta a tiempo para la cena.

Alcolea llegó, puntual como siempre, a las ocho, una hora antes de la fijada reglamentariamente para abrir la comisaría al público. Traía, como era costumbre, el ejemplar de la *Gaceta* de Madrid de aquel día, el seis de mayo de 1849. O, como señalaba con gran precisión y siguiendo los cálculos del arzobispo Ussher la popular *Guía de Forasteros en Madrid* que editaba anualmente la Imprenta Nacional y que Arróniz tenía siempre a mano, el año 5853 desde la creación del mundo, el 4198 desde el Diluvio Universal, el 4093 desde la población de España y el 4018 desde la población de Madrid. El comisario, escéptico sobre la exactitud de tales cálculos cronológicos, alguna vez había bromeado con su ayudante, que se los tomaba en serio, datando algún documento con el año del Diluvio.

Alcolea acababa de recoger la *Gaceta* en el despacho de la Imprenta Nacional en la calle de Carretas donde se vendía todos los días del año, sin perdonar los festivos. Arróniz le había hecho ese encargo porque le venía de paso y él prefería leerla a primera hora, sin esperar a que la distribuyeran a los suscriptores. Había heredado de su padre el vicio de leer. Más tarde, a lo largo de la mañana, solía llegar un repartidor

con el *Diario Oficial de Avisos de Madrid* y con el *Boletín Oficial de Madrid*, publicaciones que daban completa cuenta de las disposiciones oficiales y de los sucesos de la Corte. En ocasiones, Arróniz compraba algún otro periódico en función del folletín que estuviera publicando. Esa temporada solía enviar a Alcolea a comprar *La Patria* en alguna librería o en su redacción de la calle de la Luna por leer *El collar de la reina*, una novela histórica de Alejandro Dumas. Como la mayor parte de los lectores, solía preferir los folletines o las novelas por entregas de escritores franceses, los de Dumas, Balzac, Eugenio Sue, Jorge Sand, Paul Féval o Víctor Hugo, a los que producían autores españoles como Fernán Caballero, Torcuato Tárrego o Wenceslao Ayguals de Izco, o a los de alguno de los pocos autores en lengua inglesa que eran traducidos, como Carlos Dickens, Eduardo Bulwer o Harrison Ainsworth.

El comisario se enfrascó en la lectura de la *Gaceta*. En primer lugar, llamaron su atención los partes que daba el Ministerio de la Guerra, que Arróniz seguía a diario y con mucho interés. Tras tres años de guerra en Cataluña en los que había coincidido la insurrección carlista, la de los llamados matines o matiners, con otra insurrección republicana, la definitiva derrota de las facciones sublevadas parecía cosa hecha. Pocas semanas antes, el pretendiente don Carlos Luis de Borbón, conde de Montemolín, primo de la reina Isabel II, había intentado entrar en España para incitar a los suyos a que continuaran la lucha, pero había sido detenido en la frontera por las autoridades francesas, y hacía pocos días que el general Cabrera se había retirado con sus tropas a Francia donde había quedado preso. Cabrera era el más importante de los caudillos carlistas; había rechazado diez años atrás el Convenio de Vergara y proseguido la guerra civil algunos meses más, algo nada extraño teniendo en cuenta que en 1836 los liberales habían fusilado a su madre en una represalia ordenada por Espoz y Mina, capitán general de Cataluña, lo que había contribuido a exacerbar la crueldad de aquella contienda.

En la *Gaceta* de aquel día el general en jefe del Ejército de Cataluña confirmaba que los rebeldes, en constante persecución, se entregaban con sus armas. En los tres últimos días se había rendido el coronel Juan de Mieras con más de cincuenta individuos mientras que, entre otros, el cabecilla apodado Saragatal, perseguido por las tropas del cuartel general, había huido a Francia con veintiséis jinetes, y otros cien hombres de su infantería iban en la misma dirección. Se añadía que el entusiasmo y disciplina de las tropas era ejemplar. En el parte de la sesión del Congreso de los Diputados de la tarde anterior, se recogían también las manifestaciones de los ministros de la Guerra y de la Gobernación anunciando el final de la guerra en Cataluña. En otras regiones, la sublevación había tenido mucha menor repercusión y había sido fácilmente sofocada.

Estas noticias complacieron a Arróniz. Por experiencia propia, sabía de los desastres que produce cualquier guerra y se alegraba de que esta llegara a su final. Desde que tenía memoria, apenas había conocido un período de paz en el país. A la guerra contra los franceses, de la que en su infancia oía hablar a sus padres, habían

seguido unas interminables guerras en América que habían culminado con la independencia de todos los virreinos de aquel continente, salvo Cuba y Puerto Rico, y la entrega de Florida a los Estados Unidos. Los franceses habían vuelto unos años después, aunque entonces para apoyar el gobierno absoluto de Fernando VII, precedida su expedición por el alzamiento de las partidas realistas que tomaron el nombre de Ejército de la Fe. Cuatro años después los ultrarrealistas, a los que sabía a poco el absolutismo fernandino y exigían que se repusiera la Inquisición, se sublevaron en la que se llamó la Guerra de los Agraviados. Siguió el alzamiento de los carlistas contra la recién proclamada reina Isabel II y una guerra —en la que luchó Arróniz— que duró siete años hasta después de la paz de Vergara, pero que se había reanudado a los pocos años en Cataluña. Por no hablar de las continuas insurrecciones y los frecuentes pronunciamientos militares que habían derribado o puesto a gobiernos y regentes. Arróniz se sentía sobre todo un soldado, pero estaba hastiado de tanta guerra.

Creía haber leído todas las noticias de interés cuando reparó en una tan breve que, en un principio, le había pasado inadvertida. «Nos dan parte», decía la escueta nota, «de que en la tarde de ayer se produjo en la plaza de las Cortes de esta villa un tiroteo entre soldados del Cuartel de Artillería del Retiro y dos malhechores reclamados por la justicia. Uno de ellos resultó muerto y el otro herido. También resultó muerto un desgraciado transeúnte».

No había más detalles. Arróniz leyó varias veces la noticia, inquieto. Aquello había sucedido en su distrito y no había recibido ninguna noticia al respecto. Bien es cierto que la tarde anterior la había pasado prácticamente entera cerca del Portazgo de las Delicias, en el extremo de su distrito más alejado del centro de la ciudad, realizando unas fatigosas indagaciones sobre un prófugo que, a la postre, habían resultado por completo baldías. Era ya tarde cuando regresó a su casa y, tras una frugal cena, se fue a dormir. Se hizo propósito de acercarse a lo largo de la mañana a visitar al celador del barrio de las Cortes y comprobar si él estaba al tanto de lo sucedido. Aunque pudiera ser que, habiendo intervenido los militares, no se hubieran molestado en dar noticia a las autoridades civiles. En teoría, un hecho como aquel era competencia del comisario y los soldados debían colaborar en todo con él. Bajo su teórica autoridad se hallaba también la Guardia Civil, la fuerza que se había creado cinco años antes con el fin específico de mantener el orden, proteger la seguridad en los caminos y combatir a los malhechores, aunque actuaba sobre todo fuera de las ciudades. Pero Arróniz sabía bien que los militares soportaban mal someterse a las autoridades civiles y que con frecuencia preferían actuar por su cuenta.

—Alcolea, ¿sabe usted algo de un tiroteo ayer en la plaza de las Cortes? —preguntó a su escribiente que, vestido con sus guardamangas, estaba enfrascado en un montón de expedientes que iba colocando ordenadamente sobre su mesa.

—Algo he oído —respondió solícito el interpelado—. Que hubo un tiroteo entre soldados y un par de desertores, eso se rumoreaba. Y que los desertores acabaron

muertos. Pero no sé nada más. Ayer tarde nadie se acercó por aquí para dar parte oficial.

Desertores, meditó Arróniz. No es lo que dice la *Gaceta*, a saber cuál será la verdad. Pero si eran desertores, los militares podrían considerar que el asunto era suyo y que no era preciso alertar a las autoridades civiles, únicamente a los tribunales de Guerra. Se hallaba en esas reflexiones cuando por la puerta de la comisaría asomó un muchacho con un papel en la mano.

—¿Se puede pasar? —preguntó tímidamente. Al recibir un gesto afirmativo por parte de Alcolea, que se sentaba en la mesa más próxima a la puerta, entró y tendió a este el papel que portaba—. Un mensaje para el señor comisario.

Alcolea tomó el mensaje y dio al muchacho, que con frecuencia les visitaba como mensajero, una moneda de seis cuartos. Una vez que este agradeció la propina y salió, se acercó al comisario y le entregó el papel. Este lo examinó con curiosidad y, tras desdoblarlo, lo leyó. Rezaba como sigue:

Sr. Comisario D. Pedro Arróniz. Mi querido amigo: Tengo que tratar con Vd. un asunto de la máxima importancia. Le ruego que se pase por mi casa esta mañana en cuanto pueda hacerlo. No deje Vd. de venir, dispensando la confianza a su afmo. amigo. Fermín Arteta. Hoy domingo seis.

—Tengo que salir, me reclama el señor Arteta —dijo a su ayudante poniéndose en pie—. No sé cuándo volveré, ocúpese usted de todo.

—De acuerdo, señor comisario. Agur —respondió aquel.

Arróniz completó su uniforme de comisario, un frac negro, con el sombrero y el bastón con puño de oro que llevaba inscrito su cargo, «Comisario del distrito del Prado», y salió presuroso hacia el domicilio de Fermín Arteta que se hallaba a unos cinco minutos a pie, en la calle del Turco, cerca del Colegio Nacional de Sordomudos.

Fermín Arteta, ingeniero militar, por aquel entonces era diputado por el distrito de Tudela, en Navarra. Había sido jefe político de Navarra y de Madrid y, durante unos pocos días de 1840, ministro de la Gobernación del Reino, antes de la llegada de los progresistas de Espartero al poder. Era un político con mucho ascendiente en el partido moderado que desde cinco años antes se hallaba en el Gobierno, en aquel momento, con el general don Ramón María Narváez, duque de Valencia, en la presidencia del Consejo. Pascual Madoz, su rival político ya que ejercía de diputado por el partido progresista y que había polemizado con él varias veces pero que confesaba su respeto y estima por Arteta, lo había definido en su prestigioso diccionario geográfico-histórico como «hombre de carácter severo e inflexible, de entendimiento claro, de honradez no desmentida, de tal modo riguroso en el cumplimiento de sus deberes, que por ellos no transige ni con sus amigos, ni con sus adversarios, ni con los que mandan, ni con los que obedecen».

Para Pedro Arróniz, sobre todo, Arteta era su antiguo jefe. Se había retirado del Ejército como coronel después de una exitosa carrera militar. Siendo teniente participó en la defensa del Cuartel del Trocadero frente a los franceses que asediaban Cádiz, los Cien Mil Hijos de San Luis llegados en 1823 bajo el mando del duque de Angulema para reponer el poder absoluto de Fernando VII. Fue separado del Ejército durante cuatro años, un castigo relativamente benévolo comparado con el de miles de liberales que fueron ejecutados, encarcelados o desterrados, y rehabilitado gracias a un indulto con el que el rey, acosado por los ultrarrealistas, quiso atraerse a los liberales moderados. Había combatido durante la guerra civil contra los carlistas en Navarra y en las provincias vascongadas como capitán y, luego, como comandante. Arróniz había servido bajo sus órdenes los primeros años de la guerra en el Ejército del Norte, antes de que Arteta fuera elegido diputado y se fuera a Madrid. Arteta era navarro de Corella, ciudad a apenas tres leguas aguas abajo del pueblo donde había nacido Arróniz, Cervera del Río Alhama, entonces en la provincia de Soria y, luego, en la de Logroño con la nueva división provincial de 1833. Guardando la distancia debida a su distinto rango militar, siempre se habían tratado como paisanos.

Arróniz debía su cargo a Arteta. Recién regresado de Cuba, licenciado del Ejército, tuvo la suerte de contactar con su antiguo capitán en Madrid y le recomendó para el nombramiento como comisario de Protección y Seguridad Pública. Arróniz sentía gran respeto por Fermín Arteta desde el tiempo en que había servido a sus órdenes. Lo tenía por persona recta y juiciosa y por un hombre de honor. A veces malhumorado, pero siempre dispuesto a escuchar. Hubiera estado dispuesto a seguirle a ciegas a cualquier parte. En cambio, desconfiaba de sus compañeros de partido. Tenía la sensación de que, entre los moderados, había demasiados aristócratas y terratenientes más interesados en sus negocios y en enriquecerse con ocasión de las

reformas políticas que se estaban llevando a cabo bajo el reinado de Isabel II, que en mejorar el bienestar de la nación. Incluso había entre ellos algunos de los antiguos absolutistas a los que había combatido que habían cambiado de partido por puro interés material. Todos buenos seguidores del ministro Guizot y de la célebre consigna que había dado a los franceses: *Enrichissez-vous!* Arróniz simpatizaba más con el general Baldomero Espartero y con los progresistas, aunque nunca había tenido oportunidad de votar por ellos, no había poseído el patrimonio o la renta mínimos que daban derecho al sufragio a una minoría que no llegaba al uno por ciento de la población. Ciertamente que Espartero también tenía títulos nobiliarios, conde de Luchana, duque de la Victoria y duque de Morelia, pero los había obtenido por sus méritos en el campo de batalla. Como el propio Arróniz, había nacido en el seno de una familia modesta y había hecho su carrera militar empezando desde abajo como simple soldado.

Arróniz había tenido la oportunidad de conocer a Espartero en Logroño, ciudad a la que había ido a vivir su familia siendo niño y en la que había crecido, y donde su padre, comerciante de paños, había sido fervoroso miembro de la Milicia Nacional. Recordaba bien que, teniendo quince o dieciséis años y paseando un domingo por las calles de Logroño, su padre le señaló a un hombre de mediana estatura, elegantemente vestido, de gesto adusto y mirada fría, con un bigote que le aportaba un decidido aspecto militar.

—Ese es el brigadier Espartero. Un héroe de la guerra contra los franceses y de la guerra en América al que el gobierno del rey Fernando maltrata —le dijo.

Tras la desastrosa derrota de las armas españolas en Perú, Espartero había regresado a la Península y sufrido una fría recepción, igual que todos los que serían conocidos como «los ayacuchos», los oficiales que volvían de América y resultaban sospechosos de ideas liberales. Se había visto relegado a labores burocráticas. Estando destinado en Pamplona conoció a una rica heredera de Logroño con la que contrajo matrimonio, fijando en esta ciudad su residencia a la espera de que le ofrecieran mejor destino.

Espartero, que paseaba cogido del brazo de su mujer, oyó el comentario de Arróniz padre y se les acercó esbozando media sonrisa.

—No son buenos tiempos para los servidores de la patria —manifestó.

El padre de Pedro Arróniz se atrevió a presentarse, ofreciendo su mano a Espartero.

—Antonio Arróniz, para servirle. Teniente de la Milicia Nacional —era una confesión audaz; la Milicia había quedado disuelta después del Trienio Liberal y sus miembros proscritos para empleos públicos y para acercarse a menos de quince leguas de la Corte—. Y este es mi hijo Pedro.

Espartero estrechó la mano que le ofrecía y respondió:

—Es un honor saludar a un buen patriota. No le quepa duda de que vendrán tiempos mejores—. Para su sorpresa, el militar tendió también la mano al muchacho,

que quedó confuso.

—Saluda al brigadier, Pedro —le ordenó su padre. Tímidamente, alargó la mano hacia la enguantada diestra del general.

Espartero se alejó tras despedirse con una inclinación de cabeza. Padre e hijo contemplaron cómo se alejaba. El encuentro provocó una gran impresión en Pedro Arróniz y, probablemente, tuvo mucho que ver con que pocos años después decidiera alistarse como soldado. Fue una satisfacción para él tener como general en jefe a Espartero, al que durante la guerra tuvo ocasión de ver un par de veces, a distancia, pasando revista a las tropas, orgulloso de haber podido estrechar su mano aquel día. Aunque Espartero tenía fama de actuar con crueldad, Arróniz le disculpaba cualquier exceso que pudiera haber cometido durante la contienda. La guerra era atroz, a veces no había más remedio que hacer cosas que uno nunca haría en la vida civil, pensaba.

Arróniz había estado varias veces en casa de Arteta, que había tenido la amabilidad de invitarle a comer, a tomar una copa para recordar los viejos tiempos o debatir sobre los azarosos nuevos tiempos, y de presentarle a algunas de las amistades a las que recibía. Le solía insistir en que ya no era su superior, en que ahora ambos ocupaban cargos de responsabilidad y podían tratarse como iguales. Algo que Arróniz agradecía aunque sabía que, además del hecho de la diferencia de origen social y de edad —le llevaba más de quince años—, siempre lo seguiría viendo como a su antiguo jefe. En aquellas ocasiones, Arróniz era muy cauto al expresar sus opiniones políticas, no quería ofender a su benefactor, aunque este, lejos de recelar de tales posicionamientos, solía adoptar una actitud comprensiva y paternal.

—Entiendo su posición, Arróniz, yo también he sido joven y vehemente, créame que comparto en casi todo su opinión, pero hay que ser prácticos, las cosas hay que hacerlas con moderación y orden. En política no siempre se puede hacer todo lo que a uno le gustaría —le indicaba más de una vez, dirigiéndole su mirada directa e intensa, subrayada por unos prominentes pómulos—. Estoy seguro de que cuando adquiera experiencia está usted llamado a mayores responsabilidades y me entenderá.

Arróniz llegó a paso rápido al portal de la casa donde vivía Arteta, la mañana fresca ayudaba, y, para su sorpresa, encontró que este le esperaba allí sentado dentro de su carruaje. Le indicó que subiera y, de inmediato, el cochero arreó los dos caballos alazanes que componían el tiro y se puso en marcha.

—¿A dónde vamos? —preguntó inquieto.

—Aquí cerca, amigo Arróniz, al Cuartel de Artillería —Arteta se mostraba amable pero preocupado.

La mención puso en guardia al comisario.

—¿El Cuartel de Artillería? ¿Tiene esto algo que ver con el tiroteo de ayer?

—Veo que está bien informado.

—En absoluto. Solamente sé lo que he leído esta mañana en la *Gaceta*.

—Entonces conoce la versión que se ha querido que se hiciera oficial.

—Luego, ¿no es cierto lo que se publica?

—No del todo. Hay algunos hechos que se ha creído oportuno que no sean de público conocimiento. Como verá enseguida, se trata de un asunto que exige de la máxima discreción. Le ruego que de lo que le cuente, y de todo lo que dentro de poco será informado, no hable con nadie.

—Por supuesto. Acostumbro a ser discreto.

—Lo sé, lo sé, y tiene usted toda mi confianza. Por eso le he llamado y le he recomendado a las personas a las que vamos a ver. Pero en estas circunstancias me veo obligado a insistir en la prudencia.

Mientras hablaban, el coche bajó por la Carrera de San Jerónimo hacia el Salón del Prado, dejó a su derecha la fuente de Neptuno y a su izquierda el monumento al Dos de Mayo, donde algunas coronas de flores en honor de los héroes de aquellos sucesos recordaban la solemne conmemoración que había tenido lugar unos pocos días antes, y subió la leve pendiente que llevaba a la entrada del Cuartel de Artillería. El edificio que ocupaba había sido antiguamente el de las caballerizas del Palacio Real del Buen Retiro, situado en siglos pasados junto al monasterio de los jerónimos y que había quedado arruinado durante la guerra contra los franceses que lo utilizaron como cuartel y arsenal. Todavía quedaban algunos vestigios de las ruinas del antiguo palacio sin derribar. No era el único edificio en ruinas de Madrid, una ciudad que no dejaba de crecer, ya superaba los doscientos mil habitantes, sometida a continuas obras con la que trataba de alejarse de su aspecto oscuro y sucio de unos años antes, de su apariencia de «poblachón manchego», como había sido descrita después de la Guerra de Independencia. La renovación urbana iniciada quince años atrás por el corregidor don Joaquín Vizcaíno, marqués viudo de Ponteijos, no cesaba; se formaban nuevas calles, plazas y paseos, y se adecentaban las vías ya existentes, como la plaza Mayor que había sido recientemente remozada y adornada en su centro con la estatua ecuestre de Felipe III, colocada tiempo atrás en la Casa de Campo. Se derribaban edificios ruinosos, se construían mercados cubiertos, se instalaban nuevas fuentes, se eliminaban de las fachadas rejas y balcones que dificultaran el paso, se colocaban cubetas urinarias y se plantaban árboles. Entre otros muchos edificios, además del Palacio del Congreso que se estaba levantando sobre el solar del antiguo convento del Espíritu Santo donde, tras la desamortización de los bienes eclesiásticos, se habían reunido los diputados desde 1834, se hallaba también en proceso de reforma el que servía a las reuniones del Senado, la iglesia del antiguo Colegio de la Encarnación de los agustinos, popularmente conocido como Colegio de doña María de Aragón, en la plazuela de los Ministerios. Plaza a la que casi todo el mundo seguía llamando de doña María de Aragón; igual que a la vecina calle de Bailén casi nadie daba tal nombre oficial, todavía demasiado reciente, sino que popularmente se seguía conociendo como calle Nueva de Palacio. También estaban en obras de pavimentación con adoquines o asfalto los alrededores de la Puerta del Sol y se estaba construyendo, junto a la Puerta de Atocha y en lo que había sido huerta del conde de Bornos, la estación o embarcadero del ferrocarril a Aranjuez, así como los

nuevos cementerios de la Patriarcal, al norte de la Puerta de Bilbao, y de San Martín, San Ildefonso y San Marcos, todavía más al norte. En cambio, el comienzo de otras obras tan necesarias como reiteradamente anunciadas se iba retrasando, era el caso de la conducción de aguas desde el río Lozoya o la reforma del Real Museo de Pintura y Escultura, por no hablar de la construcción del anhelado Ensanche. La villa seguía aprisionada dentro de un recinto amurallado, la Cerca de Felipe IV, que tenía una longitud de casi cincuenta mil pies y que cerraba una superficie de algo más de cien mil pies cuadrados, la mayor parte ocupada por un laberinto de casas apretadas y calles estrechas.

El coche que llevaba a Arteta y Arróniz se detuvo a las puertas del cuartel y entraron directamente, siendo el primero saludado por los centinelas que ya le esperaban. En el patio, sin dudarle, Arteta se dirigió velozmente hacia una puerta que invitó a su acompañante a traspasar. Se encontraron en una sala donde, en torno a una mesa de reuniones, había otras dos personas sentadas y en actitud de estar esperándoles. Se pusieron en pie y Arteta hizo las presentaciones.

—El señor conde de San Luis, ministro de la Gobernación... El comisario Arróniz —dijo, mientras los aludidos se estrechaban la mano, el segundo un poco turbado por encontrarse en presencia del ministro, un político tan brillante que se decía que había llegado al Gobierno sin haber cumplido los treinta años, aunque las malas lenguas decían que se quitaba años. También se rumoreaba que era quien manejaba las elecciones de diputados a su gusto. Hacía pocos meses que Luis José Sartorius había obtenido su título nobiliario gracias a los importantes servicios prestados a la nación, según unos, o, según murmuraban otros, gracias a una buena suma de dinero que había ingresado en el patrimonio de la reina. De estatura media, mostraba un aspecto muy atildado, la cara redonda y facciones suaves, pero con una mirada fría en sus ojos azules. Tenía el semblante serio y gastaba bigote y perilla.

—Al señor Fernández Enciso, jefe superior de policía, ya lo conoce —añadió Arteta. Arróniz nunca había visto al ministro, sí en diversas ocasiones al jefe superior de policía de la provincia de Madrid del que dependía inmediatamente y cuyas órdenes y circulares le llegaban con frecuencia firmadas con un escueto «Enciso». Había sido nombrado hacía pocos meses, cuando Arróniz sólo llevaba algunas semanas en su cargo. Inicialmente el superior inmediato del comisario había sido un inspector que respondía ante el jefe político de la provincia, pero a partir de su nombramiento el jefe superior de policía solamente respondía ante el ministro, una medida adoptada por la agitación política que se vivía en aquellos momentos como reflejo de la ola revolucionaria que afectaba a toda Europa. Enciso le parecía un sujeto demasiado engreído, pero no había tenido ningún problema con él, usualmente le dejaba hacer con la única condición de tenerle periódicamente informado.

Arróniz pensó que los motivos por los que era convocado debían de ser graves. Y aun si no lo hubiera pensado, de inmediato el ministro lo dejó claro.

—Arteta nos ha dicho que es usted una persona de toda confianza, y así lo dicen todos los datos que tenemos sobre usted —afirmó muy serio con un leve seseo que Arróniz identificó como acento sevillano. Enciso también tenía deje andaluz, aunque el comisario no sabía de dónde era exactamente—. Por eso le hemos convocado aquí, porque necesitamos una persona de confianza para actuar en un asunto de la máxima importancia.

—Estoy a sus órdenes, ustedes dirán —respondió expectante Arróniz mientras todos se sentaban.

—El jefe superior le pondrá en antecedentes —dijo el ministro, haciendo un gesto con la cabeza hacia aquel.

—Estará usted enterado del tiroteo que se produjo ayer en la plaza de las Cortes... —empezó Enciso.

—No oficialmente. Sólo lo que he leído en la *Gaceta*.

—No hemos querido que se publicaran todos los hechos, enseguida sabrá por qué. Afortunadamente, podemos controlar lo que se publica en la *Gaceta*, y también en *El Herald* —Arróniz sabía que *El Herald* era propiedad del conde de San Luis y, por ello, considerado como el periódico ministerial por excelencia—, y, de momento, los demás periódicos no saben nada... y no deben saber nada.

—Sobre todo *La Época* —remachó con gravedad el ministro. Se trataba de un periódico de reciente fundación que no estaba controlado por el Gobierno. Era propiedad de un diputado moderado, don Diego Coello de Portugal, y competía directamente con *El Herald* por lo que se decía que su lanzamiento había disgustado profundamente al conde de San Luis. A Arróniz le resultó curioso que el ministro desconfiara más de él que de la prensa progresista que solía fustigar al Gobierno como *La Reforma*, *La Nación*, *El Observador* o *El Clamor Público*.

—Pues bien, le contaré exactamente lo sucedido —dijo el jefe superior—. No hace falta decirle que todo lo que le voy a contar es estrictamente confidencial y que no debe hablar de ello con ninguna persona distinta de las que estamos reunidas en esta habitación.

—Por supuesto —respondió el comisario, cuya curiosidad iba en aumento.

—Ayer por la tarde, tras la sesión del Congreso, ya sabe usted que provisionalmente se reúne en el Teatro de Oriente, el señor Bravo Murillo, ministro de Comercio, y el señor Oliván, diputado, fueron paseando hasta la plaza de las Cortes, donde se detuvieron a contemplar las obras del nuevo Palacio del Congreso. Quizás fueron un poco imprudentes al ir andando, seguidos del coche del señor ministro. Incluso yendo en coche hay algún riesgo; basta recordar el atentado que sufrió el general Narváez, o el que se intentó contra la propia reina.

Todos los presentes recordaban perfectamente el atentado que hacía poco más de cinco años había sufrido el ahora presidente del Consejo en la calle del Desengaño. Su berlina fue detenida por varios sujetos embozados que rompieron los cristales de las ventanillas y dispararon al interior con sus trabucos. Murió el ayudante del

general y resultó herido otro acompañante. Narváez milagrosamente resultó ileso, sin que se pudiera averiguar a los autores, aunque la prensa moderada culpó al general Prim y a la masonería. Y apenas dos años antes, cuando la reina regresaba de paseo a palacio en una carretela descubierta y sin escolta por la calle de Alcalá, alguien hizo dos disparos que, afortunadamente, no alcanzaron a nadie. Como responsable del intento de regicidio había sido condenado a pena de prisión un abogado perteneciente al partido progresista, aunque en la Corte se mantenía todavía el debate sobre si era o no el verdadero culpable.

—Estando allí, en la plaza —prosiguió el jefe superior—, se aproximaron por su espalda dos sujetos que abrieron fuego. Realizaron varios disparos, uno estaba provisto de un revólver.

—¿Un revólver? —preguntó impulsivamente Arróniz—. Un arma que no es frecuente ni fácil de obtener.

Arróniz había manejado algunos revólveres en Cuba, a donde llegaban desde los Estados Unidos y se iban convirtiendo en un arma popular entre algunos terratenientes y capataces temerosos de la rebeldía de sus esclavos. Pero se trataba de un arma que se había empezado a fabricar hacía pocos años y apenas era conocida ni estaba extendido su uso en España, aunque se producían también algunos revólveres en una fábrica de Éibar similares a los que vendía la compañía norteamericana Colt. Se decía que fallaba demasiado a menudo pero, no obstante, el hecho de que pudiera realizar varios disparos seguidos sin tener que cargar le auguraba un próspero futuro.

—Sí, un revólver, eso ya indica que se trata de un delincuente curtido. En fin, por fortuna no acertaron ni al ministro ni al señor Oliván, aunque sí a dos de los empleados que les acompañaban.

—No es tan fácil hacer buena puntería con un revólver sin un buen entrenamiento —observó Arróniz.

—El caso es que el ayudante del señor Oliván resultó muerto en el acto y también un lacayo del señor ministro fue alcanzado por un disparo y, aunque de momento sobrevivió, ha fallecido esta noche —Enciso hablaba con un tono fúnebre, adecuado a las noticias que estaba dando—. Por casualidad, una bendita casualidad, en el momento de iniciarse los disparos entraban en la plaza unos soldados que se dirigían a este cuartel. El sargento que encabezaba la columna tuvo una rápida reacción y ordenó disparar sobre los asesinos. Uno de ellos, el que empuñaba el revólver, resultó muerto y el otro herido. El secretario del ministro también reaccionó con mucha rapidez e hizo montar en el coche al ministro y al señor Oliván y salieron de allí a toda velocidad, por si acaso. Esa es la razón por la que no ha trascendido su presencia en el lugar del tiroteo, ni que los disparos iban dirigidos contra ellos. Los curiosos que se acercaron al lugar movidos por el ruido de los disparos sólo vieron un coche alejarse y a los soldados haciéndose cargo de la situación.

—Perdone, pero, ¿por qué se ha ocultado cuál era la intención de los asesinos? —Arróniz no pudo evitar preguntar, realmente intrigado.

—En un primer momento, pensamos que es mejor que no se sepa que es tan fácil atentar contra un ministro de Su Majestad —respondió el ministro de la Gobernación—. Todavía hay demasiados facciosos armados como para darles la idea.

—El señor ministro, aquí presente, y yo mismo fuimos informados enseguida de los hechos por las autoridades militares, que decidieron trasladar a los asesinos, el uno cadáver y el otro herido, a este cuartel tan próximo al lugar de los hechos —añadió el jefe superior—. El herido fue asistido por un cirujano militar y parece que se está reponiendo de sus heridas. Fue interrogado en cuanto su estado lo permitió y la información que ha proporcionado nos ha llevado a la convicción de que es todavía más importante que los hechos no sean de conocimiento público.

—Podría ser que se trate de un atentado con móviles políticos que es mejor mantener en secreto para evitar que ponga en riesgo la estabilidad del Gobierno —explicó el ministro.

Se hizo un silencio que llevó a un escamado Arróniz a formular otra pregunta, en contra de la intención que se había hecho de escuchar y no interrumpir a sus superiores.

—¿Qué móviles políticos? —preguntó.

—Puede que se trate de impedir la aprobación de una ley que en estos momentos se tramita en el Congreso de los Diputados, la Ley sobre Pesas y Medidas —respondió el ministro.

—¿Es una ley tan importante como para provocar un atentado? —se sorprendió Arróniz. Había leído algo sobre ella en la prensa.

—Es una ley muy importante, aunque ciertamente no hubiéramos supuesto que pudiera provocar un atentado —afirmó con mucho convencimiento Arteta, que hasta entonces había permanecido en silencio.

—Es una ley importantísima para el progreso de la nación y que debiera de haberse aprobado ya hace años —aseguró el ministro no menos enfáticamente.

—El bandido que resultó herido, al ser interrogado, dijo algo que sugiere esa posibilidad, y que hemos de confirmar —explicó Enciso—. Por eso le hemos llamado, y lo hemos hecho a través del señor Arteta, del que sabemos que es buen amigo, para que todo quede fuera de las vías oficiales. Queremos que lleve usted la investigación, de la forma más discreta posible, e informándonos solamente a nosotros. No hace falta que el juez se entere.

—A sus órdenes, por supuesto, pero, ¿qué dijo ese sujeto? —preguntó el comisario.

—Él dice no saber apenas nada, que el cabecilla era el que resultó muerto —contestó el jefe superior—. Puede que sea verdad. El muerto era una buena pieza, como se suele decir. Estaba buscado por infinidad de delitos. Tiene una larga historia como salteador de caminos y es responsable de varias muertes. Cayetano García, se llamaba. Ha actuado sobre todo por La Mancha, pero la Guardia Civil tenía noticias de que podía estar en Madrid. El otro, el que resultó herido, no tiene otros

antecedentes que haber sido desertor hace pocos meses de las tropas que combatían en las provincias vascongadas. Juan Arribas, se llama. Dice que vino a Madrid hace unas pocas semanas y, buscando algún modo de ganarse la vida, tropezó con García, que lo reclutó para que le ayudara a cometer el asesinato que alguien le había encargado. Dice que no sabe quién es el inductor, que fue García el que se concertó con él. Y que no lo ha visto de cerca nunca, una sola vez a distancia cuando se reunió con García en una taberna y a él le hicieron esperar en la calle. Pero lo más curioso es que García le dijo que el atentado se tenía que cometer antes de que se discutiera la Ley de Pesas y Medidas.

—La Ley de Pesas y Medidas se empieza a discutir por el pleno del Congreso mañana lunes —aclaró el ministro.

—No parece que se pueda haber inventado semejante cosa. ¿Qué puede saber ese delincuente sobre la Ley de Pesas y Medidas? Ni siquiera sabe leer —dijo Enciso—. Por absurdo que parezca que esa ley provoque un atentado, tenemos que suponer que dice la verdad. Que, por alguna razón, alguien quería evitar que la ley se llegue a debatir y que sea aprobada.

—Hemos de precisarle, amigo Arróniz —era Arteta quien hablaba—, que el ministro de Comercio es quien ha enviado el proyecto de ley al Congreso y que el señor Oliván es el diputado que lo defiende. Es decir, ambos son los máximos impulsores de esa ley, por lo que no parece casualidad que el atentado se realizara contra ellos dos y cuando estaban juntos.

—Juan Arribas ha declarado que, antes del día del atentado, habían seguido a ambos varias veces, sobre todo les habían seguido cuando se encontraban juntos. Al parecer, algo frecuente —explicó el jefe superior.

—¿Quién puede tener tanto interés en que esa ley no se apruebe? —se preguntó retóricamente el ministro—. No lo sabemos.

—Eso esperamos que averigüe usted, comisario —concluyó el jefe superior.

—A sus órdenes, haré todo lo que pueda —respondió Arróniz, aunque algo perplejo. No tenía la menor práctica en investigar una conspiración política. La mayor parte de su experiencia en los meses que llevaba como comisario era con delincuentes de poca monta, rateros, alborotadores, tahúres, proxenetas, mendigos, estafadores, facciosos políticos, aunque de estos solía ocuparse personalmente el jefe superior de policía. La docena de homicidios a los que se había tenido que enfrentar no habían revestido grandes dificultades para ser esclarecidos, se había tratado de reyertas con arma blanca, crímenes pasionales o atracos a mano armada donde los criminales se habían entregado o habían sido detenidos de inmediato. La preocupación que había sufrido al aceptar el cargo de comisario se había ido calmando con el tiempo al irse sintiendo cada vez más seguro de poder cumplir eficazmente con sus obligaciones, pero ahora le volvió a atenazar y tuvo una desagradable sensación de vértigo.

—He pensado que debería empezar usted por interrogar personalmente al preso. Está custodiado en la enfermería de este cuartel. Aunque ya fue interrogado, sería conveniente que escuche usted directamente lo que tenga que decirle y que pueda hacerle las preguntas que estime oportunas para tener una visión más completa del caso —dijo Enciso.

—Desde luego —asintió Arróniz, aliviado al saber por dónde debía empezar a cumplir con el encargo que le hacían sus superiores.

El ministro se puso en pie y todos le emularon.

—Comisario Arróniz, lo dejo en sus manos. Informará al jefe superior y él me tendrá al tanto —afirmó con expresión terminante, aunque enseguida adoptó otra un poco más amable—. Le repito, confiamos en usted y, sobre todo, en su discreción.

—A sus órdenes, señor ministro.

—Yo también les dejo, pero, amigo Arróniz, haga el favor de pasar por mi casa cuando acabe con el interrogatorio —se despidió Arteta.



Juan Bravo Murillo, por Manuel García «Hispaleta».

Una vez que el ministro y el diputado se hubieron ido, el jefe superior indicó al comisario que le siguiera. Al salir de la sala, se les unió un militar de uniforme — como el capitán Velázquez le fue presentado a Arróniz—, un hombre seco y adusto que les acompañó por las dependencias del cuartel hasta llegar a la puerta de la enfermería, custodiada por dos soldados armados. A indicación del capitán, uno de ellos abrió la puerta y Arróniz entró detrás de Enciso. Se hallaron en una estancia amplia provista de seis camas colocadas paralelamente entre sí a lo largo de una de las paredes. Sólo una de ellas estaba ocupada.

—Les dejo a ustedes, estaré fuera para lo que dispongan —se despidió el capitán.

—Sí, gracias —respondió el jefe superior antes de que el militar cerrara la puerta a sus espaldas.

Se acercaron a la cama donde yacía el herido. A Arróniz le sorprendió su juventud. No debía de haber cumplido ni los veinte años. Mostraba un aparatoso vendaje y el rostro tumefacto. Arróniz pensó que los moratones de la cara no podían ser resultado de los disparos que había recibido sino, probablemente, de algunos golpes propinados durante el interrogatorio para animarle a hablar. Aunque el tormento se hubiera proscrito años antes, y en buena hora, pensaba Arróniz, era un medio completamente ineficaz para obtener la verdad —los sometidos a tormento acaban confesando cualquier cosa que se les sugiera—, sabía que con frecuencia no hay más remedio que utilizar medios contundentes para obtener una confesión.

—Vamos a hacerle algunas preguntas —anunció Enciso, acercando una silla a la cama y sentándose. Arróniz, a falta de más sillas, hizo lo propio en la cama que estaba al lado de la que ocupaba el herido—. Le conviene responder.

El preso no dijo nada, se limitó a mirarles con desconfianza. No parecía un peligroso asesino sino un muchacho tímido y asustado.

—Deserción en tiempo de guerra, rebelión, dos asesinatos. Tiene garantizada la pena de muerte —añadió el jefe superior con tono amenazador.

La mirada del preso mostraba pavor.

—Tiene una única oportunidad de salvarse del garrote vil. Si responde a las preguntas, recomendaré que no se aplique la pena de muerte. ¿Me entiende?

El muchacho asintió, sin abandonar su expresión temerosa.

—Está bien. Aquí, el comisario, le va a hacer las preguntas —dijo Enciso, inclinando la cabeza hacia Arróniz. Este se dispuso a formular el interrogatorio, pensando lo más velozmente que era capaz con qué preguntas iniciarlo. Le hubiera gustado poderse preparar y no tener que actuar tan precipitadamente como le exigía su superior. Inspiró profundamente para tranquilizarse antes de iniciar sus preguntas.

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Arribas González.

—¿De dónde es?

—De Alcañiz, provincia de Teruel.

—¿Cuándo y dónde desertó usted del Ejército?

—El mes de enero último, del Regimiento de Infantería de Bailén, que estaba en Guipúzcoa —el muchacho mostraba que estaba acostumbrado a responder con rapidez.

—¿Qué hizo después de desertar?

—Fui hacia Burgos, huyendo, evitando los pueblos para que no dieran conmigo. Estuve varias semanas viajando, comiendo lo que encontraba, y luego pensé en venir a Madrid; aquí nadie me conocía y sería más fácil ocultarme. Hace un mes que llegué.

—¿Cómo conoció a Cayetano García?

—Busqué trabajo, lo fui pidiendo por varias tabernas, varios talleres y varios comercios, nadie me lo quería dar. Pero en una taberna Cayetano me invitó a comer algo. Le conté que había estado en el Ejército, no le dije que había desertado, pero lo adivinó, y me dijo que él podía darme trabajo.

—¿Y en qué consistía el trabajo? —Arróniz se sentía más cómodo al ver que el preso no se resistía a responder y que, aunque con deje timorato, lo hacía con precisión.

—Al principio me dijo que teníamos que vigilar a unas personas importantes y tomar nota de lo que hacían. Más tarde me dijo que nos darían dinero si les matábamos.

—¿Quién les pagaría por matarles?

—No me lo dijo. Me dijo que era mejor que no lo supiera. Sólo me contó que era alguien importante, y que nos daría mucho dinero. A mí me prometió dos mil reales.

—¿Vio alguna vez a esa persona que les pagaba?

—Solamente una vez. Cayetano y él habían quedado en una taberna de la calle de Toledo, cerca de la plazuela de la Cebada. A mí me hizo esperar en la calle, pero le vi cuando salieron juntos.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará dos semanas. Algún día más, recuerdo que era viernes.

Arróniz calculó mentalmente.

—¿El veinte de abril, entonces, quiere decir?

—Creo que sí.

—¿Y cómo era ese individuo?

—Un caballero, elegante, con sombrero de copa y capa, bigote, y era alto, muy alto.

—¿Cómo de alto?

—Mucho, llamaba la atención, no sé... —dudó Arribas—. Casi siete pies.

—¿Y qué más?

—No sé, lo vi solamente un momento; le recogió un coche y se fue.

—¿No sabe su nombre?

—No. Cayetano simplemente le llamaba «el catedrático».

—¿Sabe por qué le llamaba así?

—No, no lo sé. Cayetano ponía apodos a todo el mundo.

—¿Y sabe por qué ese individuo tenía motivos para encargarles el atentado?

—No, Cayetano tampoco me lo dijo.

—¿Le dijo que tenía algo que ver con la Ley de Pesas y Medidas?

—Sólo me dijo que teníamos que hacerlo antes de que acabara esta semana, porque tenía que ser antes de que se aprobara la Ley de Pesas y Medidas. Yo le pregunté qué es eso, pero no me quiso contestar.

—¿Sabía usted quiénes eran las personas a las que tenían que matar?

—Al principio no, luego me dijo Cayetano que uno era un ministro y el otro un diputado, que eran personas muy importantes y que teníamos que hacerlo cuando estuvieran juntos.

Arribas parecía menos temeroso que al principio y con ganas de hablar.

—¿Tenían que matar a los dos?

—Sí. Y Cayetano decía que mejor cuando estuvieran juntos, para que fuera menos peligroso. Por eso los vigilábamos tomando nota de cuándo solían salir juntos del teatro.

—¿De qué teatro?

—Del Teatro de Oriente. Donde se reúnen los diputados. Solíamos vigilar cuándo entraban y cuándo salían los diputados, y seguíamos al ministro y al diputado, que muy a menudo iban andando juntos hacia la plaza de los Ministerios.

—¿No sabía usted sus nombres?

—Cayetano los dijo alguna vez, pero los olvidé. Solíamos llamarles «el Ministro» y «el Diputado».

—¿Había implicado alguien más, que les ayudara?

—No. Solamente los dos. Cayetano decía que no podíamos confiar en nadie más, que si hay demasiada gente en el ajo alguien se acaba yendo de la lengua. Y que no hacía falta más gente porque iba a conseguir un revólver con el que hacer varios disparos seguidos. Me dijo que nadie debía saber nada, que no hablara con nadie, que si lo hacía me mataría.

—¿Por qué lo hicieron ayer?

—No habíamos podido hacerlo antes. Fuimos con las armas varias veces a la puerta del teatro, pero siempre había demasiada gente alrededor, Cayetano decía que era peligroso acercarse. Ayer dijo que no podíamos esperar más, que se acababa el tiempo, y que pasara lo que pasara lo haríamos.

—Cuénteme qué hicieron ayer. Exactamente, todo lo que hicieron.

—Fuimos como otras veces al teatro. Dimos vueltas por allí, por la plaza, y vimos a los diputados entrar y luego salir. Cuando vimos al ministro y al diputado salir juntos, Cayetano dijo que teníamos que ir detrás. Les seguimos, no fueron hacia los

ministerios como otras veces ni subieron al coche sino que fueron andando hasta la plaza de las Cortes. Nosotros íbamos detrás, a distancia, Cayetano dijo que había que buscar el momento oportuno, así hasta la plaza de las Cortes. Cuando se pararon allí, Cayetano dijo que era el momento. Nos situamos a su espalda y cuando Cayetano lo dijo, sacamos las armas y disparamos.

—¿Y qué pasó?

—Cuando empezamos a disparar, de pronto, aparecieron unos soldados que nos dispararon a nosotros. No recuerdo más, me desperté aquí. Me dijeron que Cayetano había muerto y que yo también iba a morir si no hablaba. Y conté todo lo que me preguntó el capitán.

—¿Qué capitán?

—No sé, un capitán, un capitán me interrogó, y un sargento también. Ya les dije todo lo que sabía. Lo mismo que le estoy diciendo a usted.

—El capitán Velázquez le interrogó ayer —explicó a Arróniz el jefe superior, que hasta entonces se había limitado a escuchar.

—¿De dónde sacaron las armas? —preguntó Arróniz.

—No lo sé. Las consiguió Cayetano.

—¿Qué pasó con el dinero que les habían ofrecido?

—No lo hemos cobrado. Lo íbamos a cobrar después.

—¿Dónde?

—No lo sé, eso era cosa de Cayetano. Sólo me dijo que después de hacer el trabajo teníamos que salir corriendo y que luego iríamos a buscar al «catedrático». Pero no sé a dónde.

—¿Dónde vivía Cayetano?

—En una habitación de la calle de los Cojos. Yo también vivía con él.

—¿En qué número?

—El número cinco.

—¿Quién más vive allí?

—Solamente conozco a la dueña, a la que alquilaba la habitación. La Tomasa le dicen. Había otros huéspedes, pero Cayetano me dijo que no hablara con nadie, me obligaba a quedarme en la habitación salvo cuando salía con él.

—¿Qué más sabe de Cayetano?

—No sé nada. Casi nada. Que había tenido una banda que asaltaba en los caminos, que había andado con ella por la parte de Toledo y de Cuenca, pero que había tenido que huir solo y se había escondido en Madrid. Por eso me había ofrecido trabajar con él. Pero no le gustaba hablar, no me contó nada más.

—¿No tenía amigos?

—Debía de tenerlos, no lo sé, yo no los conozco. Solía irse solo y a mí me dejaba en la habitación.

Arróniz quedó callado, pensativo. No sabía si aquel sujeto podría darle más información de la que le había dado.

—¿Reconocería al «catedrático» si lo viera?

—No lo sé. Creo que sí.

Arróniz miró al jefe superior.

—Creo que eso es todo.

—Bien, bien —respondió Enciso, que parecía satisfecho, poniéndose en pie—. Recuerde lo que le he advertido, si no nos ha dicho la verdad nadie le va a salvar de la ejecución.

—¡Les he dicho la verdad! —protestó el preso, de nuevo visiblemente atemorizado.

—Ya lo veremos —masculló secamente el jefe superior a modo de despedida, golpeando la puerta.

El capitán Velázquez abrió desde fuera y les acompañó por los pasillos del cuartel hacia la salida.

—Gracias por todo, capitán —le dijo el jefe superior—. Avíseme si hay alguna novedad con el preso.

—Así lo haré, me tiene a su disposición.

Enciso tenía esperando en la puerta del cuartel una berlina tirada por dos vigorosos caballos de Mecklemburgo y un cochero con cara de aburrimiento.

—¿Quiere que le lleve, comisario?

—No, gracias, no se moleste, voy aquí cerca.

—Está bien. Queda todo en sus manos. Le ruego que, a partir de mañana, me informe diariamente de los progresos que haga en su investigación. Venga a verme a la jefatura después de comer.

—Así lo haré.

El jefe superior se alejó en su coche y Arróniz tomó el camino de la casa de Fermín Arteta. Estaba preocupado, no sabía por dónde empezar a investigar para cumplir el encargo que le habían hecho. Suponiendo que Juan Arribas dijera la verdad, y se inclinaba a pensar que así era, no tenía muchas pistas que seguir para identificar al inductor del atentado.

Arteta le estaba esperando. Se sentaron en su salón con sendas tazas de café y el comisario le hizo un resumen de su conversación con el preso.

—Y bien, dígame, amigo Arróniz, ¿qué ha sacado en claro del interrogatorio?

—Poca cosa —suspiró el comisario—. Si Cayetano García hubiera vivido supongo que hubiéramos conseguido más información. Me da la impresión de que Arribas nos ha dicho todo lo que sabe, estaba aterrorizado ante la amenaza de la pena de muerte. Pero sabía muy poco ya que el que llevaba las riendas era el otro. Tenemos que buscar a alguien del que disponemos de muy pocos datos, un caballero alto y con bigote al que García llamaba el catedrático.

—Ciertamente, no son muchos datos —dijo sombríamente Arteta—. ¿Por dónde va a empezar?

—Supongo que por la casa donde se alojaban los dos asesinos, y por la gente que les pudiera conocer por ese barrio —respondió Arróniz, pensando a la vez que iba hablando—. Tendremos que ir haciendo preguntas a ver si encontramos a alguien que nos dé más información.

—Bien, bien. No quiero entretenerle mucho, veo que tiene mucha faena por delante. Pero sí quiero advertirle de algo.

—Usted dirá.

—Ya lo ha podido deducir de lo que han dicho el ministro y el jefe superior, pero este puede ser un crimen con motivos políticos detrás —el semblante de Arteta era muy grave.

—Eso parece.

—Y ellos no se lo han querido decir abiertamente, pero yo creo que sospechan, que se temen, que alguien de nuestro propio partido pudiera estar implicado.

—¿En quién están pensando?

—En nadie en particular, que yo sepa, pero si el móvil está relacionado con la Ley de Pesas y Medidas podríamos tener al enemigo en casa.

—¿Cómo es eso? —Arróniz estaba sorprendido. No hubiera supuesto que los miembros del partido moderado resolvieran sus disputas a tiros.

—Supongo que estará al corriente del proyecto de Ley de Pesas y Medidas, ya que la prensa lleva mucho tiempo ocupándose de él.

—Sí, algo he leído, se trata de sustituir las unidades tradicionales de Castilla por el sistema métrico decimal.

—Eso es. Aunque no únicamente las medidas de Castilla. Ya sabe que en España padecemos de una increíble confusión en cuanto a medidas. En cada antiguo reino, prácticamente en cada provincia, a veces en cada comarca o pueblo, se utilizan unidades de peso o medida diferentes. Usted y yo ya hemos comentado alguna vez

que, siendo de pueblos tan próximos, estamos habituados a unidades de medida distintas.

—Sí, es verdad, Navarra y Castilla las han tenido distintas desde siempre.

—Ya sabe que, por ejemplo, la vara navarra es menor que la castellana; quince varas castellanas equivalen a dieciséis varas navarras. La cántara castellana también es mayor que el cántaro navarro. Un cántaro navarro se divide en dieciséis pintas, y cada pinta en cuatro cuartillos, pero la cántara castellana no se divide en pintas sino en cuatro cuartillas, ocho azumbres, dieciséis medias azumbres y treinta y dos cuartillos. Si comparamos, una cántara castellana equivale a veinte pintas navarras.

—Así es.

—En Castilla, el trigo se mide en fanegas, pero en Navarra, en robos, que es poco más de media fanega. Y así sucesivamente.

—Sí, recuerdo que mi padre, en Logroño, tenía muchos clientes navarros y en la pared de la tienda había colgado un cuadro con las distintas unidades de medida de uno y de otro reino, aunque él se las sabía de memoria. —Arróniz tuvo un ataque de nostalgia recordando la tienda en la que había pasado tanto tiempo durante su infancia, viendo trabajar a sus padres—. Solía medir los paños en varas castellanas, pies y palmos, pero los navarros calculaban en varas navarras, tercios y cuartos. Por si acaso, tenía dos listones de madera distintos con las medidas de ambos reinos, para poder medir y comparar y ahorrarse discusiones.

—Y si fueran solamente las diferencias entre Castilla y Navarra... Mire, el señor Oliván me ha pasado algunos datos que utilizará en su defensa del proyecto de ley ante el Congreso. Por cierto, no sé si conoce usted a Oliván... —ante el gesto negativo de Arróniz, prosiguió—. Es diputado por el distrito de Bolaña, Huesca, tiene una larga carrera, antiguo capitán de artillería, ex subsecretario del Ministerio de la Gobernación, ex ministro de Marina, Comercio y Ultramar, miembro de la Real Academia Española, reputado estudioso de temas administrativos y políticos.

Arteta se levantó y cogió un papel que tenía sobre una mesita.

—Sólo en la provincia de Lugo —leyó—, para medir el cereal, existen cincuenta y siete ferrados diferentes, según los pueblos, es lo que en otros lugares se llaman celemines. En la provincia de Alicante, que tiene ciento treinta y ocho pueblos, se ha comprobado que no hay dos que utilicen las mismas medidas, e incluso hay un pueblo en el que la mitad de los vecinos utilizan unas medidas y la otra mitad, otras. Incluso aquí, en Madrid, uno se encuentra en la misma casa una tienda que usa la libra de dieciséis onzas y, al lado, una botica que usa la libra de doce onzas.

—Me lo creo —en su vida militar, Arróniz había recorrido muchas tierras y había comprobado lo difícil que era, a veces, entenderse con los nativos en cuanto se hablaba de medidas.

—Por no hablar de lo arbitrario y complicado que resulta que la arroba de aceite, la arroba de vino y la arroba de otros líquidos tengan capacidades distintas. En fin, es una situación que no se puede mantener, está reñida con el progreso. La ciencia, el

comercio, la industria, la agricultura, necesitan que se unifiquen las medidas, no sólo de todas las provincias de España, sino las de todos los países del mundo —dijo Arteta muy convencido—. Eso es lo que se propone el sistema métrico decimal, que usted ya conoce.

—Sí, claro, lo tuve que estudiar hace años, y mi padre era un ardiente partidario. Aunque lo tengo algo olvidado, en algún lugar de mi casa debe de estar el manual que publicó José Mariano Vallejo cuando el sistema métrico se hizo oficial en Francia.

—Ya sabe usted que llevamos medio siglo de debate. Algunos rechazan el sistema métrico decimal como una invención extranjera. Pero el insigne marino y astrónomo sevillano José Mendoza y Ríos colaboró ya desde 1790 en París con Condorcet en su creación. Don Gabriel Ciscar, eminente militar valenciano y hombre de ciencia, y don Agustín Pedrayes, ilustre matemático asturiano, participaron en el congreso científico internacional de París del año 1798 que definió el valor del metro como la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre. Ciscar propuso ya en 1800 en su memoria sobre pesas y medidas que España adoptara el nuevo sistema. Y en los trabajos de medición del meridiano entre Dunquerque y Barcelona, de 1792 a 1798, participaron activamente la Academia de Ciencias de Barcelona y destacados militares españoles. Nada más falso eso de que sea una imposición francesa —Arteta aquí adoptó un tono de ligera irritación—, muchos científicos españoles han participado en su creación; sobre todo el propio Ciscar, de cuyo patriotismo no cabe recelar.

—Sin duda —Arróniz, ferviente partidario del sistema métrico decimal, recordaba bien los elogios que hacía su padre al teniente general Ciscar, muerto durante el gobierno absoluto de Fernando VII en su exilio de Gibraltar, al que le habían llevado sus ideas liberales.

—Se prefirió, en tiempos del rey Carlos IV, hacer una regulación sobre la vara de Burgos y demás medidas de Castilla, una solución totalmente insuficiente. Luego, la reina regente formó una comisión, creo que eso fue hacia 1836, para crear un sistema general de pesas y medidas, aunque con el desfasado criterio de partir de la longitud del péndulo que oscile un segundo sexagesimal en el Observatorio Astronómico de Madrid, algo rechazado por la mayoría de los científicos. El péndulo no bate lo mismo en una latitud que en otra, y tomar Madrid supondría adoptar un criterio que solamente serviría en España, además de que, de ese modo, el metro no resulta una unidad tomada de la naturaleza, sino que depende de otra unidad de medida previa, el segundo. Aquello no podía salir adelante, y no salió, y no han cesado las propuestas de adoptar el sistema métrico decimal como han hecho y harán otros países más avanzados. La última iniciativa es la de la comisión que se creó hace tres años y de la que formaba parte don Alejandro Oliván, junto a otros expertos. Esa propuesta por fin se elevó a las Cortes por impulso de, entre otros, mi buen amigo don Juan Bravo Murillo, en forma de un proyecto de ley que es el que se está tramitando ahora mismo.

—Que parece que molesta a alguien.

—Molesta a muchos enemigos del progreso. Sigue habiendo numerosos partidarios de mantener las medidas tradicionales, o de promulgar una reforma limitada, que mantenga las denominaciones tradicionales castellanas —Arteta volvía a hablar con enojo contenido—. Y el caso es que esos partidarios no están entre la oposición al Gobierno; el partido progresista apoya la adopción del sistema métrico decimal, y también los cuatro diputados demócratas que hace poco han formado otro partido. No, esos partidarios del atraso, por desgracia, están en el propio partido moderado.

Arróniz ya sabía, por los comentarios que le hacía Arteta y por lo que leía en la prensa, que los mayores problemas del Gobierno para sacar adelante más de un proyecto no venían de la oposición, sino de su mismo partido. En las elecciones celebradas dos años antes, con una nueva ley electoral conforme a la recién aprobada Constitución de 1845 y hecha a medida del Gobierno, los moderados habían obtenido más de dos tercios de los escaños del Congreso. Pero el partido estaba fragmentado en distintas facciones fuertemente enfrentadas entre sí a las que sus dirigentes permanentemente tenían que tratar de domesticar para asegurar la estabilidad del ejecutivo.

—Supongo que entre esos partidarios del atraso se refiere al diputado señor Vázquez —Arróniz no le conocía personalmente, pero su nombre le sonaba desde hacía años ya que había sido fiscal de Hacienda en Cuba en la misma época en que él había estado destinado en la isla. Se había hecho conocido publicando un informe que abogaba por la abolición gradual de la esclavitud, una propuesta muy mal recibida por los propietarios de los ingenios azucareros y tabaqueros pero que había provocado que Arróniz sintiera simpatía por Vázquez.

—En efecto, el más ilustre enemigo del sistema métrico decimal es don Vicente Vázquez, diputado por el distrito de San Martín de Quiroga, en Lugo, subsecretario de la Gobernación. Se debe reconocer su autoridad en la materia, es un insigne estudioso, miembro de la Real Academia de Ciencias, que en 1838 recibió por real orden, creo que era presidente del Consejo entonces el conde de Ofalia, el encargo de abordar un proyecto de reforma del sistema métrico y monetario. No se aceptó su propuesta, pero la sigue defendiendo con empeño.

—¿Tanto empeño como para planear un asesinato? —no le cuadraba a Arróniz que Vázquez pudiera ser instigador de un crimen.

—¡Dios nos libre! ¡No, no! —Arteta respondió con verdadera inquietud—. No se me ocurre insinuar tal cosa. Estoy convencido de que el señor Vázquez no sería capaz de hacer una cosa así. Además, no responde a la descripción que ha dado el asesino del instigador, por lo que usted me ha dicho, un hombre alto y con bigote.

—Una descripción en la que cabe mucha gente, como usted mismo —dijo Arróniz con una sonrisa. Arteta era alto y delgado y ambos lucían sendos bigotes, conforme a la moda de la época, sobre todo entre militares en activo o retirados.

—Vázquez tiene bigote, efectivamente... —continuó Arteta.

—Como la mayoría de los hombres, es un dato que nos ayuda poco —observó Arróniz.

—... pero no es alto, es de estatura más bien escasa.

—Aunque sí podría ser llamado «el catedrático» —observó Arróniz, más por continuar con el razonamiento que por convicción.

—Ciertamente, es doctor en leyes, catedrático de Física y miembro de varias academias y sociedades científicas. Pero no, no puede ser —aseguró Arteta con impaciencia—. El señor Vázquez es subsecretario del Ministerio de la Gobernación, una persona de la entera confianza del conde de San Luis.

—Bien, pero descartando de momento al señor Vázquez, sí cree usted que puedan estar detrás del atentado otros opositores al sistema métrico decimal...

—Es posible —concedió Arteta—. No tengo sospechas determinadas sobre nadie. Lo único que le puedo decir es que hay oposición al proyecto del Gobierno de implantar el sistema métrico decimal en España, y que esa oposición está dentro del propio partido moderado. Se lo advierto para que lo tenga en cuenta en su investigación. Y no hace falta que le diga que esto exige máxima discreción, haría mucho daño al Gobierno, y a la Monarquía, que se rumorease que los inductores del asesinato tienen alguna relación con el partido moderado.

—Comprendo. Esperan de mí que ande con pies de plomo —reflexionó en voz alta Arróniz, nuevamente inquieto ante la trascendencia de la misión que le habían encomendado.

—Eso es.

Se despidieron y Arteta acompañó a su huésped hasta la puerta.

Arróniz salió meditabundo de casa de Fermín Arteta y meditabundo se dirigió hacia la plaza de las Cortes, muy animada por multitud de paseantes y coches que recorrían la Carrera de San Jerónimo. Y esperabas un domingo tranquilo, se dijo para sus adentros. Se detuvo y contempló la fachada del nuevo edificio del Congreso, seguidamente trató de imaginar, en el escenario de los hechos, cómo se habían producido. Creyó ver las manchas de lo que habían sido charcos de sangre sobre el pavimento, casi borrados probablemente por la acción de la brigada de limpieza que habría enviado el Ayuntamiento. Sacó el reloj de su bolsillo y consultó la hora. Era ya cerca del mediodía. Suspiró con resignación. El día anterior había quedado en ir a buscar a Elena a esa hora. Sería mejor enviarle una nota disculpándose y aplazando la cita para otro día. Tenía que centrarse en el encargo que le habían hecho. Se dirigió por la calle del Prado hacia su casa, dándole vueltas a la cuestión de por dónde debía empezar a investigar.

Agustín Alcolea estaba sentado a su mesa y junto a ella, de pie y de espaldas a la puerta, se hallaba un hombre mayor, con aspecto de tendero, en actitud de espera. Arróniz los vio desde la puerta y prefirió no entrar al despacho, entró por el patio y se dirigió al salón. Se sentó, escribió rápidamente la nota para Elena y esperó sumido en sus meditaciones hasta que acudió Alcolea, al que había hecho una señal al pasar junto a la puerta, que ya había despachado al visitante.

—¿Alguna novedad, Alcolea?

—Nada importante, señor comisario. Cuestiones de rutina que ya he ido despachando —Arróniz se sintió más tranquilo, podría concentrarse en el asunto que en aquellos momentos le preocupaba—. Tiene algunos papeles para la firma en su mesa.

—Está bien.

Entraron al despacho. Antes de enfrentarse al montón de papeles, Arróniz entregó la nota a Alcolea para que la enviase con un mensajero.

—Vaya usted a comer, así hace las dos cosas de un viaje —le dijo—. Aunque vuelva pronto, que tengo que volver a salir.

El ayudante salió, Arróniz tomó la pluma y el tintero y empezó a firmar mecánicamente los documentos que tenía delante, sin apenas leer nada de ellos. Tenía la mente ocupada en cómo afrontar la complicada misión recibida esa mañana. Acababa de decidir que, en cuanto volviera Alcolea, iría a buscar a Bartolomé Rodríguez. Necesitaba ayuda para la investigación que le habían encargado y Rodríguez le parecía la persona adecuada. Era, desde hacía años, celador del barrio de Carretas-Ángel. Vivía en la plazuela del Ángel, no muy lejos de la comisaría. Arróniz pensó que, sobre todo, necesitaba de su experiencia. Rodríguez era madrileño, se sabía bien todos los rincones de la villa y parecía conocer a todo el

mundo. Tenía bastantes años más que Arróniz y ya en 1825 había ingresado en la entonces recién creada Policía General del Reino. En un principio, cuando lo conoció, a Arróniz estos antecedentes le produjeron cierta desconfianza. La Policía General del Reino había tenido como una de sus principales funciones, durante la época que los liberales llamaban Década Ominosa, la persecución política de los opositores al absolutismo. Con el tiempo, comprobó que Rodríguez no simpatizaba con el régimen absoluto, aunque tampoco lo hacía particularmente con el liberalismo. En realidad, parecía carecer de ideas políticas muy definidas. Era una persona muy práctica a la que únicamente interesaba hacer bien su trabajo. Tendía a desconfiar de todos los políticos, pero servía lealmente a las autoridades que hubiera en cada momento. Y, ciertamente, hacía muy bien su trabajo. Con el paso de los años, además de experiencia, había ido adquiriendo una densa red de informadores, no solamente en su barrio sino por todo Madrid. Solía estar bien enterado de todo lo que pasaba, Arróniz alguna vez tenía la sensación de que incluso antes de que pasara.

Alcolea tardó poco más de una hora en estar de vuelta. Solía ir a comer a su casa, que no estaba muy lejos, donde vivía con sus padres. Arróniz le dejó en el despacho con todo el papeleo y salió en dirección a la casa de Rodríguez confiando en encontrarlo allí. En apenas cinco minutos estaba llamando a su puerta. El lugar donde vivía Rodríguez ofrecía menos ventajas para realizar su función que el del comisario. Era un segundo piso al que había que subir por unas escaleras estrechas, en un edificio de vecindad igualmente estrecho como tantos de Madrid. Rodríguez vivía con su familia, su mujer, una cuñada y dos hijos, con bastantes apreturas. La misma habitación que servía de salón y comedor hacía las funciones de despacho donde el celador tenía sus papeles y debía atender al público.

Le abrió la puerta la mujer de Rodríguez, que le hizo pasar de inmediato a la sala donde se hallaba su marido.

—¡Bartolomé! El señor comisario —anunció. Se notaba que acababan de comer y estaba todavía recogiendo la mesa—. ¿Quiere tomar usted un café?

—No, no, muchas gracias —rechazó el comisario—. Rodríguez, tengo que hablar con usted.

—A su disposición, señor comisario —el celador se mostraba muy correcto, pero nunca abandonaba una expresión cautelosa en sus ojos entornados, en permanente vigilancia.

—Es un asunto muy delicado. Exige la mayor discreción —declaró Arróniz.

El celador captó de inmediato la indirecta.

—Rosario, por favor, déjanos solos.

—Quede con Dios, señor comisario —se despidió ella, y salió del salón cerrando la puerta a sus espaldas.

—Usted dirá —dijo Rodríguez una vez que el comisario, a su invitación, tomó asiento.

—Necesito que me ayude en la investigación de un delito. Aunque le ruego la máxima discreción, y hay algunos aspectos del asunto que no puedo revelarle.

—Señor comisario, ya sabe que soy una tumba cuando hace falta —afirmó el celador adoptando una expresión impasible.

—Lo sé, lo sé. En caso contrario, no solicitaría su ayuda.

—¿Qué es lo que necesita de mí? —dijo Rodríguez, yendo al grano.

—Probablemente se haya enterado del tiroteo de ayer en la plaza de las Cortes.

—Sí, algo me han contado. Pero eso queda fuera de mi barrio. Es el barrio del celador Montero —opuso Rodríguez que, como todos sus colegas, era celoso de que respetaran su territorio y tenía buen cuidado de hacer lo propio con el de los demás.

—Sí, lo sé. Si vengo a reclamar su ayuda no es porque el asunto sea de su competencia. No le puedo contar todo, pero ha de saber que tengo instrucciones precisas de las más altas autoridades, y este asunto ha de ser investigado de forma extraoficial y al margen de los procedimientos habituales, incluido el juez del distrito.

—Me hago cargo —respondió el celador, adoptando un semblante todavía más grave sin mostrar su creciente curiosidad.

—Bien, el caso es que en el tiroteo de la plaza de las Cortes murieron dos personas, aparte de uno de los delincuentes que lo provocaron. El otro de los delincuentes resultó herido y se halla preso en el Cuartel de Artillería. Ni siquiera el celador Montero ha tenido ninguna intervención en el caso.

—Así que están de por medio los militares —Arróniz sacó la impresión de que al celador no le hacía ninguna gracia. No me extraña, pensó, aunque él hubiera sido militar sabía que aquello solía complicar las cosas.

—Sí, ya que el tiroteo fue con unos soldados. De momento parece que los militares colaboran —quiso tranquilizar a Rodríguez—. He podido interrogar personalmente al preso y hemos sabido que actuaban por cuenta de otra persona, a la que debemos identificar. E identificado el instigador podremos saber los móviles que tuvieron esos sujetos para emprenderla a tiros con unos viandantes.

Arróniz hablaba con cautela y midiendo bien las palabras, dudando de cuánta información debía proporcionar al celador y escrutando su reacción.

—Entiendo. Quiere que le ayude a identificar y localizar al patrón de los asesinos —Rodríguez no era dado a andarse con rodeos.

—Eso es. Tenemos pocos datos, pero sí algunos con los que iniciar las pesquisas.

—Le escucho —dijo Rodríguez para alivio del comisario, que había temido que quisiera hacer más preguntas sobre los motivos últimos por los que tenían que emprender aquella anómala investigación.

—El bandido que resultó muerto en el tiroteo se llamaba Cayetano García...

—¡Vaya! ¡El Cayetano! —exclamó Rodríguez.

—¿Lo conocía usted?

—No personalmente, pero sí su reputación. Tiene una larga historia como asaltante de caminos, entre otras hazañas, y hace años ya pasó por la cárcel aquí, en

Madrid. Era uno de los criminales más buscados. Hace pocos meses fueron muertos o detenidos todos los miembros de su banda, pero él logró escapar.

—Pues bien, el otro sujeto, Juan Arribas se llama... —Arróniz hizo una breve pausa para ver si Rodríguez también daba muestras de conocerlo, pero como no fue así, prosiguió—. Dice que él fue reclutado por Cayetano García, que era el cabecilla. Ambos vivían ocultos, Arribas también estaba buscado como desertor, en una habitación de la calle de los Cojos número cinco, que les alquilaba una tal Tomasa.

Rodríguez tampoco dio señales de que le sonara el nombre.

—La persona que les contrató, de la que Arribas no sabe el nombre y a la que solamente vio una vez, es un caballero de elevada estatura y con bigote a quien García llamaba «el catedrático». Se reunieron, García y «el catedrático», en una taberna de la calle de Toledo junto a la plaza de la Cebada hace poco más de dos semanas, quizás el viernes veinte de abril. Eso es todo lo que sabemos.

—No es mucho, no es mucho —observó Rodríguez—. Pero suficiente para empezar.

—¿Por dónde cree usted que podríamos hacerlo?

—Si no le parece mal, señor comisario, creo que de inicio lo mejor es que vaya yo solo a hablar con Patiño, el celador del barrio de Arganzuela donde está la calle de los Cojos —sugirió con determinación Rodríguez—. Está fuera de nuestro distrito, es un barrio muy poco recomendable y si aparece usted por allí puede haber suspicacias. Pero yo conozco a Patiño desde hace muchos años. Le puedo pedir información contándole que sigo la pista de un delito cometido en mi barrio. Que es algo no muy alejado de la realidad.

—Me parece bien.

—Creo que lo mejor será que vaya sin uniforme y al anochecer. Sé que Patiño suele frecuentar a esa hora un café cercano a su casa. Me haré el encontradizo con él y aprovecharé para pedirle la información sobre esa casa de la calle de los Cojos, de manera informal.

—Estupendo, Rodríguez —Arróniz se sintió aliviado y complacido al ver que el celador había captado perfectamente la necesidad de llevar la investigación con suma discreción y se felicitó de haber acudido a él. Se puso en pie para despedirse—. Le ruego que se pase por mi casa a su vuelta para darme cuenta del resultado de su gestión.

—Pierda cuidado, señor comisario. Si no le importa que sea tarde, me pasaré por su casa.

—Allí le espero.

Arróniz salió de casa del celador Rodríguez satisfecho por haber empezado a encauzar el peliagudo encargo que había recibido. Podría descansar un rato. Se acordó de que no había comido y le entró el apetito. En lugar de a su casa, se dirigió a una taberna de la plaza de Santa Ana. Aunque estaba llena y los bancos corridos junto a las mesas se veían abarrotados de parroquianos que pasaban allí la tarde del domingo, en consideración a su cargo y a que era cliente conocido, le buscaron sitio en una mesa individual al fondo del establecimiento.

Tras dar cuenta de un cuartillo de vino acompañado de los últimos restos del cocido que habían servido al mediodía y de unas lonchas de queso, volvió a la comisaría. Eran ya pasadas las cuatro y descubrió a Alcolea adormilado con la cabeza apoyada entre sus manos.

—¡Alcolea! —le despertó.

—¿Eh? ¡Perdón, señor comisario! —dijo azorado el ayudante.

—Vaya, váyase a casa o a donde le parezca, Alcolea. Ya ha trabajado bastante por hoy.

Si podía, Arróniz solía dejar libre a Alcolea los domingos antes de las seis, hora reglamentada para cerrar el despacho al público. También lo hacía algún otro día de la semana para recompensar la buena disposición del joven, que nunca discutía si tenía que trabajar más horas de las establecidas. Aunque estaba soltero, tenía una prometida a la que atender y con la que tenía planeado contraer matrimonio ese verano.

—Gracias, señor comisario —respondió Alcolea, disfrutando de la idea de que podría pasar un rato en una sala de billar de la plaza de Santa Ana que solía frecuentar, antes de ir a buscar a su novia para sacarla a pasear.

—Mañana a las ocho, le quiero ver aquí —le recordó el comisario sin ninguna necesidad, puesto que Alcolea era muy puntual y cumplidor de sus deberes.

—Por supuesto. Hasta mañana. Por cierto, tiene un mensaje, se lo he dejado sobre la mesa.

—Está bien, gracias, hasta mañana.

Encontró el mensaje y lo abrió. Era de Elena. Lamentaba que no pudieran verse aquel día y le rogaba que le escribiera cuando sus obligaciones le permitieran concertar otra cita. Él también lo lamentaba, pero debía centrarse en su trabajo y sabía que ella lo comprendía perfectamente y le habría disculpado. Le había explicado muchas veces en qué consistían las labores de su cargo y que exigían una completa disponibilidad.

Arróniz no había conocido antes a una mujer como Elena. Inteligente, cultivada, alegre, desenvuelta, inconformista. Le suponía un reto permanente tratar de estar a su altura. La difunta esposa de Arróniz, Rosa, había sido completamente distinta. No

había tenido otra ambición que la de ocuparse de su marido, de su hijo, de su casa. Apenas había aprendido a leer y, aunque su marido le animara a compartir su afición por los libros, casi nunca leía. Como mucho, algún titular en un periódico. Pero había sido una buena esposa, una buena compañera, siempre preocupada por complacerle. Arróniz la había querido mucho. Se habían casado a los pocos meses de acabar la guerra civil. Le había impulsado a ello su madre. Su padre había fallecido poco tiempo atrás después de una dolorosa enfermedad. Su madre se quejaba de que también se había empezado a sentir vieja y enferma, aunque el médico le decía que no tenía nada. Preocupada por el futuro de su único hijo, cuando este pudo pasar un tiempo de descanso en Logroño le anunció directamente que debía casarse. Ya había cumplido veintisiete años, la mayoría de los hombres de su edad estaban casados. Ahora que la guerra había acabado era momento de sentar la cabeza. La propia madre le sugirió con quién debía hacerlo. Con Rosa, la hija de los Menéndez, unos comerciantes con los que tenían amistad de toda la vida. ¿Rosa? Arróniz quedó sorprendido. Nunca se le hubiera ocurrido. Conocía a Rosa desde pequeña, aunque pocas veces había hablado con ella. Le parecía una muchacha agradable, pero hacía tiempo que no la había visto. Decidió buscarla, recordar cómo era y pensarlo. Hizo una visita a la tienda de los Menéndez. Le sorprendió volver a ver a Rosa. La recordaba como una niña, pero mientras él hacía la guerra ella se había convertido en una mujer. Una mujer hermosa, con una mirada cálida y una bonita sonrisa. Lo pensó sólo unos pocos días y comunicó a su madre que aceptaba, que arreglara su compromiso con sus padres, si es que ella le aceptaba. Rosa se sintió muy halagada al recibir la proposición y aceptó de inmediato casarse con aquel soldado tan apuesto en su uniforme. En pocos meses se casaron y, un año más tarde, tuvieron un hijo al que llamaron también Pedro. La madre de Arróniz, viendo cumplidos sus deseos y asegurada la sucesión familiar, partió a reunirse con su esposo, apenas le había sobrevivido tres años.

Libre de las obligaciones que le había supuesto el cuidado de su madre, de salud delicada en sus últimos años, Arróniz comenzó a pensar en pedir destino en Cuba, tierra que únicamente conocía por los libros. Había tenido la suerte de ser destinado en Logroño poco antes de casarse, pero acostumbrado a las emociones fuertes de la guerra civil pronto comenzó a aburrirse de la rutina del cuartel. Rosa se sorprendió ante la idea. ¿Para qué irse a Cuba, con lo bien que vivían en Logroño? Arróniz había liquidado el comercio de su padre y después de pagar las deudas, acrecentadas durante la enfermedad que le llevó a la muerte, apenas dejó unos pocos ahorros, pero había podido conservar la casa, una casa sobria pero cómoda y bien situada. Un buen lugar para criar a su hijo y en el que tener más hijos, pensaba Rosa. En la ciudad donde tenían familia y amigos. A pesar de ello, observando la ilusión que le hacía a su esposo partir en busca de aventuras, acabó cediendo.

El regreso de Arróniz de Cuba no pudo ser más triste. Su mujer y su hijo, este recién cumplidos los seis años, murieron allí de fiebre amarilla. El propio Arróniz

también contrajo unas fiebres y, aunque sobrevivió a ellas, vio deteriorada su salud. Desmoralizado y sin ilusiones ya por la vida militar, pidió la licencia que le fue concedida con el empleo de subteniente y una piadosa pensión de retiro por enfermedad de tres mil reales al año. Sin familia con la que reunirse, deambuló algunos meses entre Logroño y Madrid sin saber muy bien a qué dedicarse. Descubrió que por la Corte pululaba también una gran multitud de pretendientes a conseguir alguna ocupación del Estado y una no menor multitud de aspirantes a establecerse con algún negocio. Tuvo la suerte de encontrarse de nuevo con Arteta, que le recomendó para el nombramiento como comisario. Gracias a él había empezado a superar aquella época tan amarga de su vida.

Arróniz se sentía a menudo doblemente culpable. Por haber llevado a Rosa y a su hijo a Cuba y por estar iniciando —confiaba, deseaba, que así fuera—una relación con otra mujer. Aunque se repetía a sí mismo que no tenía por qué sentirse culpable por lo segundo, ya que Rosa lo hubiese aprobado. Lo sabía con seguridad porque, en una ocasión, habían hablado de ello. Acababan de comentar la muerte de un antiguo compañero de armas de Arróniz que había dejado viuda y tres hijos. Había tomado parte en el frustrado asalto al Palacio Real para derribar a Espartero dirigido por el general Diego de León, que acabó fusilado, igual que los generales Montes de Oca, sublevado en Bilbao, y Borso de Carminati, en Zaragoza. El general O'Donnell, que se sublevó al mismo tiempo en Pamplona, tuvo más suerte y pudo huir a Francia, y, un par de años más tarde, encabezaría otro pronunciamiento junto con Narváez que sí acabó con la regencia de Espartero y que le devolvió a su empleo en el Ejército. Así de injusto y caprichoso es el destino, había reflexionado Arróniz en voz alta. Tras esas cavilaciones había preguntado a su mujer si se casaría de nuevo si se quedara viuda, algo muy posible siendo la esposa de un militar, el país estaba lleno de viudas de militares. Ella no supo qué contestar y él le dijo que en ese supuesto debía casarse de nuevo, que el Ejército era muy tacaño y que, en el mejor de los casos, le dejaría una pensión miserable. Que se buscara un marido con dinero que le asegurara la vida. Ella contraatacó preguntando qué haría él en caso de quedarse viudo. Él tuvo que decir galantemente que nunca la olvidaría y que no miraría jamás a otra mujer. Ella le dijo que haría mal, que debía aprovechar la ocasión para tratar de hacer un mejor matrimonio. Entre risas, hicieron un pacto solemne. El que quedara viudo debía buscar un buen partido y casarse de nuevo.

Cuando ella estaba en su lecho de muerte, presa de la fiebre amarilla y presintiendo la cercanía de la Parca, le recordó el pacto. Búscales una madre a Pedrito, le dijo. Arróniz no pudo hacer otra cosa que llorar, no quería decirle, no se sentía capaz, que el niño acababa de morir de las mismas fiebres. Después de la muerte de Rosa no pensó en buscar otra mujer. Estaba demasiado abatido. Se dijo que nunca encontraría otra por la que sentir lo mismo. Cuando estuvo instalado en Madrid y en el cargo de comisario, su ánimo mejoró y volvió a fijarse en las mujeres, aunque se sentía muy torpe e ignorante ante las costumbres de la sociedad madrileña. Buscó

consuelo alguna vez en una casa de mancebía, cuidando de que no fuera una de las de su distrito que estaba obligado a vigilar, pero el amor mercenario no le satisfacía. Echaba de menos tener compañía, la compañía que había supuesto Rosa, el refugio del guerrero al volver a casa cada tarde desde el cuartel, o al volver después de varios días de ausencia y de acción.

Había conocido a Elena gracias a Fermín Arteta, al que por ello estaba eternamente agradecido, incluso más que por haberle procurado empleo. Arteta le había invitado en más de una ocasión a acompañarles a él y a su esposa, doña Josefina, a pasear por el Salón del Prado el domingo al mediodía. Los miembros de la buena sociedad de la Villa y Corte acostumbraban a dejarse ver allí en mayor número que en las tardes de entre semana con sus mejores galas, unos exhibiendo sus carruajes y monturas, otros yendo y viniendo a pie a lo largo del paseo hasta el Jardín Botánico, saludando a los conocidos y deteniéndose a conversar con los más allegados, o buscando un asiento libre para descansar y ver desfilar a los paseantes. En esos paseos, se fraguaban lo mismo succulentos negocios que conspiraciones políticas, amores que desamores. Las clases más populares preferían pasear por el Retiro, el Campo del Moro, la Montaña del Príncipe Pío o, ya extramuros, por Chamberí.

Arróniz solía sentirse un poco incómodo, no estaba acostumbrado a la etiqueta ni a las ceremonias de las clases acomodadas, pero por gratitud a su benefactor aceptaba la invitación de vez en cuando. Uno de aquellos domingos le fue presentada Elena. Paseaba con su hermana y con su cuñado, con los que vivía desde que se había quedado viuda. Su cuñado era abogado, viejo conocido de Arteta y compañero de partido. Tras las presentaciones, Arteta les invitó a acompañarles en el paseo a pie con la excusa de que había algunas noticias que quería comentar con su amigo, y emparejó a Arróniz con Elena.

—Estoy seguro de que tendrán ustedes mucho de qué hablar porque ambos son muy aficionados a la lectura —les dijo.

Uno de los motivos por los que Arteta y Arróniz habían hecho cierta amistad durante la guerra, siendo uno capitán y el otro cabo, era precisamente la afición de ambos a la lectura. A Arteta, que procedía de una familia de antiguo linaje, que había pasado por la Academia del Real Cuerpo de Ingenieros de Alcalá y era un oficial culto, le sorprendió ver que Arróniz solía llevar un libro en su mochila y que en algunos ratos libres se dedicaba a leer. La mayor parte de los soldados no es que no tocara nunca un libro, es que ni siquiera sabía leer. Se interesó por esa afición, y más cuando comprobó que, en ocasiones, el cabo leía libros en francés. Solamente quienes tenían estudios solían ser capaces de hablar y de leer en francés. Arróniz le explicó que la afición se la había contagiado su padre, un gran lector y persona muy instruida pese a no haber tenido otros estudios que los de la escuela de primeras letras de su pueblo. En su juventud había sido enviado a Francia, a Toulouse, donde aprendió el oficio de comerciante en paños y, también, la lengua francesa. Tuvo la suerte de

trabajar en un establecimiento cuyo patrón era un hombre ilustrado, en todos los sentidos de la palabra, que le tomó bajo su protección. Tenía una amplia biblioteca donde Arróniz padre pudo leer a Voltaire, Rousseau, Diderot, Robespierre, Rabelais, Descartes, Fénelon, Madame de Sévigné... Era la época de la Revolución y no había libros prohibidos, como los había en España. Antonio Arróniz llegó antes del golpe de Brumario y dejó Francia poco después de la coronación de Napoleón. Volvió a España completamente convertido a las nuevas ideas y más tarde tuvo buen cuidado de instruir en ellas a su hijo. También se preocupó de enseñarle francés y le envió una temporada a Toulouse, al mismo comercio donde él había sido aprendiz, aunque Arróniz hijo decidió no seguir la profesión de su padre y a su vuelta prefirió enrolarse como soldado.

—¿Qué está leyendo usted en estos momentos? —le preguntó Elena apenas Arróniz le ofreció su brazo para pasear detrás de Arteta y de sus acompañantes.

—Las memorias de Vidocq. ¿Las conoce?

Mémoires de Vidocq, en francés, había sido un regalo que le había hecho Arteta poco después de ser nombrado comisario de Protección y Seguridad Pública. Le había explicado que Eugène-François Vidocq había sido un desertor y delincuente condenado y huido de varias prisiones que, de forma sorprendente, pasó a convertirse en informador de la Prefectura de Policía de París y, con el tiempo, en jefe de una unidad llamada Brigade de la Sûreté cuya creación él mismo propuso y que se dedicaba a la investigación criminal. Se componía de una docena de investigadores de los que muchos también habían sido delincuentes. Más tarde, abandonó la policía y creó un Bureau des Renseignements, una oficina privada de investigación.

—Es posible que obtenga usted algunas enseñanzas de sus memorias —le había dicho Arteta—. Vidocq se ha convertido en el modelo a imitar para todas las modernas organizaciones de policía.

Arróniz no quiso decir a Arteta que hacía tiempo que no leía en francés y que lo tenía algo olvidado. Por no defraudarle, se puso a la trabajosa tarea de leer los cuatro tomos de las memorias de Vidocq, publicadas en 1829, pertrechado con un diccionario de francés que tuvo que comprar. A saber dónde había acabado su viejo diccionario, el que trajo su padre de Toulouse y que empleaba para enseñarle la lengua francesa, perdido de vista desde que cerró su casa de Logroño para ir a Cuba. De la antigua biblioteca de su padre sólo habían llegado a su casa de Madrid dos folletos impresos que aquel había tenido en mucha estima: la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 y la Constitución de Cádiz de 1812.

—¿Vidocq? Me suena, he oído hablar de él, pero no he leído sus memorias. ¿Son interesantes? —le preguntó Elena.

—Son interesantes y muy instructivas para mi trabajo. Yo soy nuevo en el oficio de comisario, ¿sabe? Todavía estoy aprendiendo.

Arróniz tuvo así ocasión de hacer a Elena el relato a grandes rasgos de su vida y de cómo, a la vuelta de América y gracias a Fermín Arteta, había obtenido el cargo de

comisario. Ella le hizo muchas preguntas sobre Cuba, tenía mucha curiosidad por aprender sobre cualquier tema. Le horrorizaba, tanto o más que a él, la esclavitud, que era una de las cosas que más le habían chocado a él en la isla. En un momento dado, le preguntó descaradamente:

—No será usted del partido de mi cuñado y del señor Arteta.

—No, en absoluto —acertó a responder, sorprendido, Arróniz.

—Espero que tenga un criterio político más... avanzado que ellos.

—Eso creo —dijo él con cautela.

—Me alegro —dijo ella, sonriente.

Elena también le contó algunas cosas de su propia vida, aunque le advirtió que había sido mucho más aburrida. Había vivido siempre en Madrid, se había casado con un comerciante y había enviudado muy prematuramente sin tener hijos. Tras quedar viuda, se vio demasiado joven para permanecer ociosa, tocando el piano o recorriendo salones dedicada a las visitas y a las tertulias, como hacían tantas mujeres de su posición, y quiso buscar alguna ocupación más provechosa. Ya que había recibido una esmerada educación en el colegio de las Salesas Reales, que luego había ido ampliando a base de lecturas, decidió sacarse el título de maestra. A falta de las escuelas normales previstas por ley, pero todavía no creadas en aquella época, para ser maestra solamente se exigía pasar un examen oral ante una comisión provincial sobre religión y moral, lectura, escritura, cuentas y labores propias de su sexo, «especialmente las más usuales y útiles para las familias pobres», decía el reglamento según le explicó ella entre risas. El estado de la educación para las niñas y la escasa preparación que tenían las maestras le parecían terribles, según expuso a Arróniz con mucha convicción. También se quejó de que las mujeres no pudieran realizar estudios superiores, una idea que al comisario le pareció demasiado audaz.

—¿No cree usted en la igualdad de derechos de las mujeres? —preguntó ella.

—No sé si todavía es el momento... —dijo él, confundido. En realidad, no había pensado mucho sobre ello.

—¿No será usted de esos que todavía creen en aquello de Lope de Vega, que si una mujer sabe coser, hilar y remendar qué necesidad tiene de saber gramática o de componer versos?

—No, me parece muy bien que las mujeres también sepan gramática y compongan versos —se defendió él.

—Le aseguro que algún día conseguiremos los mismos derechos que los hombres. Incluso votar, o formar parte del Gobierno. Al fin y al cabo, ya tenemos una reina, como la tienen también en Inglaterra y en Portugal. ¿Por qué no una mujer como presidenta del Consejo de ministros?

—No le digo que no, pero creo que falta mucho para eso —acertó a decir Arróniz, sorprendido de que ella defendiera ideas tan extremas.

Cuando se despidieron, ella le hizo una promesa.

—Le voy a hacer un regalo. Con una condición.

—La que usted quiera.

—Le voy a enviar algo para leer. No creo que esté preparado para leer a Mary Wollstonecraft...

—¿Quién? —preguntó él, sorprendido.

—Mary Woll-stone-craft —remarcó ella el nombre procurando pronunciar con claridad—, una escritora inglesa del siglo pasado, autora de una *Vindicación de los derechos de la mujer*. Aunque también una española, Josefa Amar y Borbón, por la misma época, publicó un Discurso en defensa del talento de las mujeres manteniendo que si las mujeres tuvieran la misma educación que los hombres harían tanto, o más, que ellos, y, hace poco, Gertrudis Gómez de Avellaneda que, por cierto, también vivió en Cuba y escribió una novela contra la esclavitud, ha publicado un ensayo sobre la capacidad de las mujeres para el gobierno.

—No las conozco.

—No se preocupe, casi nadie las conoce, por desgracia —un halo de desánimo pasó por el rostro de Elena—. Le voy a proporcionar una lectura más adecuada para usted.

—Muy bien —Arróniz se sentía devorado por la curiosidad, nunca había hablado de libros con una mujer y no acertaba a adivinar qué lectura podría proponerle.

—Pero luego tendremos que vernos para comentarla.

Arróniz aceptó encantado. Se sentía atrapado por el encanto de aquella mujer de cabello moreno, profundos ojos negros y sonrisa traviesa con la que no había tenido que hacer ningún esfuerzo para saber de qué hablar. Y con la que había acordado una futura cita de la forma más natural. O tal vez no tan natural. A Arróniz se le ocurrió que Arteta había actuado a conciencia como casamentero, quizás en complicidad con sus amigos, la hermana y el cuñado de Elena. Cuando más tarde le preguntó si así había sido, sólo obtuvo una carcajada como respuesta.

Al día siguiente, recibió en la comisaría un sobre grande que llevaba escrito su nombre. Contenía un ejemplar de un periódico francés del año anterior, *La Démocratie Pacifique*, y una nota de ella. «Ya que lee usted en francés, le envío la traducción de un relato de un escritor norteamericano muy popular en Estados Unidos y Gran Bretaña, pero apenas conocido en otros países, que justo ahora empieza a ser traducido del inglés. Como verá, inspirado en su colega Vidocq. Avíseme cuando lo haya acabado y me dará su opinión. Por cierto, no sé si este periódico socialista es legal en España, quizás tenga usted que detenerme». El folletón incluido en el periódico se titulaba *L'Assassinat de la rue Morgue* y llevaba la firma de un tal Edgar Poe de quien Arróniz no había oído hablar. Lo leyó ávidamente en un par de días, ayudado de su diccionario. Dejó pasar otros dos días y escribió un mensaje a Elena que envió a la dirección que ella le había indicado en su nota. «Una historia magnífica, pero el caballero Dupin no me gusta. Le daré mi opinión el domingo si quiere pasear conmigo por el Prado». Ella aceptó y el domingo pasearon solos comentando el relato.

—Ese tal Auguste Dupin es completamente irreal. Nadie es capaz de obtener deducciones con tanta facilidad —argumentaba Arróniz.

—Sin embargo, dicen que el personaje está inspirado en el propio Vidocq —replicó ella—. Aunque en el texto se le critique, considerando que actúa con demasiado ardor, que daña su visión por mirar el objeto de investigación desde demasiado cerca y que se equivoca demasiado.

—Resulta muy exagerado. Sacar conclusiones de los hechos reales es una tarea muy complicada. Se lo digo yo, que, aunque lleve poco tiempo de comisario, también tengo que investigar.

—La literatura exige siempre un poco de exageración —rebatía ella.

Pronto se convirtió en una costumbre quedar los domingos para pasear y, en ocasiones, para prestarse libros mutuamente que luego podrían comentar. Arróniz esperaba con impaciencia aquellos encuentros y ella parecía disfrutar igualmente de su compañía. Elena se leyó también las memorias de Vidocq, que incorporaron como un tema habitual en sus conversaciones. Más adelante, empezaron a prolongar el paseo con la comida, para entonces ya habían pasado al tuteo. El primer día en que lo hicieron, Arróniz sugirió que tendría que pedir el permiso de su cuñado ya que Elena vivía en su casa.

—¡Ni se te ocurra! —protestó ella—. Yo no necesito el permiso de mi cuñado para hacer nada, y tú mucho menos.

—Es un deber de cortesía... —dijo él, pero fue inmediatamente interrumpido. Elena podía ser muy tajante en ocasiones.

—La cortesía únicamente me obliga a avisar a mi hermana y a mi cuñado de que no comeré con ellos en su casa. Y eso es lo que voy a hacer.

A Elena le repelían los convencionalismos sociales, aunque sabía ser exquisitamente correcta y educada cuando quería. Así que alcanzó a su hermana, que aquel día paseaba algunos pasos por delante, le comunicó que comería con Arróniz y se despidió sin esperar a comprobar si le ponían buena o mala cara. Arróniz, unos pocos pies por detrás, sí vio que el cuñado ponía gesto hosco y la hermana cara de resignación. Estaba acostumbrada a las ideas y modales inconformistas de su hermana pequeña.

Un tiempo después, ya no solamente se veían los domingos sino algún que otro día entre semana, cuando Arróniz estaba un poco más libre de sus obligaciones de comisario. Iban a comer juntos, paseaban, o asistían a algún concierto o al teatro, a veces, al palco que, como cualquiera con pretensiones de lucimiento social, tenía reservado el cuñado de Elena. En alguna ocasión, acudieron a un baile o a una tertulia en los salones de alguna de las distinguidas amistades que formaban parte de su círculo habitual. Aquellos acontecimientos sociales todavía imponían un poco a Arróniz, no acostumbrado a frecuentarlos, pero cada vez los disfrutaba más, sobre todo por la compañía de Elena. No habían hablado todavía de contraer ningún compromiso, no se habían confesado aún sus sentimientos, pero el comisario poco a

poco se sentía más incapaz de imaginar el futuro sin ella. Cada una de las últimas veces en que se habían visto, había pensado declararle sus sentimientos, pero no se había decidido a hacerlo. La próxima vez, se decía a sí mismo.

Dado que, por el momento, no había asuntos urgentes que atender y la tarde del domingo iba a resultar tan tranquila como había previsto inicialmente, en lugar de quedarse en el despacho, Arróniz prefirió tomar asiento en un sillón del salón con intención de reflexionar sobre los sucesos del día. En un breve lapso cayó dormido, víctima del sopor de la digestión. Le despertó la llegada de doña Carmen.

—¡Don Pedro! ¡Buenas tardes!

—¿Qué? ¡Ah! Buenas tardes —contestó ligeramente confuso. Miró por la ventana, hacia el patio. La tarde languidecía y empezaba a faltar la luz. Miró su reloj. Eran casi las seis y media.

—¿Ha pasado buen día? Ya veo que muy tranquilo —dijo doña Carmen, mientras encendía con un fósforo una de las lámparas de la habitación.

—Sí, sí, tranquilo —respondió Arróniz, pensando que, en realidad, no había sido nada tranquilo—. ¿Y qué tal le ha ido a usted?

—Muy bien, ha sido un día estupendo para pasear. ¿Quiere que prepare ya la cena?

—Sí, gracias.

A Arróniz le gustaba comer y cenar pronto. No le agradaba la costumbre de las clases acomodadas madrileñas de retrasar las horas de las comidas, de acostarse tarde y de no madrugar. Mientras doña Carmen se afanaba en la cocina, salió a la calle a tomar el aire y contemplar la luz del atardecer. Luego volvió a sentarse en su sillón y estuvo leyendo hasta que la cena estuvo preparada. En ese momento, leía *El padre Goriot*, una novela de Honorato de Balzac en una traducción al castellano publicada hacía pocos años, que le había prestado Elena. Esperando, sobre la mesa, tenía una novela histórica, *Doña Blanca de Navarra*, que le había prestado Fermín Arteta y cuyo autor era un periodista paisano y amigo suyo, Francisco Navarro Villoslada, director del periódico conservador *La España*, al que algunos entusiastas críticos comparaban con Walter Scott o incluso con Balzac. Arróniz desconfiaba de juicios tan entusiastas, pero se sentía obligado a leer la obra y a darle una opinión a Arteta.

Habían acabado de cenar hacía ya un rato, eran más de las ocho y media, y, desde una hora antes, estaba oscuro, cuando llamaron a la puerta. Arróniz supuso que tenía que ser Rodríguez.

—Deje, voy yo, espero visita —dijo a doña Carmen que había hecho gesto de ir hacia la puerta. Cerró la puerta del despacho a su espalda antes de abrir la puerta de la calle. Aunque tenía plena confianza en doña Carmen, no hacía falta que viera a su visitante ni que supiera de qué asuntos se ocupaba.

Abrió la puerta y, efectivamente, allí estaba Rodríguez, vestido de paisano. Le hizo pasar y se sentaron ambos en el despacho.

—Dígame qué ha resultado de su gestión.

—Como le dije, cuando empezó a caer la tarde fui al café que frecuenta mi colega Patiño y, como esperaba, allí le encontré —el celador hablaba con satisfacción—. Le dije que pasaba casualmente por el barrio, que había vuelto a la ciudad entrando por la Puerta de Toledo y que se me había ocurrido asomarme porque quizás podría darme alguna información. Me invitó a beber con él y respondió a mis preguntas de buen grado.

—Cuénteme.

—Conoce la casa de la calle de los Cojos y a la tal Tomasa. Dice que la tiene bien vigilada porque regenta una casa de huéspedes por la que pasa mucha gente a la que no hace preguntas y a la que no siempre se toma la molestia de inscribir en el padrón de forasteros. Le dije que buscaba noticia de dos sospechosos relacionados con un atraco con muerte cometido en mi barrio. Conocía también de nombre al Cayetano, se sorprendió de que pudiera estar en Madrid y alojado en su barrio. No sabe que ha muerto. Le he dado los nombres de ambos, de Cayetano García y de Juan Arribas, y se ha comprometido a indagar sobre ellos, si alguien del barrio les conocía y le pueden dar más información. En cualquier caso, he quedado con él mañana a las nueve para ir juntos a interrogar a la Tomasa.

—Muy bien —respondió Arróniz, satisfecho de que la investigación empezara a estar encauzada.

—He pensado que, si quiere, venga usted también. Patiño no desconfiará, una vez que le he contado lo del atraco en nuestro distrito, cuando le diga que tiene usted interés en seguir el caso ya que el Cayetano es un delincuente muy conocido.

—Buena idea.

—Aunque será mejor que vayamos de paisano, sin uniforme, para pasar más inadvertidos y darle más carácter extraoficial a la visita.

—Me parece bien, Rodríguez, así lo haremos —el comisario empezó a sentir la impaciencia por entrar en acción—. Pásese por aquí mañana, a eso de las ocho y media, e iremos juntos. Pediré un coche para ir y volver, y ahorrar tiempo —dijo Arróniz calculando que tendrían que recorrer cerca de un tercio de legua por calles muy concurridas a esa hora de la mañana, cuando la ciudad se ponía en marcha y, por sus puertas, entraba una gran cantidad de personas y de mercancías que se dirigían hacia los barrios más céntricos.

Se despidieron. Rodríguez partió hacia su casa y Arróniz hacia su sillón, donde leyó otro rato a la luz del quinqué antes de irse a dormir.

El comisario Arróniz se despertó sobresaltado. Un negro enorme se abalanzaba sobre él blandiendo un machete con el cual le quería abrir en canal. Era una pesadilla recurrente que se había traído de Cuba. Había solicitado, acabada la guerra civil, destino en esa isla de las Antillas, uno de los pocos territorios que quedaban del antiguo imperio español en América, suponiendo que tendría más posibilidades de encontrar acción y, quizás, de obtener un ascenso que en la pacificada Península. Una vez allí, las cosas no fueron como esperaba. Para su disgusto, tuvo que intervenir en la represión de las insurrecciones de los esclavos negros que se sucedieron prácticamente durante todos los años que permaneció en tierras caribeñas, especialmente brutal desde la llegada de O'Donnell como capitán general, y que fue acompañada también de la persecución contra los blancos abolicionistas a los que se presentaba como agentes de los ingleses. Arróniz, como liberal convencido, no comprendía cómo podía seguir tolerándose la esclavitud y que, en 1837, con un gobierno progresista, su abolición se hubiera limitado a la Península, islas adyacentes y posesiones africanas, manteniéndola en los dominios americanos. Lamentaba que durante la regencia de Espartero los enunciados propósitos de acabar con el tráfico de esclavos hubieran quedado en nada; su admiración por el general no había desaparecido, pero había quedado empañada. Tenía la sensación de estar combatiendo en el lado equivocado. Le producían profunda aversión los terratenientes que poseían esclavos y sentía simpatía por estos. Entendía que lucharan por su libertad, incluso por medios violentos.

Durante la guerra civil también había llegado a sentir simpatía por algunos de sus enemigos, pero nunca dudó de estar en el bando correcto. Cuando se alistó, estaba deseoso de luchar contra los carlistas a los que consideraba unos exaltados absolutistas que oprimían la causa de la libertad y de los derechos del hombre, y con los que había que acabar a toda costa. Imaginaba un ejército enemigo compuesto por rancios aristócratas y clérigos fanáticos que defendían sus privilegios por encima de los intereses de la nación y que pretendían seguir viviendo a costa de la mayoría de los ciudadanos. En el campo de batalla, conoció a otros enemigos muy distintos y, sobre todo, al tener que vivir en sus pueblos, llegó a comprender sus motivos para luchar. La mayoría de los soldados eran campesinos, gente modesta como la de su propia familia. En los pueblos de Navarra y de las provincias vascongadas, de donde salían los voluntarios carlistas, no miraban con buenos ojos al ejército de la reina que supuestamente luchaba por su libertad. Sólo veían unas tropas que invadían sus casas para alojar a los soldados y que les saqueaban. Requisaban su trigo, su vino, su leña, su ganado, sus caballos, a cambio, en el mejor de los casos, de unos recibos de dudoso valor. En las zonas donde se empleaba la lengua vasca, con frecuencia ni siquiera eran capaces de entenderse con los soldados isabelinos. Pero, sobre todo,

identificaban a las tropas de la reina con quienes les iban a privar de las tierras de las que vivían. La mayor parte de los campesinos trabajaban parcelas del común de los pueblos o de la Iglesia. La desamortización de esos bienes que promovían los liberales era el mayor banderín de enganche de los carlistas. Arróniz entendía que aquella gente se aferrara a su modo de vida, los grandes discursos de quienes sacaban a subasta las tierras de las que vivían no les decían nada. En todo caso, Arróniz seguía pensando que acabar con el absolutismo era necesario. No sabía cómo, pero tras la guerra habría que solucionar la cuestión de las tierras. Habría que corregir los errores que cometía el Gobierno y tomar medidas a favor de los campesinos, para frenar los abusos de los terratenientes que compraban las tierras desamortizadas. A la larga, también los campesinos carlistas entenderían las ventajas del régimen constitucional. Con esa esperanza, combatía. En cambio, en Cuba, Arróniz no podía decirse a sí mismo que con el tiempo los esclavos entenderían que se mantuviera la esclavitud.

No le gustaba acordarse de Cuba, pero, de vez en cuando, volvía a aparecer en sus sueños más angustiosos. En el fondo, se arrepentía de haber ido allí y se sentía culpable de haber arrastrado a su mujer y a su hijo de pocos meses. A ella no le había gustado la idea, pero no había querido llevar la contraria a su marido y se había resignado. Había sido una mala decisión desde el principio y la había pagado con la vida de su mujer y de su hijo, se decía a sí mismo. Solamente el hecho de pensar en su estancia en Cuba le entristecía profundamente.

Después del desayuno, Arróniz se instaló en el despacho. En lugar de su uniforme de comisario, se había puesto una levita azul y un chaleco de muaré blanco. Alcolea llegó puntual como siempre con la *Gaceta* del día. Mientras la leía, el comisario envió a su ayudante a pedir un coche de alquiler para medio día. Un gasto extraordinario, con la propina del cochero gastaría uno o dos duros, que no acostumbraba a hacer, ya que la mayoría de sus desplazamientos por la villa los hacía a pie. Trataba de ahorrar una buena parte de su sueldo con el sueño de retirarse algún día a su tierra y establecerse como propietario, además de que el médico le había recomendado andar como parte de la vida sana que constituía el único remedio de las secuelas que le quedaban de las fiebres que había padecido en Cuba. La lectura de las cuatro páginas de la *Gaceta* le llevó pocos minutos. Estaba impaciente por las gestiones que debía hacer esa mañana de lunes y encontró las noticias de escaso interés. El Ministerio de la Guerra confirmaba que, en Cataluña, la huida de los facciosos hacia Francia era general, así como la rendición y entrega de otros con sus armas acogidos a la generosidad del Gobierno. Ninguna noticia de Madrid.

Alcolea volvió enseguida informando de que, a las ocho y media, tendría el coche esperando en la puerta. Tanto el carruaje como Rodríguez, que había cambiado la levita azul abrochada con dos filas de botones dorados de su uniforme de celador por una casaca de color castaño y su sombrero redondo por otro calañés, fueron puntuales. Apenas algún minuto después, se ponían en marcha hacia la calle de los

Cojos, a la que llegaron poco antes de las nueve. Era una calle estrecha y sombría, tan sucia y tan mal pavimentada como todas las vecinas que formaban uno de los barrios más descuidados de la villa. Hasta allí llegaba tenuemente el olor de los mataderos ubicados junto a la Puerta de Toledo. Esperaron unos minutos hasta que apareció Patiño, el celador del barrio y conocido de Rodríguez.

—Sígueme, por favor, el portal de la Tomasa es ese de ahí —les indicó, una vez hechas las presentaciones y los saludos. Sobre el portal, se veía un balcón que en uno de sus extremos tenía anudada una hoja de papel blanco, la señal acostumbrada para indicar que se alquilaban habitaciones.

A un oscuro portal seguían unas no menos oscuras y estrechas escaleras que les llevaron al primer piso. Patiño llamó a una puerta que se abrió de inmediato. Tras de ella apareció una mujer mayor, bordaría los sesenta años, baja, delgada, muy poco elegantemente vestida en su ropa de faena, que miró a sus visitantes con gesto de desagrado.

—Buenos días, Tomasa —saludó Patiño, con familiaridad—. ¿Podemos pasar? Tenemos que hacerte unas preguntas.

Sin responder nada, la mujer abrió de par en par la puerta para que pasaran a una sala pobremente amueblada.

—Estos señores son el comisario del distrito del Prado y el celador del barrio de Carretas. Necesitamos que nos respondas a unas preguntas —insistió Patiño.

—Ustedes dirán —dijo ella con poco entusiasmo.

—Creo que tienes alojadas a dos personas que se llaman Cayetano García y Juan Arribas.

—No conozco a esas personas —respondió la mujer con tono hosco.

—Quizás se hayan alojado dando otros nombres —apuntó Rodríguez.

—No lo sé. ¿Cómo habría de saberlo? Por aquí pasa mucha gente.

—Mira, Tomasa, más te vale que colabores —le advirtió Patiño—. Sabes que te puedo cerrar la casa. Incluso puedo detenerte por ocultar a unos prófugos de la justicia.

—Yo no sé nada de prófugos —la mujer paseaba su mirada, desconfiada, de uno a otro de los tres hombres.

—A ver. Estos individuos a los que buscamos habrían llegado aquí hace un mes, o quizás un poco más —le explicó Patiño—. Uno de ellos tiene unos cuarenta años, de poca estatura, pero fornido, moreno. El otro es mucho más joven, unos veinte años. ¿Te suenan?

La mujer guardó silencio durante unos instantes y, finalmente, se decidió a hablar.

—Puede que sean ellos, dos huéspedes que tengo. Pero me dieron otros nombres.

—¿Cómo dijeron que se llamaban? —insistió Patiño. Arróniz y Rodríguez escuchaban con atención.

—El mayor de los dos se hace llamar Martínez. Sin más. Y el joven, Alcañiz. No me dieron nombres de pila.

—Arribas es de Alcañiz —observó el comisario.

—¿No les pediste documentación para inscribirlos en el padrón? —preguntó Patiño.

—No —respondió la mujer, incómoda.

—Sabes perfectamente que te puedo multar —amenazó el celador.

—No me acordé... —se excusó con poca convicción ella—. Y no sé apenas leer, me hago un lío con los papeles.

—¿Desde cuándo se hospedan aquí? —preguntó Patiño.

—Desde hace cosa de un mes. Cinco semanas, quizás, como mucho.

—¿Cuándo fue la última vez que les viste?

—El sábado por la mañana. Salieron y no han vuelto, no han dormido aquí las dos últimas noches —Arróniz y Rodríguez intercambiaron una mirada. Estaba claro que eran los sujetos que buscaban.

—¿Qué más sabes de ellos?

—Nada, no eran nada habladores. Me pagaban cada semana por adelantado y yo no les hacía preguntas.

—¿Recibían visitas?

—No, ninguna.

—¿No te dijeron a qué se dedicaban?

—Solamente me dijeron que estaban buscando trabajo.

—¿No les viste en compañía de otras personas?

—No. Bueno... —Tomasa dudó.

—Habla —le conminó Patiño.

—Una vez vi al que decía llamarse Martínez saliendo de una taberna con un caballero.

—¿Les viste bien?

—Perfectamente, como le veo a usted. Era al mediodía, había luz, y pasaron a mi lado, a no más de una vara.

—¿Cómo era el caballero?

—Alto, muy alto, entre seis y siete pies, con bigote, bien vestido. Llamaba la atención en un barrio como este.

—¿Qué taberna era esa?

—Está cerca de aquí, subiendo por la calle de Toledo, se llama El Gallego.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hará un par de semanas, o quizás algo más.

—¿Y no viste más veces a ese caballero?

—No, una sola vez.

—¿Sabes quién era?

—No, no lo sé, aunque esa noche me pareció oír a Martínez y a Alcañiz hablar de él y que le llamaban «el catedrático».

—¿Estás segura?

—Estoy segura de que mencionaban a alguien a quien llamaban así y me dio la impresión de que se referían al caballero que yo había visto con Martínez. Pero, en realidad, no sé quién es ese catedrático.

—¿No sabes su nombre?

—No.

—¿Y no les viste con nadie más?

—No. Suelen andar solos.

—Enséñanos su habitación.

La mujer les guió por el estrecho pasillo hasta la última puerta, que abrió para que vieran la habitación. Apenas había espacio para un par de catres, un baúl y una silla. Patiño echó un vistazo y preguntó:

—¿Dónde están sus cosas?

—Vinieron sin otro equipaje que un hatillo. Supongo que estará en el baúl.

Patiño abrió el baúl y fue sacando algunas prendas de vestir que depositó sobre uno de los catres. No parecía haber nada más.

—¿Sabes si tienen armas?

—No, no, yo no les he visto llevar armas —la mujer elevó la voz con gesto de indignación.

Se dirigieron todos por el pasillo hacia la salida.

—¿Dónde suelen comer? —preguntó Patiño a la Tomasa—. ¿Comen aquí?

—No, nunca comen aquí. Sólo me pagan por la habitación. Comen fuera. A veces en El Gallego, creo.

—Está bien. Esto es todo, por el momento. Pero la próxima vez que tengas huéspedes sin venir a cumplimentar el padrón, te aseguro que te cierro la casa. ¿Está claro?

—Está claro —respondió ella con malhumor.

Salieron de la casa y apenas habían comenzado a bajar por las escaleras cuando la Tomasa salió precipitadamente al rellano.

—¡Esperen! ¡Me he acordado de algo! —los tres hombres se detuvieron y volvieron su mirada hacia arriba.

—Dinos de qué se trata —dijo Patiño.

—El caballero. Martínez lo llamó «señor Jarauta».

—¿Estás segura?

—Sí, lo oí perfectamente cuando pasé a su lado. Señor Jarauta, le dijo, le tendré informado. Eso le dijo Martínez.

—Está bien, gracias por la información —respondió Arróniz.

La mujer volvió a entrar en su casa. Los tres hombres bajaron a la calle y se miraron entre sí. Arróniz hizo la pregunta.

—¿Conocen a alguien apellidado Jarauta?

Los otros dos movieron la cabeza en sentido negativo.

—Pero es una pista. No es un apellido común. No puede haber muchos en Madrid —señaló con optimismo Rodríguez.

—Así es. A mí no me suena nadie llamado así... —confirmó Patiño.

—Está claro que tenemos que buscar un caballero alto, con bigote y que se apellida Jarauta —concluyó Rodríguez.

—¿Creen que está implicado en los delitos por los que persiguen a esos individuos? —preguntó Patiño.

—Es posible, es posible. En cualquier caso, nos interesa identificarlo para hacer la comprobación —respondió rápidamente Rodríguez. No quería dar más información de la necesaria a su colega Patiño.

—Convendría ir a preguntar a esa taberna —observó Arróniz.

—Cierto, la única pista que tenemos nos lleva allí. Quizás sepan algo de estos individuos. Conozco al tabernero. No me fío mucho de él, pero es lo suficientemente listo como para saber que le conviene colaborar —dijo Patiño.

Indicaron al cochero que subiera por la calle de Toledo, muy animada con multitud de puestos de venta y carros que transportaban mercancías, y no tardaron en ver una taberna que, sobre la puerta, tenía un letrero indicando que era El Gallego. Dejaron el carruaje en la calle y entraron. A esa hora de la mañana no había todavía clientela. El local apenas estaba alumbrado por la luz que entraba por una sola ventana. No se veía a nadie, así que Patiño golpeó una de las mesas con su bastón de puño de marfil y dio unas voces.

—¡Buenos días! ¿Hay alguien?

Por una puerta apareció el tabernero, un hombre pequeño, de mediana edad, que se limpiaba las manos en un delantal.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó con acento gallego; de pronto reparó en Patiño y se dirigió a él—. ¡Señor celador! A sus órdenes.

—Mira, Castro, necesito que respondas a unas preguntas. Estos señores son el comisario del distrito del Prado y el celador del barrio de Carretas. Estamos investigando el paradero de unos malhechores peligrosos.

—Les ayudaré en todo lo que pueda, señor celador —dijo el tabernero, con gesto de preocupación—. Por favor, tomen asiento. ¿Quieren tomar algo?

—No, gracias, sólo que respondas a lo que te vamos a preguntar —rechazó Patiño, mientras todos se sentaban en torno a una mesa; el tabernero abrió otra ventana para que entrase algo más de luz—. Tenemos entendido que por aquí suelen venir dos individuos que se alojan en casa de la Tomasa.

—Suele venir mucha gente que se aloja con la Tomasa... —respondió cautamente Castro.

—A ver si te suenan estos nombres. Cayetano García —probó Patiño. Todos miraban con atención al mesonero, que no mostró ninguna emoción al oír el nombre.

—Me suena como un famoso bandolero. Que yo sepa, nunca ha estado aquí.

—Supongo, entonces, que tampoco conoces a un tal Juan Arribas.

—No, señor, tampoco.

—Está bien. A ver si los conoces por estos otros nombres. Martínez y Alcañiz. Un sujeto bajo de unos cuarenta años, y otro mucho más joven.

—¡Ah, sí, ahora sí! —exclamó Castro—. Suelen venir de vez en cuando. Desde hace unas semanas, desde que se hospedan con la Tomasa.

—Vale, ya nos vamos entendiendo. En realidad, el tal Martínez no se llama Martínez. Es Cayetano García.

—¡No me diga! —Castro se mostraba sorprendido y preocupado—. ¡No sabía nada!

—¿Qué me puedes decir de él?

—Poca cosa, señor celador. Se lo juro —el hombre levantó la mano para dar más énfasis a su afirmación—. No es un individuo que hable mucho. Simplemente viene a comer o a beber, algunas veces él solo, otras veces con el joven.

—¿Nunca dijeron de dónde venían, o a qué se dedicaban?

—No me han contado nada, aunque alguna vez yo les hice alguna pregunta, simplemente por ser amable con ellos. Sólo me dijeron que llevaban poco tiempo en Madrid y que buscaban trabajo. Les pregunté qué tipo de trabajo y me dijeron que cualquier trabajo. No les llegué a preguntar de dónde eran dado que se muestran muy poco comunicativos. No me parece que vengan del mismo sitio, Martínez... o sea, el que se hace llamar Martínez, tiene acento del sur, andaluz, o extremeño, en cambio el otro no, es otro acento, aunque habla tan poco que no soy capaz de decir de dónde.

—¿Qué más sabe de ellos?

—Nada más, se lo aseguro.

—¿Los ha visto alguna vez con otras personas?

—Suelen venir solos y no parecen tener ganas de hacer amigos.

—¿Nunca han estado con alguien más?

—No... —el mesonero hablaba con tono dubitativo— pero, espere, ahora que lo dice, en un par de ocasiones Martínez estuvo aquí reunido con un caballero. Me acuerdo porque me llamó la atención, no suelen venir caballeros de tal categoría.

—¿Qué más recuerda de ese caballero?

—Poca cosa... Vestía elegante. Más que los parroquianos habituales.

—¿Era alto?

—No sé decirle, lo vi sentado. No recuerdo haberle visto de pie —Castro entornaba los ojos y miraba al vacío, tratando de recordar—. Yo diría que no era bajo, eso sí.

—¿Llevaba bigote?

—Pienso que sí, pero no estoy muy seguro.

—¿Lo reconocería si lo volviera a ver?

—Es posible, pero no se lo garantizo.

—¿Sabe cómo se llama?

—No, señor. No oí ningún nombre.

—Está bien. De momento, nada más —concluyó Patiño.

—Le avisaré si los veo por aquí —se ofreció el tabernero.

—No creo que los vuelvas a ver —sonrió el celador—. Pero si, por casualidad, ves al caballero, házmelo saber.

—Pierda cuenta, señor celador.

—Esos dos individuos son peligrosos malhechores. Más valdrá que no nos haya ocultado nada, porque podría ser acusado como cómplice —dijo Arróniz, queriendo asegurarse de que el ofrecimiento de Castro para colaborar era sincero.

—¡Le juro que les he dicho todo lo que sé! —se inflamó el tabernero.

—Más valdrá que así sea —concluyó el comisario.

Salieron a la calle tras despedirse de Castro. Allí les esperaba el coche. Se despidieron, Patiño se quedaba en su barrio mientras que Arróniz y Rodríguez volvían al suyo.

—Si obtiene alguna información al respecto, haga el favor de comunicármelo —pidió Rodríguez a Patiño.

—No les quepa duda de que lo haré.

Subieron al carruaje y emprendieron el camino de vuelta entre el denso tráfico de coches que a esa hora subía desde la Puerta de Toledo hacia el centro de la villa. La mañana era más templada que los días anteriores, aunque estaba nublado, y el viento de la víspera se había calmado. El comisario se mostraba complacido.

—Esa puede ser una buena pista. El individuo al que Cayetano García llamaba «el catedrático» puede ser ese tal Jarauta. Antes o después daremos con él.

—Quizás, quizás, señor comisario —observó Rodríguez—. De todos modos, yo no me voy del todo tranquilo.

—¿Por qué razón?

—Tengo la sensación de que la Tomasa no ha dicho la verdad.

—¿Y por qué lo cree así?

—No lo sé exactamente. Algo me dice que miente. Llevo muchos años en esto, he interrogado a muchas personas, culpables, inocentes, víctimas, testigos, y creo que sé cuándo me mienten y cuándo me dicen la verdad.

—Y cree que no dice la verdad —observó preocupado el comisario.

—Eso me ha parecido. Ahora que lo pienso, cuando hemos llegado a su casa no ha mostrado la menor sorpresa. Parecía que esperaba la visita.

—¿Usted cree?

—La mayor parte de la gente que recibe en su casa la visita de un celador se sorprende, se alarma. La Tomasa no lo ha hecho. Me da la impresión de que esperaba nuestra visita y nuestras preguntas. Y si esperaba nuestra visita, era porque algo más sabe de sus huéspedes. Ha fingido no saber nada, pero quizás esté ya al corriente del tiroteo en el que murió el Cayetano.

—No sé, no sé... —dijo, confuso, Arróniz. Tenía mucha menos experiencia en aquellas labores que Rodríguez y le constaba el buen instinto de este. Pero no

acertaba a imaginar qué pudiera estar ocultando la Tomasa. Sus respuestas habían sido coherentes con lo que sabían por el interrogatorio de Juan Arribas—. ¿Y qué me dice del tabernero?

—No lo sé, no me ha dado mala impresión. Aunque con un gallego me resulta más difícil saber si dice la verdad.

—Así que podrían estar mintiéndonos...

—Es posible. Pero no hay forma de saber por qué, ni si la pista del tal Jarauta es buena o no.

—En todo caso, tendremos que seguirla.

—Sí, es la única que tenemos. De todos modos, si me lo autoriza, señor comisario, me gustaría hacer algunas averiguaciones más, discretamente, sobre la Tomasa y sobre la taberna de Castro.

—Por supuesto, siempre que sea discreto...

—Lo seré.

El cochero dejó al comisario Arróniz y al celador Rodríguez junto a la plaza del Ángel, de donde cada uno se dirigió a su casa. Arróniz encontró a Alcolea atareado, como de costumbre, con sus expedientes, pero de inmediato le dio las instrucciones que había ido meditando por el camino.

—Alcolea, deje lo que esté haciendo. Tengo algo importante que encomendarle.

—Sí, señor comisario, usted dirá.

—Quiero que localice a una persona que se apellida Jarauta. No sé más de él, salvo que se trata de un caballero de unos cuarenta años, y puede que sea profesor o catedrático, o algo así.

El ayudante tomaba nota de todo, aunque levantó la mirada del papel con gesto perplejo.

—¿Eso es todo?

—Es todo. No le puedo decir más, pero es importante que se ponga a ello de inmediato. Empiece por el padrón de vecinos del distrito, y siga por el de forasteros y extranjeros, aunque supongo que se trata de un español. Si no lo encuentra, visite las demás comisarías y pida que le ayuden, o permiso para examinar los padrones de sus distritos. Le firmaré una carta de presentación, si es necesario.

—Está bien —respondió Alcolea, con gesto de duda pero resignado, poniéndose en pie y dirigiéndose al armario donde se guardaban los gruesos tomos que contenían los padrones. Sin más datos que los que le había proporcionado el comisario, tendría que hacer una búsqueda página por página, ya que el padrón estaba ordenado por calles y no por apellidos. Un trabajo largo y tedioso, salvo que tuviera mucha suerte y el nombre le apareciera en las primeras páginas que se disponía a examinar.

Después de comer, Arróniz se dirigió a ver al jefe superior de policía. Había pasado el resto de la mañana atendiendo al celador de Cortes y Retiro, que había acudido a pedirle instrucciones sobre una serie de enojosos trámites sobre la expedición de pasaportes y a darle cuenta de diversos hechos producidos en su barrio, y al cabo de la ronda de capa que le puso al tanto de las últimas novedades y detenciones efectuadas. Poco antes de la una, Alcolea se había ido a comer informándole de que, por el momento, no encontraba ningún Jarauta. Comió con doña Carmen, él silencioso con la mente puesta en la investigación, ella, como solía hacer, relatando diversos chismes del barrio sin preocuparse de si el comisario escuchaba o no.

La jefatura de policía se ubicaba en la Casa de Postas de la calle de San Ricardo, en la parte trasera de la Real Casa de Correos que mantenía el servicio postal en la planta baja pero cuyos pisos superiores ocupaba el Ministerio de la Gobernación desde hacía un par de años. En el tejado, se había instalado una torre del telégrafo que gestionaba este ministerio para sus comunicaciones oficiales y que, desde hacía tres

años, unía, a lo largo de ciento diez leguas y a través de una línea de cincuenta y dos torres que transmitían sucesivamente las señales ópticas, Madrid con Irún. Desde esta localidad, se enlazaba con la red francesa que se iniciaba al otro lado del Bidasoa, lo que hacía posible comunicar Madrid con París en menos de seis horas. Otras líneas telegráficas similares se estaban construyendo para unir la Corte con Andalucía y Cataluña. No faltaban quienes criticaban esta obra con el argumento de que estaba destinada a quedar obsoleta en pocos años, ya que en Francia estaban instalando el telégrafo eléctrico, un sistema mucho más moderno y rápido.

La Casa de Postas se hallaba a menos de diez minutos andando de la comisaría. Al llegar, Arróniz preguntó al salvaguardia que cuidaba de la puerta por el jefe superior y, enseguida, este le recibió en su despacho, sentado detrás de su escritorio, con un habano de a tercia entre los labios.

—¡Cuénteme, Arróniz! ¿Qué ha averiguado?

Enciso parecía impaciente por conocer las novedades.

—Parece que tenemos alguna pista, señor —respondió el comisario.

Arróniz le hizo un resumen de las gestiones que habían llevado a cabo aquella mañana. El jefe superior puso cara de preocupación.

—¿Está seguro de que esos celadores serán discretos? Ya le dijimos que no interesa que la noticia del atentado contra el ministro se extienda.

—Pierda cuidado. Ninguno sabe que la investigación tiene que ver con el ministro. Les he dado la información imprescindible, lo único que saben es que investigamos en relación con Cayetano García y su cómplice. Y, en todo caso, tienen instrucciones de no hablar más de la cuenta.

—En fin, parece que han encontrado ustedes una buena pista. Identificar a ese tal Jarauta no resultará difícil y, sin duda, es el instigador del atentado.

—Eso parece —dijo Arróniz, menos convencido que su superior de que se pudiera obtener ya esa conclusión con la suficiente certeza.

—Comuníquese conmigo en cuanto lo hayan identificado. Lo detendremos para interrogarle, por supuesto. Hay posibilidades de que este asunto se resuelva muy rápidamente.

—Es posible.

—Y otra cosa. El ministro de Comercio tiene interés en hablar con usted.

—Estoy a su disposición —respondió el comisario conteniendo su sorpresa. No era su costumbre tratar con miembros del Gobierno y en dos días era el segundo ministro que quería hablar con él—. ¿Cuándo?

—El ministro, me refiero al nuestro, al de la Gobernación, el conde de San Luis, me ha enviado una nota en la que me pide que se presente usted mañana a las diez en el Ministerio de Comercio, en la calle de Torija. Ya sabe, junto a la plaza de los Ministerios.

—Está bien.

—Supongo que quiere darle su visión de los hechos. Realmente no es muy necesario dado que ya sabe usted lo que sucedió pero, bueno, un ministro es un ministro —dijo el jefe superior con cierta suficiencia.

—Entiendo.

—En fin, no le entretengo más. Le felicito, creo que tiene bien encauzada la investigación —Enciso parecía realmente satisfecho—. Pásese mañana por aquí a darme las novedades y, de paso, me cuenta qué quiere el ministro de Comercio.

Arróniz dio las gracias a su superior y se despidió. Le hubiera gustado contagiarse de su entusiasmo y pensar que la resolución del asunto estaba próxima, pero no lo veía tan claro. De momento, seguían buscando un fantasma. Y tener que ir a ver a otro ministro al día siguiente le imponía bastante respeto. No sabía si procedería hacerle preguntas o solamente tenía que escuchar lo que quisiera decirle. Hasta hacía poco Arróniz apenas se había relacionado con políticos salvo con su antiguo capitán, Fermín Arteta. No se sentía cómodo entre ellos.

Regresó a la comisaría, impaciente por saber si la búsqueda que llevaba a cabo su ayudante daba sus frutos. Pero al entrar en el despacho, y sin necesidad de pregunta alguna, recibió la respuesta.

—No encuentro nada por ahora, señor comisario —le dijo Alcolea—. Tiene algunos papeles para firmar y un mensaje que ha llegado nada más irse usted.

Arróniz se sentó ante su mesa y examinó el mensaje. Lo remitía Fermín Arteta. Desdobló el pliego de papel y leyó: «Estimado amigo: le ruego que me espere a las siete de esta tarde en la puerta de la Real Academia Española, en la calle de Valverde. Tengo interés en hablar con usted. Su affmo. Fermín Arteta. Lunes siete». Le sorprendió la cita, sobre todo por el lugar. Arróniz había pasado alguna vez delante del vistoso edificio que albergaba la ilustre institución de la Real Academia Española, pero nunca había entrado en él.

Se sintió un tanto frustrado ya que había pensado en ir a buscar a Elena cuando cerrara la comisaría, pero aquel requerimiento de Arteta le impedía hacer cualquier otro plan. Ardía en deseos de verla, pero se resignó a dejarlo para el día siguiente. Se tuvo que contentar con redactar una nota en la que le decía que se hallaba muy ocupado pero que esperaba que pudieran verse en alguno de los días siguientes. Y en alguno de esos días, pensó, por fin hablaría seriamente con ella sobre sus sentimientos y sobre su futuro... si lograba decidirse. No podía menos que reconocer su torpeza con las mujeres, si hacía memoria tenía que aceptar que se había dejado llevar por todas las mujeres que habían pasado por su vida, él apenas había tomado la iniciativa y en esta ocasión le costaba un mundo hacerlo. Recordaba a Chantal, aquella muchacha un par de años mayor que él que había sido su iniciación al amor en Toulouse. Fue ella la que decidió cuándo y cómo empezaba su relación y cuándo tenía que terminar, y poco pudo él objetar ya que tuvo que regresar a España poco después. En los años de la guerra no tuvo oportunidad de entablar una verdadera relación, solamente tuvo encuentros casuales y esporádicos con algunas mujeres que

no le llegaron a interesar mucho, y en cuanto a su matrimonio respondió a una decisión de su madre que él se limitó a aceptar. Fue Elena también la que había asumido la iniciativa para comenzar la relación que habían mantenido hasta entonces, pero ahora él sentía que debía tomar la responsabilidad de dar el paso siguiente para aclarar exactamente de qué relación se trataba y cuál era su futuro. Le torturaba pensar que quizás ella únicamente pretendía cultivar una relación amistosa y todavía más le había torturado la posibilidad de que hubiera otros hombres en su vida. O quizás no, quizás ella estuviera esperando a que él se decidiera, quizás se estuviera ya demorando en exceso y fuera eso lo que pudiera hacer finalmente que se frustrara todo. Le aterrorizaba tanto la posibilidad de precipitarse como la de dejar pasar el momento oportuno, la de estropear sus posibilidades, si es que las tenía, por no ser capaz de tomar la decisión adecuada.

En una ocasión, algunas semanas atrás, en que se hallaba en casa de Fermín Arteta tomando con él una copa de jerez y en un ambiente propicio para las confidencias, le había interrogado cautamente sobre si Elena tenía algún pretendiente conocido.

—Supongo que habrá bastantes hombres que se hayan fijado en ella, bien que lo merece —Arteta había comprendido de inmediato su interés—. Pero, Arróniz, por lo que yo sé, tiene despejado el campo. Creo que los ha ahuyentado a todos menos a usted. Es una mujer de armas tomar, como bien sabe, con unas ideas peculiares sobre el papel de las mujeres, ideas propias de esas épocas revolucionarias que afortunadamente van quedando atrás. En fin, nada que no pueda solucionar un buen matrimonio y una apacible y adecuada vida familiar.

—¿Sí? ¿Lo cree usted? —había balbucido Arróniz.

—Hágame caso, aproveche la oportunidad. Usted era un soldado valiente, no se me arrugue en esta batalla.

Después de una monótona tarde despachando asuntos de rutina con dos celadores de barrio, en la cual Alcolea seguía sin encontrar a ningún Jarauta registrado en el padrón, pasadas las seis y media, Arróniz se puso en camino hacia la sede de la Real Academia Española. Empezaba a anochecer mientras subía andando por la siempre concurrida calle de la Montera, llena de comercios y bazares. Los faroleros comenzaban con su ronda para prender los faroles de gas que, poco a poco, se iban extendiendo por las calles centrales de la villa sustituyendo a los antiguos de aceite. Pasada la Red de San Luis giró a la izquierda en la calle de Fuencarral y pasó ante el vetusto edificio de la Bolsa, en la esquina de la calle del Desengaño con la calle de Valverde, que había sido antigua iglesia de los Basilios. Llegó a su destino unos minutos antes de la hora y esperó paciente ante la puerta de la Academia. Fermín Arteta llegó puntual, en un coche del que descendió acompañado por otro caballero del que hizo inmediatamente su presentación.

—El comisario Arróniz... Este es el señor Oliván, diputado.

Se estrecharon la mano. Oliván era un hombre enjuto, no muy alto, que se hallaba en la cincuentena, y usaba barba y anteojos. Entraron al edificio de la Academia. Arteta explicó el motivo de haberse citado allí.

—El señor Oliván, que es académico, tiene otra cita aquí dentro de un rato. Pero ambos teníamos interés en hablar con usted cuanto antes.

—Me tienen a su disposición —dijo Arróniz, dominando su curiosidad.

Oliván les guio por los pasillos hasta la biblioteca. No había nadie más en la sala, así que se sentaron en unos cómodos sillones rodeados de libros por todas partes.

—Disculpe también la hora, pero hasta hace un momento hemos estado en la sesión del Congreso —añadió Arteta.

—Me han dicho que estuvo usted destinado en Cuba hasta no hace mucho tiempo —dijo Oliván a Arróniz.

—Sí, señor, regresé hace cerca de dos años —respondió procurando mantenerse impasible. No le gustaba que le recordaran Cuba, aunque entendía que Oliván solamente trataba de ser amable.

—Yo también viví una temporada en Cuba, pero de eso hace ya veinte años. Hermoso país, en el que desgraciadamente no siempre se han aplicado las políticas más acertadas. Estuve allí estudiando el cultivo de la caña de azúcar...

—El señor Oliván es un gran experto en materia agrícola —explicó Arteta a Arróniz.

—Pero no hablemos de mí, vamos al asunto que nos interesa. Como sabe usted, estamos debatiendo la Ley de Pesas y Medidas —explicó Oliván dirigiéndose al comisario.

—La ley que podría haber motivado el atentado que sufrieron el señor Oliván y el ministro de Comercio —aclaró gravemente Arteta—. De todo eso queríamos hablar con usted, por si le ayuda en la investigación que lleva a cabo.

—Les escucho —dijo Arróniz, deseando saber exactamente qué le querían contar los dos diputados.

—Tengo el máximo interés en que se esclarezca el atentado, como puede usted suponer —Oliván puso mucho énfasis en sus palabras—. Salvé la vida, pero perdí a un gran colaborador, a mi ayudante don Félix Pastor, muerto en plena juventud y cuando tenía un más que prometedor futuro. Una auténtica tragedia, además de un crimen. No sé si esto puede tener relación o no con la ley que ahora nos ocupa, como me han asegurado, pero quiero que tenga toda la información al respecto por si es relevante.

—Toda la información que me pueda dar será bienvenida —le animó Arróniz a proseguir.

—Como sabe, hace ya años que se debate la reforma de las pesas y medidas. Algo imprescindible que han hecho otros países, sobre todo Francia, que va en cabeza del progreso al utilizar ya oficialmente el sistema métrico decimal. En España vamos con retraso, aunque el sistema métrico decimal en absoluto es una novedad ni algo desconocido. Hace ya veinte años que hay publicados libros que lo utilizan, y en las escuelas industriales y científicas se viene enseñando también con normalidad. Como bien sabe usted, Arteta, hoy en día los ingenieros, por ejemplo, ya están acostumbrados a medir en metros, no en pies ni en varas, y los comerciantes que reciben productos de Francia están habituados a que vengan medidos en kilogramos o toneladas, no en fanegas y libras. Pese a ello, hay una gran resistencia por parte de algunos en admitir la definitiva implantación oficial del sistema métrico decimal.

—Una actitud absolutamente irracional —apuntó Arteta con convicción.

—Alegan que la nomenclatura es extraña, que el pueblo no se acostumbrará a cambiar los nombres de las medidas que viene usando por otros que provienen del griego. Como si el griego fuese una lengua extraña o bárbara —afirmó desdeñosamente el diputado—. Es una falacia. Costará unos años acostumbrarse, como sucede con todas las novedades, pero la gente se habituará. Sobre todo, si aprende el nuevo sistema desde la escuela. En una sola generación, el sistema métrico decimal será algo tan normal y cotidiano como lo son ahora las unidades castellanas que usamos, el pie, la vara, la pulgada, la libra, la cántara, la arroba.

—Así es —apoyaba Arteta.

—Mire, cien libras aragonesas hacen setenta y cinco libras castellanas, y cien pies aragoneses hacen noventa dos pies castellanos y un tercio. ¿Cree usted que no me he acostumbrado yo, que me crie con las medidas aragonesas, a las castellanas cuando me vine a vivir a Madrid? ¿No se han acostumbrado todos los aragoneses que salen de su tierra?

—Como hemos hecho todos, amigo Oliván, sin ir más lejos cuando nos unimos al Ejército —le apoyó Arteta—. A ver si no me he tenido que acostumbrar yo también, y me he acostumbrado, cuando las medidas navarras están todavía mucho más alejadas de las castellanas que las aragonesas.

—De igual manera que nos vamos a ir acostumbrando al nuevo sistema monetario que se puso en vigor hace ahora un año —explicó Oliván—. Desaparece el uso de los francos, escudos y napoleones franceses, el real ya no se divide en ocho cuartos y medio y en treinta y cuatro maravedís sino en diez décimas, también se han eliminado la onza y la media onza, el doblón ya no vale ochenta sino cien reales...

—Así es —ratificó Arteta—. Nos iremos acostumbrando, poco a poco, a las nuevas monedas según vayan desapareciendo de la circulación las antiguas.

—En fin, no hay fundamento alguno en quienes se muestran contrarios a la implantación del sistema métrico decimal. Pero, por desgracia, son muchos los oponentes.

—¿Sospecha usted quién podría oponerse hasta el punto de cometer un asesinato? —preguntó Arróniz.

—No me imagino quién podría matar por impedir que se apruebe el sistema métrico decimal. Eso sí, tiene que saber que detrás de una elección como esta, igual que sucede con cualquier decisión política importante, puede haber intereses materiales, económicos, muy considerables.

—¿Qué intereses? —preguntó Arróniz al académico.

—Mire, le voy a poner un ejemplo. Hace pocos meses, el Ministerio de Comercio, que rige con tanto acierto nuestro buen amigo don Juan Bravo Murillo, convocó un concurso público para adjudicar un premio al mejor catecismo en cuestiones de agricultura, y otro para el mejor manual de elementos de agricultura española. El primero ha de utilizarse en las escuelas de instrucción primaria, el segundo en los establecimientos de instrucción agrícola. Los premios son de seis mil y de veinte mil reales de vellón, respectivamente. Pero más importante que el premio es que cada una de esas obras será declarada de uso oficial y, por ello, la impresión y venta de los ejemplares que demanden los centros de instrucción reportará importantes ingresos a su autor durante varios años.

—¿Qué relación tiene eso con el sistema métrico decimal? —inquirió Arteta para alivio de Arróniz, que estaba pensando en preguntar lo mismo sin decidirse a ello.

—A eso voy. He de confesarles que he presentado sendas obras a esos concursos. Ya hemos comentado que la agricultura es una de las materias a cuyo estudio me he dedicado con interés. Y por lo que me han dicho en el Ministerio, hay grandes posibilidades de que obtenga ambos premios, que serán fallados en unos pocos meses —Nada extraño si es amigo del ministro, pensó malévolamente Arróniz—. Pues bien, en esos libros utilizo el sistema métrico decimal, y añadido en un apéndice una completa explicación sobre él, dando por supuesto que pronto será de enseñanza obligatoria. Imaginen que no se aprobara la ley, o que se aprobara el voto particular

que defiende el ilustre diputado don Vicente Vázquez con implantación de un nuevo sistema de pesas y medidas totalmente ajeno al sistema métrico decimal. Mi catecismo y mis elementos de agricultura no servirían para nada.

—Quiere decir que usted perdería dinero si no se aprueba el sistema métrico decimal —se atrevió a sugerir Arróniz.

—Eso es o, mejor, que dejaría de ganar un buen dinero. Algo que estoy convencido de que no pasará. Pero imaginen, por un momento, el caso opuesto. Un concursante que ha presentado su trabajo aplicando, no el sistema métrico decimal, como yo, sino el sistema de medidas tradicionales de Castilla. La aprobación de la ley le dejaría, con toda probabilidad, sin perspectivas de obtener ninguno de los premios. Incluso cabe que algún concursante se haya arriesgado a redactar su obra tomando el sistema de pesas y medidas de don Vicente Vázquez confiando en que vaya a ser el aprobado. Un sistema bien conocido dado que él mismo lo publicó hace un par de años. En resumen, estos hipotéticos concursantes tienen sobrados motivos para desear que no se apruebe la implantación del sistema métrico decimal. En ello les pueden ir muchos miles de reales.

—¿Y eso podría llevarles al asesinato? —preguntó Arróniz.

—Eso ya no se lo puedo contestar, estimado comisario, esa cuestión recae más bajo su competencia. Sólo le explico lo que puede haber detrás de una decisión legislativa como esta.

—Me parece muy interesante su observación, amigo Oliván —dijo Arteta, halago que impulsó al académico a seguir con sus explicaciones.

—Toda medida que toma el Gobierno, o que aprueban las Cortes, produce partidarios y adversarios porque ninguna es inocua. Todas benefician a alguien y perjudican a alguien. Esa es una de las servidumbres de la política —observó gravemente Oliván.

—Así que me sugiere que busque entre las personas que pudieran ser perjudicadas por la aprobación de la Ley de Pesas y Medidas —indicó Arróniz.

—Eso es. *¿Cui prodest?*, decían los clásicos. ¿A quién beneficia el crimen? Y les he puesto un simple ejemplo. Hay muchos autores de manuales que son de uso oficial o recomendado en los centros de enseñanza que verán cómo ya son imposibles de seguir vendiéndose. Y supongo que habrá algunos comerciantes o industriales que puedan sufrir algún perjuicio similar... No sé, quienes fabrican instrumentos de medición, por ejemplo, se verán obligados a cambios importantes. Aunque también habrá quien se vea beneficiado al poder fabricar y vender los nuevos patrones y modelos a los fieltos, almotacenes y otras instituciones.

Una idea pasó por la mente de Arróniz.

—¿Conoce usted a alguien apellidado Jarauta?

—Sí, efectivamente. Don Nicasio Jarauta Rodríguez del Valle —respondió Oliván, intrigado—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Es un apellido que ha salido durante la investigación, podría tener alguna implicación, aunque todavía no sabemos exactamente cuánta —repuso cautelosamente Arróniz.

—Pues mire, ya que lo dice, sí, es una persona que podría verse perjudicada por la aprobación de la ley del sistema métrico decimal. Es un coronel de artillería retirado, miembro de la Real Academia de Ciencias y autor de un Manual alfabético de las monedas, pesas y medidas de todos los reinos de España e Indias. Una obra muy meritoria y muy completa, pero publicada hace ya algunos años y que prescinde por completo del sistema métrico decimal. Se utiliza en algunos centros de enseñanza y, lógicamente, dejaría de utilizarse en cuanto se aprobara la ley, privándole de los ingresos que hasta ahora le ha reportado. De hecho, supongo que ya ha empezado a sufrir alguna disminución en la venta del libro porque sé que se distribuía en algunos países americanos y, el año pasado, Chile adoptó el sistema métrico decimal. Pero, lógicamente, podría sufrir un golpe mucho más duro si sucede lo mismo en España.

—¿Conoce usted bien a ese señor? —preguntó Arróniz.

—Sí, sí, me he relacionado con él en el Ateneo de Madrid, del cual ambos somos miembros.

—¿Y qué opinión tiene de él?

—Es un respetable caballero y un muy prestigioso científico del que tengo una excelente opinión.

—¿Piensa que podría ser capaz de implicarse en una conspiración para matarle a usted y al ministro de Comercio?

—¡Dios santo, no! —exclamó muy alterado Oliván—. Eso es inimaginable. No me irá a decir que es sospechoso de semejante cosa.

—No lo sé, pero su nombre ha sido puesto en relación con uno de los criminales.

—No creo que el señor Jarauta tenga la menor relación con ningún criminal —negó tajantemente Oliván, visiblemente irritado y poniéndose en pie—. Si me disculpan, tengo que atender otra cita en este mismo edificio.

Arteta y Arróniz se pusieron también en pie.

—No hace falta que nos acompañe a la salida, amigo Oliván —dijo Arteta mientras salían todos de la biblioteca al pasillo.

—Espero que encaucen ustedes sus investigaciones en una dirección más razonable, comisario Arróniz —manifestó Oliván, en tono más amable—. Le deseo suerte y espero que no pierda el tiempo sospechando del señor Jarauta.

—Gracias, haremos todo lo posible por aclararlo todo —respondió Arróniz.

Arteta y Arróniz se dirigieron a la salida. En la calle esperaba el coche de Arteta, que se ofreció a acercar al comisario a su casa. Mientras iban de camino, comentaron la conversación mantenida con el diputado Oliván.

—¿Tiene usted sospechas fundadas sobre el señor Jarauta? —preguntó Arteta con preocupación.

—De momento, solamente tenemos un indicio, alguien apellidado Jarauta podría ser quien ofreció dinero a los asesinos —respondió Arróniz, y le hizo el relato del interrogatorio a que habían sometido esa mañana a la Tomasa.

—Entiendo —dijo Arteta con gesto dubitativo.

—No hemos comprobado todavía que fuera el mismo Jarauta del que hablaba el señor Oliván. Aunque no podemos descartarlo, dado que sabemos que la aprobación de la ley del sistema métrico decimal le perjudica.

—Ya ha visto la reacción de Oliván, no otorga el menor crédito a esa sospecha.

—Sí, así es. En cualquier caso, tendremos que hacer la comprobación de si el Jarauta que buscamos es el que ha mencionado el señor Oliván.

—Ciertamente, son interesantes las observaciones que nos ha hecho en el sentido de que puede haber otras personas perjudicadas por la implantación del sistema métrico decimal —Arteta reflexionó en voz alta—. Tiene que haber unos cuantos tratados de pesas y medidas que quedarían desfasados y cuyos editores sufrirían algún quebranto económico.

—¿Y que se apelliden también Jarauta?

—No, obviamente no, entiendo que esa casualidad le obliga a investigar al señor Jarauta Rodríguez del Valle en primer lugar.

—Así es, por supuesto que no cabe descartar que haya más sospechosos. Pero tenemos que seguir las pistas que tenemos. Las pocas pistas que tenemos.

El coche se detuvo en las cercanías de la comisaría, en el cruce de la calle del Lobo con la del Prado, y Arróniz bajó del vehículo.

—Téngame al corriente de la marcha de su investigación —pidió Arteta.

—Descuide, le pondré al tanto cuando haya novedades —se despidió Arróniz.

Eran más de las ocho y Agustín Alcolea ya se había ido. Habitualmente lo hacía poco después de las seis y media, media hora después de la hora establecida para atender al público. No obstante, había dejado una nota sobre la mesa del comisario. «He encontrado un solo Jarauta en nuestro distrito» —rezaba—, «Nicasio Jarauta Rodríguez del Valle. Vecino de la calle del Gobernador, número veinte».

Apenas Alcolea entró en el despacho la mañana de aquel martes, Arróniz le dio una orden.

—No se siente, Alcolea. Va a ir en un momento a la plaza del Ángel a buscar al celador Rodríguez, dígame que quiero hablar con él inmediatamente.

—Sí, señor comisario —respondió el ayudante, depositando, como cada mañana, el ejemplar de la *Gaceta* que traía sobre la mesa de su superior—. ¿Ha visto la nota que le dejé ayer?

—Sí, sí, la he visto. En cuanto vuelva usted, hablaremos. Pero ahora vaya rápido a por Rodríguez.

Alcolea partió rápidamente a cumplir el encargo y Arróniz echó un vistazo al periódico, en el que apenas encontró nada interesante. En Cataluña, los facciosos seguían huyendo a Francia o entregándose a las autoridades. La fuerza naval española enviada a Italia para reponer en los Estados Pontificios al papa Pío IX, que hacía unos meses había tenido que huir al proclamar los garibaldinos la República Romana y con quien Narváez había restablecido las relaciones diplomáticas rotas a causa de la desamortización de bienes eclesiásticos, había desembarcado en Terracina con las tropas napolitanas. En el Congreso, se discutía el arreglo de las pesas y medidas, y se recogían las intervenciones de los diputados señores Oliván y Vázquez. Apenas había dejado el diario a un lado de la mesa, entraron su ayudante y el celador.

—Señor comisario... —saludó Rodríguez.

—Buenos días, siéntese. ¿Tiene alguna novedad?

—Apenas nada. He puesto a trabajar a algunos de mis informadores y he hecho algunas preguntas aquí y allá para confirmar lo que sabemos. De momento, no parece que el Cayetano y su cómplice, mientras estuvieron en Madrid, se relacionaran mucho. En todo caso, he pensado en volver por Arganzuela hoy, a ver si Patiño ha averiguado algo más.

—Bien, bien. De todos modos, tenemos un dato nuevo. Hemos encontrado a una persona que se apellida Jarauta y que está registrada en el padrón de este distrito.

—¿Puede ser nuestro hombre? —preguntó el celador con curiosidad.

—Habrá que comprobarlo. Casualmente, resulta que ayer me hablaron de él. Es un distinguido científico, miembro de la Real Academia de Ciencias, que sirvió como coronel de artillería, autor de un tratado de pesas y medidas...

—Alguien a quien podría llamarse «el catedrático» —observó Rodríguez con satisfacción.

—Sí, sí, puede encajar. Podría ser nuestro hombre. Pero, por otra parte, me lo han descrito como un caballero intachable, incapaz de implicarse en ningún hecho criminal.

—He conocido a más de un caballero intachable que, luego, resultó perfectamente capaz de cometer algún que otro crimen —dijo Rodríguez socarronamente.

—Todo es posible. Pero prefiero no sacar conclusiones precipitadas. Lo que quiero es que usted, discretamente, localice y vigile al individuo en cuestión. Aquí tiene su nombre y dirección —Arróniz le alargó la nota que había redactado Alcolea—. Creo que es prematuro detenerle e interrogarle, voy a pedir instrucciones al respecto. Pero compruebe usted qué pinta tiene, si encaja en la descripción del caballero alto y con bigote que nos hizo la Tomasa. E intente averiguar todo lo que pueda sobre él.

—Inmediatamente, señor comisario.

El celador salió de forma tan inmediata como había afirmado. Arróniz se dirigió a su ayudante.

—Por lo que veo, acabó usted de revisar el padrón ayer.

—Sí, señor comisario. De la primera a la última página. Y sólo encontré una persona apellidada Jarauta.

—Muy bien, buen trabajo. No obstante, va a seguir usted buscando si hay más personas con ese apellido en alguno de los otros cinco distritos de Madrid. Me va a redactar cinco cartas para los cinco comisarios solicitando su colaboración para que comprueben en sus padrones si aparece algún Jarauta. Cuando se las firme, irá usted en persona a ver a cada uno de los comisarios y les entregará las cartas. Si le ponen dificultades porque no tienen tiempo o personas suficientes, se ofrecerá usted a ayudar.

—Pero eso puede llevar varios días... —objetó Alcolea.

—Lo sé, lo sé. Pero, en este momento, es urgente que lo haga, y que deje cualquier otra tarea.

—Está bien, a sus órdenes —se resignó el ayudante, tomando la pluma y un pliego de papel para comenzar a escribir.

Para las nueve y media, las cartas estaban escritas y firmadas, y Alcolea había partido a cumplir el encargo en dirección a la calle Mayor, donde residía el más cercano de los comisarios de distrito. Arróniz dio instrucciones a doña Carmen para que dejara para el día siguiente ir al mercado o cualquier otro recado que tuviera que hacer fuera de la casa, estuviera atenta a si llegaban visitas, informara de que, tanto el comisario como su ayudante, estaban ausentes y preguntara a los visitantes por el motivo de su presencia allí. No podía encargarle que tomara nota de todo ello porque doña Carmen, como la mitad de la población de Madrid y como las dos terceras partes de las mujeres, apenas sabía leer y no era capaz de escribir otra cosa que su nombre, pero confiaba en su buena memoria. Una vez que ella le aseguró que la comisaría estaría bien atendida, salió a pie en dirección al Ministerio de Comercio, atravesando a buen paso la Puerta del Sol y continuando por la calle de Preciados.

En veinte minutos, llegó a la calle de Torija y entró en el edificio que había sido sede del Consejo Supremo de la Inquisición hasta su desaparición en 1820, y cuya

fachada, años atrás, había mostrado su amenazador lema, *Exurge, Domine, et judica causam tuam*, «Levántate, Dios, y juzga tu causa». Ahora albergaba al Ministerio de Comercio, Instrucción y Obras Públicas, y a la inspección general de la Guardia Civil. Se identificó ante el portero y pidió ser conducido al despacho del ministro. En poco más de un minuto estaba en su antesala y, poco más tarde, el propio Bravo Murillo se asomaba a la puerta para rogarle que pasara a su despacho. Era la primera vez que Arróniz lo veía de cerca, era un hombre de estatura mediana, corpulento, con el rostro bien afeitado pero enmarcado por una cuidada barba que unía ambas patillas por debajo del mentón, y que ofrecía un aspecto decidido y enérgico. Por la prensa y por sus conversaciones con Arteta, buen amigo suyo, Arróniz sabía que Bravo Murillo era diputado por su localidad natal, Fregenal de la Sierra, Badajoz, y que a sus cuarenta y cinco años era uno de los hombres fuertes del partido moderado y se le auguraba una larga carrera política en las más altas magistraturas de la nación

—Me han dado las mejores referencias tuyas, comisario —le cumplimentó el ministro. Arróniz dio por sentado que las referencias eran las de Fermín Arteta.

—Gracias, señor ministro. Estoy a su disposición.

—Como puede suponer, estoy preocupado por el suceso del pasado sábado. Fue una experiencia terrible —el ministro acompañaba sus palabras con un semblante pesaroso—. Imagino que usted, que es un hombre de armas y está curtido en el campo de batalla, estará acostumbrado al ruido de los disparos, pero es la primera vez que yo me he enfrentado a un hecho semejante. Todavía no sé cómo sigo vivo y no acompañé a mi pobre lacayo, que resultó muerto, igual que el ayudante de Oliván, a la otra vida.

—Fue una circunstancia afortunada que ni usted ni el señor Oliván resultaran alcanzados por ningún disparo —observó diplomáticamente Arróniz, incómodo por la situación, no estaba acostumbrado a tratar con políticos de tanto relieve y todavía no sabía por dónde transcurriría la entrevista.

—Sí, efectivamente. Pero quizás no tenga tanta suerte si quienes están detrás de esta conspiración lo intentan de nuevo. Porque es obvio que los dos criminales actuaban por cuenta de alguien, a quien espero que desenmascare usted cuanto antes.

—Haré todo lo posible, señor ministro.

—El conde de San Luis me ha informado de la hipótesis con la que trabajan. Que se trata de alguien que quiere evitar la aprobación de la Ley de Pesas y Medidas...

—Así es —dijo Arróniz para responder al silencio del ministro.

—Me parece una teoría descabellada —afirmó con vehemencia Bravo Murillo—. Nadie en su sano juicio instigaría un asesinato para detener la aprobación de esa ley. Primero, porque esa ley se aprobará conmigo vivo o muerto y, segundo, porque es una medida absolutamente necesaria, a la que nadie con un mínimo de sentido común podría oponerse.

—No podemos confirmar todavía cuál es el móvil del atentado, pero hay algún indicio en esa dirección —respondió con cautela y quedamente Arróniz, cuya

incomodidad crecía ante el ímpetu del ministro.

—¿Indicio? ¿No se referirá a la declaración del criminal detenido?

—Sí, señor ministro, a esa declaración y a algún dato más que hemos conseguido.

—¿Qué dato?

Arróniz dudó. Había recibido estrictas instrucciones de guardar el mayor sigilo sobre la investigación y de no informar a nadie fuera de las tres personas que le habían convocado el domingo en el Cuartel de Artillería. Pero, por otro lado, estaba en presencia de un ministro que, además, era parte directamente afectada por el intento de asesinato. Al parecer, el ministro de la Gobernación ya le había informado sobre la hipótesis que estaban investigando, por lo que podía sentirse autorizado a informarle sobre la marcha de la investigación. Aunque inseguro, decidió contar al ministro parte de lo que sabía hasta ese momento.

—La declaración del detenido ha sido confirmada por la mujer que regenta la casa de huéspedes donde se alojaban los dos criminales. Uno de ellos, el que resultó muerto, Cayetano García, con múltiples antecedentes delictivos, se reunió con un caballero que, al parecer, es quien encargó el atentado.

—Eso no relaciona el atentado con la Ley de Pesas y Medidas.

—Tenemos sospechas sobre la identidad de ese caballero y resulta que es alguien que puede tener un interés económico en que la ley no se apruebe —replicó Arróniz, corroído por la duda de hasta dónde debía informar al ministro. Todavía no habían confirmado la identidad de quien se había reunido con Cayetano García, no sabían si el «señor Jarauta» que había mencionada la Tomasa era, efectivamente, Nicasio Jarauta, autor de un tratado sobre pesas y medidas. Se temió que el ministro exigiera saber el nombre del sospechoso ya que probablemente era demasiado prematuro airearlo, quizás tuviera que negarse. Afortunadamente, el ministro prefirió dirigir su visible irritación en otra dirección distinta.

—¿Interés en que no se apruebe la ley? Eso es una tontería. Disculpe, comisario. No quería decir eso. Pero no puede ser, no hay nadie que pueda estar interesado en que no se apruebe la ley y en que sigamos con el sistema de medidas actual. Es absurdo pensar que alguien saque provecho en que se mantenga una situación como la presente, que dificulta el progreso se mire como se mire. ¿Conoce usted el contenido de la ley?

—Muy por encima, señor ministro. Según creo, se trata de implantar el sistema métrico decimal.

—¡Eso es! —el ministro dio una palmada sobre la mesa para reforzar sus palabras—. Una medida que, antes o después, tomarán todos los países del mundo. El progreso científico es imparable, oponerse al sistema métrico decimal carece de todo fundamento.

—Pero, si no estoy equivocado, señor ministro, hay oponentes al sistema métrico decimal —se atrevió a observar Arróniz ya que Bravo Murillo hacía una pausa y se creaba un incómodo silencio.

—Los hay, los hay. Con argumentos infantiles, créame. ¿Sabe usted lo que dicen? —era una pregunta retórica porque el ministro no hizo el menor paréntesis para esperar respuesta—. Que la nomenclatura del sistema métrico decimal es extraña, es complicada, es prolija, y que la gente normal no es capaz de aprenderla. ¡Bobadas! No hay más de veinte vocablos para definir todas las unidades, y ni siquiera es necesario aprenderlas todas para el uso corriente. Metro, centímetro, kilómetro, con eso es suficiente. Nadie dirá decámetro, sino diez metros, ni decímetro, sino diez centímetros, y ya está. Y lo mismo con el gramo y el kilogramo para el peso. Casi nadie se sabe tampoco todas las unidades de longitud de Castilla: legua, estadal, paso, vara, codo, pie, cuarta, sexma, pulgada, dedo, línea, punto. Se utilizan tres, cuatro a lo sumo, de ellas. Lo mismo sucederá con el sistema métrico decimal.

—Así es —se decidió a confirmar Arróniz cuando el ministro hizo una breve pausa para respirar.

—Y mucho más simple utilizar siempre el sistema decimal, las divisiones siempre por diez, y no las divisiones arbitrarias del sistema tradicional o, peor, las que propone el voto particular del señor Vázquez, a veces binarias, a veces ternarias, a veces decimales. No le digo nada de su propuesta de que haya unas unidades científicas y otras comerciales. ¡Vaya unificación!

Arróniz se revolvió incómodo en la silla. Que el ministro clamara con tanto ardor contra los oponentes al sistema métrico decimal no parecía conducir a ninguna parte.

—En fin, comisario —Bravo Murillo también debía considerar que se estaban desviando del tema y prosiguió con voz más calmada—, por muy irritantes que me parezcan los oponentes del sistema métrico decimal no considero posible que sean ellos quienes están detrás del atentado. Pensar, por ejemplo, que el diputado señor Vázquez, un reconocido científico, aunque desbarre en algunas de sus propuestas, sea capaz de matar es completamente insensato.

—Sin embargo, el conde de San Luis y el jefe superior de policía han dado alguna credibilidad a esa idea.

—Sí, eso me temo, y por eso precisamente le he llamado —el ministro hablaba de forma más pausada—. Entiendo que son sus superiores, pero le ruego que contemple otras posibilidades. Estoy convencido de que la Ley de Pesas y Medidas no puede estar en el origen del atentado.

—¿Qué cree usted que puede estar en ese origen?

—No lo sé, comisario, francamente. Pero se me ocurren muchos otros móviles que pudieran llevar a querer asesinarme. El Gobierno tiene muchos enemigos, eso es inevitable. Están los carlistas, están los republicanos, los centralistas, los anarquistas, los progresistas... Recuerde que hace ahora un año estábamos viviendo una revolución, afortunadamente sofocada, y hasta hace pocos días una guerra en Cataluña.

—¿Descarta a los miembros del partido moderado?

El ministro guardó silencio y miró a Arróniz con cara de pocos amigos.

—Por desgracia, no puedo descartar a nadie. En política, uno también se hace enemigos en su propio partido. Sí, no le voy a ocultar nada, ahí están los puritanos, sin ir más lejos. Supongo que todavía guardan rencor por la forma en que salieron del Gobierno.

Arróniz sabía que los puritanos constituían una de las facciones de los moderados. Se opusieron a la modificación de la Constitución de 1837, que había sido pactada con los progresistas, el general Narváez les acusó despectivamente de «tener prejuicios de puritanos» y con ese nombre se quedaron. Hacía un par de años que algunos de sus dirigentes se habían sucedido en la presidencia del Consejo de Ministros, durante algunos meses, desplazando a Narváez y los suyos. Hasta que un día, estando reunido el Consejo de Ministros bajo la presidencia de Florencio García Goyena, irrumpió el general Narváez y lo disolvió personalmente a gritos, según las malas lenguas con un sable en la mano (sus enemigos le llamaban burlescamente «espadón»), ya que había conseguido que la reina le firmara de nuevo el nombramiento como presidente. Desde entonces cada vez más los puritanos tendían a actuar como un partido distinto, enfrentado al resto de los moderados.

—Sí, podría ser también alguien de nuestro partido —añadió el ministro. Arróniz tuvo la incómoda sensación de que en «nuestro» le incluía a él mismo, dando por sentado que también se encuadraba entre los moderados. Una confusión frecuente que le resultaba muy molesta, mucha gente daba por sentado que había recibido su nombramiento por militar en el partido que gobernaba como era práctica corriente con muchos empleos civiles y militares. En la mayoría de las ocasiones desmentía esa militancia, pero no le pareció oportuno hacer ninguna objeción al ministro.

—¿Sospecha de alguien en particular? —preguntó el comisario.

—No, comisario, no sospecho de nadie en particular, sospecho de demasiada gente. No sé si quien se halla detrás del atentado pretendía acabar conmigo, en particular, o le bastaba con acabar con cualquier miembro del Gobierno. Y si fuese el primer caso, ha de saber que la Ley de Pesas y Medidas no es la única, ni siquiera la principal, de las iniciativas en las que trabajo desde este Ministerio y que pueden tener adversarios. Hemos regulado por ley y reglamento la constitución de compañías mercantiles por acciones, sujetándolas a autorización del Gobierno o de las Cortes. Está presentado en el Congreso un proyecto de ley de ferrocarriles, una materia trascendental para el progreso del país... pero, usted, que ha servido en Cuba, probablemente ya habrá viajado en ferrocarril y conoce sus posibilidades.

—Sí, señor, tuve oportunidad de viajar en ferrocarril en Cuba —respondió Arróniz. El primer ferrocarril en Cuba se había inaugurado diez años antes que la línea Barcelona-Mataró, la primera de la Península que llevaba apenas un año en funcionamiento, y cuando el comisario estuvo en la isla ya era un medio de transporte habitual.

—Ha de tener en cuenta que no se trata solamente de mejorar las comunicaciones y el transporte con un medio tan cómodo y rápido, lo que ya de por sí es muy

importante, y de cohesionar la nación. El ferrocarril es un elemento con un gran potencial de arrastre sobre el conjunto de la economía ya que genera demanda de productos industriales, siderúrgicos, mecánicos, lubricantes, madereros, de carbón... Su construcción mueve cuantiosos capitales. En suma, es algo esencial para el progreso nacional en su conjunto, como viene sucediendo en Gran Bretaña que es el mejor ejemplo. En toda Europa, ya hay más de tres mil leguas de caminos de hierro, en España tenemos en funcionamiento únicamente las cinco leguas de Barcelona a Mataró, dejando aparte Cuba. Es imprescindible que salga adelante el plan de los ferrocarriles. Hace un par de meses se aprobó una ley para apoyar el ferrocarril de Sama de Langreo a Gijón y Villaviciosa, importantísimo para el transporte del carbón asturiano de cara a la exportación y el suministro a toda la Península, y que tiene un presupuesto nada menos que de dieciocho millones de reales. Espero que pronto se puedan reanudar las obras del ferrocarril a Aranjuez, que más tarde ha de prolongarse hasta Valencia y, sin ir más lejos, la semana que viene se va a adjudicar la concesión del que unirá el Canal de Castilla, desde la provincia de Palencia, con Santander.

—Comprendo —dijo cortésmente Arróniz, aunque pensando que, de nuevo, el ministro se dejaba arrastrar por su entusiasmo y se alejaba de la cuestión para la que se habían reunido.

—Pero aparte del ferrocarril, además está recién aprobada una ley sobre las minas; estamos trabajando para remitir pronto otro proyecto de ley sobre puertos; hemos aprobado un decreto de clasificación y construcción de caminos, y una ley para asegurar su financiación, también está aprobada la construcción del canal de San Fernando entre Sevilla y Lora del Río, y trabajamos para construir otros canales, entre otros, el que traiga agua a Madrid desde el Lozoya... Todos proyectos muy importantes desde el punto de vista financiero. Es imposible contar el número de enemigos que me he podido hacer, algunos de ellos entre gente muy poderosa económicamente cuyos intereses se ven afectados por la acción del Gobierno, y no sé cuántos de ellos pueden llegar al extremo de cometer un asesinato.

—Me hago cargo —repuso Arróniz.

—En fin, comisario, no quiero hacerle perder más tiempo. Sólo quiero que trabaje con la mente abierta, tenga en cuenta otras hipótesis distintas a las de la Ley de Pesas y Medidas. Es todo lo que le pido —el ministro se puso en pie para poner fin a la entrevista. Arróniz le imitó. Sin embargo, el ministro se quedó un momento mirando al suelo, con aspecto de estar reflexionando sobre alguna idea que se le acababa de presentar.

—Creo que sería conveniente que hablara usted con el señor Vázquez. Estoy convencido de que le ayudaría a disipar cualquier posible sospecha en relación con la Ley de Pesas y Medidas. ¿Está usted libre a eso de las seis y media de esta tarde?

—Estoy a su disposición a esa hora y a cualquier otra, señor ministro.

—Se lo digo porque a las dos tenemos sesión del Congreso de los Diputados y suele ser costumbre finalizarla hacia las seis y media. Si hace usted el favor de

acercarse al Teatro de Oriente a esa hora, podría hablar con el señor Vázquez, con el que yo me concertaré previamente. ¿Le parece?

—A sus órdenes, señor ministro —contestó Arróniz.

—Bien, cuando llegue al teatro diga en la entrada que ha quedado conmigo.

Bravo Murillo le acompañó a la puerta y le despidió con unas palmadas en el hombro.

—Espero que tenga suerte, comisario. Hasta la tarde, pues.

Arróniz avanzaba por el pasillo de las dependencias ministeriales, buscando la salida a la calle, cuando oyó una sonora voz a sus espaldas.

—¡Sargento Arróniz! ¡Qué gran honor verle por este Ministerio!

—¡Sargento Salvador! —respondió, gratamente sorprendido cuando se volvió y reconoció a quien de aquel modo le saludaba.

Ante él, y alargando la mano para estrechar la suya, se encontraba Eulogio Salvador, viejo camarada de armas en la guerra civil. Habían combatido juntos durante años, pero después de la paz de Vergara, y de eso hacía ya casi diez años, no se habían vuelto a ver.

—¡Qué sorpresa! —dijeron ambos al unísono, y se echaron a reír.

—¡Vaya coincidencia! ¿Qué haces aquí? —se adelantó a preguntar Arróniz.

—Trabajo aquí, al menos de momento, porque pronto nos vamos a trasladar a la calle de Atocha, al antiguo convento de la Trinidad. Tienes ante ti a un modesto oficial de dirección de este Ministerio —repuso Salvador, sonriente—. Hace ya un par de años que me incorporé. ¿Y qué es de tu vida? ¿A qué se debe tu visita?

—Acabo de estar con el ministro, me llamó para hablar conmigo —respondió cautamente Arróniz, recordando que no podía hablar sobre el motivo de la visita y confiando en que su amigo no le pidiera más detalles.

—¡Vaya, esas son palabras mayores! Yo rara vez puedo ver al ministro —se veía a Salvador impresionado—. Sin duda que te has convertido en una persona importante, a un simple soldado retirado no se le suele conceder ese honor.

—No tan importante. Soy comisario de Protección y Seguridad Pública del distrito del Prado.

—¿Cómo que no eres importante? Toda una autoridad. Me alegro por ti. ¿Llevas mucho tiempo en la Corte?

—Menos de dos años. Desde que regresé de Cuba.

—¡Cuba! Sin duda, tienes muchas aventuras que contarme. Tenemos que vernos. Ahora tengo trabajo y seguro que tú también tienes tus ocupaciones. ¿Qué te parece si cenamos hoy juntos? —Salvador palmeaba el hombro de su camarada para convencerle—. Te recibiría gustoso en mi casa, pero tengo tres niños ruidosos que no nos dejarían hablar con tranquilidad. Si te parece, vamos a un buen mesón e invito yo.

—De acuerdo, con mucho gusto... Aunque no podré quedar contigo antes de las ocho, o quizás un poco más tarde —dijo Arróniz, recordando el compromiso que había adquirido con el ministro, aunque deseoso de volver a ver a su amigo.

—Las ocho es una hora perfecta. ¿Conoces La Oca de Oro? Está junto a la plaza de la Constitución.

—Ya nadie la llama así... ahora es de nuevo la plaza Mayor. ¿Sigues siendo un constitucional exaltado? —sonrió Arróniz.

—Tan exaltado como la edad me permite, que ya es realmente poco —siguió la broma Salvador—. Plaza Mayor, pues. ¿Te parece quedar allí?

—De acuerdo. A las ocho, en La Oca de Oro.

Arróniz salió del Ministerio, feliz de haber encontrado a su antiguo camarada, pero enseguida volvió a sus reflexiones sobre la investigación que traía entre manos y que le había llevado allí. Le habían encomendado una misión que ya era difícil de inicio, identificar al instigador del atentado partiendo de que se trataba de alguien que quería paralizar la aprobación de la Ley de Pesas y Medidas. Bravo Murillo se la complicaba mucho más. El móvil podía ser cualquier otro, probablemente era cualquier otro, según el ministro, y el instigador también podía hallarse en cualquiera de las muchas facciones políticas enfrentadas, incluyendo las de los moderados. El campo de sospecha se ampliaba casi hasta el infinito.

Regresó a la comisaría dando otro paseo. La mañana era agradable y soleada, calculó que al mediodía la temperatura pasaría de quince o dieciséis grados Réaumur, algo que no había sucedido en los últimos días. Al llegar, se encontró con que le esperaba Fernando Valdés, el celador de los barrios de Gobernador y Huertas. Aparte de algunos documentos para firmar, le puso al día de diversos sucesos de los últimos días que el comisario escuchó fingiendo interés. Aprobó todo lo que había dispuesto el celador, le delegó todas las decisiones que hubieran de tomarse sobre la detención de varios mendigos y la multa que había que imponer a un tendero, y le prometió que esa tarde le devolvería los papeles firmados. Cuando su subordinado partió, Arróniz fue en busca de doña Carmen, que estaba en la cocina trajinando entre pucheros humeantes.

—¿Alguna novedad, doña Carmen?

—No, don Pedro. Un par de personas han preguntado por usted, pero les he remitido al celador de su barrio. Y ya habrá visto al celador Valdés, que se ha empeñado en esperarle.

—Sí, se acaba de ir. ¿Ninguna noticia de Alcolea?

—¡Ah, sí, se me olvidaba! —la mujer tenía puesto un ojo en el comisario y otro en sus guisos—. Ha pasado por aquí, le ha dejado una nota en su mesa, ha dicho que sigue con las gestiones que usted le ha encomendado y que tratará de pasar por aquí a la tarde.

—¿Algo más?

—Nada más. Que dentro de un rato tendrá la comida.

—Muy bien, gracias.

El comisario volvió al despacho y buscó la nota de su ayudante. «Distritos de Barquillo y Río visitados. Me prometen buscar a Jarauta en sus padrones. Voy a Maravillas antes de comer y a los últimos distritos a la tarde». Su ayudante daba muestras de su habitual eficacia y, al menos, esa indagación estaba en marcha, más

las que estuviera haciendo Rodríguez por su cuenta. Pero, después de hablar con Bravo Murillo, tenía la sensación de que aquello fuera solamente una minúscula parte de todo el trabajo que probablemente tuvieran que hacer.

Rodríguez apareció por la tarde, poco antes de las cuatro, cuando el comisario había vuelto a instalarse en el despacho después de haber dormido la siesta. La alargó un poco más de lo habitual pensando en que la cena con su antiguo camarada Eulogio Salvador quizás se prolongara y que esa noche se tendría que ir a dormir algo más tarde. Estaba pensando en ir a ver al jefe superior a darle cuenta de las novedades cuando entró el celador.

—¡A sus órdenes, señor comisario! —saludó Rodríguez con entusiasmo. Parecía llegar con noticias satisfactorias.

—Buenas tardes, Rodríguez. ¿Qué me cuenta?

—Tengo localizado y vigilado al tal Jarauta.

—Muy bien. Deme todos los detalles.

—Me he acercado a la calle del Gobernador y he hecho algunas preguntas por el vecindario acerca de nuestro hombre. Me han dado referencias tuyas sin mayor problema. Vive allí con su mujer, una dama muy respetable, no tienen hijos. Es profesor de... espere, que lo he apuntado —Rodríguez consultó un papel que sacó del bolsillo—, de Astronomía Física y Meteorología en la Universidad Literaria de Madrid. También es miembro de la Real Academia de Ciencias y de varias sociedades científicas más. En suma, parece un caballero de lo más inofensivo. Lo único llamativo es que me han dicho que pertenece al partido progresista, lo que en estos tiempos no es muy recomendable. —Rodríguez rio su propia broma y continuó—. Lleva una vida perfectamente regular. Diariamente acude a dar sus clases, pasa también algún tiempo en la Academia, frecuenta el Ateneo, pasea por el Salón del Prado con su señora... En resumen, lo que cuentan sus vecinos no ofrece nada que nos ayude.

—¿Ha dicho que lo tiene vigilado?

—He puesto a un par de hombres de confianza a la puerta de su casa con instrucciones de que lo sigan y me informen de a dónde va y qué es lo que hace.

—Bien. ¿Alguna cosa más?

—Es muy alto, cerca de siete pies. Pero creo que no lleva bigote.

—¿Está seguro?

—Lo he visto a cierta distancia, y me ha parecido que no llevaba bigote.

—Eso no cuadra con la descripción... —dijo, inquieto, el comisario.

—Claro que... se lo ha podido afeitarse recientemente —repuso el celador.

—Pues a ver si lo puede averiguar, si antes llevaba bigote.

—Muy bien. ¿Se le ofrece algo más?

—No, nada, de momento.

Rodríguez se fue y Arróniz, tras ponerse el sombrero y despedirse de doña Carmen, salió pocos pasos por detrás de él para ir a visitar al jefe superior. Tuvo que

esperar unos quince minutos en la antesala ya que Enciso tenía otra visita. Cuando finalmente le recibió se notaba que estaba impaciente por recibir noticias.

—¿Han podido averiguar alguna cosa desde ayer?

—Sí, señor. Hemos hecho algún avance.

—Dígame.

—Hemos identificado un posible sospechoso que se apellida Jarauta. Se llama Nicasio Jarauta Rodríguez del Valle... —Arróniz hizo una pequeña pausa por si el jefe superior mostraba signos de conocerlo, pero este escuchaba atento e impasible—. Vive en la calle del Gobernador. Es profesor de la Universidad, miembro de la Real Academia de Ciencias y autor de un libro que se titula... *Manual alfabético de las monedas, pesas y medidas de todos los reinos de España e Indias*.

Arróniz levantó la vista de las notas donde había escrito todos los datos del sospechoso de que disponía. Enciso sonreía alborozado.

—¡El catedrático! Está claro.

—Es alto, pero no lleva bigote.

—¿No lleva bigote? —preguntó extrañado el jefe superior—. ¿Qué quiere decir?

—Según la descripción que hicieron tanto Juan Arribas como la Tomasa de la persona que se reunió con Cayetano García, llevaba bigote. Y Jarauta no lleva bigote, según me han informado.

Enciso parecía molesto ante aquella información. Golpeó la mesa con los nudillos de la mano derecha, impaciente, antes de hablar.

—Ese es un detalle menor. Puede que se haya afeitado el bigote recientemente.

—Eso he pensado yo, y he dado instrucciones de que se investigue.

—En todo caso, creo que tenemos a nuestro sospechoso —afirmó, rotundo, Enciso—. Lo siguiente es detenerlo para que sea interrogado.

—¿No cree que necesitaríamos hacer más comprobaciones... tener algún dato más? —opuso Arróniz.

—¿Más datos? ¿Como cuáles? —preguntó, muy seco, el jefe superior.

—Pues aparte del detalle del bigote, si alguien más le ha visto con el Cayetano...

—Me parece que tenemos suficientes indicios. Responde a la descripción de dos testigos, coincide el apellido que oyó la... ¿Cómo se llama esa mujer? La Tomasa. Coincide en que puede tener un interés en que no se apruebe la Ley de Pesas y Medidas... ¿Qué más quiere? Es bastante para interrogarle.

Arróniz se removió incómodo en su asiento. En otras ocasiones, el jefe superior le había dado margen para que actuara según su criterio, se había limitado a pedirle información sobre los asuntos que se traía entre manos sin mostrarse tan tajante ni imponerle una actuación determinada.

—No tenemos confirmado que el móvil del atentado sea la Ley de Pesas y Medidas...

—¿Cómo que no? —exclamó airadamente el jefe superior.

—Creo que es solamente una hipótesis...

—¿Una hipótesis? ¿No le basta lo que contó Juan Arribas en su declaración?

—Ciertamente, puede ser un indicio en esa dirección, pero Arribas tampoco puede confirmar terminantemente el móvil, sólo dijo que el atentado debía ser antes del debate de la Ley de Pesas y Medidas. Puede tratarse de una coincidencia...

—¿Una coincidencia? ¡Demasiada coincidencia! —Enciso volvía a golpear la mesa con el puño—. ¿No me dirá que el apellido Jarauta también es una coincidencia?

—Me quedaría más tranquilo comprobando previamente si hay más personas con ese apellido en Madrid...

—Me parece que se pasa usted de prudente, Arróniz.

—Al fin y al cabo, pueden existir otros móviles y otros posibles sospechosos. Así lo cree el ministro de Comercio...

Enciso torció el gesto.

—¿El ministro? ¡Ah, sí, ayer habló usted con él! ¿Qué le dijo?

—Que no cree que la Ley de Pesas y Medidas sea la causa del atentado.

—¿Y cuál cree el señor Bravo Murillo que es la causa? —la expresión de Enciso era mordaz. No parecía albergar muchas simpatías por el ministro de Comercio.

—En realidad, no lo sabe. Sólo dijo que tiene muchos enemigos y que puede haber otros motivos más poderosos para un atentado.

—Es decir, que no sabe nada.

—El señor Oliván no considera sospechoso a Jarauta —argumentó el comisario.

—¿Ha hablado usted con Oliván? —el jefe superior parecía irritado.

—Sí, ayer tarde. Quiso hablar conmigo, me citó a través del señor Arteta.

—¿Y Oliván conoce al tal Jarauta?

—Sí, le conoce, y dice que es un caballero intachable y que no debemos considerarlo capaz de semejante crimen.

—Mire, Arróniz, dejemos al señor ministro de Comercio que se ocupe de sus asuntos, y lo mismo al señor diputado, y nosotros nos ocuparemos de los nuestros —el tono de Enciso, más calmado, se había tornado paternal e imperioso—. Nosotros nos debemos a otro ministro, al de la Gobernación, al señor conde de San Luis, que es nuestro superior, recuérdelo, y él está convencido de que debemos seguir la pista de la Ley de Pesas y Medidas. Y así lo vamos a hacer.

—Lo que usted mande —cedió Arróniz, disimulando su contrariedad.

—Así que vamos a detener al sospechoso, la ley nos lo permite —Arróniz sabía perfectamente que, desde el año anterior, en que se habían producido diversos motines e insurrecciones, una ley de poderes excepcionales había permitido la suspensión de los derechos que reconocía la Constitución y las autoridades tenían carta blanca para ordenar detenciones, algo que la oposición al Gobierno de Narváez calificaba como dictadura legal y que no agradaba demasiado al comisario—. ¿Saben su paradero?

—Sí, estará en su casa, supongo. De momento, lo tenemos vigilado.

—Bien hecho —Enciso mantenía su entonación indulgente, tan molesta para Arróniz como su tono irritado—. Sobre todo, hay que evitar que pueda huir. Lo detendremos mañana mismo, de madrugada. Yo mismo dirigiré la operación.

—¿Mañana? —Arróniz se sintió desagradablemente apremiado.

—Sí, mañana, no esperamos más —Enciso fue terminante—. ¿Ha dicho que vive en la calle del Gobernador?

—Sí, señor.

—Entonces, a las seis de la mañana nos reuniremos en la plazuela de Antón Martín. Traiga al menos cuatro hombres más, celadores, de la ronda o salvaguardias, usted verá, con armas, y con un carro. Lo detendremos y lo traeremos aquí para interrogarle. ¿De acuerdo?

—A sus órdenes —no se le ocurrió decir otra cosa al comisario, molesto por unas instrucciones que no admitían réplica.

—Pues hasta mañana.

Arróniz salió del despacho del jefe superior confundido y con una incómoda sensación. Le contrariaba la obcecación de este en no querer considerar otras opciones. Le parecía precipitado proceder a una detención en un asunto en el cual le habían insistido tanto en que había que mantener la máxima discreción. Una detención siempre llama la atención, más si es la de un caballero respetable como don Nicasio Jarauta. No entendía que Enciso no quisiera ni escuchar sus objeciones. Parecía cegado ante la posibilidad de resolver rápidamente el asunto, y dejándose llevar por la impaciencia. La experiencia, no muy larga, de Arróniz le había enseñado que en casos como aquel merecía la pena esperar uno o dos días para confirmar las sospechas y tener más datos que utilizar en el interrogatorio del detenido. En fin, políticos, se dijo.

Regresó a la comisaría y comprobó que su ayudante todavía no había vuelto de sus gestiones. Impaciente, tomó los documentos que había quedado en enviar al celador Valdés para llevárselos personalmente ya que, de todos modos, necesitaba hablar con él. La calle del Gobernador estaba en su barrio, así que le encargaría que buscara a tres salvaguardias y que le acompañara en la madrugada siguiente a detener a Nicasio Jarauta bajo las órdenes del jefe superior.

El celador Valdés vivía en un primer piso de la calle de la Leche, a unos diez minutos a pie de la comisaría. Mientras el comisario bajaba a buen paso por la calle de las Huertas, se cruzó con una pareja de guardias que hacían su ronda y que se detuvieron para saludarle marcialmente. Les preguntó rutinariamente si había alguna novedad y les ordenó que siguieran su camino. Encontró a Valdés en su casa, atendiendo en la estrecha habitación que le servía de despacho a un vecino al que despidió de inmediato cuando vio llegar a Arróniz.

—Tengo un trabajo urgente que nos requiere el jefe superior —anunció el comisario una vez entregados los legajos que llevaba consigo.

—A sus órdenes, usted dirá.

—¿Conoce a un vecino de la calle del Gobernador llamado Nicasio Jarauta Rodríguez del Valle?

—Sí, señor. Un respetado caballero, catedrático de la Universidad, según creo.

—Pues bien, mañana de madrugada hemos de ir a detenerlo.

—¿Cómo? ¿Por qué? —el celador no ocultaba su sorpresa.

—Los motivos no se los puedo explicar. Es un asunto sobre el que hay que guardar la máxima discreción. Todo lo que puedo decirle es que hay abierta una investigación y que el propio jefe superior ha ordenado la detención e interrogará al detenido.

—Entiendo —dijo Valdés, aunque su rostro decía lo contrario.

—Como se trata de su barrio, necesito de su colaboración —Arróniz procuró utilizar la expresión más suave de que era capaz. No le era difícil ponerse en el lugar del celador, molesto al tener que actuar con tan pocas explicaciones—. A las seis en punto de la mañana, se reunirá usted conmigo y con el jefe superior en la plaza de Antón Martín. Traiga a tres salvaguardias, armados, por si acaso. Y un carro para transportar al detenido hasta la jefatura.

—A sus órdenes —Valdés era un hombre disciplinado que renunció a hacer ninguna otra pregunta o a poner ninguna objeción. Estaba pensando ya en cuáles de los salvaguardias asignados a su barrio podrían estar disponibles la mañana siguiente.

Arróniz tomó el camino de vuelta a su casa, aunque comprobó en su reloj que debía darse prisa si quería estar a la seis y media en el Teatro de Oriente, tal como había dispuesto el ministro Bravo Murillo. Lamentaba que, con tanto trajín, ese día le iba a ser imposible ni tan siquiera pensar en ver a Elena. Paró solamente un momento para comprobar a través de doña Carmen, ya que Alcolea seguía sin regresar, que no había novedades y para redactar una nota dirigida al celador Rodríguez citándole también a las seis de la mañana siguiente. No tenía tiempo de ir a buscarlo personalmente. Dejó en manos de doña Carmen que hiciera llegar el mensaje, le advirtió de que no cenaría en casa y salió rápidamente hacia el Teatro de Oriente, tomando la calle de Atocha y cruzando la plaza Mayor. Logró llegar puntualmente a las seis y media y buscó la puerta de entrada, no sin dificultad, dado que nunca había estado allí y que el Teatro de Oriente, como tantos otros edificios de Madrid, estaba sometido a unas interminables obras iniciadas varios lustros atrás. Las sesiones del Congreso tenían lugar en su salón de baile mientras que, estando sin concluir el escenario y el anfiteatro, las funciones de ópera se celebraban en un teatro recientemente improvisado en el propio Palacio Real. Tanto la reina Isabel como su madre doña María Cristina, hija del rey de las Dos Sicilias y nacida en Palermo, eran buenas aficionadas a la ópera, sobre todo a la italiana. También se montaban óperas en el Teatro del Circo, en la plaza del Rey, a iniciativa de su empresario don José de Salamanca y, luego, de su sucesor don Nemesio Pombo.

Un ujier, que recibió a Arróniz en la puerta y al que comunicó que le esperaba el ministro de Comercio, le condujo a una pequeña salita con un exceso de muebles y le indicó que esperara allí, que la sesión estaba a punto de acabar.

—Disculpe usted las estrecheces de la sala —le rogó el ujier—. Estamos aquí provisionalmente, aunque hace ya seis años, y muy apretados.

—No se preocupe, me hago cargo.

—¿Sabe? Ni siquiera los diputados caben aquí. Cuando llegaron eran doscientos cuarenta y uno, exactamente uno por cada cincuenta mil habitantes, como marcaba la ley —el hombre parecía tener ganas de charla—. Pero tras las últimas elecciones, hace dos años, con la nueva ley electoral son trescientos cuarenta y nueve, uno por cada treinta y cinco mil habitantes.

—¡Vaya! Qué curioso —contestó amablemente Arróniz, aunque la cuestión no le interesaba nada y estaba deseando que el otro se retirase.

—Menos mal que nunca vienen todos a las sesiones —añadió el ujier desenfadadamente—. Deben de tener cosas más importantes que hacer en sus provincias. En fin, le dejo, póngase usted cómodo.

Arróniz se entretuvo un rato contemplando la recargada decoración de la sala y paseando con impaciencia por el escaso espacio de que disponía. A los quince minutos, se abrió la puerta y entró el propio ministro Bravo Murillo acompañado de un hombrecillo menudo al que empezaba a escasear el pelo de la cabeza y al que presentó como el diputado señor Vázquez.

—El comisario Arróniz lleva la investigación sobre el intento de atentado —dijo el ministro mientras los otros dos se estrechaban la mano. Parece que cada vez hay más gente que sabe lo del atentado, pensó Arróniz, pese a las estrictas instrucciones que había recibido él para que no trascendiera, y para que no hablara del asunto con nadie que no fueran el jefe superior de policía y el ministro de la Gobernación. Supuso que era lógico que Vázquez, como subsecretario de la Gobernación, estuviera al tanto.

—Tengo de usted inmejorables referencias, comisario —saludó cortésmente Vázquez, mientras todos tomaban asiento.

—Gracias —respondió Arróniz, halagado pero tenso.

—He oído decir que usted y yo hemos coincidido en Cuba, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Estuve destinado en Cuba, volví hace dos años a la Península —otra vez Cuba, pensó con desagrado pero disimulando ante su interlocutor. Un destino por el que habían pasado muchos empleados públicos, civiles y militares, y que inevitablemente surgía como tema de conversación.

—Le habrá tocado entonces vivir tiempos muy revueltos —manifestó Vázquez con tono serio—. Bueno, como a mí. En todo caso, merece la pena la experiencia de conocer Cuba.

—En fin, comisario, mi amigo el señor Vázquez le pondrá en antecedentes sobre el debate de la Ley de Pesas y Medidas y cuáles son sus propuestas —intervino, resolutivo, Bravo Murillo—. Espero que eso le convenza de que la tesis que mantiene el ministro de la Gobernación no puede ser más descabellada. Amigo Vázquez...

—Supongo, comisario, que conoce usted el sistema métrico decimal que mi amigo el señor Bravo Murillo está empeñado en implantar en España —la expresión del diputado era perfectamente cordial, con sólo una leve ironía hacia el ministro.

—Así es.

—Yo también aceptaría el sistema métrico decimal si pensara, como parecen pensar muchos ilustres diputados, que en un futuro vaya a ser adoptado por otros países del mundo, por el mundo entero creen algunos o, al menos, por la mayoría de países de Europa. Pero me temo que es un sistema exclusivamente francés, que ni es ni va a ser universal como pretenden sus defensores. La mayoría de las naciones

europas han modificado sus sistemas de medidas después de que se haya hecho en Francia y no han adoptado el sistema métrico decimal. Ahí tiene el caso de Gran Bretaña, en 1824 unificó sus medidas, pero conservando las denominaciones tradicionales, el pie, la yarda, la milla, el galón, la libra, la onza —Vázquez había adoptado un aire doctoral y Arróniz se temió una larga disertación—. Y no me negará que es una nación adelantada y próspera. En realidad, el sistema británico es mucho más universal que el francés ya que, además de en las islas británicas, se aplica en Estados Unidos, en el Canadá, Australia, Nueva Zelanda, buena parte de la India y algunos lugares más. ¿Por qué no adoptar el sistema inglés?

—Brillante idea —soltó el ministro, todavía con mayor sorna. Vázquez ignoró su comentario y prosiguió.

—Realmente, los pocos países que han adoptado el sistema métrico decimal no lo hicieron voluntariamente, fue una imposición de Napoleón en tiempos de dominación francesa, como en Bélgica, como en Holanda, como en algunos estados italianos.

—Dele tiempo al tiempo —dijo socarronamente el ministro—. Por cierto, esos países conservan el sistema métrico decimal y Bonaparte ya hace un tiempo que se fue.

—Ni siquiera los Bonaparte intentaron introducir el sistema métrico decimal en España. ¿Por qué? —Vázquez se respondió de inmediato a sí mismo—. Porque constituimos una nación con muchos siglos de tradiciones propias y no necesitamos que nos traigan una ajena. Ojo, comisario, si nos trajeran un buen sistema, si nos trajeran algo que mereciera la pena, no sería cosa de rechazarlo solamente por ser extranjero. En absoluto. Las naciones prosperan incorporando los avances, los inventos y los hallazgos de otras naciones. Pero el sistema métrico decimal adolece de demasiados defectos.

—¿Es así? —preguntó con cierta sorpresa Arróniz. A él le habían enseñado que el sistema métrico decimal era una creación racional, científica, mucho más perfecta que cualquiera de los demás sistemas de medición fruto de las tradiciones de los diversos países.

—No le quepa duda —aseguró con rotundidad Vázquez—. Mire, empezando por la que se predica como una de sus principales virtudes, la de partir de una unidad natural, fija e invariable. El metro, que se define como la diezmillonésima parte del meridiano terrestre medido desde el Polo Norte hasta el Ecuador. Pero, en realidad, esa definición parte de una base ficticia, la de que nuestro planeta constituye una esfera perfecta, algo que se sabe que no es cierto. Los polos están achatados y, sin duda, hay algunas otras irregularidades en la forma de la Tierra. El meridiano del que se parte no es una unidad natural sino meramente ideal. Según dónde y cómo se mida, ese meridiano ofrece magnitudes distintas. Y, de hecho, las diversas mediciones que muy reputados científicos han hecho en las últimas décadas han ofrecido resultados dispares. Además, ni siquiera hay evidencia de que la forma de la Tierra no varíe con el paso del tiempo. Yo parto de una medida natural mucho más sencilla y más fiable:

la longitud que debe darse a un péndulo simple para que su oscilación coincida exactamente en duración con un segundo sexagesimal. Ya sabe usted que la duración de la oscilación de un péndulo varía dependiendo de su longitud.

—Y también de la latitud del lugar donde se haga la prueba —recordó Bravo Murillo—. Y de la temperatura, y de la humedad.

—Efectivamente, ahora lo iba a decir, por eso mi propuesta parte de la observación en una latitud concreta, en el observatorio astronómico de Madrid, y en unas condiciones determinadas.

—Con lo que consigue un sistema que puede ser aceptado en España, pero no en otros países —objetó el ministro.

—No pretendo un sistema universal —replicó con presteza el diputado—. Al contrario, creo que lo natural es un sistema métrico nacional. Las supuestas ventajas de un sistema universal se pueden conseguir perfectamente si cada nación tiene un sistema uniforme, adaptado a sus propias costumbres, que haga posible la conversión mutua de las unidades. De ese modo ni sufre el comercio, ni sufre la ciencia. Lo que propongo es un sistema métrico uniforme para España.

—Siempre que no sea el francés... —ironizó el ministro.

—No porque sea francés —replicó Vázquez, menos cordialmente que unos momentos antes—. Ninguna aversión tengo por Francia ni por lo francés. ¿Cómo podría tenerla, si he estudiado y he trabajado en ese gran país? ¿Si tengo tantos buenos amigos franceses? ¿Si sigo aprendiendo y obteniendo provecho de tantos ilustres científicos franceses? No confunda al comisario, señor ministro, mis objeciones al sistema métrico decimal tienen otros motivos. Como el de ser decimal, precisamente.

—Una de sus virtudes —le contradijo el ministro. Vázquez continuó sin prestar atención al comentario.

—Para el entendimiento humano, las relaciones más sencillas respecto a un todo son la mitad, la tercera parte, la cuarta parte. A simple vista, con un fácil cálculo, tanto el vulgo como los científicos pueden saber cuánto es la mitad o la cuarta parte de algo. Por eso, los sistemas métricos tradicionales suelen contener particiones binarias, ternarias, cuaternarias. La vara tiene tres pies, por ejemplo, y el pie cuatro palmos. En cambio, hacerse idea de lo que representa una décima parte, o una centésima parte, resulta más complicado, exige mucho más cálculo, no es apropiado para el uso cotidiano de las unidades.

—Amigo Vázquez, que una fanega tenga doce celemines tampoco resulta tan natural —objetó el ministro.

—Cierto, cierto, por eso el sistema métrico que yo propongo trata de racionalizar las divisiones y utilizar las binarias, ternarias... Incluso las decimales cuando resulta apropiado, como para el cálculo científico, pero no necesariamente como único criterio posible, como hace el sistema francés —Vázquez hizo una pausa en su

discurso—. Pero, amigo Bravo Murillo, me temo que podemos aburrir al comisario con esta discusión...

—No, no, en absoluto, me parece muy interesante —protestó Arróniz. Aunque había leído en la prensa algunas cosas sobre el debate del sistema métrico decimal, no les había prestado demasiada atención y no se había detenido a pensar sobre sus ventajas y desventajas.

—Voy a resumirle mi propuesta, mi voto particular frente a la simple adopción del sistema métrico decimal que patrocina el señor ministro de Comercio e Instrucción pública con su proyecto de ley —anunció Vázquez—. Se trata de lograr un sistema uniforme para toda la nación pero que no le resulte extraño, para lo cual se parte del sistema de pesas y medidas de Castilla. Ciertamente hay algunas provincias que usan otros sistemas, pero el de Castilla es el más extendido, se conoce en treinta y dos de las cuarenta y nueve provincias actuales que representan los dos tercios de la población. En las provincias de la antigua corona de Aragón, en Navarra, en Vizcaya, en mi tierra, en el reino de Galicia, imperan otros sistemas. Pero incluso en estas provincias se conoce la correspondencia con las medidas castellanas, ningún comerciante, ninguna persona de mediana instrucción las desconoce. En todo caso, son más conocidas las castellanas que las medidas francesas, con lo que la implantación de mi sistema resultaría mucho más sencilla. Nos limitamos a hacer una reforma, la absolutamente precisa, para dar al sistema la regularidad y coherencia que exigen hoy tanto las ciencias como el comercio.

El diputado Vázquez hizo una pequeña pausa para toser, tras la que reanudó con entusiasmo su discurso.

—Por eso se conserva el pie de Burgos como medida de longitud, con una pequeña variación para darle una relación exacta de dos séptimos con la longitud del péndulo que tomamos como base, como le he explicado antes. Y se conserva la vara, con sus dos medias varas, tres pies, cuatro cuartas y seis sesmas para el uso comercial. Para el uso científico, el pie se divide en diez pulgadas, cien líneas y mil miles. Aquí, como ve, para el uso científico sí que aceptamos la conveniencia de la división decimal. Como medida itineraria, la legua seguirá constando de veinte mil pies y se dividirá en tres millas. Por no aburrirle, le diré que también en las medidas de capacidad de líquidos conservamos denominaciones tradicionales como la de cántara o pie cúbico, que tendrá diez azumbres y cincuenta cuartillos, y diez cántaras harán un moyo. Para áridos, se utilizará la fanega que equivaldrá a dos pies cúbicos. En cuanto a peso, para uso comercial se utilizan el tonel, el quintal, el arrelde, la libra, y, para uso científico, el marco, que equivale a media libra, dividido en diez onzas, cien adarmes, etcétera. Algo similar hacemos con las medidas agrarias, con el estadal de diez pies, y así sucesivamente. En suma, una adaptación del sistema tradicional castellano que podrá ser implantado con suma facilidad pues se adapta perfectamente al temperamento y hábitos de los españoles.

—Una muy meditada y meritoria propuesta por parte del diputado Vázquez, que es la mayor autoridad en la materia —observó el ministro—. Con algún pequeño inconveniente. Conserva las palabras vara, pulgada, cuartillo, celemín y otras muchas que representan medidas actuales, pero palabras que no representan en su sistema lo que representaban antes, y eso sería un germen de engaños, de errores y de equivocaciones que para ser evitados no bastaría toda la ciencia del señor Vázquez. Me remito al axioma sancionado por la ciencia que, sin duda, ustedes conocen, *eadem natura, eadem nomenclatura*, diversa natura, diversa nomenclatura. Si se varía la esencia de las cosas deben variarse los nombres que las representan y únicamente se deben conservar los mismos nombres cuando representan las mismas cosas.

—Algo que no han hecho ni en Bélgica, ni en Holanda, ni en Inglaterra, y no se ha resentido en absoluto su comercio —replicó Vázquez en tono desafiante.

—Amigo Vázquez, no vamos a repetir ante el comisario el debate. Espero que su propuesta sea rechazada mañana cuando se someta a votación.

—Yo confío en lo contrario, aunque sé que sus agentes están haciendo todo lo posible para persuadir a los diputados de que apoyen el proyecto que defiende usted en el Congreso. En fin, esperaremos a comprobar qué argumentos han resultado más persuasivos.

—¿Qué hará usted si pierde la votación? ¿Intentará asesinar a todos los diputados que hayan votado contra su propuesta? ¿Disparará contra los miembros del Gobierno? ¿Encabezará una insurrección para derrocar a la reina? —preguntó con sorna Bravo Murillo.

—Haré lo que tantas veces he tenido que hacer cuando he perdido una votación —respondió con tranquilidad Vázquez—. Acatar el resultado y seguir trabajando lealmente para el Gobierno y para el bienestar de la nación.

—¿Aceptará usted el nombramiento para integrar la comisión que haya de proponer las actuaciones precisas para implantar el sistema métrico decimal?

—Si la reina promulga la ley en esos términos y tiene a bien nombrarme para ese cometido, no le quepa duda de que aceptaré de buen grado.

—Ya lo ve, señor comisario —concluyó con una sonrisa Bravo Murillo dirigiéndose a Arróniz, que había atendido en silencio la conversación—. El diputado Vázquez sin duda es sospechoso de oponerse a la aprobación del sistema métrico decimal utilizando medios criminales, como pretender acabar con la vida de este ministro.

—Tomo nota, señor ministro —respondió Arróniz, sonriendo a su vez a la vista del buen humor con el que sus interlocutores tomaban el asunto—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor Vázquez?

—Estoy a su disposición, comisario —accedió afablemente el diputado.

—¿Le causaría a usted algún perjuicio económico la implantación del sistema métrico decimal?

—¿Perjuicio económico? —Vázquez mostraba sorpresa ante la pregunta—. No imagino cuál.

—Por ejemplo, algunos de sus libros quedarían desfasados...

—En absoluto. En realidad, comisario, el destino de toda obra científica es quedar desfasada. Enseguida aparecerán otras obras que impugnarán sus afirmaciones, propondrán otras teorías, o profundizarán más en la misma materia. Así avanza el conocimiento. Si se implanta el sistema decimal, mis libros seguirán en las bibliotecas para el lector curioso que desee saber qué he escrito en el pasado, pero yo seguiré escribiendo y publicando, escribiré sobre el nuevo sistema, sobre sus imperfecciones, y haré nuevas propuestas para corregirlas.

—¿Puede haber otros autores que resulten perjudicados? —insistió Arróniz—. Por ejemplo, autores de manuales que se empleen en centros de enseñanza...

—Lo dudo. Esos manuales se han de actualizar cada pocos años. Cuando se apruebe la Ley de Pesas y Medidas, sea con el sistema métrico decimal o con el sistema que yo propongo, todos los manuales habrán de actualizarse a sus disposiciones. No veo que ello vaya en perjuicio o beneficio de nadie en particular. Se imprimirán y venderán nuevos libros, como sin duda sucedería también si no se aprobara la ley.

—Creo que lo que el comisario quiere saber es si frenar la aprobación de la ley puede constituir un móvil para un crimen, para alguien perjudicado económicamente por ella —apuntó el ministro.

—En absoluto, comisario —contestó terminante Vázquez—. Esta ley provoca un debate científico, y también un debate político, pero ciertamente no veo consecuencias económicas de tal magnitud que pudieran llevar a actuaciones como esa. Los beneficios de la ley, que serán muchos, alcanzarán a toda la nación, y los perjuicios, de haberlos, también se hallarían repartidos.

—Bueno, señor comisario, no queremos entretenerle más. Espero que nuestra conversación le haya sido útil —añadió el ministro, poniéndose en pie.

Se dirigieron todos hacia la puerta.

—Bromas aparte, comisario, espero que pueda averiguar qué es lo que ha pasado realmente —dijo Bravo Murillo, con el gesto más serio, tendiéndole la mano en señal de despedida.

—Eso espero. A sus órdenes, señor ministro. Señor Vázquez, muy honrado, gracias por todo.

—Ha sido un placer, comisario.

Arróniz salió del Teatro de Oriente al fresco aire de la noche. Había oscurecido por completo y miró la hora en su reloj. Faltaban pocos minutos para las ocho, la hora a la que había quedado con su antiguo camarada Eulogio Salvador. Afortunadamente, no estaba lejos de la plaza Mayor.

Mientras caminaba, daba vueltas en la cabeza a la conversación que había mantenido con Bravo Murillo y Vázquez. No podía estar más confuso. De un lado, el jefe superior le incitaba a no admitir otra teoría distinta a la de que el atentado en la plaza de las Cortes tenía como móvil impedir la aprobación de la Ley de Pesas y Medidas y de que su inductor más probable era Nicasio Jarauta. Oliván, que compartía la tesis de que la implantación del sistema métrico decimal podía afectar a ciertos intereses económicos, defendía la inocencia de Jarauta. Bravo Murillo, por su parte, rechazaba que fuera el sistema métrico decimal la causa de la conspiración y le animaba a investigar otros posibles móviles. Vázquez, según todos, la máxima autoridad en la materia y enemigo declarado del sistema métrico decimal, además de no parecer muy sospechoso, descartaba que la aprobación de la ley tuviera un impacto económico que pudiera llevar a nadie a tratar de impedirla por medios criminales. Y él, como comisario a quien se había encomendado la investigación, carecía de pruebas suficientemente convincentes como para inclinarse en una dirección u otra. Le preocupaba especialmente que, en unas pocas horas, una persona fuera a ser detenida con una grave acusación y pudiera ver su reputación dañada para siempre sin que, en su opinión, hubiera todavía pruebas de convicción adecuadas para adoptar tal medida. En fin, mañana veremos, pensó, decidido a olvidar durante un rato sus preocupaciones y disfrutar del encuentro con su antiguo compañero.

Salvador ocupaba ya una mesa en La Oca de Oro cuando Arróniz llegó. Se saludaron efusivamente y, mientras probaban un recio vino manchego, encargaron la cena, sopa de puré y chuletas, a las que el camarero insistió en añadir unos callos asegurándoles que aquel día estaban especialmente succulentos. El local se veía muy concurrido. Por suerte, estaban situados en un rincón que les alejaba algo del ruido de las conversaciones y les permitía hablar con cierta privacidad.

—¿Cuánto hace que no nos veíamos? —preguntó Salvador.

—Hará casi diez años. Unos meses después del Abrazo de Vergara, ¿recuerdas? A ti te enviaban a Valencia, a mí me trasladaron a Logroño...

—¡Diez años! ¡Qué rápido pasa el tiempo! Pero cuéntame, ¿qué has hecho durante este tiempo?

Mientras cenaban, Arróniz hizo el relato de aquellos diez años de su vida a su amigo. Cómo se había casado apenas concluida la guerra, había tenido un hijo, había pedido destino en Cuba. Procuró no dar un tono demasiado dramático a los

desgraciados años que pasó en aquella isla, aunque Salvador no pudo menos que compadecerse de él.

—Cree realmente que lo siento. Debió de ser muy duro para ti —dijo tras oír el relato de la enfermedad y muerte de su mujer y de su hijo, y su decisión de regresar a la Península dejando el Ejército.

—Felizmente, son tiempos ya pasados. He sido afortunado, en Madrid me encuentro bien y con un buen empleo.

—Y que lo digas. Comisario, nada menos. Ya me gustaría a mí ganar los reales que te estarás embolsando.

—Tampoco mucho más de los que gana un oficial del Ministerio.

—Y dime, viudo y con un buen cargo no te faltarán las mujeres —inquirió Salvador alegremente, aunque de inmediato se arrepintió de su observación—. Perdona, quizás he sido inconveniente. No hace tanto que has perdido a tu mujer...

Arróniz quiso tranquilizar a su amigo, aunque era cierto que el comentario no le había gustado. Le había recordado a la vez a Rosa, a Elena y a la incomodidad que seguía sintiendo al tratar de encauzar sus sentimientos por ambas.

—No te preocupes. No andas desencaminado, alguna mujer hay.

—Cuenta, cuenta —apremió Salvador con la curiosidad impresa en el rostro.

—Tampoco quieras saber mucho, no hay gran cosa que contar. Simplemente, he conocido a una mujer y... algo hay. Pero todavía nada formal.

—Conociéndote, no será casada. Siempre has sido demasiado serio para meterte en un lío así, aunque aquí, en esta Villa y Corte, las historias de cuernos están a la orden del día.

—En realidad, es viuda —aclaró Arróniz.

—Mejor que soltera. A nuestra edad nos conviene una mujer con experiencia de la vida.

—Pero, ahora, dime, ¿qué tal te ha ido a ti? —interrogó Arróniz a su camarada deseoso de cambiar de tema.

Salvador también se había casado al poco de terminar la guerra y de establecerse en Valencia. Había continuado unos años más su vida militar y, luego, se había retirado para dirigir un negocio que su suegro tenía en Madrid. Las cosas no le habían ido muy bien y decidió cerrar el comercio cuando, también gracias a los buenos contactos de su suegro en la Corte, le surgió la posibilidad de ingresar en un puesto de auxiliar del Ministerio de la Gobernación, del cual luego pasó al de Comercio, Instrucción y Obras Públicas donde actualmente trabajaba.

—Y aquí me tienes, llevando una tranquila vida de humilde empleado del Estado y de padre de familia. Mucho más tranquila que la tuya, seguro —concluyó.

—Sí, no me puedo quejar de aburrimiento, el trabajo de comisario resulta bastante ajetreado —respondió Arróniz, pensando especialmente en los últimos días y en los asuntos que le preocupaban y de los cuales durante un rato había podido evadirse gracias a la conversación con su amigo.

—Hablando de trabajo. ¿Qué impresión te dio mi ministro?

—Buena, me pareció un hombre sensato y enérgico.

—Sí, esa es la palabra, enérgico. Y muy trabajador, tan dedicado al trabajo que no se ha casado ni se le conoce interés por las mujeres. Realmente, tiene mérito que haya llegado hasta su posición ya que es hijo de un simple maestro de pueblo. Para mi gusto, es de ideas en exceso conservadoras, más que moderado como liberal en el Ministerio dicen que es un absolutista moderado —dijo Salvador riendo—. Y bien mirado, empezó su carrera como catedrático en la Universidad de Sevilla durante el absolutismo, sin que se le conociera la más mínima rebeldía. Nunca fue perseguido, encarcelado ni conoció el exilio por defender ideas liberales, a diferencia de otros miembros del Gobierno como el general Narváez o como el ministro de Hacienda, don Alejandro Mon.

—No es el único político con esos antecedentes...

—En cualquier caso, todo el mundo le reconoce como un hombre esencialmente honrado, firme en sus principios, que no se ha dedicado a enriquecerse en la política como hacen otros de sus compañeros de gabinete.

—Eso he oído yo también.

—Y dime, ¿qué te llevó esta mañana al Ministerio? ¿Qué importantes asuntos te traes con mi ministro?

—Me temo que no te puedo contar nada —Arróniz se puso serio—. Asuntos sobre los que estoy obligado a guardar absoluta discreción.

—Lo entiendo. Aunque supongo que nada impide que yo juegue a tratar de adivinar cuáles son esos asuntos —dijo con despreocupación Salvador.

—¿Jugar a las adivinanzas? Me imagino que no podré decirte si aciertas o no, así que poco interés puede tener el juego. Además, dudo seriamente de que puedas adivinar nada.

—Ya veremos... ¿puedo intentarlo?

—Puedes hacerlo si te place —respondió Arróniz, intrigado. ¿Sería posible que Salvador, un simple empleado de la Administración, supiera algo de lo que había ido a tratar con el ministro?

—Te diré que no me ha resultado nada difícil, esta misma mañana, cuando te he visto en el Ministerio y me has dicho que eres comisario, llegar a una primera conclusión.

—¿Cuál?

—Que tu visita guardaba relación con el atentado que sufrió el ministro el pasado sábado en la plaza de las Cortes.

Arróniz quedó estupefacto. ¿Cómo podía saber su amigo algo sobre el atentado? La prensa no había publicado nada, la versión oficial que se había ofrecido sobre el tiroteo ocultaba que se había tratado de un atentado, y se suponía que todos los implicados en la investigación tenían estricta obligación de guardar la mayor reserva.

—¿Cómo sabes lo del atentado?

—Me lo acabas de confirmar tú.

El comisario maldijo para sus adentros por haber cometido un error de principiante. Se tenía que haber negado a decir ni media palabra sobre aquel asunto.

—Te prohíbo que hables a nadie de esta conversación —dijo malhumorado—. Que, por cierto, acaba aquí.

—Te voy a consentir que me lo prohíbas en nombre de nuestra amistad —respondió con mucha serenidad Salvador—. Y te doy mi palabra de honor de que no voy a mencionar a nadie, salvo a mi mujer, que he estado contigo, y absolutamente a nadie, ni siquiera a mi mujer, le voy a repetir nada de lo que estamos hablando. Pero, te aseguro, te puede interesar que sigamos hablando.

Arróniz guardó silencio, molesto, pensativo y desconfiado. ¿Podía Salvador saber algo que le fuera de interés para la investigación? En tal caso, no violaba su propia promesa de no dar información sobre el atentado si se limitaba a escuchar y a seguir la corriente a su amigo.

—Está bien —concedió—. Pero, en primer lugar, te repito, ¿cómo sabes lo del atentado?

—No lo sabía con total seguridad hasta que me lo has confirmado involuntariamente, pero es un rumor que corre por el Ministerio desde ayer. Un empleado pasaba el sábado por la Carrera de San Jerónimo. Oyó los disparos y vio salir a toda velocidad el coche del ministro. Se cruzó con él y pudo ver que el propio ministro iba dentro. Se acercó al lugar donde se había producido el tiroteo. Aunque los soldados enseguida formaron un cordón y trataron de alejar a los curiosos, pudo ver varios cuerpos ensangrentados en el suelo y creyó reconocer entre ellos a uno de los lacayos que habitualmente acompañan al ministro en su coche. Así que supuso que se había producido un intento de atentado contra el ministro. Se sorprendió cuando al día siguiente, el domingo, en la prensa se ignoraba el hecho, o se ocultaba la presencia del ministro y se hablaba solamente de dos malhechores que fueron abatidos por los soldados. Eso le reafirmó en la idea de que el ministro estaba relacionado con los hechos, pero supuso que oficialmente se había decidido esconderlo. El lunes no se hablaba de otra cosa por los pasillos del Ministerio. Y de que el ministro estuvo encerrado en su despacho buena parte de la mañana, primero con su secretario y luego con el ministro de la Gobernación, cancelando todas las citas que tenía.

—Así que es vox populi.

—Tranquilízate, no somos tantos los empleados en las oficinas del Ministerio y, en todo caso, personas leales y discretas. Todos hemos entendido que, si el Gobierno no ha querido que se supiese nada, no debemos ir por ahí aireándolo. Aparte de contigo, yo no lo he comentado con nadie de fuera del Ministerio.

—Poco me tranquilizas —resopló Arróniz—. ¿No fue Shakespeare quien escribió que nadie puede silenciar al rumor cuando este comienza a hablar?

—No lo sé, no estoy tan leído como tú —sonrió Salvador, que nunca había compartido la afición lectora de su amigo.

—Bueno, no puedo decidir nada sobre lo que se habla o no se habla en tu Ministerio, pero tengo órdenes estrictas de no hablar del asunto con nadie ajeno a la investigación.

—Lo comprendo, y no quiero violentarte en absoluto. Al contrario, no espero que me digas nada, pero creo que te puede ser de utilidad lo que yo pueda decirte.

—Te escucho.

—Como puedes suponer, en cuanto corrió por las dependencias del Ministerio la noticia de que habían intentado asesinar a Bravo Murillo, todos nos preguntamos quién podría estar detrás del atentado.

Salvador hizo un teatral silencio y aprovechó para beber un trago de vino. Luego miró sonriente a su amigo.

—Está bien, ya veo que quieres que te pregunte. ¿Quién se dice en el Ministerio que está detrás del atentado? —preguntó resignadamente Arróniz.

—Por supuesto, solamente es una hipótesis, nadie sabe nada en realidad. Pero todo el mundo en el Ministerio pensó en la misma persona.

Otro silencio que obligó al comisario a preguntar.

—No juegues conmigo y di lo que tengas que decir.

—Todo el mundo sabe que el ministro tiene un enemigo principal. Un enemigo poderoso y con pocos escrúpulos.

Salvador hizo otra pausa, y Arróniz optó por guardar silencio y esperar a que continuara, como hizo de inmediato llevado por su impaciencia por contar lo que sabía.

—¿Conoces a don José de Salamanca?

—Por supuesto, no personalmente, pero sé perfectamente quién es.

Todo el mundo había oído hablar de don José de Salamanca, que con frecuencia era mencionado en la prensa. A sus treinta y ocho años, los mismos que iba a cumplir Arróniz, era considerado como uno de los hombres más ricos y más influyentes de España, pese a vivir horas bajas y hallarse exiliado en Francia. Era muy admirado y, también, muy aborrecido, dependiendo de quién opinase, por haberse labrado una enorme fortuna en los negocios a partir de un origen relativamente modesto. Había completado su ascensión social contrayendo matrimonio con la hija de un rico comerciante inglés y, habiendo tomado parte activa en la política desde joven, convirtiéndose en ministro de Hacienda un par de años atrás. Era precisamente el haber desempeñado ese cargo lo que, en última instancia, le había obligado a huir de España para evitar afrontar sus responsabilidades políticas.

—Bien, pues el señor Salamanca está enfrentado a muerte, nunca mejor dicho, con Bravo Murillo. En realidad, con todo el ministerio del general Narváez, pero especialmente con Bravo Murillo.

—¿Y por qué? —la curiosidad había picado fuerte a Arróniz.

—Hay varios motivos. Tengo que hacer un poco de historia, si no te importa.

—Adelante.

—Salamanca empezó su carrera en su Málaga natal, luego fue nombrado alcalde mayor en Monóvar y en Vera y en 1836, en las primeras elecciones directas al Congreso que hubo bajo el reinado de Isabel II, fue elegido diputado por Almería. A partir de ahí, se instaló en Madrid y empezó a hacer negocios. Eso ha sido muy propio de él, y de muchos otros, ha utilizado los negocios para hacer política y la política para hacer negocios. El caso es que obtuvo la concesión del monopolio del estanco de la sal y dicen que con eso se hizo enormemente rico. Cuentan también que, gracias a sus influencias políticas y a la información que manejaba, el mismo día en que se produjo el frustrado pronunciamiento progresista del general Martín Zurbano contra Narváez en Nájera, jugando a la baja en la Bolsa de Madrid antes de que llegara la noticia de la insurrección, se embolsó de golpe varios millones de reales.

A Arróniz aquella historia le sonaba nueva. Sólo recordaba que el general Martín Zurbano, paisano suyo, había sido fusilado en Logroño años atrás. Aquello había sucedido cuando él estaba en Cuba, a donde los periódicos y las noticias llegaban con semanas de retraso. Además, fue una época en que sus problemas personales le alejaron de seguir la actualidad, incluso perdió la costumbre de leer la prensa todos los días que había heredado de su padre. Cuando regresó a la Península y retomó sus hábitos, se encontró con Salamanca ya ministro.

—Después de eso, ya inmensamente rico, Salamanca emprendió otros negocios en los que no le sonrió tanto la suerte —prosiguió con su narración Salvador—. Con permiso de la reina fundó un banco, el Banco de Isabel II. Con un capital considerable, se convirtió en el principal de España junto con el Banco de San Fernando que, como sabes, tiene una importante participación del Ministerio de Hacienda. El caso es que Salamanca utilizó su capital en el banco para avalar algunas inversiones que luego resultaron ruinosas, entre otras, la del ferrocarril de Madrid a Aranjuez, cuya concesión compró.

—Esa es una obra que está paralizada, ¿no? —preguntó Arróniz.

—Sí, así es. Luego llegaremos a eso, déjame que te cuente por orden. El ferrocarril y otros negocios de Salamanca se vieron afectados por la crisis económica que se inició hace unos tres años. Una de las causas fue la fiebre inversora que se desató en Madrid allá por 1843 o 1844; todo el que tuviera un mínimo capital, por pequeño que fuera, quería invertir. En lo que fuera, en deuda pública, en azogues, en sociedades mineras o siderúrgicas, en el ferrocarril, en obligaciones que emitían los bancos y otras empresas, todo el mundo aspiraba a hacerse rico y capitalista como el señor Salamanca. Se multiplicaban los agiotistas y especuladores. Un diputado moderado, don Fernando Calderón Collantes, por esa época llegó a decir en el Congreso que «la pobreza es signo de estupidez». Y, claro, nadie quería ser estúpido. La Bolsa subía y subía, y parecía que aquello de ganar dinero fácilmente, comprando

y vendiendo acciones, no iba a acabar nunca. Pero esas cosas siempre acaban, hace tres años se inició una crisis financiera en Inglaterra y Francia que de inmediato repercutió en España. Los fabulosos beneficios que pensaban que estaban obteniendo algunos se disiparon en el aire, lo que ayer valía millones hoy no valía nada, era sólo papel. La gente retiró masivamente sus ahorros de la Bolsa y de los bancos, y se generó el caos.

—¿No habrías sido tú uno de los ingenuos que puso dinero en la Bolsa? —preguntó maliciosamente Arróniz. Él nunca se había fiado de la Bolsa, implantada en España al final del reinado de Fernando VII. Siguiendo las ideas de su padre siempre había pensado que era un engaño para que unos pocos especuladores se hicieran ricos a costa de una legión de incautos.

—No, no fui uno de ellos —respondió Salvador con una sonrisa triste—. Sobre todo, porque no tenía dinero. Mantener a mi familia se ha llevado siempre la totalidad de mis escasos emolumentos como servidor público. Si te digo la verdad, me hicieron propuestas de inversiones que no podían fallar algunos compañeros que luego han perdido todos sus ahorros y es posible que, si hubiera tenido algo de dinero ahorrado, les hubiera hecho caso.

—Pues eso que has salido ganando por ser pobre.

—Parco consuelo resulta ser pobre...

—Al menos el pobre puede presumir de honradez, el rico lo tiene peor, no sé si sabes lo que escribió Balzac —bromeó Arróniz recordando sus recientes lecturas—, que el secreto de las grandes fortunas sin causa aparente suele ser un crimen olvidado porque se ejecutó adecuadamente.

—Con todo, no me importaría ser menos pobre, aunque me tuvieran por sospechoso de algún crimen oculto —siguió la chanza Salvador—. Bueno, pero a lo que iba. Uno de los que más había arriesgado en aquella época fue, cómo no, el señor Salamanca, de quien estábamos hablando. Parece que utilizó sus acciones del Banco de Isabel II, como te decía, como aval para otras inversiones, lo cual le dejó tanto a él como al banco al borde de la quiebra. El ministro de Hacienda de aquel entonces, Santillán, ordenó la fusión de los bancos de San Fernando y de Isabel II para evitar su quiebra y se comenzó a hablar de la necesidad de una nueva legislación que impusiera un fuerte control sobre las operaciones financieras a plazo y las sociedades por acciones. Algo que no convenía a Salamanca ni a otros capitalistas, así que tuvo la genial idea de mover sus influencias y conseguir que le nombraran a él ministro de Hacienda.

—Y lo consiguió —dijo admirado Arróniz.

—Y tanto. Consiguió que la reina despidiese al Gobierno que presidía el duque consorte de Sotomayor y marqués de Casa Irujo, en el que, por cierto, además de Santillán en Hacienda, era ministro de Gracia y Justicia nuestro amigo don Juan Bravo Murillo. Lo sustituyó por otro presidido por el líder de los puritanos, Francisco Pacheco, en el cual Salamanca era ministro de Hacienda. Las malas lenguas dicen

que era él quien mandaba en realidad, llamaban a aquel gabinete «el ministerio del Circo» porque decían que se había pactado en los palcos del Teatro del Circo que regentaba Salamanca. También dicen que Salamanca consiguió la voluntad de la reina gracias al apoyo del general Serrano, que por entonces era su amante, y con el cual Salamanca tenía negocios. A Narváez lo alejaron nombrándolo embajador en Francia. De todo esto viene buena parte del odio visceral que hay entre el general Narváez y sus partidarios, entre los cuales están el defenestrado duque de Sotomayor y mi actual ministro, y don José de Salamanca.

—Odio que resulta muy comprensible, por lo que me cuentas.

—Aunque también hay quien dice que el origen último de esa enemistad es que Salamanca hizo perder mucho dinero al general Narváez en algún negocio que hicieron juntos hace años en la Bolsa.

—Razones todavía más poderosas, entonces —sonrió Arróniz.

—Salamanca se hizo otros enemigos, como el rey consorte don Francisco de Asís, lo cual es lógico teniendo en cuenta que le apoyaba el general Serrano. Pero, por el contrario, también tenía aliados en el propio Palacio Real. Ha tenido de su lado siempre a la reina madre, doña María Cristina, y uno de sus principales socios en diversos negocios ha sido el sargento Muñoz. Dicen que ambos se han enriquecido notablemente gracias a Salamanca.

Arróniz escuchó esto con desagrado. Sabía que Salvador se refería despectivamente como sargento Muñoz al segundo esposo de la reina madre. Agustín Fernando Muñoz había sido sargento de la Guardia Real y había contraído matrimonio morganático en secreto con la reina regente apenas tres meses después de que esta enviudara de Fernando VII. Pronto corrió por Madrid un chascarrillo según el cual «la regente es una dama casada en secreto y embarazada en público», ya que tras sus segundas nupcias la reina María Cristina comenzó a parir, uno tras otro, hasta ocho hijos, a los que se iba enviando inmediatamente a París para tratar de ocultarlos de la opinión pública. Cuando la reina Isabel II fue declarada mayor de edad, con solamente trece años, se celebró otra boda oficial y solemne, y Muñoz recibió los títulos de duque de Riánsares, marqués de San Agustín y grande de España, además del nombramiento como senador vitalicio. En realidad, no le interesaba nada la política y sí los negocios, se decía que entre ellos estaba la trata de esclavos. Gracias a su matrimonio, había conseguido una posición desde la cual pudo amasar una gran fortuna. A Arróniz los rumores sobre la licenciosa y poco edificante vida tanto de la reina madre como de la reina Isabel II le disgustaban mucho. Estaba convencido de la utilidad de la monarquía, igual que lo había estado su padre que le había infundido la idea de que había que separar el respeto por el Trono del poco respeto que podía merecer la persona que lo ocupara, como le sucedía a él con Fernando VII. A la muerte de este, tanto Arróniz padre como su hijo albergaron grandes esperanzas de que llegara una monarquía constitucional al estilo de la que Luis Felipe de Orleans había instaurado en Francia. Su padre había muerto todavía con esa esperanza, pero

Arróniz cada vez estaba más desencantado con lo que oía contar de la reina y de toda su camarilla y se debatía entre su lealtad a la institución monárquica y su creciente antipatía por las personas de la real familia. Para su desgracia, estaba al cabo de la calle de todos los chismes que corrían al respecto, que eran muchos. Doña Carmen, de mentalidad tradicional pero muy aficionada a recopilarlos, gustaba de desgranar con todo detalle durante las comidas todo lo que había oído en el mercado o por la calle, eso sí, expresando su escándalo e indignación con la realeza. Arróniz solía escucharla en silencio y, cada vez más a menudo, pensando que en España la monarquía podía acabar teniendo el mismo final que en Francia. El año anterior se había proclamado la república tras ser destronado el rey Luis Felipe, arruinada toda su inicial popularidad por una larga serie de escándalos.

—No deja de ser una paradoja que Salamanca y Narváez sean enemigos acérrimos y, sin embargo, ambos cortejen el favor de la reina María Cristina —continuó Salvador—. Ya sabes que una de las primeras cosas que hizo el general Narváez cuando llegó al Gobierno fue sacarla del exilio en Francia al que la había enviado Espartero y traerla con grandes honores a Madrid.

—Lo recuerdo.

—Pero, por otro lado, Salamanca, desde el Gobierno, se ocupó de rehabilitar a Espartero y de que volviera del exilio en Londres al que le había obligado Narváez, haciendo que la reina lo nombrara senador vitalicio. Ha sido siempre una de sus formas de actuar, poner una vela a Dios y otra al diablo. Ha intentado siempre llevarse bien con los moderados y con los progresistas.

—Muy astuto —observó Arróniz.

—En fin, los manejos de Salamanca y de los gobiernos en los que fue ministro provocaron un gran escándalo y la reina, ya sabes que no es más que una jovencita caprichosa y mal aconsejada capaz de cambiar de opinión y de Gobierno de un día para otro, acabó llamando de nuevo al general Narváez como presidente. El cual, por cierto, además de prescindir de Salamanca, para poder reconciliar a la reina con su esposo, del que vivía separada y había dicho incluso que quería obtener del papa Pío IX la nulidad ya que no había sido capaz de consumar el matrimonio, envió al general Serrano a Granada como capitán general a fin de neutralizar cualquier influencia suya.

—Sí, de eso me acuerdo, acababa de volver yo de Cuba —dijo Arróniz—, a Serrano le gustó tan poco la medida que dejó el Ejército a los pocos meses y se ha retirado a la vida privada.

Arróniz no quiso decir nada, pero recordó que, según doña Carmen, la reconciliación del rey consorte —que recibía popularmente el mote de «Paquita Natillas»— y de la reina sólo había sido una farsa. Ella, después de Serrano, se había buscado un nuevo amante, el tenor José Mirall que actuaba en el Teatro del Circo cuyo empresario era José de Salamanca. Se decía que este había actuado como alcahuete ya que su interés era que se anulara el real matrimonio y que la reina se

casara con el conde de Montemolín, el pretendiente carlista. La maniobra tuvo poco éxito y el tenor no tardó en ser desterrado a Francia por el general Narváez.

—Sí, así es —confirmó Salvador—. Pero a lo que iba, una vez depuesto Salamanca fue acusado en el Congreso de haber utilizado su cargo de ministro de Hacienda para favorecer sus propios negocios. Por ejemplo, hacer que las deudas de su ruinoso Banco de Isabel II fueran absorbidas por el nuevo Banco Español de San Fernando en perjuicio de la Hacienda pública. O haber dado una garantía por parte del Gobierno a favor de las acciones de la empresa del ferrocarril de Aranjuez, -el accionista mayoritario es el propio Salamanca-, para recibir un préstamo. Estas y otras actuaciones similares provocaron que el Congreso votara mayoritariamente a favor de que Salamanca fuera juzgado ante el Senado. El juicio no llegó a celebrarse, los partidarios de Salamanca denunciaron que se trataba de una persecución política, el procedimiento se fue aplazando y Salamanca, fracasada una conspiración para derrocar al general Narváez en la cual se implicó con los progresistas, huyó antes de ser detenido, dicen que tuvo que disfrazarse de sargento de la Guardia Civil para llegar a la frontera, se fue primero a Bayona y, luego, a París, a Londres, y entre esas ciudades transcurre su exilio.

—Y por eso las obras del ferrocarril de Madrid a Aranjuez están paralizadas...

—Sí, así es, además de porque Salamanca está arruinado. El Gobierno ha tenido que intervenir para hacerse cargo de las instalaciones y del pago de algunas deudas. Ahora mismo se tramita una ley para asegurar los intereses de los capitales invertidos, a la espera de que se puedan reanudar las obras. Y por las mismas razones también están paralizadas las obras del ostentoso palacio que Salamanca se estaba construyendo en el paseo de Recoletos.

—Me decías que Salamanca guarda especial inquina a Bravo Murillo —recordó Arróniz el origen de todo aquel relato histórico en que se había enfrascado su amigo.

—Efectivamente. Es el miembro del Gobierno con el cual tiene un mayor enfrentamiento de intereses. Como ministro de Obras Públicas, Bravo Murillo ha defendido que la construcción del ferrocarril debe de hacerse bajo control del Estado, no dejada al albur de los intereses de empresas privadas como la de Salamanca. Hizo que se aprobara hace unos meses una ley de compañías mercantiles por acciones a las cuales se somete a un control férreo, nunca mejor dicho ya que hablamos de caminos de hierro. Las compañías que construyan ferrocarriles han de ser autorizadas por una ley. Y el mismo Bravo Murillo ha impulsado un proyecto de ley sobre ferrocarriles que quiere poner orden en su construcción y asegurar el control del Estado. En suma, otra ley directamente opuesta a los intereses de Salamanca y de sus socios. Quizás por eso su tramitación no avanza en el Congreso, hay demasiados diputados del partido moderado a los que tampoco interesa su aprobación. La mano de Salamanca es muy larga. Aunque esté en Francia, sigue tratando de influir en la política española y, pese a que está en la quiebra, sigue teniendo aliados económicamente muy

poderosos como la familia Rothschild, Nazario Carriquiri, José Buschental y algunos otros banqueros ingleses y franceses.

—Y Bravo Murillo le molesta en sus planes —insistió Arróniz.

—Por supuesto. En el Ministerio se rumorea que Salamanca está tratando de comprar cuantas voluntades pueda, lo mismo entre los progresistas que entre los moderados, incluidos algunos miembros del Gobierno, para poder regresar a España. Se rumorea incluso que está en negociaciones indirectas con Narváez. Ahora que prácticamente ha acabado la guerra en Cataluña se habla de que habrá pronto una amnistía para que los carlistas que han huido a Francia puedan regresar. A Salamanca le interesa que esa amnistía se amplíe, que comprenda no solamente a los carlistas y republicanos sino a cualesquiera actos políticos. Parece que está negociando la amnistía a cambio de comprometerse a no intentar volver al Gobierno. Tiene prisa en poder recuperar todos sus negocios, especialmente la construcción del ferrocarril de Aranjuez y de otras líneas de ferrocarril hacia Cataluña, hacia Levante y hacia Irún que tiene proyectadas. El principal obstáculo es Bravo Murillo y su ley de ferrocarriles —concluyó Salvador.

—Por eso me decías que en el Ministerio todo el mundo ha pensado que Salamanca está detrás del atentado.

—Sí, así es. Sin tener ninguna prueba ni ningún dato concreto, cierto —se apresuró a aclarar Salvador—. Pero sabiendo cómo están las cosas, y que a Salamanca le convendría la desaparición por cualquier medio de Bravo Murillo, todos tuvimos la misma idea.

Arróniz quedó pensativo. Las noticias que le daba su amigo Salvador abrían una hipótesis completamente nueva. ¿Podría existir una conspiración orquestada por Salamanca para asesinar a Bravo Murillo? Era posible, pero era tan sólo una teoría sin ninguna prueba que la respaldara. ¿Podría ser el tal Jarauta un agente de José de Salamanca? Quizás. O quizás no. Perteneecía al partido progresista, le había dicho Rodríguez, lo cual no casaba del todo con que actuara al servicio de Salamanca, un hombre del partido moderado. Aunque la política puede hacer extraños compañeros de cama, había leído en alguna parte. En fin, quedaba mucho por investigar, se dijo.

—Te agradezco la información —dijo Arróniz—. No estoy tan puesto al día como tú en estos asuntos políticos.

—Lo suponía —convino Salvador muy ufano—. ¿Qué piensas hacer?

—No, no insistas. Yo no te puedo contar nada. En todo caso, tengo unos superiores a quienes dar cuenta y que tomarán las decisiones oportunas.

—Sí, claro, tienes razón —repuso Salvador, ligeramente decepcionado al comprobar que no iba a sacar ni una sola confidencia a su amigo—. Pero ya que hablas de tus superiores, hay otra cosa más que debes saber.

—Tú dirás.

—Se rumorea que uno de los aliados que tiene don José de Salamanca dentro del Consejo de Ministros es el conde de San Luis. Tu ministro.

Arróniz no supo qué responder, ligeramente trastornado por la noticia. ¿Qué quería decir Salvador? ¿Que el ministro de la Gobernación también podía estar implicado en el complot para asesinar al ministro de Comercio? No, aquello no resultaba razonable. El ministro de la Gobernación en persona era quien le había encomendado que investigara y descubriera al instigador del atentado.

—No estarás sugiriendo que el conde de San Luis está implicado...

—Yo no digo nada. No lo sé. Sólo he dicho lo que he dicho. Para que lo tengas en cuenta.

Guardaron silencio. Arróniz no era capaz de pensar con claridad. Había sido un día largo y agitado y el vino que habían trasegado mientras cenaban no le ayudaba nada a tener la mente lúcida. Pensó en que debería reflexionar sobre todo aquello con calma.

—Es una idea monstruosa —acertó a decir.

—Tú verás qué crédito te merece. En todo caso, espero que no seas ingenuo. La política es así. No hay amigos, solamente hay aliados por intereses. Tampoco hay enemigos irreconciliables. Los intereses y las alianzas suelen variar con el tiempo, a veces de forma muy rápida, de un día para otro, o de la mañana a la tarde. Cualquiera puede clavarte una daga por la espalda en cualquier momento incluso dentro del propio partido.

—Te refieres al partido moderado.

—Claro. Al que servimos.

—Yo no sirvo a ningún partido —afirmó Arróniz, molesto.

—Claro que lo haces. Igual que yo. Dependemos del favor del partido moderado para seguir en nuestros cargos. Sabes que con cualquier cambio de Gobierno podemos convertirnos en cesantes. Si volvieran a gobernar los progresistas, nos enviarían a casa sin dudar ni por un momento que nosotros somos del bando opuesto.

—Yo nunca he sido de los moderados —se defendió Arróniz.

—Lo eres ahora. Así te ve todo el mundo, todos menos, al parecer, tú mismo —afirmó contundente Salvador.

Arróniz prefirió no responder. Para su desgracia, pensó, quizás su amigo tuviera razón y él había sido demasiado ingenuo. Había preferido verse como un simple servidor público, antes en el Ejército, ahora en un cargo civil, pero no comprometido políticamente. Aunque iba entendiendo que la política era un asunto mucho más retorcido de lo que le había parecido con anterioridad.

—Es tarde. Mañana tengo que madrugar... —dijo finalmente.

—¡Por supuesto! —Salvador miró su reloj—. Es hora ya de que nos recojamos.

Salvador pidió la cuenta y la pagó, haciendo caso omiso de las protestas de Arróniz.

—Dije que invitaba yo y así va a ser. A ti te toca invitar la próxima vez.

—Está bien, pero ha de ser pronto. No podemos dejar pasar otra vez diez años sin vernos.

—Por supuesto, ahora que nos hemos reencontrado espero que nos veamos a menudo. Espero tu invitación en pocas semanas.

—No te quepa duda. Me verás dentro de poco —aseguró con convicción Arróniz.

—Ha sido un placer conversar contigo. Aunque me hayas hecho hablar tanto a mí y tú hayas podido decir tan poco.

—Lo siento —dijo Arróniz, afligido.

—Era broma —Salvador sonreía—. Comprendo tu situación. A ver si la próxima vez podemos hablar sin secretos de por medio. Y me cuentas algo de esa viuda...

Se despidieron en la puerta del mesón con un abrazo.



Un café cantante. Óleo de José Alarcón Suárez, circa 1850.

Pedro Arróniz se despertó a las cinco de la madrugada de aquel miércoles sin apenas haber dormido. Había pasado casi toda la noche desvelado, agobiado y preocupado, dando vueltas en su cabeza a los acontecimientos del día anterior. Más en particular, a la serie de conversaciones que había mantenido a lo largo de la jornada y que le habían llevado a un grado extremo de confusión en torno al crimen cuya investigación le habían encomendado.

En un principio, las confidencias de su antiguo compañero de armas, Eulogio Salvador, le habían producido rechazo. No, no había razón alguna para suponer que detrás del atentado contra el ministro Bravo Murillo estuviera don José de Salamanca. El propio Salvador le había reconocido que era una sospecha sin fundamentos sólidos, sin prueba alguna, únicamente una suposición espontánea y frívola de los funcionarios de su Ministerio. Jugosa como murmuración que propagar por empleados desocupados, pero carente de la más mínima seriedad. Que Salamanca tuviera intereses económicos y políticos enfrentados a los del ministro no implicaba necesariamente que estuviera detrás de la conspiración. El propio Bravo Murillo le había recalcado que tenía muchos enemigos, algo lógico e inevitable dado el elevado cargo que ocupaba. Tan sospechosos, o tan poco sospechosos, y con igual fundamento o ausencia de él, podían ser todos los restantes adversarios políticos del ministro.

Igual rechazo sentía, de entrada, ante la advertencia de que el conde de San Luis, ministro de la Gobernación, pudiera estar en tratos con Salamanca, y ante la velada insinuación de que fuera partícipe de la conspiración contra el ministro de Comercio. Aunque no sintiera mucha simpatía por el conde de San Luis ni por los restantes miembros del Gobierno —quizás con la excepción de su presidente, el general Narváez, al que no conocía personalmente pero con el que le unía el tenue pero sólido vínculo de haber combatido ambos en la guerra civil y de haber participado en la misma victoriosa batalla de Mendigorría—, no era dado a creer gratuitamente en truculentas conspiraciones o en la perversidad intrínseca de todos los gobernantes, pese a que con tanta frecuencia afloraran en la imaginación popular.

Pero, por otro lado... El propio Bravo Murillo había tenido interés en llamarle para hablar con él. Le había insistido en que la tesis de que el atentado tenía relación con la Ley de Pesas y Medidas y con la implantación del sistema métrico decimal era absurda. Tanto empeño tenía en convencerle de ello que insistió también en que se reuniera personalmente con el diputado Vázquez y oyera las opiniones de éste. ¿Por qué no se limitaba a dar su parecer al ministro de la Gobernación, o al jefe superior de policía? ¿Por qué dedicaba su tiempo, con toda seguridad muy valioso por las muchas y altas responsabilidades que asumía, a hablar con un simple comisario?

Las dudas se agolpaban en su mente. ¿Por qué le habían elegido a él para llevar aquella investigación? Había una razón aparentemente obvia, el atentado había sucedido en su distrito. Pero, por otro lado, le habían instruido para que la investigación no siguiera el procedimiento oficial. En otras circunstancias, debiera de haberse dado cuenta al juez de primera instancia del distrito, pero le habían advertido expresamente que no lo hiciera. Sólo debía informar al jefe superior de policía. Y al criminal detenido tampoco lo habían puesto a disposición judicial ni lo habían ingresado en la cárcel. Estaba en un cuartel pero, por lo que sabía, tampoco a disposición de la jurisdicción militar. ¿Había motivos poco confesables para obrar así? Sí, hay motivos, se respondía a sí mismo Arróniz, y son confesables. Los que me han explicado con toda claridad. No conviene que se sepa que un ministro es tan vulnerable que cualquiera se le pueda acercar en la calle y disparar contra él. Y en especial con un revólver, un arma de fuego mucho más peligrosa que las que se vienen utilizando hasta ahora. Un solo malhechor puede hacer cinco o seis disparos en pocos segundos y sobre cualquier persona, lo que anteriormente exigiría que portara media docena de armas cargadas o que fueran media docena de delincuentes los que llevaran a cabo la agresión. Y menos conviene, en tiempos tan revueltos como estos, alimentar a la opinión pública con la sospecha de que las diferencias entre las diversas facciones del partido gobernante no se estén resolviendo en los debates parlamentarios sino en la calle y a tiros. Las razones que le habían expuesto eran razonables y no tenía por qué dudar de ellas. En un primer momento, al menos, le habían parecido suficientemente razonables.

Pero ahora ya no estaba tan seguro. Si el conde de San Luis tenía algo que ver con la fallida conspiración para acabar con la vida del ministro Bravo Murillo, tendría un interés particular en que el asunto no se investigase por las vías ordinarias, en que se ocultara a la opinión pública, a la prensa, y hasta al juez del distrito. Encargarle a él, al comisario del distrito del Prado, una investigación extraoficial y secreta sin duda sería una jugada maestra para silenciar a quien debiera haber dado cuenta de los hechos al juez. Y más si se le encargaba dirigiéndole ya en una dirección determinada, proporcionándole una hipótesis que seguir para impedir que pensara por su cuenta y sirviéndole las pruebas en bandeja.

Si fuera así, se decía Arróniz, el jefe superior de policía también estaría implicado en la conjura. Así se explicaba su empeño, pese a las dudas que le expresaba el comisario, en mantener a toda costa la tesis de que el móvil del crimen era la Ley de Pesas y Medidas. ¿Respondía a los mismos propósitos su insistencia en que el único sospechoso a quien merecía la pena investigar era Jarauta? No tenía modo de responderse a su pregunta. No conocía qué móvil podía tener Jarauta si es que realmente era quien había inducido el crimen. La Tomasa había escuchado pronunciar su apellido a Cayetano García. Algo tendría que ver en todo aquello, pero ¿por cuenta de quién? ¿De Salamanca? ¿De otro enemigo del ministro Bravo Murillo? ¿Por interés propio, relacionado con la Ley de Pesas y Medidas? En todo caso, se decía

Arróniz, en pocas horas lo habremos detenido y su interrogatorio nos dará más información.

Pero tampoco le tranquilizaba la idea de la detención que iban a realizar. Los indicios que tenían eran poco sólidos. En realidad, únicamente el escasamente fiable testimonio de la Tomasa. Una mujer poco escrupulosa con el cumplimiento de la ley, según se deducía de lo que había contado el celador del barrio de Arganzuela. Alojaba en su casa a personas de dudosa reputación, o de nada dudosa reputación como el propio Cayetano García, famoso bandolero al que no había exigido documento alguno ni había inscrito en el padrón que llevaba el celador conforme al Reglamento de Protección y Seguridad Pública. Cuya ausencia, igual que la del otro huésped, Juan Arribas, tampoco había denunciado cuando pasaron varias noches sin que acudieran a dormir a su habitación. Rodríguez, de cuya experiencia e instinto se fiaba, ya le había advertido de que tenía la impresión de que la Tomasa mentía, o no decía toda la verdad. Podía haberles dado datos falsos a propósito para desorientarles suponiendo que buscaban a sus huéspedes. No tenía por qué saber que Cayetano García había muerto y que Juan Arribas estaba preso. Quizás hubiera recibido de ellos instrucciones, y dinero, para que confundiera a cualquier autoridad que hiciera preguntas sobre sus actividades. O quizás había recibido dinero de otras personas. ¿De José de Salamanca? ¿Del conde de San Luis? No podía descartar ninguna posibilidad. Tampoco la de que la mujer hubiera dicho la verdad. Lo cual no implicaba necesariamente que el Jarauta al que ella decía haber visto fuese el Jarauta que iban a detener en cuanto amaneciera. Por lo pronto, el detalle del bigote indicaba que podía tratarse de personas distintas.

El otro testimonio, el de Juan Arribas, meditaba Arróniz en aquella interminable duermevela. En realidad, no aporta prácticamente ninguna pista que ayude a averiguar quién puede estar detrás del atentado. Un caballero alto y con bigote, del que no se sabe el nombre, al que Cayetano García llamaba «el catedrático», le ofreció dinero. No tenía por qué ser catedrático, como Jarauta. Puede ser una casualidad. García podría estar burlándose y aplicar el apodo a alguien con pocos estudios. Y otra vez le asaltaba el mismo pensamiento: Nicasio Jarauta no lleva bigote, según parece. En Madrid, tiene que haber muchos caballeros que midan más de seis pies de altura. Muchos con bigote. Y quizás alguno de ellos también se apellide Jarauta. ¿Tiene familiares el Jarauta que nos disponemos a detener? No sabemos nada.

Y suponiendo que sí, que el Jarauta que va a ser detenido fuera el que se reunió con Cayetano García... ¿Quién sabe por cuenta de quién actuaba? Arróniz volvía a torturarse con la duda. Podía ser un agente de José de Salamanca. O no. Quizás el jefe superior tenía razón, era el único sospechoso que tenían, era tiempo de interrogarle. Bien podría ser que tanto el jefe superior como el conde de San Luis obraran con absoluta buena fe. No tenía razones sólidas para concluir lo contrario.

Sus pensamientos se acabaron mezclando con sus sueños hasta el punto de que no estaba muy seguro de dónde empezaban unos y dónde acababan otros.

En cuanto le oyó levantarse, y pese a que antes de acostarse le había dicho que no lo hiciera, doña Carmen también saltó de la cama. Calentó el agua para él haciendo caso omiso de su protesta y le empezó a preparar el desayuno. El comisario se aseó, vistió y desayunó a toda prisa. A las seis menos cuarto, giraba ya por la esquina de la calle de las Huertas con la calle del León en dirección a la plaza de Antón Martín. Oyó unos pasos apresurados tras él y, al volverse, se encontró con Rodríguez que le daba alcance.

—Buenos días, comisario. Como ve, recibí su nota.

—Buenos días, Rodríguez. Y veo que quiere llegar pronto.

—Siempre es mejor llegar primero y tener bien observado el lugar donde te han citado. Pero usted ya lo sabe —observó de buen humor el celador.

—No soy perro tan viejo como usted en este oficio...

—Me sorprendió que vayamos a detener tan pronto a Jarauta —dijo en tono más grave Rodríguez—. Pensaba que lo seguiríamos vigilando algún día más.

—Esa era mi idea, pero el jefe superior quiere interrogarlo ya.

Llegaron a la plazuela, que se veía desierta salvo por un carro que hacía su ronda subiendo por la calle de Atocha cargando la basura depositada en espuertas por los vecinos y que se alejó hacia la plaza Mayor. Esperaron junto a la fuente churrigueresca con sus cuatro delfines mitológicos arrojando agua. Cinco minutos más tarde llegó otro carro tirado por dos mulas, en este caso el que traía desde su cuartel en la calle de San Martín a tres salvaguardias con sus uniformes de color azul marino, armados con fusiles, y a su cochero. Descendieron y saludaron a Arróniz.

—A sus órdenes, señor comisario —dijo el cabo que los mandaba.

—Descanse, cabo. Vamos a esperar al jefe superior de policía.

No había transcurrido un minuto, cuando, por un lado de la plaza llegaba el celador Valdés, a pie, y, por el opuesto, el jefe superior en un coche. Enciso, sin bajarse de él, indicó al comisario y a los dos celadores que subieran a su carruaje y a los salvaguardias que le siguieran en su carro. Bajaron por la calle de Atocha, doblaron hacia la izquierda por la calle de San Pedro y se detuvieron en el cruce con la calle del Gobernador que, como las calles vecinas, se veía todavía desierta. No habían dado todavía las seis de la mañana.

—Arróniz, los guardias que esperen aquí abajo, en el portal, alerta. Nosotros subiremos a practicar la detención —ordenó Enciso en cuanto todos hubieron descendido de los vehículos.

Valdés localizó y trajo a un sereno que les abrió el portal. El propio jefe superior encabezó la comitiva que subió por las escaleras hacia el primer piso una vez que Rodríguez aclaró que era en el que vivía Jarauta. Golpeó con fuerza la puerta, mientras el comisario y los celadores esperaban detrás. Nadie respondió en un primer momento, así que volvió a golpear mientras gritaba «¡Abran a la autoridad!».

Por fin se oyeron ruidos dentro de la casa y se entreabrió la puerta. Asomó la cara somnolienta de una mujer mayor.

—¿Qué sucede? —preguntó mirando con desconfianza a los cuatro hombres.

—Abra paso, señora. Venimos de detener a don Nicasio Jarauta.

—¿Detener? ¡Dios mío!

La mujer, confusa, se apartó de la puerta y entraron en el zaguán de la casa. El refinado mobiliario y las alfombras que cubrían el suelo indicaban que sus propietarios eran personas acomodadas.

—Awise al señor Jarauta —dijo Enciso, terminante.

—Ahora mismo... Si quieren, pueden esperar en el salón.

La mujer, una sirvienta, pensó Arróniz, demasiado mayor para ser la esposa de Jarauta, les hizo pasar a un salón y abrió las cortinas de las ventanas para que entrara la luz de la mañana y ahuyentara la oscuridad en que había estado sumido.

—Valdés, usted quédese fuera —ordenó el jefe superior—, junto a la puerta.

Que Jarauta no iba a intentar escapar quedó de manifiesto en apenas tres minutos, cuando el dueño de la casa apareció en el salón, vestido con una bata y en zapatillas, y el rostro turbado por el asombro. Sin duda es él, pensó Arróniz, su estatura alcanzaba casi los siete pies con los que le habían descrito. Aunque, tal como le había informado Rodríguez, llevaba el rostro perfectamente afeitado, sin barba ni bigote.

—¿Qué se les ofrece?

—¿Es usted Nicasio Jarauta Rodríguez del Valle? —preguntó secamente Enciso.

—Sí.

—Hay una orden de detención contra usted —dijo el jefe superior, sin aclarar que la orden la había formulado él mismo.

—¿Por qué? —el hombre, más que desconcertado, se mostraba enfadado y desafiante.

—No es tiempo de hacer preguntas. En su momento se le explicarán las razones. Nos va a acompañar a la jefatura de policía, donde será interrogado.

—¿Puedo vestirme?

—Puede vestirse. Pero hágalo rápido y no intente ninguna tontería. Rodríguez, acompañele.

Jarauta salió seguido del celador. El jefe superior se dirigió a Arróniz.

—Me lo llevo a la jefatura, ustedes se quedan aquí y registran la casa.

—¿Qué buscamos? —preguntó, confundido, el comisario dado que hasta ese momento nada habían hablado de registrar.

—Cualquier cosa que pueda tener relación con el atentado. Armas, papeles, cartas, mensajes cifrados, cantidades inusuales de dinero, constituciones de una sociedad secreta... —Enciso hablaba con displicencia—. Usted verá, es quien dirige la investigación y puede decidir si algo ofrece indicios o no del delito del que vamos a acusarle.

A Arróniz no le hizo mucha gracia el encargo. ¿Armas? Las armas empleadas en el atentado ya habían sido ocupadas en el momento de cometerse y estarían depositadas en el Cuartel de Artillería. ¿Papeles? Si Jarauta, efectivamente, formaba parte de una conspiración para matar a Bravo Murillo, no guardaría en su casa papeles que le comprometieran. Probablemente, no existiría ningún papel, ninguna carta. Le vino a la mente la célebre frase de Calderón de la Barca, «mal halla el hombre que fía sus secretos a un papel», que Jarauta, como persona culta, sin duda también conocería. Un registro le parecía una pérdida de tiempo, pero no tenía ganas de discutir con su superior así que se resignó a obedecerle.

—Está bien —se limitó a decir con escaso entusiasmo.

—Y cuando acabe el registro, se viene a la jefatura para acompañarme en el interrogatorio del detenido.

—¿No lo va a interrogar de inmediato?

—Vamos a dejarle un par de horas a solas en el calabozo para que reflexione. Seguro que luego tiene más ganas de hablar.

Enseguida regresaron al salón Jarauta y Rodríguez, el primero se había vestido para salir a la calle. Venían acompañados por una señora que se dirigió directamente hacia Enciso, adivinando que era quien estaba al mando.

—¿Por qué detienen a mi marido? ¿De qué le acusan?

—Señora, lo sabrá a su debido tiempo —el jefe superior respondió con prepotencia.

—¿Puedo ir con él?

—De ningún modo. Está detenido. Usted no. Quédese en su casa y facilite el registro que va a practicar el comisario.

—¿Registro? ¿Por qué? —exclamó ella, indignada.

—No podemos darle más información. Está comprometida la seguridad pública. Le ruego que colabore. Podrá visitar a su marido más adelante, cuando se le indique.

Enciso se dirigió a la puerta de la casa sin dar más explicaciones y ordenó a los dos celadores que escoltaran al detenido, uno delante y otro detrás, hacia la calle, y que lo pusieran en manos de los salvaguardias. Arróniz quedó a solas con la señora de Jarauta, en el salón, sintiéndose muy incómodo.

—Señora, crea que lo siento, pero estamos obligados a registrar la casa. Le ruego que no nos ponga ningún obstáculo.

—¿Qué buscan?

—No se lo puedo decir. Por favor, enséñeme la casa.

La mujer le miró furiosa, luchando por controlarse, y finalmente suspiró con resignación.

—Esto es un atropello. Le aseguro que nuestro abogado se ocupará de denunciarlo.

Al mismo tiempo que manifestaba su protesta, hizo un gesto al comisario para que la siguiera. Salieron al pasillo y Arróniz oyó que los dos celadores volvían a

entrar en el piso, una vez que habían entregado al detenido, así que rogó a la señora que aguardara un instante. Una vez que entraron, les indicó que le siguieran por la casa. La mujer les condujo hasta el fondo y abrió una puerta.

—Aquí tienen la cocina. A su disposición. Busquen lo que quieran —dijo agriamente.

—Valdés, eche un vistazo a ver si encuentra algo sospechoso —indicó el comisario.

La señora abrió otra puerta y les invitó a entrar con un gesto del brazo.

—La habitación de la criada. Busquen, busquen aquí.

En la reducida habitación se hallaba la criada, sentada en la cama y con cara de susto. Arróniz hizo un gesto negativo.

—No creo que sea necesario. Por favor, indíquenos qué otras habitaciones tiene la casa.

—Nuestro dormitorio —anunció la señora en la siguiente puerta que les abrió.

—Rodríguez, mire usted —ordenó el comisario—. Por favor, señora, continúe.

La señora dio unos pasos y abrió otra puerta.

—El dormitorio de invitados. No tenemos ningún invitado oculto, si quiere saberlo. Miren debajo de la cama, si les place.

Valdés ya había salido de la cocina y se había acercado por el pasillo, así que Arróniz le indicó que registrara el dormitorio.

—Y aquí tiene el despacho de mi marido —dijo la señora abriendo otra puerta.

Arróniz decidió ocuparse él mismo del despacho. Dudaba de que pudiera haber algo de interés en la casa pero, de haberlo, el escritorio donde trabajaba el sospechoso parecía el lugar apropiado para guardar las pruebas de una conspiración. Miró los lomos de los libros que llenaban una amplia librería. Títulos en español, en francés, en latín, que indicaban que las materias de las que se ocupaba Jarauta era muy variadas: filosofía, política, historia, matemáticas, física... ¿Merecía la pena registrar uno por uno aquellos libros? Suponía que no. Se ocupó de la mesa. Estaba cubierta de libros y papeles. Los ojeó superficialmente. Nada de aquello sonaba sospechoso. Manuales científicos, discursos, recortes de prensa, notas sueltas llenas de números y de fórmulas que Arróniz no entendió pero que supuso que tenían más que ver con las clases que Jarauta impartía que con una conspiración criminal. Abrió los cajones de la mesa, comprobando sus dimensiones para asegurarse de que no hubiera compartimentos secretos. Sólo encontró papel en blanco, utensilios para escribir, sobres. De pronto, algo llamó su atención, algo envuelto en un paño.

—¿Su marido tiene armas?

—Solamente tiene un cachorrillo. Con licencia. Es aficionado a disparar en un establecimiento de tiro de pistola de la calle del Almirante, como pasatiempo —respondió ella preocupada y con tono de disculpa—. Que yo sepa nunca lo ha usado fuera de ese lugar, aunque lo suele llevar encima cuando viaja.

Arróniz tomó el bulto y lo desenvolvió. Efectivamente, era un cachorrillo en perfecto estado, descargado. En el mismo cajón había también balas y pistones para cargarlo. Y un papel, que comprobó que era la correspondiente licencia, firmada por uno de sus antecesores en el cargo de comisario. De todos modos, decidió llevarse la pequeña pistola, más que nada pensando que a Enciso no le gustaría que, habiéndola visto, la dejara allí. Aunque era obvio que no podía tener nada que ver con el atentado.

Como los dos celadores habían acabado de registrar las habitaciones en las que les había dejado y se asomaban al despacho, les envió a registrar el comedor y el salón. Aunque poco iban a encontrar ambos, que ni siquiera sabían de qué se acusaba exactamente a Jarauta. Arróniz revisó el resto de los muebles del despacho, un armario y un aparador, donde encontró muchos papeles, aunque ninguno con aspecto de tener la menor relevancia.

Cuando se aburrió de mirar por el despacho se reunió con sus hombres en el salón. Como todo lo que se ofrecía a la vista carecía de interés criminal, se hallaban golpeando las paredes buscando escondites ocultos. La señora de la casa los observaba con disgusto. Arróniz decidió que no tenía sentido continuar con aquella búsqueda.

—Señores, creo que podemos dar por concluido el registro.

—Están ustedes en su casa, pueden seguir mirando si lo desean —dijo sarcásticamente la señora.

Rodríguez y Valdés, con cara de alivio, se dispusieron a marchar. El comisario quiso aprovechar la ocasión para obtener alguna información de la mujer.

—Señora, créame que siento las molestias. Si me permite, me gustaría hacerle un par de preguntas.

—Usted dirá —respondió ella con pocas ganas.

—¿Su marido antes llevaba bigote?

El rostro de disgusto que tenía la señora se trocó por otro de total sorpresa.

—¿Y eso qué tiene que ver con la detención?

—Le ruego que me conteste. Le aseguro que puede tener su importancia.

—Sí, antes llevaba bigote —respondió con poco entusiasmo—. Se lo afeitó hará algo más de un mes, porque yo se lo rogué. No me gustaba nada, le hacía parecer mayor.

—¿Sabe usted dónde se hallaba su marido el pasado veinte de abril, al mediodía? Era un viernes, hace poco más de dos semanas.

La señora se tomó unos segundos para hacer memoria, mirando fijamente al suelo. Parecía más calmada.

—Sí, señor, se hallaba conmigo en Segovia.

—¿En Segovia?

—Sí, en Segovia. Pasamos toda esa semana en Segovia. Tengo allí familia y estuvimos visitándola.

—¿Está segura de que fue esa semana? —insistió el comisario.

—Fuimos a Segovia el día quince de abril, domingo de Cuasimodo, que se suele celebrar con fiestas en algunos pueblos de la provincia, y regresamos a Madrid el día veintidós de abril. Si usted me pregunta por el día veinte, sí, estoy segura de que estábamos en Segovia.

—Gracias, eso es todo —dijo Arróniz, pensativo. Aquellos datos podían ser importantes.

Los tres policías salieron de la casa y bajaron a la calle. Arróniz llevaba el hatillo de paño con la pistola y su munición. Miró el reloj. Eran todavía las siete y media. No tenía prisa por ir a la jefatura de policía, ya que Enciso había hablado de retrasar el interrogatorio de Jarauta un par de horas. Decidió despachar a Valdés para poder hablar con mayor confianza con Rodríguez.

—Valdés, muchas gracias. Eso es todo. Puede ir a su casa.

—¿No me necesita para nada más?

—No, ya ve que aquí hemos acabado y es el jefe superior el que lleva el asunto personalmente. Si le necesitamos para algo más, ya le avisaremos.

El celador partió en dirección a su casa, y Arróniz y Rodríguez tomaron el camino de las suyas por la calle de las Huertas.

—Comisario, supongo que está pensando en lo mismo que yo. Este Jarauta no es nuestro hombre —afirmó el celador.

—¿Por qué lo dice? —preguntó mecánicamente Arróniz, aunque el celador llevaba razón y se suponía la respuesta.

—Ya lo ha oído. El veinte de abril no estaba en Madrid, y es el día en que se supone que se habría reunido con el Cayetano. Y aun suponiendo que hubiera estado en Madrid, ese día ya no llevaba bigote. No puede ser el hombre que vio la Tomasa. Suponiendo que la Tomasa viera realmente a alguien.

—¿Que viera realmente a alguien?

—Ya le dije que no la creí. Para mí que estaba mintiendo. Puede que ni siquiera exista el tal Jarauta con bigote en El Gallego de la calle de Toledo.

—¿Y por qué estaría mintiendo? —Arróniz quería oír los argumentos de Rodríguez, aunque estaba por completo de acuerdo con él.

—Por lo que miente todo el mundo. Para protegerse, para proteger a alguien o por dinero. Por lo que sabemos de esa mujer, podría ser cualquiera de esas razones.

—Así que se inventó la reunión y la casualidad nos ha dirigido hacia el pobre señor Jarauta, que quizás no tenga nada que ver con el asunto... —aventuró el comisario.

—O quizás no haya casualidad —replicó el celador—. Quizás la Tomasa nos ha querido dirigir hacia Jarauta.

—En ese caso, no le hubiera adjudicado bigote.

—Puede que ella lo conociera con bigote. Ella o quien le dijo lo que tenía que contarnos.

Arróniz quedó silencioso. Rodríguez tenía razón, salvo que apareciera en Madrid otro Jarauta, alto y con bigote. Decidió esperar en la comisaría a que apareciera Alcolea, a las ocho, a ver si tenía noticias sobre la búsqueda de otras personas apellidadas Jarauta. En la esquina con la calle del Lobo se despidió de Rodríguez.

—Me va a hacer un favor, Rodríguez. Deje de vigilar a Jarauta y ponga a todos los hombres de que disponga a vigilar a la Tomasa.

—Estaba pensando en eso mismo, comisario. No se preocupe, me ocupo de ello de inmediato.

Alcolea llegó puntual, como cada mañana, a las ocho. Arróniz dejó a un lado la *Gaceta* sin molestarse en mirarla.

—Alcolea, dígame. ¿Cómo va su búsqueda por los padrones?

—Bien, señor comisario. Conseguí que ayer me hicieran la comprobación en tres distritos. Río, Barquillo y Maravillas. A última hora de la tarde, ya tenía resultados. Espero que hoy me den sus datos en Vistillas y Lavapiés.

—Muy bien. ¿Y qué tiene de momento?

Alcolea consultó las notas que había sacado del bolsillo.

—Hay dos Jarautas en el distrito de Maravillas. Pero ninguno responde a la descripción que me dio usted. Una es una mujer, una viuda de sesenta años, vive junto a la Puerta del Sol. El otro es un hombre, pero tiene apenas veinte años. No es de Madrid, vive aquí desde hace un par de años, es nacido en Navarra. Trabaja como mancebo de botica en la calle de la Ballesta y se hospeda allí mismo. No hay ningún Jarauta en los otros distritos.

—Gracias. Tengo que ir a ver al jefe superior, le dejo al cargo de todo.

Arróniz salió de la comisaría y se encaminó hacia la Casa de Postas. Iba tratando de poner orden en sus ideas, pero sumido en una confusión todavía mayor que aquella con la que se había despertado esa mañana. Le parecía evidente, como también le había sugerido Rodríguez, que Nicasio Jarauta no podía ser la persona que se había reunido con Cayetano García y a la que habían aludido tanto Juan Arribas como la Tomasa. Ambos habían dicho que llevaba bigote, y Jarauta no lo llevaba desde hacía más de un mes, según había explicado su mujer. ¿O mentía su mujer? No, no tenía ningún motivo para hacerlo, y la sorpresa que mostró cuando escuchó la pregunta parecía auténtica. ¿Había tenido lugar la reunión, en realidad, antes de lo que recordaban ambos testigos? Tendría que haber sido hacía más de un mes, pero eso no cuadraba con las fechas en que Arribas había dicho que había llegado a Madrid y la Tomasa que los dos criminales se habían alojado en su casa. Y si la fecha en la que Juan Arribas recordaba haber visto al caballero alto y con bigote al que García llamaba «el catedrático» era correcta, Jarauta no estaba en Madrid sino en Segovia. De nuevo, era improbable que su mujer mintiera. No habían tenido tiempo de ponerse de acuerdo. ¿O sí? En cualquier caso, si mentía y no había estado visitando a su familia esa semana, la mentira era fácilmente comprobable. Bastaba con interrogar a sus familiares en Segovia.

¿Mentía la Tomasa? Arróniz estaba más dispuesto a creer que fuera ella la que mentía antes que la esposa de Jarauta. Y que mintiera podía ser indicio de que la conspiración era más compleja que lo que había supuesto en un primer momento. No podía acabar en Jarauta, tenía que haber más implicados. Y si había más implicados... Quizás su amigo Salvador no estuviera tan desorientado en sus sospechas.

Arróniz llegó a la jefatura y de inmediato le condujeron al despacho de Enciso.

—¿Qué tal el registro, comisario? —el jefe superior parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Poca cosa. Nada sospechoso, he registrado sus papeles pero no he hallado nada de interés. Únicamente he decomisado un arma, un cachorrillo en realidad, que tenía en un cajón. Aquí está.

El comisario dejó el paquete sobre la mesa. Enciso lo desenvolvió ávidamente.

—Vaya, vaya, un arma.

—Tiene licencia, y sabemos que no fue empleada en el atentado. La he traído por si acaso, pero no creo que sirva de prueba.

—Bueno, ya veremos. En todo caso, no dice mucho a su favor tener un arma en casa. ¿Está preparado para el interrogatorio, comisario?

—Cuando usted diga.

—Voy a dar orden de que traigan al detenido. Si le parece, empezaré yo el interrogatorio con algunas preguntas, y luego continúa usted, que se conoce mejor los detalles del asunto.

—Como quiera.

Enciso tocó una campanilla y ordenó al guardia que se asomó por la puerta que pasara el escribano que levantaría acta y que trajeran a Jarauta. En pocos minutos estaba entrando en el despacho, las manos esposadas, con rostro preocupado pero manteniendo la calma. Se sentó donde le indicaron. Antes de salir, uno de los dos guardias que lo habían escoltado se dirigió a Enciso.

—Señor, el secretario del ministro está aquí fuera y pregunta por usted.

—¡Vaya, qué oportuno! —refunfuñó Enciso—. Arróniz, espere un momento, lo despacho y vuelvo de inmediato.

Arróniz, Jarauta y el escribano quedaron a solas en el despacho en un incómodo silencio que rompió el detenido.

—Veo que el señor Fernández Enciso sigue tan atareado como de costumbre persiguiendo a los enemigos del orden —dijo en tono sarcástico.

—¿Conocía usted ya al jefe superior de policía? —preguntó, sorprendido, Arróniz.

—Digamos que somos viejos amigos. O enemigos. Es la segunda vez que me detiene y que me interroga. Hace cuatro años, cuando era jefe político de Barcelona, ya tuve el placer de responder a sus preguntas —Arróniz pensó que las dos horas de calabozo no habían quebrantado el ánimo de Jarauta, sino todo lo contrario—. No debía de ser lo suficientemente peligroso para el Gobierno del general Narváez porque me dejaron en libertad enseguida.

—¿Por qué lo detuvieron?

—Parece ser que me reuní con gente poco recomendable. Amigos del general Espartero, de los pocos amigos que no le habían traicionado. Ya sabe, por aquel entonces era un proscrito que hubiera sido pasado por las armas por la gente del general Narváez si no se llega a refugiarse en Inglaterra. Aunque hoy está rehabilitado y ha sido nombrado senador vitalicio por Su Majestad la reina.

Arróniz no pudo por menos que sentir simpatía por Jarauta al reconocer en él a un seguidor de Espartero. No hizo ningún comentario porque en ese momento se abrió la puerta y entró Enciso. Ocupó su silla y comenzó a leer una serie de preguntas que tenía escritas, mirando de vez en cuando al escribano para asegurarse de que las anotaba, pero sin fijar la vista en el detenido.

—¿Cómo se llama usted?

—Nicasio Jarauta Rodríguez del Valle, para servir a Dios y a usted —contestó con ironía el interrogado—, como muy bien sabe.

—¿Conoce usted a Cayetano García?

Enciso no mostró ninguna reacción ante el sordo desafío de Jarauta.

—Creo que no conozco personalmente a ningún Cayetano García, aunque he leído en la prensa las hazañas de un bandolero que se llama así. No he tenido oportunidad de tratar con ese caballero.

—¿Niega haberse reunido con Cayetano García en una taberna de la calle de Toledo?

—Lo niego. No frecuento esa calle.

—¿Niega haberse concertado con Cayetano García para que este cometiera un asesinato por cuenta de usted?

—Ni con Cayetano García ni con nadie.

—¿Conoce usted a una persona llamada Juan Arribas?

—No.

El jefe superior levantó la vista de sus notas. No parecía complacido con las respuestas.

—¿Por qué tiene un arma en su casa?

—Para protegerme. Hay muchos asaltantes de caminos, como sin duda usted ya sabe. Tengo licencia.

—Ahora el comisario le hará algunas preguntas más —Enciso no parecía nada satisfecho con las respuestas.

Arróniz dudó, antes de inquirir:

—¿Ha estado alguna vez en una taberna que se llama El Gallego, cerca de la plaza de la Cebada?

—No, que yo recuerde.

—¿Ha llevado usted bigote alguna vez?

Jarauta le miró asombrado. Enciso también mostró sorpresa por la pregunta e incluso el escribano, que permanecía silencioso en una esquina de la habitación

tomando nota del interrogatorio, por primera vez dejó de escribir y levantó la vista del papel con cara de perplejidad.

—¿Bigote? ¿Si he llevado bigote?

—Eso es.

Se hizo un silencio mientras Jarauta se rehacía de la sorpresa y se decidía a responder.

—Sí, he llevado bigote muchos años. Hasta hace mes y medio, más o menos, que, a ruego de mi mujer, decidí quitármelo. ¿Es delito?

—¿Dónde se hallaba usted el pasado día veinte de abril? —prosiguió Arróniz, sin hacer caso de la sarcástica pregunta del interrogado.

—¿El veinte de abril? —Jarauta iba de sorpresa en sorpresa. Ante las preguntas de Enciso se había mostrado impasible, pero no se esperaba las de Arróniz—. Espere que piense... Estaba en Segovia. Sí, estuve en Segovia con mi mujer, visitando a su familia, entre el quince y el veintidós de abril.

—¿No volvió a Madrid entre esas dos fechas?

—No.

—¿Puede dar los nombres de esos familiares de su mujer?

—Su hermano se llama Eduardo Casariego Reta. Vive en la plaza de San Esteban de Segovia, número tres, creo. Su esposa y sus hijos también darán razón de nuestra visita, y sus vecinos, supongo. Y pueden preguntar también en la compañía de diligencias peninsulares de la calle de Alcalá.

Enciso tomaba nota de lo que acababa de decir Jarauta.

—¿Tiene usted parientes que se apelliden Jarauta?

Nueva cara de asombro del interrogado, que no era capaz de imaginar el sentido de las preguntas que le hacía Arróniz. Y el jefe superior le miraba también con semblante ceñudo.

—Sí, algunos, pocos, en realidad, no somos una familia muy extensa. Soy hijo único.

—Dígame qué parientes son esos.

—Tengo una tía viuda, doña Isabel Jarauta, hermana de mi padre. No tiene hijos. Mi padre, que ya falleció, tenía otros dos hermanos, pero uno murió de niño y el otro hace pocos años. Dejó dos hijos, mis primos Juan y César Jarauta. Que tienen dos hijos cada uno, creo, aunque ahora soy incapaz de recordar sus nombres.

—¿Dónde viven?

—Mi tía aquí, en Madrid...

—Me refiero a sus primos.

—Hace un par de años que no tengo noticias tuyas, pero imagino que seguirán en Puerto Rico, a donde fueron de jóvenes en busca de fortuna. Tienen tierras y negocios allí.

—¿Y no tiene más parientes con apellido Jarauta?

—No, que yo recuerde. Algún pariente lejano puede que tenga en Zaragoza, de donde era mi padre, pero no le puedo dar más datos. Y mis demás parientes son por parte de mi madre, son Rodríguez del Valle.

—¿Qué sabe usted de la Ley de Pesas y Medidas?

Jarauta se quedó boquiabierto. Su estupefacción iba en aumento por el tema de las preguntas que le hacía el comisario.

—Que se está discutiendo en el Congreso. Sé lo que leo en la prensa.

—¿Le afecta a usted de algún modo?

—No, que yo sepa, quiero decir... como a cualquier otro ciudadano, supongo — Jarauta se mostraba dubitativo.

—¿Le perjudicaría a usted la implantación del sistema métrico decimal?

—¿A mí? ¿Cómo? —el interrogado seguía perplejo—. ¿Por qué?

—Aquí no es usted el que hace las preguntas —le advirtió Enciso con acritud.

—Usted tiene un tratado sobre pesas y medidas de España e Indias —dijo Arróniz.

—Sí, es cierto.

—¿No le perjudicaría para seguir vendiendo su libro que ahora cambiasen todas las medidas?

—En absoluto —Jarauta se mostraba más tranquilo una vez que había comprendido, al menos en parte, el sentido de la pregunta—. La mayor parte de la edición hace tiempo que está vendida. El editor ya ha recuperado el coste de la impresión y ha obtenido beneficios. Yo también he ingresado lo que me correspondía como autor, que no ha sido tanto. Y, si cambian las pesas y medidas, podré hacer una nueva edición revisada y ampliada con la equivalencia de las antiguas pesas y medidas y las nuevas. Al contrario de lo que usted sugiere, la nueva Ley de Pesas y Medidas puede ser para mí una oportunidad.

—¿No tiene interés, pues, en impedir que se implante el sistema métrico decimal?

—Ninguno. Al contrario, hace años que vengo defendiendo que se establezca en España. Pero dudo que esté en mi mano decidir o impedir nada al respecto.

Enciso seguía tomando notas. Arróniz no creía necesitarlas, en cualquier caso todo quedaría registrado en el acta que levantaba el escribano. No se le ocurrían más preguntas. Tras unos instantes de silencio, fue Jarauta el que preguntó.

—Pero, ¿de qué me acusan?

—De conspiración para cometer asesinato —le respondió Enciso.

—Eso es ridículo.

—Tenemos pruebas de que un tal Jarauta, que responde a su descripción, se reunió con Cayetano García y le ofreció dinero para que cometiera un asesinato.

—¿Qué pruebas son esas? No puede haber pruebas de algo que no ha sucedido.

—A su debido tiempo se expondrán las pruebas ante el juez.

—¿No se le olvida el detalle de que tengo derecho a llamar a un abogado?

—Podrá ejercitar sus derechos cuando se lo digamos. Hemos acabado, por el momento. Usted, salga y llame a los guardias para que se lleven al detenido —dijo Enciso dirigiéndose al escribano.

El aludido salió al pasillo donde esperaban los guardias y les indicó que pasaran al despacho. Una vez que se llevaron a Jarauta el jefe superior explotó.

—Pero, Arróniz, ¿a qué vienen esas preguntas? El bigote, su familia, si estaba en Segovia...

—Disculpe, señor, pero eran pertinentes. Son hechos que no encajan, hay divergencias entre el relato de los testigos y lo que me ha dicho su mujer.

—¿Su mujer? ¿Ha interrogado a su mujer? —Enciso elevó la voz, enojado—. No tenía órdenes de hacerlo. Lo único que tenía que hacer era registrar la casa.

—Aproveché para hacerle algunas preguntas y poder contrastar sus respuestas con las de su marido, por si había contradicciones. Usted tampoco me indicó que no hablara con ella —respondió Arróniz, molesto.

—Está bien, está bien, al fin y al cabo, es usted el encargado de la investigación. ¿Y qué le dijo la esposa?

—Lo mismo que ha dicho él. Que se afeitó el bigote hace más de un mes...

—Eso del bigote no tiene trascendencia, comisario.

—Perdone, señor, yo creo que sí —Arróniz decidió mantenerse firme, disgustado ante la actitud de su superior—. Los testigos nos han descrito al sujeto que se reunió con Cayetano García, al que este llamaba «el catedrático», con bigote. Si Jarauta hace más de un mes que no tiene bigote, no puede ser ese sujeto.

—No podemos dar mucho crédito ni al sospechoso ni a su mujer —dijo Enciso, despectivo—. Lo que sabemos de cierto es que antes llevaba bigote. En fin, ¿qué más dijo la mujer?

—Que en la fecha probable en la que «el catedrático» se reunió con García, ellos estaban en Segovia.

—Bueno, eso tampoco le exculpa, no tenemos certeza de la fecha, solamente una aproximación. Pudo ser otra fecha. ¿Algo más?

—No, nada más.

—¿Y a qué venía eso de los parientes?

—Por si hubiera otro Jarauta, un hermano, un primo, con su estatura, su aspecto, pero con bigote. Pero parece que no.

—¡Claro que no! Este es el Jarauta que buscamos —aseguró Enciso dando un manotazo en la mesa.

—No tenemos pruebas concluyentes...

—Las tendremos —Enciso se puso en pie, dejando claro que no pensaba seguir discutiendo con su subordinado, y Arróniz tuvo que hacer lo mismo—. Va a hacer usted una cosa. Usted personalmente, no delegue en nadie. Vaya a Arganzuela y cite mañana aquí, a las nueve de la mañana, a los dos testigos que vieron al sujeto. A esa mujer... la Tomasa, y al mesonero gallego. Y mañana va usted también

personalmente a buscarlos en un coche, pida un coche del Ministerio, y me los trae. Haremos un careo, a ver si reconocen a Jarauta. Si lo reconocen, la cosa está hecha.

—De acuerdo. Pero, ¿por qué no les citamos hoy mismo?

—Prefiero que Jarauta pase la noche aquí, cómodamente hospedado, para que tenga tiempo suficiente de reflexionar.

—Está bien. A sus órdenes.

Arróniz salió del despacho de Enciso irritado y lleno de suspicacia. ¿Por qué Enciso le había ocultado el hecho de que ya conocía a Jarauta? ¿O no se acordaba de él? No parecía probable que lo hubiese olvidado si le había interrogado personalmente pocos años antes. Como mínimo, le debería sonar el nombre, o la cara una vez que lo tuvo delante. Arróniz estaba convencido, cada vez más, de que el jefe superior tenía animadversión por Jarauta. Mostraba demasiado empeño en condenarle pese a lo fútil de los indicios que existían contra él y mostraba demasiada terquedad a la hora de desdeñar los datos que no cuadraban con la acusación. Y esos datos se iban acumulando. El bigote que habían descrito los dos testigos de cargo contra Jarauta, Arribas y la Tomasa. La posibilidad de que Jarauta no estuviera en Madrid cuando se celebró la supuesta reunión en El Gallego. La ausencia de un móvil sólido. Que Jarauta tuviese interés en frenar la aprobación de la Ley de Pesas y Medidas no parecía probable, sus explicaciones coincidían con las que le había dado el día anterior el diputado Vázquez, reconocido como la mayor autoridad en la materia.

¿Tenía interés Enciso en acusar falsamente a Jarauta? ¿Era Jarauta un chivo expiatorio para ocultar una conspiración? Las suposiciones de su amigo Salvador y de sus compañeros en el Ministerio de Comercio le retumbaban en la cabeza. Si el conde de San Luis, ministro de la Gobernación, era cómplice en una conjura orquestada por José de Salamanca, muy probablemente Enciso tenía que estar en el ajo, era el brazo derecho del ministro, y eso explicaba su actitud.

Pero, por otro lado... ¿Qué pruebas tenía él de que existiera tal conspiración? Ninguna en absoluto. No podía caer en el mismo vicio del que internamente estaba acusando a su superior, acusar sin pruebas o con pruebas débiles. La conspiración no dejaba de ser una mera hipótesis no respaldada por hechos. Quizás Enciso actuaba por mera obcecación, por la ansiedad de poder cerrar el caso y presentar un culpable a sus superiores, por apuntarse un tanto que le permitiera progresar en su carrera política. Era perfectamente posible. Pero no se quedaba tranquilo dándose a sí mismo esta explicación.

Atormentado por sus dudas, hizo el camino de vuelta hasta la comisaría. La mañana era más cálida que en los días anteriores y las calles estaban muy animadas. Eran todavía las nueve y media cuando llegó a la calle del Lobo, aunque tenía la sensación de que fuera más tarde por lo temprano que había iniciado aquella jornada. Alcolea estaba en su escritorio y, sentada frente a él con actitud de espera, la mujer de Jarauta. Con mejor aspecto que a la mañana, cuando la habían sacado de la cama con un sobresalto, había tenido tiempo de arreglarse y de vestirse adecuadamente. Era

toda una señora, Arróniz le calculó unos treinta y cinco años, buena estatura y buena planta, elegante, decidida, con gesto enérgico y, en ese momento, también de disgusto. En cuanto vio entrar al comisario, sin dejar ni que saludara, se puso en pie y se dirigió hacia él.

—¿Dónde está mi marido? —preguntó sin ningún preámbulo.

—Está detenido en la jefatura de policía —acertó a responder Arróniz mientras se quitaba el sombrero. Se sentía culpable ya que estaba casi convencido de la inocencia de Jarauta y de lo injusto de que tuviera que seguir encerrado, por lo menos, hasta el día siguiente por decisión de Enciso.

—¿De qué le acusan?

Arróniz no supo qué responder. ¿Podía hablarle del intento de asesinato del ministro y, quizás, de un diputado? Tenía órdenes de no comentarlo a nadie. Improvisó una respuesta que no fuera muy comprometedor.

—De conspiración para cometer un asesinato.

—¡Eso es ridículo!

—De momento, solamente está detenido como sospechoso para ser interrogado. Si es inocente no tiene nada que temer.

—¡Claro que tiene que temer! Los inocentes tienen mucho que temer ante la arbitrariedad del Gobierno. ¿Y hasta cuándo se supone que va a estar detenido?

—No lo sé, señora, lo lamento —se excusó el comisario—. Cuando tenga noticias, se las haré saber.

—¿Puedo verlo?

—No puedo decírselo. Es el jefe superior de policía el encargado del caso y el que ha de decidirlo.

—Está bien. Iré a hablar con el jefe superior. Aunque antes pasaré a hablar con nuestro abogado.

Sin más despedidas, la señora salió veloz de la comisaría. Arróniz se sintió aliviado y con el malévolo placer de pensar que Enciso tendría que soportar la vehemencia de la mujer, posiblemente acompañada por un abogado, a la que alguna explicación le tendría que dar.

—¿Alguna novedad, Alcolea?

—Nada importante. Pasó el celador Montero para verle, pero cuando le dije que estaba con el jefe superior dijo que no era nada urgente, un robo en una tienda, me dijo, que ya se ocupaba él y que se lo comentará en otro momento. Y tiene algunos papeles para firmar en su mesa.

—Está bien.

Arróniz tomó asiento y emprendió la aburrida tarea de firmar documentos sin molestarse en leerlos. Su cabeza seguía dando vueltas a la investigación que traía entre manos. ¿Qué pasos eran los siguientes a dar? No lo sabía, aparte del enojoso encargo que había recibido de su superior para volver al barrio de Arganzuela y citar

personalmente a la Tomasa y al tabernero de El Gallego. Acabó de firmar y tomó un papel en blanco donde garabateó un mensaje.

—Alcolea, va a salir usted a hacerme dos recados.

—A sus órdenes.

—Tenga este mensaje, busque al mensajero de costumbre, o al que encuentre, y lo envía. Y me encarga un coche, que venga a recogerme a la puerta cuanto antes.

—Enseguida.

Arróniz miró distraídamente los periódicos del día que tenía sobre la mesa. Pero ahora estaba pensando en Elena, a la que acababa de enviar un mensaje. En unas pocas horas esperaba comer con ella y huir durante un rato de los problemas que le agobiaban. O quizás poder hablarle de ellos.

Un landó apareció en la esquina de la calle de las Huertas, cerca de la puerta de la comisaría, sólo dos minutos después de que Alcolea le anunciara que había completado sus dos encargos. Arróniz indicó al cochero que le llevara a la calle de los Cojos. Atravesaron las atestadas calles del centro de la villa y, en poco más de veinte minutos, estaba ante el portal de la casa de huéspedes de la Tomasa. El cochero quedó esperando y el comisario subió por las escaleras. La puerta estaba abierta, aunque prefirió quedarse fuera y golpear con el puño de su bastón. Se asomó una muchacha, una criada, a la que ordenó que avisara a la Tomasa. La mujer salió refunfuñando, limpiándose las manos con un trapo.

—¿Qué se le ofrece? No tengo nada más que decir, ya les conté todo lo que sé.

—Mañana por la mañana tiene que acompañarme a la jefatura de policía.

—¿Para qué? —preguntó ella con voz agria.

—Tiene que reconocer usted a un sospechoso que está allí detenido.

—¿Sospechoso de qué? ¿Quién es?

—Sospechoso de ser el caballero que usted nos dijo que vio con Martínez saliendo de El Gallego.

—¿Tengo que ir? Tengo mucho trabajo.

—Vendré personalmente a recogerla con un coche mañana a las ocho y media. Usted verá si prefiere venir de buen grado o si tendré que llevarla detenida.

—Está bien, está bien, iré —dijo con disgusto la Tomasa—. Parece que la policía no tiene mejor cosa que hacer que molestar a la gente que trabaja.

—Recuerde. A las ocho y media.

Seguidamente, el landó llevó a Arróniz a la taberna. De nuevo el cochero quedó en la calle a la espera del comisario, que entró a buscar al tabernero. Había media docena de clientes. Castro estaba sirviendo las mesas, se acercó a Arróniz en cuanto lo vio asomar por la puerta.

—¡Señor comisario! ¿En qué puedo servirle?

—Debe usted presentarse mañana en la jefatura de policía para reconocer a un sospechoso.

El tabernero no puso ningún reparo y sonrió al comisario.

—A sus órdenes. ¿A qué hora?

—Pasaré a recogerle con un coche a las ocho y media de la mañana. Espere usted en la puerta.

—Aquí me tendrá, comisario —el tabernero no pareció preocupado ni molesto por recibir la citación, y volvió de inmediato a ocuparse de sus parroquianos.

Completada su misión, Arróniz dio orden al cochero de que le condujera a una casa de baños en la calle Mayor, junto a la Puerta del Sol. Solía acudir a bañarse una vez por semana durante la temporada en que estaba abierta y había decidido hacerlo

antes de ir a buscar a Elena. Un pequeño lujo al que se había acostumbrado en Madrid y que disfrutaba, sobre todo, recordando su época de soldado, cuando podían pasar semanas sin tener oportunidad de bañarse. Le gustaba aquel establecimiento, en un edificio de construcción reciente conocido como la Casa de Cordero por el apellido de su propietario. Había sido inaugurado un par de años atrás y tenía una gran pila de mármol blanco de Játiva en cada una de sus veinticinco habitaciones revestidas de azulejos, además de un patio adornado por una bonita fuente con un surtidor que se alimentaba del manantial existente bajo el edificio y del que extraían el agua mediante una noria. Tuvo suerte y no tuvo que esperar para tomar su baño, lo que hizo sin ninguna prisa, relajándose en el agua caliente y tratando de no pensar en nada. Una vez que acabó, pagó sus ocho reales y salió a la calle donde le esperaba el cochero. Miró el reloj de la fachada de la iglesia del Buen Suceso, situado en el arranque de la calle de Alcalá y de la Carrera de San Jerónimo, y que era el más consultado de Madrid. Eran poco más de las doce. Había avisado a Elena de que pasaría a recogerla a las doce y media. No necesitaba darse prisa. Le dio al cochero la dirección en la calle de Embajadores. Elena trabajaba como maestra en el Colegio Nuestra Señora de la Paz para niñas huérfanas, un venerable establecimiento benéfico fundado dos siglos atrás por la duquesa de Feria. Junto con la Inclusa, estaba regido por la Junta de Damas de Honor y Mérito, una corporación nutrida por señoras de las más distinguidas familias de la aristocracia y presidida por la duquesa viuda de Gor. Todo demasiado venerable, decía con ironía Elena, hasta el punto de haberse convertido en una institución vetusta que se resistía a adaptarse a los tiempos modernos. En tiempos del Gobierno progresista de Espartero se había retirado a la Junta de Damas la gestión del colegio para encomendársela a la Junta de Beneficencia municipal, pero, a los pocos años, los moderados habían vuelto a reponer las cosas a su estado original.

El cochero que llevaba a Arróniz, siguiendo sus indicaciones, paró el landó en la calle de Embajadores, enfrente del edificio donde trabajaba Elena. Faltaban unos minutos para las doce y media, hora en que ella saldría del colegio después de haber impartido por la mañana sus clases de lectura, escritura y aritmética y tras dejar a sus alumnas comiendo. Por la tarde, las niñas se dedicaban a coser, bordar y a otras labores similares que reportaban parte de los ingresos de la institución. Arróniz bajó para estirar las piernas mientras esperaba, impaciente por ver a Elena. Hacía demasiados días que no habían podido encontrarse. Y en esos días, habían pasado muchas cosas que no sabría cómo empezar a contarle, pero que ardía en deseos de poder contarle. Hasta donde pudiera sin traicionar el secreto que había prometido a sus superiores, se había repetido a sí mismo.

Cinco minutos después ella por fin apareció en la puerta. Vestía el severo vestido de color azul oscuro que solía llevar cuando estaba trabajando en la escuela, aunque lo completaba con un atrevido sombrero adornado con flores de brillantes colores,

probablemente un desafío a las rígidas normas que presidían el comportamiento y la apariencia de las maestras de aquella respetable institución.

—¡No te creerás lo que me ha pasado! —exclamó ella inmediatamente después de que se saludaran con un beso en la mejilla—. Me han prohibido que lea a las niñas el Génesis.

—¿Cómo? ¿No puedes leer la Biblia?

—No puedo leer el pasaje donde Adán y Eva se pasean por el Paraíso —se expresaba con indignación—. Las niñas no deben oír que estaban desnudos. ¿Has oído alguna vez una tontería semejante?

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, ya lo pensaré. No aguanto al director, es un cura retrógrado. Pero no hablemos de mi trabajo, lo odio.

Arróniz sabía que no era verdad. Le apasionaba enseñar, no necesitaba el exiguo sueldo que percibía como maestra porque su difunto marido le había dejado una renta modesta pero suficiente para vivir desahogadamente, lo que odiaba era la mentalidad estrecha de quienes gobernaban su escuela.

—¿Quieres que vayamos en coche a alguna parte? ¿O lo despido y vamos andando?

—Vamos en coche a la Montaña del Príncipe Pío —respondió ella con decisión, olvidando su anterior enfado—. Hace un día magnífico para pasear por allí.

Montaron, pues, en el carruaje y cruzaron toda la ciudad para, una vez pasados el Palacio Real y el Cuartel de San Gil, dejar el coche esperándoles en el callejón de San Marcial. De allí entraron al recinto cercado conocido como Montaña del Príncipe Pío, de trágico recuerdo por los fusilamientos del tres de mayo de 1808 pero convertido, años más tarde, en un hermoso parque. El nombre lo había recibido de Pío de Saboya, príncipe de San Gregorio y esposo de la marquesa de Castel-Rodrigo, antiguos propietarios del paraje y de un palacio que el rey Carlos IV adquirió a sus herederos e incorporó al patrimonio real. En aquel momento, su usufructo pertenecía al infante don Francisco de Paula, hermano menor del rey Fernando VII y padre del rey consorte Francisco de Asís, pero lo tenía abierto al público para que los madrileños pudieran disfrutar del lugar, convirtiéndose así en un lugar popular para el paseo.

Dieron una vuelta por el parque, Elena protegida del sol por una sombrilla, ascendiendo hacia la parte desde donde se podían contemplar los montes del Pardo. A aquella hora había algunos otros paseantes, pero no demasiados. La temperatura era muy agradable, poco más de dieciséis grados del termómetro Réaumur, veinte grados centígrados según la escala que últimamente se iba imponiendo por influencia francesa.

Se detuvieron en lo alto contemplando el paisaje. Elena se apoyaba en el brazo derecho de Arróniz y él tuvo el impulso de colocar su mano izquierda sobre la mano de ella. Desde que se conocían, se había sentido muy inseguro en cuanto a avanzar en el contacto físico. Las rígidas formas de la buena sociedad madrileña a la que ella

pertenecía le imponían demasiado. Eso se decía a veces, en otros momentos reconocía que quizás simplemente sufriera pánico ante la posibilidad de un rechazo, quizás todo era mera consecuencia de su conciencia de no saber apenas nada sobre cómo tratar con las mujeres. Tan valiente en el campo de batalla armado con un fusil y tan cobarde ante una mujer, se reprendía a sí mismo. Deseaba tomar sus manos, abrazarla, besarla, pero no se acababa de decidir. Por el momento, únicamente se había atrevido a estrecharla entre sus brazos cuando habían bailado y a pasear con ella cogidos del brazo, contactos que resultaban perfectamente decorosos. El mayor avance, por el momento, era saludarse con castos besos en la mejilla.

Elena respondió apretando el brazo de él. Siempre parecía cómoda cuando estaban juntos y Arróniz se maldecía por no atreverse a ser más osado. Eran sus propios fantasmas los que se interponían entre ambos, se decía, pero no lograba librarse de ellos. Le asaltaba una permanente inseguridad, se preguntaba si ella únicamente buscaba amistad o si sus sentimientos eran más fuertes, si eran como los suyos. Quizás sólo buscara un galanteo superficial, el flirteo sin mayores consecuencias al que parecían tan acostumbradas las más respetables damas de la Corte y que a Arróniz le había resultado llamativo, sobre todo, porque se hacía incluso a la vista de los maridos. O quizás sólo quería una compañía algo más estimulante que las del círculo social en torno a su hermana y su cuñado que se veía obligada a frecuentar y de las que se quejaba a menudo porque le aburrían. Según le había contado, mientras había estado casada había tenido una vida más interesante. Acompañaba con frecuencia a su marido en sus viajes de negocios a Cádiz, a Sevilla o a Barcelona, en alguna ocasión a París y Londres. Asistía con él a la ópera o al teatro con mucha frecuencia. Como viuda, no resultaba decoroso que viajara sola o que pudiera acudir a esos espectáculos sin compañía, así que había tenido que limitar sus aficiones. Pese a su rebeldía ante los convencionalismos, había algunos límites que no se había atrevido a traspasar. Arróniz tenía muy presente que ella pertenecía a una clase social superior a la suya, con otros códigos y costumbres, algo que contribuía a su indecisión.

En aquel momento, en aquel parque, a Arróniz le hubiera gustado hablarle de sus sentimientos por ella, pero no se sentía con fuerzas. Estaba demasiado abrumado por la investigación del crimen que tenía encomendada. Más adelante, se volvió a decir, dentro de unos días.

—Cuéntame esas ocupaciones tan importantes que te impidieron que nos viéramos el domingo —interrogó ella, rompiendo el silencio, con un tono alegre que no sugería ningún reproche.

Arróniz permaneció callado, pensativo. Ardía en deseos de hablar de la investigación que tanto le atormentaba y confundía, pero no sabía por dónde empezar y, sobre todo, hasta dónde podía contar sin traicionar su compromiso de confidencialidad. Estaba seguro de que hablar con Elena le ayudaría, no solamente

por desahogar sus preocupaciones sino también porque ella era muy sagaz y podría darle algunas ideas.

—Me han encargado una investigación... —empezó, y se detuvo sin saber cómo proseguir—. Es un asunto muy importante y he prometido máxima discreción.

—¿Cuánta? ¿Me puedes contar algo o no? —a Elena le gustaba ser directa, a veces tanto que desconcertaba a Arróniz.

—No te puedo contar todo —ni siquiera sé cuánto puedo contar, pensó él.

—Pues cuéntame lo que puedas contar. Al menos, lo que te preocupa —Elena se puso más seria—. Porque te noto muy preocupado. Estás demasiado serio, incluso para ser tú, que de normal ya eres muy serio.

—Lo estoy, estoy preocupado —dijo él con cierto alivio de poder confesarlo—. Y muy confuso.

—Te escucho —dijo ella sentándose en un banco de piedra y con actitud paciente.

Arróniz se sentó y estuvo en silencio, reflexionando, unos instantes. Le reconfortaba que ella mostrara interés y comprensión.

—Se trata de un crimen. Con muertos. No puedo decirte más. Tenemos un sospechoso detenido.

Elena reflexionó también un momento antes de responder.

—¿Cuál es, entonces, el problema? Cualquiera diría que el asunto va bien.

—Creo que el detenido es inocente. Los indicios contra él son débiles, y algunos datos indican que él no puede ser a quien buscamos.

—Pues dejadlo en libertad. ¿No es eso lo que procedería? —Elena preguntaba con extrañeza.

—Mis jefes están empeñados en mantenerlo detenido y en que es el principal sospechoso.

—No te voy a decir lo que pienso de tus jefes porque ya lo sabes —el tono era agrio, como casi siempre que Elena hablaba de política, un tema que le interesaba pero que la hacía abandonar su habitual talante risueño.

—En este caso, quizás tenga que darte la razón. Creo que alguno de mis jefes podría estar involucrado en una conspiración...

—Denúncialo, entonces.

—Ni tengo la seguridad, ni tengo pruebas —dijo él con desaliento.

—Entonces el consejo que te tengo que dar es fácil: sigue investigando —recomendó ella después de un momento de meditación—. Y acuérdate de los métodos de Vidocq. No te quedes con lo aparente, persevera en conseguir información, ten en cuenta todos los datos que tengas delante e intenta razonar como los delincuentes. En este caso, como tus jefes.

Arróniz iba dando vueltas a esas sugerencias mientras se dirigían a un merendero instalado en los mismos jardines y donde podrían comer, platos sencillos pero económicos, al aire libre bajo un toldo que les protegiera del sol. No había nadie más

comiendo y les atendieron de inmediato. Pidieron un conejo estofado acompañado de ensalada y de una botella de vino tinto.

—El mayor problema que tengo es que no sé de quién fiarme —se lamentó Arróniz mientras comían—. Si, como me temo, existe una conspiración, no sé cuántas personas a mi alrededor pueden estar implicadas.

—Por fin me das la razón en que el Gobierno para el que trabajas no es de fiar —se burló Elena. Pero enseguida se puso seria de nuevo—. Tendrás que ir con pies de plomo. ¿Sabes, al menos, contra quién es la conspiración?

—Sí, eso lo sé —dijo Arróniz pensando en Bravo Murillo y Oliván, las víctimas del frustrado atentado.

—Pues supongo que ya tienes alguien a quien descartar y en quien confiar.

Cierto, pensó él. Pero eso, de momento, me ayuda poco. Lo que necesito es la certeza de si el ministro de la Gobernación y el jefe superior de policía están implicados.

—Y recuerda algo que dice Poe en su relato. Lo más importante es saber qué se debe observar, la calidad de la observación suele ser más importante que la validez de las deducciones que puedas hacer sobre la información que hayas obtenido. A lo mejor necesitas dar algún paso atrás para tener una visión de conjunto y replantearte qué es lo que has estado observando hasta ahora. Si, como me dices, hay una conspiración y no sabes de quién fiarte, empieza por preguntarte qué es lo que te han venido contando hasta ahora personas de las que quizás no debes fiarte y que no puedes tener por cierto.

—Tienes razón —respondió Arróniz. Se hizo el propósito de repasar aquella tarde, con lápiz y papel, qué es lo que sabía en realidad.

Acabaron de comer y volvieron paseando hacia donde les esperaba el coche. Arróniz tenía que volver al trabajo.

—¿Cuándo nos veremos? —preguntó Elena cuando se detuvieron a la puerta de su casa.

—No lo sé. Espero que el domingo —a Arróniz siempre le animaba que ella estuviera dispuesta a volver a citarse—. Ojalá que antes, pero estoy muy ocupado con la investigación de la que te he hablado.

—Bien, si los grandes asuntos de Estado te lo permiten, ya me avisarás.

—Te avisaré —confirmó él, con la esperanza de poder hacerlo pronto y hablar de otras cuestiones distintas a las de su trabajo. Hablar de ellos dos.

Arróniz despidió al cochero, después de pagar sus servicios, en la puerta de la comisaría. Alcolea ya estaba allí y le dio las novedades.

—Señor comisario, la operación de búsqueda de Jarautas está concluida. No hay ninguno más en los distritos de Vistillas y Lavapiés.

—Muy bien, gracias, Alcolea, buen trabajo. ¿Alguna otra cosa?

—Ha llegado una nota para usted, la tiene sobre la mesa.

El comisario se sentó frente a su escritorio y examinó el mensaje. Lo remitía su amigo Epifanio Rincón. Habían combatido juntos durante la guerra civil, luego se perdieron de vista unos años, pero habían vuelto a encontrarse en Madrid. Cuando supo de su nombramiento, Rincón se había acercado a visitarle. Él había abandonado el Ejército hacía tiempo y también se había establecido en Madrid, dejando su Burgos natal. Trabajaba en la Biblioteca Nacional. Le había presentado a otros amigos suyos, la mayoría eran empleados de organismos oficiales, algunos también habían servido en el Ejército y habían podido acceder a los puestos que se reservaban a militares retirados. Se solían reunir en tertulia todos los miércoles por la noche en el café de Pombo, un establecimiento con más aspecto de botillería que de café y abierto, ya hacía algunos años, en la calle de Carretas, al lado de la Puerta del Sol. Los tertulianos comentaban las noticias de actualidad, la chismografía y los últimos rumores de la Corte y discutían de política. Había entre ellos moderados, progresistas, demócratas, y aunque en ocasiones se cruzaban palabras gruesas, la sangre nunca llegaba al río. También hablaban de toros, de mujeres o de libros, según se terciara. Pese a las discusiones el ambiente era cordial.

La nota de Rincón era muy breve. «Espero verte hoy en el Ateneillo» —así llamaban los tertulianos jocosamente a sus reuniones, en referencia a las más ilustres tertulias del Ateneo y del Parnasillo—. «Rumores muy sustanciosos que no te puedes perder. Epifanio». Arróniz había tenido que faltar las últimas dos semanas y se hizo propósito de acudir esa noche si no surgía ningún imprevisto. Aquella reunión semanal era una buena fuente de información, aparte de ser un encuentro placentero donde las carcajadas eran frecuentes.

Tal como se había propuesto, el comisario tomó una hoja de papel y un lápiz y trató de resumir por escrito qué es lo que sabía sobre el atentado que estaba investigando. Procedamos con método cartesiano, se dijo. ¿Qué es lo que sé realmente? Sé que hubo un atentado, sé que dispararon contra Bravo Murillo y Oliván, aunque resultaron ilesos y murieron dos empleados suyos. Lo sé porque me lo han dicho ellos mismos. Sé que quienes dispararon fueron Cayetano García y Juan Arribas. Lo sé, sobre todo, porque Arribas lo confesó. No tendría sentido que mintiera y confesara un crimen que no ha cometido. Y su relato es coherente con el de las demás personas que me han relatado los hechos. Lo apuntó en el papel, en una

columna que tituló «cosas que sé». He de suponer cierto, también, que actuaron por cuenta de un tercero que les prometió dinero, así lo dijo Arribas. Eran dos delincuentes, Cayetano García era un bandolero famoso, me lo han dicho varias personas, así que no cabe suponer que actuaran espontáneamente por motivos personales. ¿Quién es esa persona que les ofreció dinero? No lo sé, pensó mientras lo apuntaba en otra columna encabezada con el título de «no lo sé». Difícilmente pudo ser Nicasio Jarauta, siguió razonando, al menos no hay pruebas de que fuera él. Si Arribas dice la verdad... no sé si dice la verdad, reflexionó. Los delincuentes suelen mentir. Y los detenidos muchas veces mienten. Arribas tiene la amenaza de una pena de muerte, puede estar mintiendo para tratar de evitarla. El jefe superior le invitó a decir la verdad para salvar la vida, pero a saber qué cálculos ha hecho él sobre qué le interesa contar. A saber si no hay alguien que le ha dicho lo que tiene que contar. Yo oí su confesión, sí, pero cuando llevaba muchas horas detenido en el cuartel. ¿Le han podido aleccionar sobre lo que tiene que decir? ¿Le han dicho que tiene que hablar de un hombre alto con bigote? Es posible. Es evidente que le golpearon después de ser detenido. ¿Para convencerle de lo que le convenía hacer y decir? Si hubiera una conspiración, no sé si la hay, pero si la hubiera, es perfectamente posible que lo que dice Arribas no sea la verdad, sino lo que le han dicho que tiene que decir. Y si se lo han dicho a Arribas, se lo han podido decir a la Tomasa. Igualmente le han podido amenazar, o le han podido ofrecer dinero, para que diga lo que interesa a los conspiradores. Que vio a Cayetano García, al que ella conocía como Martínez, con un hombre alto y con bigote que se apellidaba Jarauta.

¿Pudo ser Salamanca el inductor? No lo sé, siguió pensando Arróniz, y lo anotó en la columna correspondiente. Así lo cree Salvador, podría ser, pero no hay ninguna prueba. Si fuera ese el caso, ya que Salamanca está exiliado, alguien por cuenta suya debería ser quien se reunió con Cayetano García y le ofreció el dinero. ¿Pudo ser alguien amparado por el conde de San Luis que, al parecer, está en tratos con Salamanca? No lo sé tampoco, pensó, y así lo apuntó en el papel. ¿Pudo estar complicado también el jefe superior de policía? Tampoco lo sé.

Esto no me lleva a ninguna parte, pensó. No me estoy haciendo las preguntas correctas. Es otra cosa la que tengo que observar, se dijo, recordando los consejos de Elena. ¿Por qué me encomendaron a mí una investigación extraoficial? Acepté la explicación que me dieron. Debido a que soy una persona de confianza, me dijeron, y me lo creí porque era halagador. Pero tiene que haber otras personas de confianza en el Ministerio. Hay otros comisarios con más experiencia que yo y más identificados políticamente con el Gobierno. En realidad, el ministro no me conocía de nada y el jefe superior únicamente me conoce desde hace algunos meses. ¿Por qué tendrían que confiar en mí? Llevo establecido en Madrid apenas un año. Conozco a poca gente todavía. Me cuesta aún moverme por la ciudad. En realidad, yo no era una persona adecuada para llevar adelante una investigación como esta con éxito, pensó Arróniz. Quizás por eso precisamente me eligieron. Porque esperaban que fuera incapaz de

investigar mucho y me conformara con lo aparente, con la solución más fácil, que es la que me ofrecieron en bandeja. El móvil, la Ley de Pesas y Medidas. El sospechoso, un individuo alto y con bigote apellidado Jarauta.

¿Por qué Jarauta? Probablemente porque Enciso ya le conocía y pensó en él como un buen chivo expiatorio. Un progresista con pocas influencias que utilizar para defenderse. Alguien al que se puede acusar de verse perjudicado por la implantación del sistema métrico decimal. Alguien que es fácil de describir por los testigos: un caballero muy alto y con bigote. Falla el detalle de que decide afeitarse el bigote sin informar a los conspiradores. A Enciso, en particular. No sé si Enciso forma parte de la conspiración para matar a Bravo Murillo, pero parece que sí participa en la conspiración para culpar a Jarauta. Eso explica su empeño en detenerlo pese a lo endeble de las pruebas.

Bien, en realidad, tampoco sé con certeza que mis superiores me hayan tratado de utilizar para echar tierra sobre el asunto. Pero ahí es donde puedo y debo investigar. Si, efectivamente, han tratado de manipular a los testigos. A Juan Arribas, a la Tomasa, al tabernero gallego. Quizás a Castro, el gallego, no, dado lo poco que supo decirnos. Salamanca queda fuera de mi alcance, pero puedo observar lo que hacen y dicen mis superiores y sacar las conclusiones debidas.

¿De quién me puedo fiar? De Bravo Murillo y Oliván, sin duda. Son las víctimas frustradas del atentado. De Arteta... supongo que también. Él me presentó al conde de San Luis y me recomendó, pero probablemente por desconocimiento de sus intenciones. No tengo por qué dudar de su lealtad, y es amigo también de Bravo Murillo. Aunque todo el mundo dice, él mismo también, que en política no hay amigos. Rodríguez. También me puedo fiar de él. Yo personalmente lo elegí para ayudarme a investigar. No es razonable suponer que forme parte de la conspiración. Y no me puedo fiar de nadie más. Ni del ministro de la Gobernación, ni del jefe superior. Ni de ningún testigo, concluyó. Satisfecho, Arróniz guardó la hoja de papel en un cajón del escritorio. Tenía las ideas algo más claras sobre a qué debía prestar atención.

Un poco más tarde se presentó en la comisaría el celador Rodríguez. Parecía complacido con las noticias que traía.

—He estado haciendo algunas averiguaciones sobre la Tomasa, como usted me ordenó —dijo tras saludar y sentarse frente al comisario—. Y me han contado algunas cosas curiosas.

—Dígame.

—Supongo que recuerda al celador Patiño, que nos acompañó el lunes por la mañana a hablar con ella.

—Por supuesto.

—Pues bien, resulta que Patiño le había hecho una visita previa, el domingo al mediodía, de la que no me dijo nada.

—¿Está seguro?

—Sí, lo han confirmado dos vecinos de la misma casa. Vieron a Patiño subir al piso de la Tomasa y le vieron salir algún tiempo después. Lógicamente, no saben de qué pudieron hablar.

Arróniz quedó pensativo. ¿Por qué Patiño había ocultado el hecho de que había estado con la Tomasa el día anterior? ¿Estaría también comprometido en la conspiración?

—¿Se fía usted de Patiño?

—Comisario, yo no me fío de nadie —Rodríguez sonreía con malicia—. Y le recomiendo que usted tampoco lo haga.

—Cierto. Pero, ¿cree que Patiño tenía algo que ocultar?

—Esa impresión me da. Si no, el domingo a la tarde, cuando fui a verlo, me hubiera dicho que había estado hablando con la Tomasa ese mismo día. Pero me dejó creer que no sabía nada de ella desde hacía días.

—¿Qué opinión tiene de él?

—No me parece mala persona, pero creo que no es muy escrupuloso cumpliendo la ley. He oído rumores de que acepta dinero de algunos delincuentes para que haga la vista gorda. Bueno, todos hacemos la vista gorda a veces con pequeños delitos, pero como medio para tener controlados a los delincuentes y poder utilizarlos para conseguir información. Aceptar dinero es otra cosa.

—Así que podría estar engañándonos sobre lo que sabe de la Tomasa...

—Podría ser.

—Y podría haber preparado con la Tomasa lo que nos tenía que decir...

—También es posible. Aunque el domingo al mediodía no tenía por qué saber que íbamos a ir al día siguiente —objetó Rodríguez.

Podía saberlo si alguien le advirtió de ello. Alguien que podía preverlo porque sabía que Juan Arribas me había encaminado a buscar a la Tomasa, pensó Arróniz. No dijo nada a Rodríguez ya que este no estaba al tanto del interrogatorio de Arribas y, de momento, no veía necesidad de contarle más de lo que sabía. Pero sus sospechas sobre el jefe superior se veían reafirmadas. Enciso le había acompañado a interrogar a Arribas y pudo perfectamente dar orden a Patiño para que instruyese a la Tomasa sobre lo que tenía que decir al día siguiente si le preguntaban en relación con Cayetano García y su socio.

—Bien, en todo caso, está claro que no podemos fiarnos ni de Patiño ni de la Tomasa. Ni de lo que nos ha contado ella.

—Ya se lo dije desde el principio, no nos contó la verdad.

—Y creo que tiene usted razón. En fin, siga vigilando a ver si podemos saber algo más.

—No se preocupe. Tengo un par de hombres colocados en los alrededores, uno de ellos alojado en su propia casa.

A Arróniz se le ocurrió que, si Patiño había instruido a la Tomasa anteriormente, era probable que lo volviera a hacer para el careo que tenía al día siguiente con

Nicasio Jarauta.

—Mañana a las ocho y media tengo que ir a recoger a la Tomasa, y también a Castro, el tabernero, para llevarlos a la jefatura —explicó al celador—. Enciso quiere que reconozcan a Jarauta.

—¿Quiere que le acompañe?

—No, no es necesario, y el jefe superior me ha ordenado que lo haga yo personalmente. Lo que quiero de usted es otra cosa, que antes de esa hora me tenga informado sobre si Patiño ha vuelto a visitar a la Tomasa.

—Eso está hecho. Piensa usted que Patiño puede aleccionar de nuevo a la Tomasa sobre lo que tiene que decir mañana...

—Podría ser.

—Si le parece, a las ocho estoy aquí para informarle de lo que sepa.

—Muy bien.

—Y si me permite, me retiro, que tengo muchos asuntos pendientes en mi barrio.

—Por supuesto. Gracias, Rodríguez.

El celador se fue. Arróniz se quedó reflexionando. No había avanzado en el sentido de disponer de hechos confirmados, pero sí acerca de los hilos de los que ahora pensaba que tenía que seguir tirando.

La tertulia en el café de Pombo solía empezar a partir de las ocho de la tarde, aunque sus participantes iban llegando poco a poco, según se veían libres de otros compromisos y obligaciones. Los primeros en llegar con frecuencia no habían cenado y pedían que les sacaran algo que ir comiendo, un poco de jamón con tomate, unos huevos fritos o unas albóndigas, un privilegio que no concedían a otros clientes. Los últimos a menudo llegaban después de haber cenado en otro lugar, o sin intención de hacerlo porque habían retrasado mucho la comida, y solamente tomaban café o licores. Se solían congregarse entre media y una docena de contertulios.

Arróniz llegó sobre las ocho y cuarto. Como no le agradaba demasiado la comida que improvisaban en el café, le había pedido a doña Carmen que le preparara una cena ligera antes de encaminarse hacia la tertulia. Encontró en la mesa que acostumbraban a ocupar a dos de los tertulianos, a su antiguo amigo Epifanio Rincón y a Ramón Santamaría, un periodista que escribía en el periódico progresista *El Clamor Público*, uno de los más leídos del país. Apenas se había sentado llegó otro de los habituales, Mariano Palau, oficial en el Ministerio de Gracia y Justicia que ejercía también como dramaturgo y poeta de escaso éxito y cuya máxima ambición era ser nombrado para la Junta de Censura de los Teatros del Reino.

—¡Dichosos los ojos, Pedro! —le saludó Rincón—. Ya hemos visto que estás muy atareado las últimas semanas.

—Así es. Yo no tengo hora de salida de la oficina, como vosotros.

—Y todos tampoco tenemos tu sueldo —respondió Santamaría. Como periodista, tenía un salario bastante más magro que el del resto de los tertulianos.

—Entonces quedamos en paz —replicó Arróniz, mientras todos sonreían.

El camarero les ofreció unos cigarros con los que contribuir a la azulada humareda que solía flotar en el local, lleno de parroquianos a esa hora, y que se iba espesando a lo largo de la noche. Todos tomaron uno a excepción de Arróniz. Había fumado en otros tiempos, en particular en Cuba donde podía obtener puros habanos a muy buen precio, pero lo había dejado por completo a raíz de las fiebres que sufrió en aquellas tierras. Desde entonces, fumar le producía tos y una sensación muy desagradable en el estómago. Los demás encendieron sus cigarros para acompañar la conversación.

—¿Qué noticias son esas que me prometías, tan interesantes? —preguntó Arróniz con curiosidad, dirigiéndose a Rincón.

—En realidad es Ramón quien las trae.

—Os voy a adelantar una noticia que publicaremos mañana —tomó la palabra Santamaría—. Algo que ningún periódico ha publicado todavía.

—No te hagas de rogar, pues —apremió Arróniz, ya que el otro había hecho una pausa para aumentar la expectación.

—Quizás para ti no sea tanta noticia. ¿Qué me puedes decir del intento de atentado que sufrió el ministro de la Gobernación el sábado pasado?

Arróniz disimuló la sorpresa. ¿De dónde podía salir aquella noticia que erraba en cuanto al ministro al que habían intentado matar?

—No tengo nada que decir —contestó prudentemente.

—Gracias, me basta con eso para dar por confirmada la noticia —dijo Santamaría con satisfacción.

—No te he confirmado nada —opuso Arróniz con malhumor.

—Pero no la has negado, como hubieras hecho si fuera falsa —razonó el periodista—. Entiendo que tu cargo te impide darnos detalles.

—Que no la niegue no quiere decir que la confirme. Simplemente no digo nada.

—A veces los silencios son suficientemente expresivos —se mantuvo en sus trece Santamaría.

Allá tú si tomas mi silencio como una confirmación de lo que, sin duda, es un rumor elaborado con un poco de realidad y otro mucho de fantasía, pensó Arróniz. Y decidió mantenerse en silencio a la espera de que el periodista se explayara un poco más.

—Pero cuéntanos, hombre, que la noticia es sabrosa —suplicó Palau.

Santamaría hizo amago de hablar, pero se detuvo para dar la bienvenida a otros tres contertulios que llegaban en ese momento. Pablo Monroy era médico, había sido cirujano militar y ahora tenía consulta propia en la calle del Caballero de Gracia, aunque también atendía en el Hospital de Incurables de Jesús Nazareno que mantenía la beneficencia municipal. Antonio Salvatierra era contador archivero de la Asociación General de Ganaderos del Reino, el organismo que pocos años atrás había sustituido al Honrado Concejo de la Mesta creado por Alfonso X el Sabio y que tenía sus oficinas en la calle de las Huertas, no muy lejos de la comisaría de Arróniz, por lo cual con frecuencia se solían encontrar por la calle. Timoteo Palacio era escribiente de la Caja de Ahorros de Madrid, benéfica institución fundada diez años atrás y que, junto con el Monte de Piedad, tenía sus oficinas en la plazuela de las Descalzas. Los recién llegados, tras los saludos de rigor, ocuparon sus asientos y reclamaron la presencia del camarero para que les sirviera.

—¿Qué noticia sabrosa era esa de la que hablabais? —preguntó Monroy al resto de los reunidos.

—Como os decía, la edición de mañana de *El Clamor Público* que, según ya sabéis, es el mejor periódico de Madrid, por no decir de España e Indias —bromeó Santamaría—, publicará la noticia de que el pasado sábado hubo un intento de asesinar al ministro de la Gobernación, al señor conde de San Luis, del que menciono su título porque sus buenos miles de reales le costó conseguirlo.

—¿Y cómo no ha trascendido hasta ahora? —quiso saber Salvatierra.

—El Gobierno sólo quiso dar parte de la noticia. Quizás la pudisteis leer en la *Gaceta* o en *El Heraldo*. Un tiroteo en la plaza de las Cortes donde dos malhechores

fueron abatidos por unos soldados del Cuartel de Artillería del Retiro.

—Sí, eso sí que me suena haber leído —dijo Salvatierra.

—Pues bien, el Gobierno ha querido ocultar que en ese momento pasaba por allí en su coche el ministro, que era el objetivo de los disparos de los bandidos. No sé si decir que afortunadamente, o que desgraciadamente —Santamaría sonreía con picardía—, no tuvieron suficiente puntería y el ministro salió ileso. No sucedió lo mismo con un par de personas que circulaban por allí que sí resultaron alcanzadas por los disparos y murieron.

—¿Por qué se ha ocultado que era un atentado contra el ministro? —preguntó Palacio.

—No lo sabemos —respondió Santamaría—. Pero el caso es que lo han ocultado.

—Y vosotros, ¿cómo os habéis enterado? —Arróniz no pudo reprimirse y rompió su silencio.

—Un testigo de los hechos, una persona que pasaba por allí, nos dijo que vio salir del lugar a toda velocidad un coche en el que iba un ministro. No supo decirnos qué ministro era, le sonaba la cara y estaba seguro de que era la de un ministro del Gobierno.

—¿Cómo sabéis que era el de la Gobernación? —preguntó Monroy.

—Inmediatamente después del atentado los soldados llevaron a los muertos y heridos a su cuartel que, como sabéis, está muy cercano. Y en la puerta del cuartel fue visto poco después el coche del ministro de la Gobernación, esperándole. Tenemos otro testigo que afirma que el conde de San Luis salió un tiempo después del cuartel y montó en su coche.

Os equivocáis de ministro, pensó Arróniz. Habéis sacado conclusiones precipitadas. Bravo Murillo huyó del lugar y Sartorius fue avisado de inmediato y acudió al Cuartel de Artillería. Vais a publicar una noticia errónea, pero no es mi problema. Lo que sí es interesante, reflexionó, es saber que el ministro de la Gobernación estuviera ya la tarde del sábado, inmediatamente después del atentado, ocupándose del asunto. Pudo preparar el testimonio de Juan Arribas y la versión que a mí me iban a contar al día siguiente.

—¿Y quiénes eran los asesinos? —Salvatierra volvió a hacer una pregunta.

—No lo sabemos. No han dado nombres. El conde de San Luis se ha hecho tantos enemigos, trepando tan rápido y tan alto, que resulta ocioso hacer cábalas al respecto —respondió el periodista—. Cualquiera puede estar detrás: carlistas, esparteristas, demócratas, republicanos, anarquistas, incluso moderados.

—O espectadores decepcionados del Teatro Español que él inauguró y maneja —bromeó Palau—. La semana pasada presencié una representación de *El sí de las niñas* verdaderamente atroz.

—Me sorprende, sabiendo cómo las gasta este Gobierno, que en lugar de silenciar el atentado no lo haya utilizado para iniciar una campaña de detenciones contra sus

rivales políticos —opinó Monroy, que era de ideas republicanas y quien más virulentamente solía criticar al Gobierno del general Narváez.

—No le hace falta, ya tiene a casi todos en la cárcel o en el destierro —replicó, socarrón, Santamaría—. Y los derechos constitucionales no pueden estar más suspendidos de lo que ya están por este Gobierno enfangado en la corrupción y el despotismo.

Todos estuvieron de acuerdo en que había tantas facciones contrarias al Gobierno que los autores o inductores del atentado podrían provenir de cualquiera de ellas y sería muy difícil encontrarlos. Nadie mostró simpatías por el ministro.

—¿Y tú no sabes nada? —preguntó Monroy a Arróniz.

—Ya he dicho antes de que llegais que no tengo nada que decir.

—Algo sabrás... —insistió el médico.

—Pedro es un disciplinado peón del conde de San Luis y no te puede decir nada —se burló Santamaría. Arróniz, molesto, decidió que le convenía más no responder. Prefirió cambiar de tema y lanzar el primero que se le pasó por la cabeza.

—Por cierto, ¿sabéis que está a punto de aprobarse la implantación del sistema métrico decimal?

—Ya era hora —dijo Palacio, dando por agotado el tema anterior para alivio de Arróniz.

—A mí no me convence. ¿Qué tiene de malo seguir midiendo en varas y pies? —preguntó Salvatierra, que solía defender siempre las posiciones más conservadoras.

—Quita, quita, para una vez que el Gobierno acierta —replicó Monroy—, menos mal que los franceses nos inventaron el sistema métrico decimal, si tenemos que esperar a que se invente algo bueno en España...

Se inició un animado debate donde Salvatierra descubrió que se quedaba solo frente al sistema métrico decimal. Por su parte, Palau decidió divertirse provocando a los contertulios.

—Yo soy más partidario del sistema métrico duodecimal.

—¿Y eso qué es? —preguntó Monroy.

—Ya veo que no habéis leído a Vicente Pujals de la Bastida, un eminente matemático nacido en América pero de ascendencia gerundense, como la mía —reprendió socarronamente Palau a los demás—. Hace cinco años publicó un libro en Barcelona, *Filosofía de la numeración*, donde mantiene que existe una numeración natural, independiente de la voluntad humana, en la cual el número perfecto es el doce porque es divisible por uno, por dos, por tres, por cuatro, por seis. El sistema duodecimal es el más práctico porque permite hacer terceras y cuartas partes exactas, que es un hábito humano muy extendido, y, en cambio, el decimal no.

—Una idea original —observó Arróniz, aunque con tono de escepticismo, complacido al comprobar que su táctica para cambiar de tema había funcionado.

—Por eso todos estamos tan acostumbrados, al contar o medir, a utilizar la docena —insistió Palau—. La prueba de la perfección del número doce está en que el

año tiene doce meses, el día dos veces doce horas, la semana media docena de días de trabajo, el pie doce pulgadas, la fanega doce celemines y los grados de la circunferencia, igual que las horas y los minutos, no se pueden dividir y subdividir adecuadamente sino por números múltiplos de doce. Como escribe Pujals, el número doce es el predilecto de Dios.

—Sí, claro, de ahí los doce apóstoles —se burló Santamaría.

—Pues yo creo que Dios es más del sistema decimal, ahí tenéis los diez mandamientos o las diez plagas de Egipto —siguió la broma Arróniz.

—Lo que faltaba —gruñó Monroy—, otro sistema métrico más para hacer la competencia al decimal o al del diputado Vázquez. Parece que cualquier orate puede inventar su propio sistema. Y, si se puede saber, señor Palau, ¿en cuántos países del mundo se ha adoptado ya ese novedoso sistema métrico duodecimal?

—Hasta ahí podríamos llegar, a utilizar varas de doce pies —refunfuñó Salvatierra.

Entre risas, todos descartaron el sistema métrico duodecimal, augurándole escaso futuro mientras los seres humanos no tuvieran doce dedos en las manos para poder contar con ellos. De este tema, pasaron a comentar otros y así pasaron la velada hasta casi la medianoche, cuando los contertulios se despidieron —van a ser las doce, la hora en que Dios quiere que nos retiremos, bromeó Palau— y cada uno volvió a su casa o, al menos, eso dijeron. Arróniz sospechaba que algunos de ellos solían continuar la velada apostando al monte o al ecarté en una casa de juego clandestina de las proximidades, pero prefería no hacerles preguntas al respecto.

Aquel jueves, Pedro Arróniz se despertó con la sensación de tener fiebre. Le sucedía a veces, desde que enfermó en Cuba. Le subía la temperatura, le dolía la cabeza y se sentía muy fatigado durante un par de días. Aunque en ocasiones la sensación de fiebre era falsa, cuando se tomaba la temperatura, con un termómetro que compró a propósito en la botica, resultaba ser normal. Aquel día sí que tenía una fiebre ligera. Maldijo su mala suerte porque no podía quedarse en casa descansando, tenía que salir a cumplir con las órdenes que había recibido el día anterior del jefe superior. Se tuvo que resignar y pidió a doña Carmen que con el desayuno le preparara una infusión de hierbas que solía aliviarle.

A las ocho, llegó puntualmente Alcolea acompañado de Rodríguez, con el que se había encontrado en la calle.

—Comisario, tenía usted razón. Patiño hizo una visita a la Tomasa ayer por la noche.

—Gracias, Rodríguez. ¿Algún dato más?

—Patiño había salido previamente del barrio. Parece que estuvo por el centro.

¿Recibiendo instrucciones del jefe superior?, pensó Arróniz. Era muy posible. Salió inmediatamente hacia la Casa de Postas a recoger el coche que tenían que poner a su disposición para ir a recoger a los testigos. Le estaba esperando una pequeña berlina en la puerta. Un poco estrecha para venir tres personas, pensó, pero no era momento de discutir. Montó y dio orden al cochero de dirigirse a la calle de los Cojos.

Al llegar al portal de la Tomasa, indicó al cochero que esperase allí y subió a su casa. La Tomasa apareció en cuanto llamó a su puerta, con cara de pocos amigos, pero preparada para salir. Montaron en el coche y se dirigieron hacia El Gallego. El tabernero estaba ya esperando en la puerta y saludó al comisario con mucha mejor disposición. Arróniz le señaló que subiera al pescante, junto al conductor, y partieron de vuelta hacia la jefatura. El comisario aprovechó el viaje para sondear a la Tomasa.

—¿Sabe lo que tiene que decir en la jefatura de policía? —le preguntó.

Ella le miró con desconfianza.

—Sí, sé lo que tengo que decir.

Arróniz probó fortuna para verificar su hipótesis.

—¿Patiño se lo ha explicado bien claro?

—El celador Patiño ya me explicó ayer lo que he de decir —confirmó la mujer ásperamente.

—¿Y le explicó las condiciones del trato?

—Yo voy a cumplir lo mío. Espero que ustedes cumplan lo suyo y me paguen lo acordado —dijo ella, suspicaz.

Arróniz dio por concluida la conversación muy complacido. La mujer había mordido el anzuelo y sus sospechas se habían confirmado. La Tomasa era un testigo preparado. No les había contado la verdad en el primer interrogatorio, tal y como había sospechado Rodríguez desde un principio, y el celador Patiño le había dado instrucciones sobre lo que tenía que declarar ese día. Probablemente, el celador seguía a su vez órdenes recibidas del jefe superior. La acusación contra Jarauta estaba completamente amañada. Ahora que estaba seguro de ello, la satisfacción inicial dio paso a una profunda desolación. Estaba claro que sus propios superiores le estaban utilizando como un títere.

Llegaron a la Casa de Postas y entraron en el patio, donde quedó detenido el coche. Enciso había dado instrucciones para que los testigos aguardaran en una sala contigua y para que Arróniz entrara directamente en su despacho, donde le esperaba acompañado del escribano que levantaría acta del interrogatorio.

—Bien, comisario, ¿preparados los testigos? —le preguntó, impaciente.

—Preparados, señor —respondió Arróniz, haciéndose propósito de mantener la calma a toda costa y de no dejar traslucir la ira que sentía hacia su superior.

—Muy bien, vamos a traer al detenido.

El jefe superior dio órdenes a los guardias que esperaban en el pasillo de que fueran a por Jarauta. En un par de minutos lo trajeron. Seguía manteniendo la serenidad, pero se le veía con peor aspecto que el día anterior. La estancia en el calabozo le pasaba factura. Le hicieron sentar en una silla y, a continuación, Enciso dio orden de que pasara la primera de los dos testigos convocados. Apareció de inmediato la Tomasa, que miró a los presentes con su habitual suspicacia.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó el jefe superior.

—Tomasa Sánchez Vallarino.

—¿Conoce usted a este hombre? ¿Lo había visto antes? —la Tomasa apenas se tomó un instante para responder, tras una rápida mirada a Jarauta.

—Sólo lo he visto en una ocasión.

—Dígame cuándo y dónde fue.

—Hace unas tres semanas, salía de una taberna cerca de mi casa, en la calle de Toledo, con uno de mis huéspedes, un tal Martínez. Aunque luego me han dicho que, en realidad, no se llama Martínez.

—¿Sabe usted cómo se llama este hombre? —interrogó Enciso.

—Le oí a Martínez que le llamaba señor Jarauta, pero no sé nada más de él.

—¿Está usted segura de que se trata de este hombre? —insistió el jefe superior.

—Sí —la Tomasa fue terminante.

—¡Eso es mentira! —protestó Jarauta.

—¡Silencio! No le estamos preguntando nada a usted —le hizo callar Enciso, y se dirigió a Arróniz.

—¿Quiere usted hacer alguna pregunta más, comisario?

—Sí, gracias —aceptó Arróniz, y se volvió hacia la mujer—. ¿Recuerda usted la descripción que nos dio cuando le preguntamos, el lunes pasado, sobre el hombre que vio con Martínez?

—Sí —respondió ella con desgana.

—Nos dijo usted que era alto, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y nos dijo también que llevaba bigote.

—Sí.

—Pero este hombre no lleva bigote.

La Tomasa miró a Jarauta con gesto de confusión. No supo qué decir.

—¿Está segura de que es el mismo hombre? —insistió Arróniz. Enciso le miraba con gesto irritado.

—Es este —insistió ella, aunque con menos convicción que antes.

—Comisario, está claro, lo ha identificado. No insista —cortó el jefe superior—. Gracias, puede irse usted, ya hemos acabado. Espere en el patio y la llevarán de vuelta a casa.

La Tomasa salió y enseguida trajeron a Castro, a quien Enciso indicó que se sentara.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

—Francisco Castro Quiroga.

—¿Tiene usted una taberna en la calle de Toledo?

—Sí, señor —el tabernero se veía muy tranquilo.

—¿Ha visto usted alguna vez en su taberna a este hombre? —preguntó Enciso señalando hacia el detenido.

Castro miró a Jarauta con curiosidad.

—No puedo decírselo, señor, no recuerdo haberle visto. Pero viene mucha gente y no la recuerdo a toda.

—¿No le vio usted con un tal Martínez, que se alojaba en la casa de huéspedes de la Tomasa?

—No lo sé, señor. He visto a Martínez varias veces con otras personas, pero no puedo decirle si era con este caballero.

Esta vez Enciso no ofreció a Arróniz la posibilidad de preguntar.

—Está bien. Eso es todo, puede irse —dijo con disgusto—. Le llevarán de vuelta a su casa.

El comisario se puso en pie con la intención de acompañar al tabernero, pero el jefe superior le hizo un gesto para que se quedara donde estaba.

—Comisario, usted espere aquí —Enciso indicó al escribano que saliera del despacho y que llamara a los guardias para que se llevaran a Jarauta.

—A ver, comisario, ¿a qué vienen otra vez esas preguntas sobre bigotes? —preguntó Enciso con irritación, una vez quedaron solos.

—Señor, ese es un dato que no encaja. La Tomasa describió un hombre con bigote y Jarauta no lo lleva desde hace más de un mes. Creo que era pertinente intentar aclarar esa contradicción.

—Ella lo ha reconocido, eso es lo único que importa. Jarauta es el sujeto que se reunió con Cayetano García para preparar el atentado. Con bigote o sin él.

—El tabernero no lo ha reconocido —opuso el comisario. A ese no lo han comprado, pensó, o no lo han creído necesario o él no se ha querido prestar.

—Eso da igual. Tenemos el reconocimiento de un testigo y pronto tendremos el de otro. Ahora mismo vamos al Cuartel de Artillería. Arribas no está en condiciones de ser trasladado, así que llevaremos a Jarauta allí para que lo reconozca.

Sin duda que lo reconocerá, pensó Arróniz mientras salían del despacho y se dirigían a la calle. También habrán dicho a Arribas lo que tiene que decir si quiere salvar el cuello. En la puerta, les esperaba un coche al que subieron con el escribano, en otro carruaje habían acomodado ya a Jarauta esposado y custodiado por dos salvaguardias. Los dos vehículos partieron de inmediato y tomaron la calle de Alcalá hacia el Cuartel de Artillería del Retiro. Durante el trayecto, Enciso y Arróniz no hablaron. El capitán Velázquez les esperaba a la entrada del cuartel y les acompañó hasta la enfermería donde seguía recluido Juan Arribas. El jefe superior hizo que entraran a Jarauta y que lo colocaran frente a la cama donde yacía Arribas, que lo miró con su permanente gesto de temor.

—¿Conoce usted a este hombre? —le preguntó Enciso.

—Sí. Aunque solamente le he visto una vez.

—¿Cuándo y dónde lo vio?

—Le vi con Cayetano García saliendo de la taberna El Gallego, en la calle de Toledo.

—¿Sabe usted como se llama?

—No. Sólo sé que el Cayetano le llamaba «el catedrático».

—¿Y sabe usted por qué se reunieron los dos?

—Para hablar de las personas a las que teníamos que disparar.

—Todo esto es mentira —dijo Jarauta, con voz calmada pero potente—. Esto es una trampa.

—Usted guarde silencio —ordenó Enciso con tono áspero—. ¿A quién tenían que matar?

—A un ministro y a un diputado. No recuerdo sus nombres.

—¿A los que dispararon en la plaza de las Cortes el pasado sábado?

—Sí —respondió Arribas.

—Eso es todo —concluyó Enciso, haciendo un gesto a los guardias para que sacaran a Jarauta.

Salieron todos a la calle a través del patio del cuartel. Enciso se despidió del capitán Velázquez y montó en su coche, indicando a Arróniz y al escribano que le

acompañaran. Partieron, seguidos del otro carruaje donde llevaban a Jarauta, a desandar el camino hacia la jefatura.

—Comisario, la cosa no puede estar más clara. Los dos testigos han reconocido a Jarauta como la persona que pagó a Cayetano García para cometer el atentado.

Arróniz guardó silencio. No tenía sentido discutir con el jefe superior. Además, se sentía mal, la cabeza le pesaba y sentía que le subía la fiebre.

—¿Tiene algo que decir? —le preguntó Enciso, impaciente.

—No, señor. Los dos han dicho que lo reconocen.

—Pues bien, aquí acaba el caso. Comunicaré al ministro que el asunto está resuelto y la investigación finalizada. Él decidirá lo que proceda hacer. En todo caso, le agradezco el trabajo que ha realizado usted, comisario. Puede volver a ocuparse de sus labores ordinarias. Y agradezca y felicite también de mi parte el trabajo que han hecho los celadores que le han auxiliado en la investigación. Todo se ha resuelto rápidamente y con la discreción que le rogamos.

—Sí, señor, lo que usted disponga —respondió Arróniz conteniendo su indignación. Enciso pretendía dar carpetazo a una investigación amañada para acusar a un inocente. Y pretendía que él diera por bueno aquello. No tenía la menor intención de hacerlo, aunque no sabía bien cómo proceder. En todo caso, no tenía nada más que hablar con su superior. Estaba clara su implicación, si no en la conspiración para matar al ministro Bravo Murillo, como mínimo en la trama para impedir su investigación y para buscar un chivo expiatorio.

—Por cierto, no sé si ha leído la prensa de hoy. En *El Clamor Público* publican la noticia, bueno, el rumor, de que el sábado intentaron atentar contra el ministro de la Gobernación —dijo Enciso. Arróniz prefirió guardar silencio y no revelar que, sin leer el periódico, conocía la noticia y su origen.

—¡Vaya con los periodistas! —prosiguió el jefe superior—. Algo han oído, pero se equivocan de medio a medio. En fin, el señor ministro va a enviar una nota desmintiendo que haya sido objeto de un intento de asesinato e indicando que su afirmación es fácilmente comprobable. A la hora del supuesto atentado contra su persona, del tiroteo en la plaza de las Cortes, él todavía se hallaba en el Teatro de Oriente hablando con varios diputados. No salió hasta que le avisaron de que se había producido el tiroteo. Mire, no hay mal que por bien no venga, como dice el refrán. Con el desmentido, quedará zanjado el asunto.

Quizás el falso rumor recogido por mi amigo Santamaría ha sido propagado por el propio ministro, por el conde de San Luis, pensó Arróniz. Sería una buena jugada para distraer la atención. O quizás no, puede ser pura casualidad, no lo puedo saber. Una vez que uno empieza a ver una conspiración tiende a interpretar todo en la misma clave conspirativa. En todo caso, si es una casualidad, reflexionó el comisario, está claro que el ministro la ha sabido aprovechar a su favor.

Llegaron a la Casa de Postas. Bajaron del coche en el patio y Arróniz se despidió de Enciso. Tomó el camino de la comisaría sumido en la duda. ¿Qué debía hacer

ahora? Debía contar lo que pasaba a alguien, pero ¿a quién? ¿En quién podía confiar?

Arróniz se instaló en su escritorio de la comisaría. Necesitaba descansar. El malestar con el que se había levantado esa mañana se había acrecentado. Se tomó la temperatura de nuevo y comprobó que seguía la fiebre. Pidió a doña Carmen que le preparara otra infusión. Alcolea le informó de que no había habido novedades durante su ausencia y le puso delante algunos documentos que esperaban su firma. Tras despacharlos mecánicamente y con la mente poco clara, dio un desganado vistazo a los periódicos. Por la *Gaceta* se enteró de que el día anterior, en la sesión del Congreso, se había rechazado el voto particular del diputado Vázquez al proyecto de arreglo de pesas y medidas por cuarenta y seis votos en contra y treinta y uno a favor. La ley seguía su tramitación. Ahora el comisario estaba convencido de que aquello no tenía nada que ver con el atentado contra Bravo Murillo. Sus superiores le habían encaminado hacia esa pista para distraerlo del verdadero móvil. ¿Actuaba el jefe superior de acuerdo con el ministro de la Gobernación para encubrir al verdadero responsable? De eso no podía estar convencido. Parecía lo más probable, vistas las circunstancias, eran demasiadas casualidades, pero no tenía ninguna prueba al respecto. ¿Estaba don José de Salamanca detrás de la conspiración, como le había indicado Salvador? Tampoco tenía la menor prueba, aunque ahora se inclinaba a suponer que podía ser así. ¿O actuaba el jefe superior por su cuenta, o por cuenta de un tercero? No tenía ningún dato que permitiera saberlo. Estaba sumido en estas meditaciones cuando llegó el celador Rodríguez.

—Tengo alguna noticia, comisario —dijo tras saludar—. Sobre las personas con las que se relacionaba el Cayetano.

—Dígame.

—Como ya le comenté, durante estos días he enviado a uno de mis informadores para que, de incógnito, se hospedase en casa de la Tomasa y frecuentara la taberna, ya sabe, El Gallego, e intentara sonsacar información de los parroquianos de uno y otro establecimiento.

—Muy buena idea.

—Por cierto, al informador hay que pagarle...

—No se preocupe, me hago cargo del coste —dijo el comisario. De las cantidades que retenía para gastos de oficina solía apartar una suma para desembolsos como ese—. ¿Cuánto le ha prometido?

—Diez reales al día. Más los gastos de hospedaje, una peseta diaria.

—Está bien. ¿Y qué ha averiguado?

—Primero, que la Tomasa es tan poco escrupulosa con la ley como suponíamos. No le pidió documentación ni le inscribió en el padrón de huéspedes. Al contrario, mi informador le sugirió al pedirle habitación que tenía problemas con la justicia y que quería pasar inadvertido. Ella le dijo que pagando algo más le garantizaba que nadie

sabría que se alojaba allá, y que con una pequeña comisión adicional para el celador del barrio este no le molestaría.

—Así que su amigo Patiño hace negocios con la Tomasa, le acepta dinero y, probablemente, los haga también con otros vecinos y comerciantes del barrio.

—Comisario, tan amigos no somos —se revolvió ligeramente molesto Rodríguez—. Dejémoslo en viejos conocidos. Yo tenía alguna sospecha sobre su escasa honradez, como ya le dije, y ahora la he confirmado.

—Bien. ¿Y qué más?

—Mi hombre ha pasado bastantes horas en la taberna y ha entablado conversación con el tabernero y con algunos clientes habituales. Varios conocían al Cayetano, aunque todos como Martínez, el alias que utilizaba. Dicen que se reunió varias veces con un caballero de estatura mediana, con bigote, de tez morena. Y alguna vez con dos caballeros, el otro era más bien bajo y corpulento, sin bigote. Ambos elegantes, más de lo normal en ese establecimiento, por eso se fijaron en ellos. Nadie sabe de qué hablaban, pero uno de los habituales oyó jactarse al Cayetano de que se traía un negocio entre manos que le iba a dejar un buen dinero.

—Así que no era Jarauta con quien se entrevistó el Cayetano en la taberna.

—No. Nadie recuerda a un hombre tan alto. Mi informador se ha asegurado de ello. Un hombre de mediana estatura, y otro más bien bajo, eso es lo que recordaban los parroquianos.

Arróniz guardó silencio mientras reflexionaba. Dudaba sobre si confiar a Rodríguez toda la información sobre el asunto y pedirle su colaboración. Había prometido guardar discreción, pero se lo había prometido justamente a quienes ahora se habían convertido en sospechosos de conspirar, como mínimo, para encubrir un delito. Ahora estaba convencido de que el jefe superior le había encomendado la investigación únicamente para manipularlo, para dirigirlo contra Jarauta y hacer de este una cabeza de turco. No tenía por qué seguir sintiéndose vinculado a su promesa de no contar nada del asunto a terceras personas. ¿Podía fiarse de Rodríguez? Suponía que sí, no tenía motivos para creer que Enciso lo hubiera reclutado, como sin duda había hecho con el celador Patiño. Había sido el propio Arróniz quien había decidido pedir ayuda a Rodríguez para la investigación.

—Tengo algo que contarle. Acompañeme al salón, estaremos más cómodos —le rogó, pensando que aunque Alcolea también era de confianza resultaba preferible que no escuchara nada.

Se trasladaron, pues, al salón, y el comisario le relató resumidamente el encargo que le habían hecho para aclarar el atentado de la plaza de las Cortes y sus propias averiguaciones al respecto, y su convicción, confirmada esa misma mañana, de que el jefe superior y, quizás, el ministro de la Gobernación le habían encomendado la investigación con el propósito de dirigirla contra un falso culpable. Rodríguez no traslució sorpresa, aunque quedó meditabundo y con el rostro muy serio.

—La verdad es que no me sorprende, comisario —dijo tras unos momentos de silencio—. Enciso siempre me ha parecido un sujeto poco de fiar. Un político intrigante, cuyo único interés ha sido perseguir a los enemigos del ministro. ¿A quién está encubriendo? ¿O cree que fue él mismo quien organizó el atentado contra el ministro Bravo Murillo?

—No lo sé. Según me ha contado un amigo que trabaja en el Ministerio de Comercio, allí todos sospechan que detrás de la conspiración esté don José de Salamanca que, al parecer, es el máximo enemigo del ministro Bravo Murillo. Están enfrentados por varios motivos y, entre ellos, por la construcción de los ferrocarriles. Y también me ha dicho que cree que Salamanca está negociando con el conde de San Luis su regreso a España. Pero es una simple conjetura sin pruebas.

—En todo caso, es una hipótesis posible —dijo Rodríguez, pensativo, acariciándose la barbilla—. Salamanca, a través de unos intermediarios, contrata a Cayetano García para que mate al ministro. El atentado falla, el ministro resulta ileso, se da la casualidad de que aparecen allí unos soldados...

—Quizás no fuera casualidad que aparecieran los soldados —le cortó Arróniz—. Quizás todo estaba previsto para que eliminaran a los sicarios una vez cometido el atentado.

—No lo creo, comisario —dijo el celador tras considerarlo un instante—. Si hubiera sido así, Arribas no estaría vivo. Lo habrían rematado allí mismo. Los soldados no debían de estar implicados, fue casualidad su presencia, y por eso dejaron vivo a Arribas y lo trasladaron a su cuartel para que lo atendiera un médico. Parece más lógico que estuviera planeado tal como lo contó Arribas, que una vez cometido el atentado los asesinos salieran huyendo y se reunieran más tarde con la persona que les había contratado para recibir su recompensa.

—Tiene razón —Arróniz se sintió confortado al poder discutir aquello con una persona de tan buen juicio como Rodríguez.

—Probablemente es después de fallar el atentado, con Arribas preso en el cuartel y demasiados testigos de por medio, cuando se pone en marcha la operación para buscar un chivo expiatorio y evitar que sospechen de Salamanca, o de quien fuera que tramó el crimen. Por parte del jefe superior, auxiliado por Patiño, muy probablemente siguiendo órdenes del ministro —Rodríguez seguía reflexionando en voz alta, con la mirada en el techo—. Amenazan a Arribas para que implique a Jarauta describiendo a la persona que les contrató como un hombre, alto, con bigote, al que llamaban el catedrático.

—Pero Enciso comete un error en la descripción —intervino Arróniz—. Él conocía a Jarauta con bigote. No podía saber que se lo había afeitado unas pocas semanas antes.

—Exacto. Y lo mismo sucede con la Tomasa. Le dan la misma descripción y el apellido Jarauta.

—Y me encargan la investigación a mí para que yo escuche la supuesta confesión de Arribas y, luego, encuentre a la Tomasa y oiga también su testimonio amañado. Con esos datos, tenía que encontrar enseguida a Jarauta, como así sucedió. Se ordena su detención, los testigos preparados lo reconocen y ahí acaba la investigación.

—Pero usted no queda convencido por el detalle del bigote... —observó Rodríguez.

—Y por el dato del viaje de Jarauta a Segovia —añadió Arróniz—. Enciso tampoco pudo saberlo y le dio a Arribas una fecha en que la reunión era imposible.

—Eso me reafirma en la idea de que todo fue preparado con precipitación, comisario —apuntó el celador—. Entre el sábado a la tarde, cuando se produce el fallido atentado, y el domingo por la mañana, cuando le llevan a usted al cuartel a interrogar a Arribas. Las prisas hacen que no puedan comprobar que Jarauta ya no lleva bigote y que en la fecha en que se supone que se entrevista con el Cayetano no estaba en Madrid.

—Sí, ese ha sido su fallo —corroboró el comisario—. Y, probablemente, las mismas prisas hicieron que improvisaran un móvil tan endeble, frenar la aprobación de la Ley de Pesas y Medidas. Quizás se les ocurrió, dada la coincidencia del ministro Bravo Murillo y del diputado Oliván en el momento del atentado, en las vísperas del debate de la ley. No creo que Oliván fuera objetivo de quienes instigaron el asesinato.

—Eso parece lo más probable.

Quedaron ambos un momento en silencio, reflexionando.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. No sé a quién denunciar lo que sabemos. Quizás al juez del distrito...

Rodríguez consideró la posibilidad y negó con la cabeza.

—Yo no me fiaría del juez. Don Pedro Nolasco Auriolos tiene interés en llevarse bien con el conde de San Luis. Fue nombrado como juez de primera instancia hace poco más de un año y no esconde que tiene ambiciones políticas. Se dice que se presentará a las próximas elecciones al Congreso de los Diputados por el distrito de Ronda, de donde es natural. Y ya sabe quién hace las candidaturas y coloca a los suyos, el ministro de la Gobernación.

Arróniz asintió. Sabía que a los jueces los nombraba el Ministerio de Gracia y Justicia y primaban los criterios políticos. Se había anunciado repetidas veces una ley que regulara los nombramientos y asegurara la independencia e inamovilidad de los jueces, pero nunca había salido adelante. Al igual que sucedía con muchos otros cargos públicos, había multitud de jueces cesantes a la espera de que un Gobierno con el que tuvieran mayor afinidad política o mejores contactos personales los volviera a nombrar para ocupar un juzgado.

—No se lo había comentado, comisario, pero casualmente estuve con el juez antes de ayer. Me había citado en Santa Cruz —Arróniz sabía que se refería a la plaza donde tenían su sede los juzgados, la Audiencia Territorial y la Cárcel de Corte, de difusos límites con la contigua plazuela de Provincia— para que prestara declaración

por un asunto de hace algún tiempo, un robo en un comercio de la calle del Gato. Al acabar, estuve hablando con él, me comentó el tiroteo de la plaza de las Cortes del sábado. Un par de desertores muertos, me comentó, afortunadamente se ocuparán de ello los tribunales de guerra y no nos dará trabajo. No tenía el menor interés en el asunto.

—Pero, en realidad, no hubo dos desertores muertos. Sólo había un desertor herido, Arribas, el Cayetano no era desertor.

—Pues eso es lo que dijo el juez. Eso le debían de haber dicho a él, para que no actuara. Probablemente el jefe superior. Si fuera usted a contarle otra cosa, no creo que hiciera muy feliz al juez actuar en contra de Enciso, ni en contra de los militares.

—¿Qué pensarán hacer con Arribas? Yo creía que lo entregarían al juez una vez acabada la investigación —dijo Arróniz—. Al juez del distrito o a un juez militar, no sé a quién corresponderá, en estos casos en que interviene fuerza armada suele ser dudoso.

—Si al juez le han dicho que está muerto, quiere decir que no tienen intención de entregárselo —repuso sombríamente Rodríguez—. Me temo que no lo van a entregar vivo a nadie.

—Pero lo necesitan como testigo para acusar a Jarauta...

—Comisario, por lo que me ha contado, tampoco han puesto a Jarauta a disposición del juez. Lo mantienen encerrado en la jefatura.

Arróniz quedó en silencio, aterrado. Ingenuamente, había pensado que tramitar un procedimiento extraoficial, como le habían encomendado, significaba mantener el secreto hasta que finalizara la investigación y, después, poner en conocimiento del juez todo lo actuado. Ahora se daba cuenta de que mantener al margen al juez podía significar que nunca pusieran a los detenidos, a Arribas y a Jarauta, a su disposición. Que los mantuvieran encerrados indefinidamente, que desaparecieran o que solamente salieran de su detención en un ataúd, fingiendo una muerte natural, o un intento de fuga, o un suicidio.

—El mayor problema es que ni siquiera tenemos pruebas que presentar al juez. Nada que no consista en mi palabra contra la de Enciso... —se lamentó Arróniz.

—No podemos denunciar ante ningún juez la conspiración para acusar falsamente a Jarauta sin tener una base más sólida —confirmó Rodríguez.

Se quedaron en silencio, sin saber qué hacer o decir. Finalmente habló Arróniz.

—Es una conspiración de un ministro contra otro ministro. Lo que sí podemos hacer es advertir al ministro Bravo Murillo de lo que sabemos. Él puede impulsar que el Gobierno tome otras medidas que no están a nuestro alcance.

—Esa es una buena idea, comisario —dijo Rodríguez, aliviado al atisbar una salida.

—No tengo contacto directo con Bravo Murillo, pero sí con el diputado Fermín Arteta que es amigo suyo. Voy a ir a verle de inmediato y le pondré en antecedentes de todo lo que ha sucedido.

Rodríguez se despidió y Arróniz, después de advertir a Alcolea de que iba a salir y que se cuidara de la comisaría, se encaminó hacia casa de Arteta. Se sentía un poco mejor, el dolor de cabeza y la fiebre cedían. Le abrió la puerta una criada que le informó de que el señor Arteta no estaba en casa. Había salido y no iba a volver para comer. A las dos, había sesión del Congreso de los Diputados y, previamente, había quedado para comer con otros diputados con los que tenía que tratar algunos asuntos. La sirvienta no sabía dónde comerían, suponía que en el propio Teatro de Oriente o en algún lugar próximo.

Decepcionado, Arróniz tomó el camino de vuelta a su casa.

—Alcolea, haga que envíen este mensaje de inmediato.

El comisario había redactado a toda prisa una nota dirigida a Fermín Arteta para que se la entregaran en el Teatro de Oriente. Le comunicaba que tenía máxima urgencia en hablar con él y que esperaría a partir de las seis de la tarde en la puerta del teatro a que finalizara la sesión del Congreso. No se atrevía a molestarle antes. Alcolea salió de la comisaría a buscar en alguna esquina de la plaza de Santa Ana a alguno de los muchachos que lo mismo hacían de mozos de cuerda que de mensajeros, pero volvió al minuto.

—Mire qué coincidencia, venía un mensajero con este otro mensaje para usted. Se ha llevado el suyo para el señor Arteta.

El comisario tomó el mensaje y lo abrió con mucha curiosidad. Venía remitido por su amigo Eulogio Salvador y no esperaba tener noticias de él tan pronto. «Tengo una información que podría interesarte», decía. «Si puedes venir al Ministerio hacia la una, podríamos comer juntos por aquí cerca». Arróniz miró el reloj. Eran ya las doce y media. Decidió que una buena forma de pasar el tiempo hasta la tarde, en que confiaba en poder hablar con Fermín Arteta, sería comer con su antiguo camarada y ver qué información era esa. Suponía que tendría que ver con el atentado contra Bravo Murillo. Quizás hubiera oído algo más en el Ministerio.

Avisó a doña Carmen de que no comería en casa, ella que tenía la comida ya preparada protestó diciéndole que si tenía fiebre debería descansar, y salió camino de la calle de Torija. Llegó un poco antes de la una y preguntó en la portería por Salvador. Le indicaron que esperara y, en apenas dos minutos, apareció su amigo en compañía de un hombre de parecida edad y que vestía la misma casaca azul turquí propia de los funcionarios.

—El comisario don Pedro Arróniz... Este es mi amigo don Martín Belda, oficial en el Ministerio de la Gobernación —les presentó, y ellos se estrecharon las manos.

—Encantado —respondió Arróniz al saludo de Belda, intrigado por su presencia.

—Si os parece, vamos a comer aquí cerca, a un mesón de la calle de la Biblioteca. Allí podremos hablar tranquilos —dijo Salvador.

Se pusieron en camino hacia allí.

—Martín y yo hemos sido compañeros en el mismo ministerio en otras épocas —explicó Salvador a Arróniz—. Aunque con la última reorganización, hemos quedado adscritos a ministerios diferentes.

En apenas cinco minutos, llegaron al mesón, situado cerca del monasterio de la Encarnación y de la Biblioteca Nacional que daba nombre a la calle. Les colocaron en una mesa apartada, al fondo del local, que Salvador había tenido la precaución de reservar anticipadamente. Encargaron la comida, por no complicarse optaron por el cocido, e inmediatamente entraron en la materia que les había reunido.

—Te he citado porque Martín tiene alguna información de su ministerio, en realidad, del vuestro, el de la Gobernación, que te puede interesar para la investigación que llevas entre manos y de la que hablamos el otro día. Bueno, de la que hablé, ya que tú me pudiste decir tan poco.

—Estoy obligado a la confidencialidad —se disculpó Arróniz.

—En mi caso, lo que le voy a contar no es en absoluto confidencial —le advirtió Belda—. Al menos, a mí no me lo han contado como confidencial. Hay muchas otras personas en el Ministerio que han recibido la misma información.

—Pues usted dirá —le animó Arróniz.

—Hace cosa de dos meses, la Guardia Civil se enfrentó a la banda del famoso delincuente Cayetano García —contó Belda—. Supongo que ha oído hablar de él.

—Sí, así es —respondió Arróniz, todavía más intrigado al oír ese nombre.

—Era una banda de salteadores de caminos que solía actuar por las provincias de Toledo y de Cuenca, alguna vez se acercaban también por Madrid. En este caso, andaban cerca de Tarancón. Al parecer, la Guardia Civil recibió alguna información de dónde planeaban dar su siguiente golpe y preparó una emboscada. Consiguieron detener a toda la banda sin apenas necesidad de disparar, creo que solamente uno de los bandidos se resistió y resultó muerto.

—¿Toda la banda? —se sorprendió Arróniz—. Creía que Cayetano García había conseguido escapar.

—Ese es el asunto. En las primeras informaciones a la prensa que se ofrecieron por el jefe político de la provincia de Cuenca, se decía que había sido capturada toda la banda. Al día siguiente, se corrigió y se informó que el cabecilla, Cayetano García, había conseguido huir.

—¿Y qué versión era la correcta? —preguntó Arróniz.

—En realidad, la primera. Cayetano García fue capturado. Esa es la información que llegó al Ministerio. Yo, personalmente, oí contarlo a uno de los guardias civiles que participó en la captura y al que enviaron a Madrid a dar cuenta de ello.

—¿Y por qué se dio una información falsa?

—Pues esa es la cuestión. En el Ministerio, corrió el rumor de que había un pacto entre Cayetano García y las autoridades, él entregó a sus hombres a cambio de quedar libre. Pero no tendría sentido que hubiese sido detenido y que se hubiera informado de ello —explicó Belda—. Otros dicen que el pacto se produjo después de la detención. García habría quedado libre con la condición de entregar a otros delincuentes. Esto parece más creíble y explica el cambio del parte oficial. Se informa de que García ha huido, de modo que este pueda reunirse con otros bandidos a los que piensa entregar. No sería la primera vez que se hace algo similar. Por eso en el Ministerio no se le dieron más vueltas al asunto.

—Pero luego ha sucedido algo más —trató de adivinar Arróniz.

—Efectivamente. Hace pocos días. Parece ser que Cayetano García ha muerto. Aquí, en Madrid, en el tiroteo que se produjo en la plaza de las Cortes el pasado

sábado—dijo Belda.

—Por eso supuse que te interesaba esta información —explicó Salvador—. Y porque hay algún detalle más.

—Escucho —dijo Arróniz, realmente interesado.

—En cuanto se supo que la banda de Cayetano García había sido capturada, el jefe superior de policía de Madrid, Fernández Enciso, partió hacia Tarancón —explicó Belda.

—¿Por qué? —preguntó, extrañado, Arróniz—. Eso queda fuera de su jurisdicción.

—No lo sé, no se ha sabido. El resto de la banda quedó encarcelada en Tarancón y el juez de su partido se encargó de las correspondientes diligencias. No tiene mucho sentido que el jefe superior de Madrid apareciese por allí. Sin embargo, parece ser que fue enviado por el propio ministro —repuso Belda.

—Y algún tiempo después, Cayetano García aparece muerto en Madrid. Curioso, ¿no te parece?

Arróniz guardó silencio. Lo que le estaba sugiriendo su amigo Salvador estaba claro. Enciso fue enviado por el ministro de la Gobernación a Tarancón para ofrecer un trato a Cayetano García después del cual este quedó libre y, probablemente, se trasladó a Madrid. Y en Madrid se dedicó a preparar un atentado contra el ministro Bravo Murillo, en cuya ejecución resultó muerto.

—¿Cómo sabe que Cayetano García ha muerto en el tiroteo de la plaza de las Cortes? No se ha dado oficialmente esa información —interrogó el comisario a Belda.

—No, la versión oficial que apareció en la *Gaceta* no daba nombres —respondió—. Pero tengo un vecino que vio el cadáver en la plaza de las Cortes. Pasaba casualmente por allí cuando se produjo el tiroteo. Trabaja en la Cárcel de Villa, en la plaza de Santa Bárbara, donde estuvo preso García hace algunos años, y le conocía. Me lo comentó extrañado de que los periódicos no hayan dado la noticia.

—Resulta todo muy sospechoso, ¿no? —preguntó Salvador, deseoso de que Arróniz le diera alguna información. Este prefirió no contestarle, aunque internamente le dio la razón. Claro que era sospechoso. Concordaba perfectamente con las sospechas que él ya tenía. Que detrás del atentado en el que participó Cayetano García estaba la mano de Enciso, jefe superior de policía, y quizás la del propio ministro de la Gobernación.

—Gracias, es una información interesante —acabó por decir Arróniz.

—No sueltas prenda, ¿eh? —dijo Salvador, resignado a no obtener información del comisario.

—No puedo contar nada...

Terminaron de almorzar comentando otros asuntos triviales, aunque Arróniz no podía quitarse de la cabeza lo que le acababan de contar. Aquellos datos confirmaban

la existencia de una conspiración. Estaba impaciente por poder contárselo todo a Fermín Arteta. Contra las protestas de Salvador, Arróniz pagó la comida.

—Habíamos quedado en que la próxima me tocaba a mí —recordó a su amigo.

—Está bien, entonces a mí me corresponde la siguiente —respondió Salvador de buen humor.

Se despidieron en la puerta del mesón, cada uno tenía que regresar a sus ocupaciones. Arróniz miró el reloj, eran poco más de las tres, demasiado pronto para ir al Teatro de Oriente. Arteta estaría en plena sesión. Decidió regresar a la comisaría a comprobar si había alguna novedad y descansar un poco, seguía sintiendo algo de fiebre. Encontró a Alcolea allí, había regresado ya de comer. En la mesa, tenía una nota de Fermín Arteta. «De acuerdo, nos veremos apenas acabe la sesión del Congreso», decía.

A las seis en punto, Arróniz llegó a la puerta del Teatro de Oriente y se dispuso a esperar. Se sentía bastante mejor después de haber dormido una siesta de la que se levantó con menos sensación de fiebre. La plaza de Isabel II se veía muy concurrida y entretuvo su impaciencia viendo a la gente ir y venir. Después del inicio de la semana, que había sido fresco, según avanzaban los días la temperatura se iba haciendo más agradable, esa tarde rondaba los diecisiete grados Réaumur. A las seis y veinte, salió apresuradamente del teatro Fermín Arteta y se dirigió al comisario, colocado frente a la puerta entre los coches que esperaban la salida de los diputados.

—¡Amigo Arróniz! Acabamos de terminar la sesión. Su nota me ha intrigado. ¿Qué noticias me trae? —dijo el diputado mientras se estrechaban las manos.

—Muchas noticias y me temo que no son buenas. Pero convendría que vayamos a hablar a un lugar lo más discreto posible.

Decidieron que, en las proximidades, el lugar más tranquilo y donde más a resguardo estarían de oídos ajenos era el Campo del Moro, podrían hablar mientras paseaban por los jardines. Hacia allí encaminaron sus pasos atravesando la plaza de Oriente. Todavía quedaba una hora de luz antes de que el sol se pusiera.

Arróniz le hizo un relato pormenorizado de sus indagaciones de los últimos días. De sus crecientes sospechas sobre la actitud del jefe superior Enciso, empeñado en detener y acusar a Nicasio Jarauta pese a lo endeble de las pruebas que existían sobre él. De la hipótesis, alimentada por las informaciones que le habían proporcionado Eulogio Salvador y Martín Belda, de que hubiera una conspiración en la que participaban el ministro de la Gobernación y el jefe superior de policía. De su convencimiento de que le habían tratado de utilizar para seguir una investigación dirigida y amañada a fin de acusar a un inocente y ocultar a los verdaderos instigadores del atentado contra el ministro Bravo Murillo. De sus dudas sobre lo que convenía hacer ante la desconfianza que le producían todas las autoridades del ministerio de la Gobernación y el propio juez del distrito. Fermín Arteta le escuchó con atención, en silencio, y con un rostro crecientemente más severo. Cuando Arróniz acabó de hablar, quedó sumido en sus pensamientos un buen rato.

—Lo que me cuenta es realmente muy grave —dijo al fin.

—Eso creo.

—Tenemos que obrar con muchas precauciones. Si es verdad todo lo que usted sospecha...

—Ojalá me equivocara, pero me temo que es verdad, lo sucedido esta mañana me confirma la existencia de una conspiración —reiteró Arróniz.

—Sí, le creo. Y he de decirle que, aunque no era capaz de sospechar que se produjeran tales hechos, tampoco estoy del todo sorprendido. El conde de San Luis me merece muy poca confianza.

—A mí tampoco me ha parecido nunca de fiar.

—Me temo que Sartorius es un individuo con una ambición desmedida y con muy pocos escrúpulos. Aunque, desgraciadamente, con gran ascendiente en el partido —se lamentó Arteta— y, en particular, sobre el presidente del Consejo a través de la reina María Cristina, que es a quien principalmente debe el cargo de ministro. Se ha rumoreado incluso que se va a casar con la hermana del duque de Riánsares, es decir, con la cuñada de la reina madre, lo que tendría mérito, proviniendo, como proviene, de una familia relativamente modesta. Su padre era un militar alemán que se estableció en España huyendo de las Guerras Napoleónicas.

—¿No es de origen polaco? —preguntó Arróniz, sorprendido.

—No, no, en realidad es de origen alemán, el apellido original de su familia sin latinizar es Schneider, que en alemán quiere decir «sastre» —explicó Arteta—. La creencia popular de que es polaco creo que procede de un malentendido. Alguien llamó sarcásticamente la Joven Polonia a la nueva facción del partido encabezada por Sartorius, creo que sobre todo por lo de joven, igual que la podía haber llamado la Joven Italia o la Joven Irlanda, o como cualquiera de esos movimientos patrióticos que han brotado por toda Europa. Quizás eligió Polonia debido al bien conocido gusto de Sartorius por el teatro cuyo funcionamiento en todo el reino ha reglamentado exhaustivamente. En tiempos, en Madrid se llamaba polacos a los miembros de uno de los bandos en que se dividían los aficionados al teatro, el contrario era el de los chorizos. Al final, los seguidores del conde de San Luis se han quedado con el apodo de polacos, que no les desagrada, y la gente piensa que es por un supuesto origen polaco de Sartorius.

—Sí, eso es lo que yo había oído —ratificó Arróniz.

—El caso es que ha hecho una carrera rapidísima desde que llegó de Sevilla; hace unos años, entró a trabajar de periodista en *El Español* y, al poco, fundó su propio periódico, *El Herald*. Se metió en el bolsillo a todo el mundo, incluidos la reina madre y su esposo, al general Narváez, y a mi amigo Bravo Murillo que lo tuvo como alumno en la Universidad de Sevilla y que en un inicio fue su protector, aunque progresivamente han ido distanciándose y tienen serios desacuerdos en el seno del Consejo de ministros. Hay que reconocer que tiene una gran capacidad para ganarse a la gente, que es inteligente y también un gran trabajador. Lo que le hace también muy peligroso.

—Eso me temo.

—Y Fernández Enciso es uno de sus hombres de confianza —prosiguió Arteta—. Lo situó como jefe de policía de Madrid, un cargo creado ex profeso para él y que solamente rinde cuentas al ministro, con independencia del jefe político, después del intento revolucionario del año pasado para asegurarse de tener bien controlada la capital.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Arróniz, cada vez más preocupado ante los enemigos que tenían enfrente.

—Hemos de pensar con calma. He de pedirle excusas, amigo Arróniz, por haber contribuido a meterle en este berenjenal —dijo con pesadumbre Arteta—. El sábado pasado, a la noche, el conde de San Luis se puso en contacto conmigo y me rogó que me reuniera con él. Me dio su versión de los hechos y me preguntó si usted podría ser una persona adecuada para llevar a cabo una investigación discreta. Con la mayor de las ingenuidades, me creí todo y le di las mejores referencias sobre usted, y por eso a su ruego le cité el domingo a primera hora y le acompañé al cuartel. Me temo que nos ha manipulado a ambos.

—No tiene que pedirme excusas —le tranquilizó Arróniz—, ya que es tan víctima como yo mismo de las maquinaciones del conde de San Luis. Probablemente nos hayan utilizado a los dos para tratar de convencer al ministro Bravo Murillo de que detrás del atentado estaba la cuestión de las pesas y medidas, y no los intereses del señor Salamanca.

—En fin, por los datos que me da usted creo que hemos de dar por confirmada la participación del conde de San Luis y de Fernández Enciso en la conspiración —resumió Arteta—. No sabemos si por cuenta de don José de Salamanca o de otras personas, o por propia iniciativa. Aunque es cierto que Salamanca y Sartorius siempre han sido buenos amigos, no por ello podemos concluir que ambos estén en la conspiración.

—Eso es verdad.

—Por cierto, Salamanca no me tiene mucha simpatía desde que, siendo yo jefe político de Madrid, ordené un registro en el Casino del Príncipe que él presidía para comprobar si se practicaban juegos prohibidos.

—De ese casino son socios los personajes más prominentes de la Corte, ¿no es así? —preguntó admirado Arróniz.

No le sorprendía la anécdota conociendo el arrojo que siempre había demostrado Arteta. Una actuación muy recordada y comentada suya, cuando era jefe político, fue recorrer las calles a caballo, a la cabeza de una columna de la Guardia Civil, ordenando personalmente abrir las tiendas que permanecían cerradas como parte de una revuelta en protesta por una reforma tributaria. Al pasar bajo un balcón de la calle de Toledo, cayó un ladrillo, que no le alcanzó, pero el propietario de la casa fue condenado en consejo de guerra —regía la ley marcial— a pena de muerte, que fue ejecutada de inmediato pese a que Arteta y otros políticos solicitaron clemencia para el reo.

—Así es —asintió Arteta—. En todo caso, en estos momentos no es tan importante confirmar si Salamanca está o no implicado. Lo que urge es que don Juan Bravo Murillo esté al tanto. Tengo que informarle de todo esto.

—Pienso que algo ya se sospechaba —dijo Arróniz, y contó a Arteta la entrevista que había mantenido con el ministro de Comercio el martes—. Aparte de insistir en desechar la teoría de que el atentado tuviera que ver con la Ley de Pesas y Medidas,

me convocó a través del conde de San Luis y de Enciso. Posiblemente para que ellos supieran que había hablado conmigo y de qué.

—Es posible. El ministro no da puntada sin hilo. En cualquier caso, es urgente que hablemos con él. Vamos a buscarle de inmediato —propuso el diputado con decisión—. Le he oído decir que iba a ir al Teatro del Circo, ahora le llaman de la Ópera, hoy ponen *María Padilla* de Donizetti. La función empieza a las ocho y media. Supongo que ahora le encontraremos en su casa, preparándose para ir a la ópera.

En la plaza de Oriente tomaron un coche de punto que les llevó a casa de Bravo Murillo, en la calle de San Bernardo, no muy lejos del antiguo Convento del Noviciado de los jesuitas, convertido tras la desamortización en sede de la Universidad. Eran las siete y media cuando llamaban a su puerta. La sirvienta que les abrió les hizo pasar a una austera sala donde, un par de minutos después, apareció el ministro, sorprendido por la visita.

—Disculpe, Juan, esta invasión, pero lo que tenemos que contarle no podía esperar —se excusó Arteta.

—Sean bienvenidos, caballeros. Siéntense y escucharé eso tan urgente que tienen que contarme —respondió con amabilidad el ministro.

Arteta hizo la introducción, pero luego dejó que fuera Arróniz el que repitiera el relato que le había hecho anteriormente. El rostro del ministro fue adoptando una creciente gravedad a medida que lo iba escuchando.

—Realmente se trata de algo muy serio. En cualquier caso, hemos de ser muy prudentes antes de tomar cualquier decisión. Comisario, sus sospechas me parecen fundamentadas, pero las sospechas solas son insuficientes. ¿Qué pruebas tiene de todo lo que me ha contado?

Arróniz guardó silencio mientras intentaba pensar a toda velocidad. Bravo Murillo, como buen abogado, había puesto el dedo en la llaga. Estaba acusando a un ministro y al jefe superior de policía de conspirar para cometer uno o varios crímenes, pero, realmente, tenía pocas pruebas que aportar ante un tribunal.

—Me temo, señor ministro, que tengo más sospechas que pruebas. La única prueba sólida que podría presentar ante un juez es la conversación que mantuve con la Tomasa y en la que me reconoció que el celador Patiño le indicó lo que tenía que declarar. En cuanto a las sospechas que tengo sobre el jefe superior Enciso, todo podría quedar en su palabra contra la mía. Y contra el ministro de la Gobernación solamente tengo rumores y noticias de terceros, indicios puramente circunstanciales.

—Estoy de acuerdo con usted, comisario —dijo el ministro—. Es cierto que Enciso está acusando al desafortunado señor Jarauta sin pruebas sólidas, pero eso podría ser simple incompetencia o exceso de celo. Podemos suponer que sigue instrucciones del conde de San Luis, pero eso es solamente una especulación, podría estar actuando por su cuenta. Podemos intuir que el celador Patiño también sigue instrucciones del jefe superior, pero tampoco tenemos ninguna evidencia de ello,

podría actuar también por su cuenta o a las órdenes de otras personas. Es muy posible que Juan Arribas, asesino confeso, haya prestado declaración ante usted coaccionado, pero tampoco lo podemos confirmar, y mucho menos podemos tener certeza sobre quién le ha amenazado y por qué.

—Así que ¿no podemos hacer nada? —preguntó alterado Arteta.

—No, no digo eso —le corrigió Bravo Murillo—, pero sin perjuicio de otras medidas que pudiéramos adoptar, lo primero que deberíamos hacer es obtener pruebas sobre la existencia de esa conspiración. Sin pruebas no podemos denunciarla ante nadie, ni ante la justicia, ni ante los demás miembros del Gobierno, ni ante la prensa.

—¿Qué pruebas podríamos obtener? —preguntó Arteta.

—Me parece evidente que hay un testimonio imprescindible si queremos desbaratar la conjura para echar tierra sobre el asunto —afirmó el ministro—. El de Juan Arribas.

—Pero está preso en el Cuartel de Artillería —opuso Arróniz.

—Precisamente. Lo primero que tenemos que hacer es actuar sobre esa situación para acceder a él. Evitar que quienes han podido coaccionarle hasta ahora lo sigan haciendo, e interrogarle en unas condiciones tales que pueda decirnos la verdad.

—¿Y cómo conseguir eso? —preguntó muy intrigado Arteta.

—Voy a hablar de inmediato con el ministro de la Guerra —respondió Bravo Murillo—. Tendré que dejar la ópera para otro día. Mientras Arribas esté detenido en un cuartel, se halla bajo la autoridad del ministro de la Guerra.

—¿Podemos confiar en el ministro de la Guerra? ¿No estará implicado en la conspiración? —objetó Arróniz.

—Confío en que no tenga nada que ver con ella. El general Figueras es un hombre de honor, un militar laureado con más de cuarenta años de servicios, dudo mucho de que se pudiera mezclar en semejante asunto —dijo con firmeza Bravo Murillo—. Que yo sepa, su lealtad está al completo con el presidente del Consejo y no siente particular simpatía por el conde de San Luis.

—Coincido en su apreciación sobre el general Figueras. Seguro que no está al corriente de lo que sucede en el Cuartel de Artillería —opinó Arteta.

—Otra cosa puede ser alguno de sus subordinados, que sí puede estar al servicio de Sartorius el cual, como han dicho, apareció en el cuartel inmediatamente después del atentado. Pero eso lo tendremos que solucionar a través del ministro de la Guerra. En fin, señores, voy de inmediato a buscarle a su casa —resolvió el ministro poniéndose en pie, en lo que le imitaron Arteta y Arróniz—. Si no está allí, me darán cuenta de dónde encontrarle.

—¿Qué hacemos nosotros? —quiso saber Arteta.

—De momento, nada, esperar mis noticias. Bueno, comisario, usted puede ir reflexionando a ver si se le ocurre cómo obtener otras pruebas. Si no me equivoco, ha mencionado a un tal Rodríguez, celador de barrio, que ha colocado algunos

informadores... Vea qué testimonios podrían prestar esas personas sobre lo que nos interesa, sobre la implicación del conde de San Luis y del jefe superior Enciso en la conspiración.

—Así lo haré, señor ministro.

—Pues bien, será mejor que nos despedamos de momento. Voy a pedir que me preparen el coche. Me pondré en contacto con ustedes, probablemente mañana por la mañana —el ministro les acompañaba hacia la puerta—. Comisario, esté localizable en su casa. Fermín, lo mismo le digo, espere mis noticias en su casa.

Arróniz y Arteta salieron de casa de Bravo Murillo y tomaron el coche que habían dejado esperando en la calle. Ambos se sentían reconfortados por la reacción del ministro. El desconcierto que sentían había dado paso a la esperanza de poder resolver aquella situación conforme al planteamiento que había hecho Bravo Murillo.

Mientras acababa de desayunar en aquella mañana de viernes, Pedro Arróniz recibió un mensaje de Fermín Arteta. La nota, entregada por uno de sus lacayos, decía escuetamente: «Por favor, venga a mi casa a las nueve de esta mañana». Contuvo como pudo su impaciencia hasta la hora de salir hacia casa de Arteta leyendo la prensa y ocupándose sin mucho interés de algunos papeles de la comisaría. Se sentía mejor que el día anterior, la fiebre había cedido y solamente le quedaba un leve dolor de cabeza.

A las nueve en punto estaba en casa de Arteta. Mientras tomaban una taza de café en su salón, este le puso al tanto de las últimas novedades que le había hecho saber el ministro Bravo Murillo la noche anterior.

—Encontró al ministro de la Guerra en su casa. No quiso contarle todo, en particular, no quiso acusar al ministro de la Gobernación sin tener todavía pruebas de que exista una conspiración. Pero sí le hizo saber que en el Cuartel de Artillería del Retiro había un preso en circunstancias anómalas, sin conocimiento ni del tribunal militar ni del juzgado de primera instancia, y que sospechábamos que la declaración que había prestado ante usted y ante el jefe superior de policía no se atenía a la verdad. Le dijo que, para asegurarnos un interrogatorio sin interferencias, con la certeza de que el preso no estaba coaccionado por nadie, era imprescindible que usted, como comisario competente en la investigación, pudiera acceder a él a solas. El general Figueras ha sido comprensivo y ha dispuesto que pueda usted interrogar esta misma mañana a Juan Arribas en el Cuartel de Artillería.

—Magnífico —dijo Arróniz.

—A las nueve y media vendrá a buscarle el coronel don Venancio Cañedo, que es una persona de la máxima confianza del ministro. Traerá una orden dirigida al comandante del cuartel para que le permita a usted interrogar a solas a Juan Arribas y para que le auxilie en todo lo que usted disponga, incluso trasladarle a otras dependencias. Vendrá acompañado de un médico militar, también de toda confianza, que examinará a Arribas y dictaminará si está en condiciones de abandonar la enfermería del cuartel.

—Veo que el ministro ha tenido en cuenta todas las circunstancias —asintió complacido Arróniz.

—Así es. Hemos quedado aquí ya que ellos vienen desde el Ministerio de la Guerra.

El Ministerio de la Guerra estaba instalado en el Palacio de Buenavista, muy cerca de la casa de Arteta, al otro lado de la calle de Alcalá frente al extremo de la calle del Turco.

—Lo más importante es que nadie sabe nada —continuó Arteta—. Me refiero a que ni el ministro de la Gobernación ni el jefe superior de policía están advertidos y

no tienen ninguna oportunidad de impedir su actuación.

—Muy bien. ¿Qué debo hacer si Arribas está en condiciones de ser trasladado?

—Eso queda a su buen criterio. A la vista de lo que compruebe, puede usted disponer su entrega al juez o su traslado a la cárcel o a donde considere procedente.

Con toda puntualidad, a las nueve y media llamaron a la puerta. Hicieron entrar en la habitación donde aguardaban Arróniz y Arteta a dos militares uniformados. Se presentaron como el coronel Cañedo, ayudante del ministro de la Guerra, y el capitán don Miguel Gallardo, del cuerpo de médicos del Ejército. Rechazaron amablemente la invitación a tomar un café que les hizo Arteta señalando que era conveniente salir cuanto antes hacia el cuartel.

—Muy bien, señores —dijo Arteta—. Arróniz, le espero aquí, cuénteme cómo resultan sus gestiones.

—Así lo haré —se despidió el comisario.

Partieron hacia el cuartel en el coche en el que habían llegado los dos militares. En cinco minutos se hallaban entrando en el edificio. El coronel ordenó a uno de los soldados que hacían guardia en la puerta que les condujeran al despacho del comandante del cuartel. La orden fue obedecida de inmediato y al poco eran recibidos por el comandante.

—A sus órdenes, mi coronel —saludó el comandante, perplejo ante la inesperada visita, y más ante el uniforme del comisario.

—Traigo una orden directa del ministro de la Guerra —dijo sin más ceremonias el coronel Cañedo, entregándole un escrito, y sin hacer mención alguna de sentarse o de permitir al comandante que se sentase.

El comandante leyó con curiosidad el escrito y, al finalizar, levantó la vista visiblemente contrariado.

—Me temo que no va a ser posible que interroguen al preso.

—¿Por qué? —preguntó bruscamente el coronel.

—Ha muerto esta noche.

Quedaron todos en silencio durante un momento. No se esperaban aquella noticia. Arróniz sintió que se desplomaban todas sus esperanzas de resolver aquella situación.

—¿De qué ha muerto? —preguntó el coronel muy enojado.

—Se ha suicidado, por lo que me han dicho —respondió el comandante, incómodo.

—¿Suicidado? ¿Cómo?

—Se ha abierto las venas.

—¿No lo tenían vigilado?

—Eso creíamos.

Se hizo otro silencio. Los ojos del coronel relampagueaban.

—Comandante, espero que esto no sea una artimaña para evitar el cumplimiento de la orden que le he entregado.

—Por supuesto que no, mi coronel —el comandante se expresaba con desazón—. Créame que lo lamento, pero lo que le digo es la verdad. Pueden ustedes comprobarlo. El cadáver sigue en la enfermería. Puede hablar usted con el oficial al mando, y con el médico que examinó al preso y constató su fallecimiento.

—Está bien. Vamos a comprobarlo —ordenó el coronel—. Condúzcanos a la enfermería.

El comandante les acompañó personalmente por los pasillos del cuartel hasta la enfermería. Hizo venir al capitán Velázquez, al que Arróniz ya conocía de su anterior visita al cuartel, y le presentó al coronel.

—Capitán, explique al coronel lo sucedido con el preso.

—A sus órdenes —el capitán respondía sin dejar la posición de firmes—. El preso se quitó la vida anoche. No se ha descubierto hasta esta mañana, cuando ha entrado el ayudante de la enfermería a despertarlo y servirle el desayuno y lo ha encontrado muerto. Se había cortado las venas del brazo y se ha desangrado. Cuando ha sido descubierto ya llevaba varias horas muerto.

—¿Con qué se cortó las venas? —preguntó agriamente el coronel—. ¿Es que tenía a su disposición algún arma blanca u objetos cortantes?

—No, no tenía ningún objeto cortante, o eso creíamos —se excusó el capitán—. Pero parece que consiguió apoderarse de un trozo de cristal y ocultarlo. Era un trozo de una vasija que se rompió accidentalmente el otro día. Con él consiguió cortarse las venas.

—¿Y nadie lo advirtió? ¿No estaba vigilado? —el tono del coronel Cañedo era glacial.

—El soldado de guardia se asomó varias veces a la enfermería a lo largo de la noche. Pero no percibió nada anormal. El preso estaba acostado en su cama y parecía dormir. En la penumbra, el soldado no advirtió la sangre.

El coronel guardó un momento de silencio, pensativo.

—Quiero ver al médico —dijo al fin.

—Capitán, que venga el médico inmediatamente —ordenó el comandante.

Al poco apareció el médico del cuartel, acompañado por el capitán Velázquez. Arróniz susurró algo al oído del coronel.

—Comandante, déjenos solos con el médico —ordenó Cañedo.

—A sus órdenes —respondió el comandante, ligeramente molesto. Salió de la enfermería, acompañado del capitán Velázquez, y cerró la puerta.

—Doctor, díganos exactamente qué ha sucedido con el preso.

—Sí, señor —contestó muy solícito el médico—. Me llamaron esta mañana, al poco de sonar la diana. Vine de inmediato y me encontré al preso en su cama, muerto. Se había desangrado. Tenía las venas del antebrazo izquierdo cortadas, al parecer con un trozo de vidrio que todavía sujetaba en la mano derecha. La sangre ya estaba seca, la muerte había tenido lugar varias horas antes. Probablemente, en cuanto todo el mundo se retiró a dormir y se apagaron las luces.

—¿Está seguro de que fue un suicido? —preguntó el coronel.

—Sí, mi coronel. No observé signos de violencia. Aparte de las dos heridas de bala en el abdomen que ya estaban en proceso de curación —aclaró el médico.

—Está bien. Nos va a enseñar el cadáver y el capitán Gallardo lo examinará, a ver si coincide con su juicio.

—Por supuesto, mi coronel. Vengan por aquí.

El médico les condujo a una habitación adyacente a aquella en la que se encontraban. Sobre una cama estaba el cadáver, tapado con una sábana.

—Capitán, es todo suyo —indicó el médico del cuartel a Gallardo. Este se acercó y destapó el cuerpo. Lo reconoció detenidamente mientras los demás presentes observaban. Arróniz tuvo la desagradable sensación de haber vuelto a los años de la guerra civil, cuando tuvo que contemplar tantos cadáveres. Al finalizar su examen, el capitán Gallardo volvió a cubrirlo con la sábana.

—Coincido en la causa de la muerte, coronel —dijo a su superior—. No se observan otras lesiones ni signos de violencia que los cortes en el antebrazo.

—Si me permite, mi coronel... ¿No los pudo hacer otra persona? —preguntó Arróniz ante el gesto de asentimiento de Cañedo.

—No es probable, comisario —repuso Gallardo—. Salvo que la víctima estuviera inconsciente y no pudiera prestar ninguna resistencia.

—¿Estaba el paciente consciente? —preguntó Arróniz al médico del cuartel.

—Sí, sí, perfectamente consciente. Se estaba recuperando de sus heridas —respondió el interpelado.

—¿Podría haber sido asesinado induciéndolo a la inconsciencia previamente? —insistió el comisario.

—Claro, es teóricamente posible. Pero no tenemos ninguna prueba de que haya sido así —respondió el médico con rotundidad.

—Podría haber sido envenenado, o sedado, previamente, y luego otra persona hacerle los cortes, fingiendo un suicidio —observó el capitán Gallardo—. Pero no tenemos medios de saberlo.

—¿Sucedió algo fuera de lo normal anoche? —preguntó el coronel al médico del cuartel.

—Que yo sepa, nada fuera de lo normal, mi coronel. Si sugieren que se haya producido un asesinato y no un suicidio, he de decirles que a mí no me consta en absoluto —protestó el médico.

—Está bien —concluyó el coronel—. Por favor, busque al capitán Velázquez. Quiero volver a hablar con él.

Salieron todos de la habitación donde estaba el cadáver. El capitán Velázquez apareció inmediatamente, el rostro impasible.

—Capitán, ¿sucedió aquí, en la enfermería, algo anormal anoche? —le interrogó el coronel.

—No, mi coronel. Nada anormal, que yo sepa.

—¿Quiénes tenían acceso al preso?

—Además del médico y de mí mismo, el ayudante de la enfermería y los dos soldados que hicieron guardia.

—Quiero hablar con todos ellos.

—A sus órdenes.

Velázquez fue a buscarles, mientras el médico invitaba a los visitantes a que se acomodaran en su despacho. Cuando volvió el capitán, el coronel Cañedo le indicó que hiciera ir pasando a los soldados de uno en uno, y a solas. El capitán Velázquez apenas disimuló la irritación que le produjo la indicación de que él también debía quedarse fuera y no participar en los interrogatorios.

Los soldados fueron pasando por el despacho y respondiendo a las preguntas del coronel Cañedo y del comisario Arróniz. No, no había sucedido nada irregular la noche pasada. No habían observado nada distinto de las noches anteriores. El preso no mostró un comportamiento anormal. Nadie extraño había accedido a la enfermería. Lo único extraordinario fue que el preso apareció muerto por la mañana. No, ninguno creía que no fuera un suicidio.

—¿Queda algo más por comprobar, comisario? —preguntó el coronel Cañedo cuando finalizaron los interrogatorios.

—Creo que no, coronel —respondió Arróniz, desazonado. La muerte de Arribas le parecía demasiada coincidencia; desconfiaba de la versión de que hubiera sido un suicidio, pero no parecía que allí hubiese nada más que hacer. Si se trataba de un asesinato, la conspiración para cometerlo no había dejado ningún cabo suelto.

Abandonaron el cuartel después de agradecer la colaboración del comandante. Arróniz rechazó cortésmente la invitación de subir al coche de los dos oficiales y prefirió andar mientras aclaraba sus pensamientos. Se despidió de ellos agradeciendo también su concurso en la investigación.

—Lamento que no hayamos podido obtener mejores resultados. Informaré al ministro de la Guerra y le recomendaré que se haga una completa investigación de todo lo acontecido en este cuartel. Espero que tenga suerte, comisario —fue la despedida del coronel.

Arróniz no se sintió nada optimista sobre los frutos que podía dar una investigación militar. Sabía bien que la disciplina castrense, imprescindible en el campo de batalla, por norma general se tornaba en obstáculo infranqueable a la hora de pretender exigir responsabilidades a los mandos.

Arróniz se dirigió hacia casa de Fermín Arteta. Se sentía abrumado por la sensación de fracaso y se le había redoblado su dolor de cabeza. Estaba convencido de que se había cometido un asesinato. Una muerte muy oportuna para impedir que existieran pruebas sobre la conspiración para atentar contra Bravo Murillo. No había manera de saber quiénes podían estar implicados en el Cuartel de Artillería. Quizás todos los militares con quienes habían hablado, desde el comandante hasta el último soldado. Quizás solamente alguno de ellos. Y quizás terceras personas que habían

logrado no dejar rastro del crimen. En todo caso, ya no podrían contar con el testimonio de Arribas. O peor aún, los únicos testimonios de Arribas con los que podían contar eran los que había prestado ante el propio comisario y el jefe superior que avalaban la teoría de que el instigador del atentado era Nicasio Jarauta y el móvil el de intentar impedir la aprobación de la Ley de Pesas y Medidas.

Encontró a Arteta esperándole en su casa. Le hizo el relato de lo sucedido en el cuartel. El diputado quedó también consternado.

—¡No puede ser! Esto quiere decir que se han anticipado a nuestros propósitos. De algún modo, han sabido que nos disponíamos a hacer que Arribas fuera interrogado.

—Eso parece —confirmó Arróniz, todavía más desmoralizado.

—No nos podemos fiar de nadie. Que ustedes iban a ir esta mañana al cuartel lo sabían muy pocas personas. Sólo el ministro Bravo Murillo, usted y yo fuera del Ministerio de la Guerra. Y allí, aparte del ministro, se supone que solamente el coronel y el capitán que le han acompañado. Pero es obvio que alguien más fue advertido anoche.

—Alguien con mucha influencia, sin duda, para poder disponer el falso suicidio de Arribas.

—Cierto. Y muy hábil ya que, por lo que me cuenta, ha conseguido borrar todas las pruebas.

—Así es.

—Nos han cerrado la posibilidad de interrogar a Arribas. ¿Qué otras pruebas pueden conseguirse para demostrar la conspiración?

—La única vía que se me ocurre es el testimonio de la Tomasa —reflexionó Arróniz—. Ella puede declarar que fue aleccionada por el celador Patiño sobre lo que tenía que decir. Y a Patiño habría que obligarle a confesar quién le impartió instrucciones para hacerlo.

—Eso es —Arteta se mostró un poco más animado—. No todo está perdido.

—Aunque no será fácil obtener esas confesiones.

—Bueno, habrá que intentarlo. En todo caso, lo primero es informar al ministro. Vamos ahora mismo a verle.

Se dirigieron en el coche de Arteta al edificio del Ministerio de Comercio, Instrucción y Obras Públicas. Al llegar a la calle de Torija dejaron al cochero esperándoles y solicitaron ver al ministro. Bravo Murillo les recibió de inmediato, impaciente por tener noticias. Su impaciencia se trocó en decepción cuando oyó el relato de Arróniz sobre lo sucedido en el Cuartel de Artillería.

—Esto es un desastre —dijo taciturno—. Se han anticipado a nuestros movimientos.

—Así es —ratificó Arteta—. Alguien ha sabido lo que pretendíamos hacer. No puede ser tanta casualidad.

—Sigo confiando en el general Figueras, pero es obvio que ha habido una filtración en el Ministerio de la Guerra —respondió el ministro—. No me sorprendería que el conde de San Luis tenga confidentes bien colocados allí. Y en el resto de los ministerios, a decir verdad.

—Hay otra posibilidad —dijo Arróniz, expresando una idea a la que había venido dando vueltas desde casa de Arteta—. Puede que nos hayan sometido a vigilancia. A alguno de nosotros, o a todos nosotros. Me consta que Enciso desconfía de mí. Me encargó la investigación, pero no estaba muy contento con mis objeciones al modo de resolverla. No me sorprendería que haya ordenado que sigan mis pasos para comprobar si pretendo continuar con mis averiguaciones.

—Puede ser, comisario. Si le vieron venir a visitarme a mi casa anoche y luego me siguieron a mí hasta casa del ministro de la Guerra, bien pudieron atar cabos y suponer qué es lo que pretendíamos —reflexionó en voz alta Bravo Murillo—. Y pudieron decidir silenciar a Arribas para siempre.

—En ese caso, tenemos que contar con que nos sigan vigilando —observó Arróniz.

—Efectivamente. Eso nos pone las cosas más difíciles —aseveró el ministro.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó, muy inquieto, Arteta.

—Por de pronto, obrar con astucia —respondió Arróniz—. Evitar delatar nuestras intenciones. Por mi parte, dar por supuesto que me vigilan, así que tratar de despistarles. No puedo acercarme a interrogar a la Tomasa, como era mi intención. Me voy a quedar en la comisaría para que se cansen de vigilarme allí.

—Buena idea —dijo el ministro—. ¿Qué hará para conseguir que esa mujer confiese?

—Enviaré al celador Rodríguez. Espero que a él no le vigilen. Voy a mandarle un mensaje dándole instrucciones. Señor ministro, ¿me permite escribirlo y mandarlo desde aquí? Supongo que no seguirán a todo el que salga del Ministerio con un mensaje.

—Por supuesto, bien pensado. Aquí tiene papel y tinta.

Arróniz redactó un largo mensaje para Rodríguez. Le comunicaba que aparentemente Arribas se había suicidado en el cuartel, pero que sospechaba que había sido asesinado para evitar que fuera interrogado. Le advertía de que posiblemente le estaban vigilando y le rogaba que fuese a interrogar a la Tomasa, tomando todas las precauciones posibles para asegurarse de que no le seguían. Finalizaba indicando que esperaría sus noticias en la comisaría. El ministro llamó de inmediato a un ujier que se hizo cargo del escrito y recibió órdenes para que fuese entregado con urgencia y personalmente al celador.

—Bien, señores, no sé si de momento podemos hacer más —concluyó Bravo Murillo—. Salvo esperar el resultado de sus gestiones, comisario.

—Me temo que es lo único que podemos hacer —asintió Arróniz.

Arteta y Arróniz se despidieron del ministro y tomaron el coche del primero para regresar a sus casas. El comisario, antes de bajar del carruaje a la puerta de su casa, prometió a Arteta comunicarle de inmediato cualquier novedad.

—Me encontrará a la tarde, a partir de las dos, en la sesión del Congreso —dijo el diputado—. Y el ministro también estará en ella. Si quiere enviarme alguna nota, hágalo allí.

—Así lo haré.

Arróniz entró en la comisaría reprimiendo el deseo de mirar a su alrededor para comprobar si alguien le vigilaba. Si era así, era preferible que no supieran que lo sabía.

Arróniz no se movió de la comisaría, a la espera de recibir noticias de Rodríguez. Despachó algunos asuntos de rutina con Alcolea y con el celador del barrio de Cervantes y Atocha que se pasó por allí. Estuvo un rato de charla con un cura de la parroquia de San Sebastián que, como otras veces, llegó para quejarse de los hurtos que sufría su iglesia. Comió con doña Carmen, ensimismado en sus pensamientos y contestando mecánicamente a los comentarios de esta. Se tumbó un rato en la cama para hacer la siesta, aunque no consiguió dormir. Le oprimía dolorosamente la sensación de impotencia. Si eran ciertas sus sospechas sobre el asesinato de Juan Arribas, se enfrentaba a unos enemigos temibles. Eran capaces de anticiparse a sus acciones, borrar el rastro de sus crímenes, silenciar a los testigos. La única oportunidad de poder desenmascarar a los conspiradores era obtener una confesión de la Tomasa y, después, otra del celador Patiño. Confiaba en el buen obrar de Rodríguez. Una vez con esas pruebas, podría poner los hechos en conocimiento de la justicia.

Estaba todavía acostado con esas reflexiones cuando oyó golpear la puerta de su dormitorio. Era doña Carmen.

—¡Don Pedro! El celador Rodríguez está aquí y quiere verle.

Se levantó de inmediato y salió a toda velocidad hacia el despacho, impaciente por oír las noticias que trajera el celador. Allí se encontró esperando a Rodríguez, mientras que Alcolea no había regresado todavía de comer.

—Dígame, Rodríguez —le dijo, indicando que se sentara.

—Malas noticias, comisario —el semblante del celador era lúgubre.

—¿Qué sucede? —preguntó Arróniz, alarmado.

—La Tomasa ha muerto.

—¿Cómo? —Arróniz sintió que el alma se desplomaba a sus pies. Otra muerte. La segunda en el mismo día. Pero le resultaba igual de inesperada que la primera.

—Ha aparecido muerta hace un par de horas. En el río Manzanares, cerca del puente de Toledo. Ahogada, al parecer.

—¿Ahogada? ¿La han ahogado?

Por la mente de Arróniz pasó de inmediato la idea de que se trataba de otro asesinato.

—No es posible saberlo. Quizás cayó al río y se ahogó —el celador no ponía ninguna convicción en sus palabras—. No presentaba muestras de violencia.

—¿Ha visto usted el cadáver?

—Sí, lo he visto —respondió Rodríguez—. Yo había ido a buscar a la Tomasa a su casa, tal como me había pedido usted. Había desaparecido. Nadie sabía dónde paraba desde la mañana. En esto llegó alguien con la noticia de que había aparecido ahogada en el río, de modo que fui a toda velocidad hacía allí. En el lugar estaban

Ortega, el comisario del distrito de Vistillas, Maudes, el celador del barrio de Afueras a Alcorcón, y también Patiño, con el juez y un médico. Me contaron que alguien vio el cuerpo flotando y había dado aviso.

—¿Qué hacía Patiño allí? Eso es fuera de su barrio.

—Sí, eso pensé yo. Dijo que le habían denunciado esta mañana la desaparición de la Tomasa y que, al oír que había aparecido un cadáver en el río, se acercó para comprobar si no era ella.

—Vaya, qué oportuno —exclamó Arróniz.

—Supongo que quiere decir qué sospechoso.

—Eso es. Demasiadas coincidencias. No hemos podido interrogar a Arribas porque se ha suicidado, aparentemente, y no hemos podido interrogar a la Tomasa porque se ha ahogado en el río.

—Está claro, pero me temo que no podemos demostrar nada.

—Eso parece.

Quedaron en silencio. Arróniz se sentía completamente frustrado. Todos sus pasos para intentar esclarecer la conspiración que adivinaba que había detrás del atentado contra Bravo Murillo resultaban inútiles.

—Cuéntemelo otra vez —pidió a Rodríguez, deseando obtener alguna luz más sobre el asunto—. ¿Qué ha hecho usted hoy, después de recibir mi nota?

—He salido de inmediato hacia Arganzuela, comprobando si alguien me seguía, como me indicaba usted en el mensaje, estoy convencido de que no. Al llegar a casa de la Tomasa he preguntado por ella. Su criada me ha dicho que no estaba en casa, que no sabía nada de ella desde la mañana, desde que se ha levantado y no la ha encontrado.

—¿Y anoche estaba en casa?

—La sirvienta me dijo que cuando ella se acostó la Tomasa estaba en casa. Que suponía que se habría acostado también más tarde, pero no lo sabe con seguridad. Tampoco podía confirmarlo ninguno de sus huéspedes, salvo el huésped que coloqué yo allí para que la tuviera vigilada. El hombre no percibió nada raro anoche, pero sí oyó a la Tomasa a la mañana, al poco de amanecer. Se levantó y salió de casa, como todas las mañanas, se supone que para comprar el pan antes de desayunar. Pero ya no regresó.

—Alguien debía de estar esperándola.

—Es muy posible. Mi informador la perdió de vista en cuanto salió de la casa. Trató de seguirla, pero tomó una calle lateral para dirigirse a la tahona a la que ella iba todas las mañanas suponiendo que se dirigía allí, y ya no la volvió a ver. No sabe qué fue de ella, se esfumó. Probablemente alguien hizo que desapareciera. Desde luego, no tiene sentido pensar que saliera de la población por la Puerta de Toledo y que se fuera al río. No lo hacía nunca y hay una buena distancia que recorrer.

—¿Y qué hizo usted?

—Pregunté por el barrio a ver si alguien había visto algo. Nadie sabía nada, nadie había visto nada, pese a que todo el mundo la conocía por allí. Después de dar la vuelta por todas las calles próximas, un tendero me dice que le acaban de contar que ha aparecido muerta donde el puente de Toledo. Así que allí me fui.

—¿Qué decían el comisario, y el celador?

—Que parecía un ahogamiento accidental, a lo sumo un suicidio. No tenían datos para suponer otra cosa. No había testigos. Y, claro, yo no pude contarles mis sospechas. Así que dieron por hecho que ella había caído al río, quizás desde el puente, y que se había ahogado.

—Y el juez tampoco diría nada distinto.

—No, el médico dijo que lo más probable era un ahogamiento accidental y el juez no añadió nada. Así que, en principio, no habrá más investigación.

Arróniz quedó en silencio, abatido. Otro crimen ejecutado sin dejar ningún rastro. Otra vía de investigación que quedaba obstruida con la muerte de un testigo.

—No tenemos nada —pensó en voz alta.

—Nada de nada —asintió Rodríguez, igualmente desanimado.

—¿Se le ocurre qué podríamos hacer?

—Lo siento, comisario. No veo que haya donde poder seguir buscando. Nos han birlado delante de nuestros ojos, perdone la expresión, cualquier prueba.

—Así es. De momento no podemos hacer nada. Vuelva a su casa. Si se le ocurre algo, ya me lo dirá. Yo pondré los hechos en conocimiento del ministro Bravo Murillo.

Después de que Rodríguez se despidiera y se fuera, Arróniz se quedó sentado en su escritorio pensando en qué podía hacer. Se sentía bloqueado. Al fin, decidió que solamente cabía poner una nota a Fermín Arteta dándole las novedades para que se las transmitiera al ministro. Mientras escribía llegó Alcolea, así que al acabar de escribir le mandó con el mensaje al Teatro de Oriente, donde a aquellas horas estarían los diputados en sesión. Luego intentó concentrar sus vagos pensamientos, volviendo a tomar papel y lápiz para anotar ordenadamente qué hechos podía considerar probados. No le confortó nada concluir que de lo único de lo que podría aportar pruebas ante un tribunal era de que se había producido un atentado en la plaza de las Cortes y que los autores habían sido los difuntos Cayetano García y Juan Arribas. Sobre cualquier otro hecho no cabía sino aportar sospechas y especulaciones. No podía formular ninguna acusación contra Enciso ni contra el conde de San Luis que estuviese respaldada con prueba alguna. Si estos habían pretendido enterrar el asunto, lo habían conseguido.

Una hora después de haber enviado su mensaje le llegó la respuesta de Arteta. «He transmitido la noticia al ministro», decía. «Me encuentro consternado. De momento, no parece que podamos hacer nada. Mañana hablaremos».

—¿Por qué crees que han decidido matar a los testigos? —preguntó con preocupación y extrañeza Elena.

Pedro Arróniz y ella, cogidos del brazo, paseaban por la calle de Alcalá en dirección a la fuente de la Cibeles. El atardecer era cálido y muchos otros paseantes hacían lo propio. El comisario, harto de dar vueltas a la cabeza en su despacho, había decidido acercarse a casa de Elena y proponerle, si estaba libre, dar un paseo y cenar fuera de casa. Necesitaba hablar con ella. Ya no se sentía obligado a guardar ningún secreto, así que se desahogó contándole en detalle todos los acontecimientos de los días pasados, la conspiración que estaba convencido que habían tramado sus superiores, Enciso y el conde de San Luis, y el trágico y frustrante final que habían tenido sus labores de investigación.

—Para protegerse, supongo —respondió él—. Son conscientes de que ni yo ni Bravo Murillo nos hemos creído la historia que improvisaron cuando fracasó el atentado, que se trataba de impedir la aprobación de la Ley de Pesas y Medidas y que Jarauta era el instigador. Han optado por una solución drástica, eliminar cualquier rastro de que ellos estaban detrás de todo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó ella con inquietud.

—Creo que ya no puedo hacer nada más. Ni siquiera sé si quiero seguir siendo comisario.

Arróniz se sorprendió a sí mismo al oírse decir esto último. Pero sí, se sentía muy frustrado y muy cansado. ¿Tenía sentido seguir trabajando con la conciencia de que no podía hacer nada ante una serie de crímenes cometidos por sus propios jefes?

—No digas eso —le reprendió Elena, aunque al tiempo que le apretaba el brazo para confortarlo—. No puedes renunciar y dejar que ganen los malvados.

—Me temo que los malvados suelen ganar la mayoría de las veces —se lamentó él, pesimista.

Anduvieron un trecho en silencio, que rompió ella.

—Al menos debes evitar que un inocente sea condenado —dijo con mucha resolución.

—¿Un inocente? Quieres decir Jarauta...

—Sí, claro. Sigue detenido, por lo que te he entendido.

—Sí, que yo sepa, sigue detenido.

—Algo podrás hacer —dijo Elena deteniéndose y mirándole fijamente—. Algo tienes que hacer, no puedes dejar las cosas así.

—Si es acusado ante el juez, tendrán que pedir mi declaración —repuso él, meditabundo—. Y, por supuesto, diré la verdad. Que no creo que sea culpable porque los hechos no cuadran. La verdad, no sé qué pruebas puede presentar Enciso contra él. Los supuestos testigos que le inculpaban han muerto y no pueden declarar.

Tendríamos que declarar nosotros, quiero decir, Enciso y yo, y los celadores, sobre lo que les oímos declarar a Arribas y a la Tomasa. Con mi testimonio y el de Rodríguez no podrán condenarle. Si Enciso y Patiño mienten, en cualquier caso, habrá pruebas contradictorias.

—¿No temes que Jarauta no llegue a ser juzgado porque también aparezca muerto? —preguntó ella con preocupación.

—Espero que no sea así —respondió él, sobresaltado, porque Elena no hacía sino preguntarle algo sobre lo que él mismo albergaba un gran temor. Intentó calmarse—. No creo que se atrevan. Jarauta es una persona respetable, conocida. No es el mismo caso que Arribas, un desertor y asesino, o que la Tomasa, una mujer con actividades un tanto turbias, cuya muerte no va a preocupar a nadie.

—Confío en que tengas razón —dijo ella, aunque con muy poca convicción—. Pero, por lo que me has contado, tus jefes tienen muy pocos escrúpulos y son capaces de cualquier cosa.

—Me temo que sí. Pero son políticos y tienen que ser prudentes, protegerse de cualquier escándalo.

—Tú tienes un amigo periodista. ¿No podrías contarle toda la historia para que la publique? —sugirió ella.

Arróniz meditó un momento.

—Me temo que no —rechazó la idea—. No tengo pruebas que la avalen. Aunque la prensa no sea tan rigurosa como un juez a la hora de exigir pruebas, necesita también alguna base para publicar una noticia como esta. Si no, se arriesgan al cierre del periódico y a un proceso contra el director.

—Al menos, podrías contarle a tu amigo que hay un detenido contra el que no se ha formulado ninguna acusación y contra el que no hay pruebas —insistió ella—. Si se sabe que está detenido, no se atreverán a eliminarlo.

Esa era una posibilidad que no se le había ocurrido a Arróniz. La consideró un momento. Sí, no era mala idea. Miró el reloj. Eran las siete de la tarde. Santamaría estaría, probablemente, en la redacción del periódico acabando de preparar la edición del día siguiente. Le interesaría el asunto. Un detenido que compartía la misma tendencia política que *El Clamor Público*. Su director era el periodista y escritor Fernando Corradi, que había sido concejal y diputado por el partido progresista. Estaba acostumbrado a que, de vez en cuando, las autoridades, que soportaban mal las críticas, secuestraran la edición del periódico, pero eso no le perturbaba para seguir arremetiendo contra el Gobierno. Esta era la clase de noticia que querían publicar.

—Tienes razón —dijo él con un poco más de ánimo—. ¿Te importa que nos acerquemos ahora mismo al periódico?

—Al contrario —replicó Elena con satisfacción—. Vamos.

Se dirigieron en un coche de punto a la calle de la Cabeza, donde estaba situada la redacción. Arróniz había estado un par de veces en ella, no quedaba lejos de la

comisaría, comentando algún suceso a ruego de Santamaría. Encontraron a este, como había supuesto, enfrascado en la tarea de acabar de redactar un artículo que se incluiría en la edición del día siguiente.

—¡Pedro! ¿Cómo tú por aquí? ¿No estás persiguiendo delincuentes hoy? —le saludó socarronamente.

—De alguna manera, sí, estoy persiguiendo delincuentes. Por eso vengo. Ya conoces a Elena...

—Sí, encantado de volver a verla, señora —Santamaría hizo una teatral reverencia a Elena—. Pues cuéntame.

—¿Podemos hablar en otro sitio más tranquilo? —preguntó Arróniz. La redacción era un lugar pequeño, provisto de mesas repletas de libros y papeles, sillas y diversos trastos que apenas dejaban espacio libre y con cuatro personas apretadas trabajando a escasa distancia unas de otras.

—¡Ah, sí, perdona! Vamos al café que está aquí cerca.

Una vez instalados en el café, a esa hora todavía sin mucha clientela, Arróniz le contó a Santamaría la parte de la historia que había decidido compartir con él.

—Hay un detenido en relación con el atentado de la plaza de las Cortes del pasado sábado.

—¿El atentado contra el ministro de la Gobernación que el ministro de la Gobernación niega que se haya producido? —preguntó Santamaría con sorna. Su periódico había publicado la nota remitida por el conde de San Luis con algunos mordaces comentarios que ponían en duda su veracidad.

—El mismo —de momento, a Arróniz no le interesaba dedicar tiempo a explicar que se habían equivocado de ministro—. El caso es que una persona fue detenida anteayer, el miércoles, desde entonces se halla en un calabozo de la jefatura de policía sin que se haya puesto a disposición del juez ni se haya formulado una acusación formal. En fin, ya sabes, un abuso claro que se ampara en la suspensión de derechos constitucionales, y que no es nada infrecuente.

—Y tanto —confirmó Santamaría. Su periódico era especialmente beligerante contra aquellas medidas que calificaba de dictadura legal por parte del Gobierno del general Narváez.

—El detenido se llama Nicasio Jarauta...

—¡Vaya! Jarauta, lo conozco —dijo Santamaría, todavía con más interés—. Es un profesor de la Universidad.

—El mismo —ratificó Arróniz, complacido de saber que su amigo conocía al detenido lo que sin duda le haría poner mayor celo en la noticia—. Y miembro del partido progresista.

—Eso es. No me sorprende nada. Una persecución política evidente —Santamaría mostraba satisfacción, ya estaba imaginando el titular que podría encabezar la información.

—Pues ya tienes la información.

—¿No me puedes decir algo más? —Santamaría había tomado nota pero se mantenía a la espera, con el lápiz en alto sobre la hoja de papel que tenía delante, impaciente por obtener más detalles.

—Lo siento, no puedo decirte apenas nada más —se disculpó Arróniz—. Sólo te diré, confidencialmente, que las pruebas contra Jarauta son muy endebles, por no decir inexistentes.

—Esto lo daba por supuesto. Pero, ¿de qué le acusan exactamente? Los asesinos fueron atrapados, uno muerto y otro herido, si no me equivoco.

—Formalmente de nada, como te he dicho, pero extraoficialmente te diré que de conspiración para cometer el atentado, de contratar a los autores materiales.

—Bueno, pues muchas gracias —dijo con satisfacción el periodista—. Si no te importa, me vuelvo a la redacción a escribir la noticia para que pueda estar en la próxima edición.

Santamaría se despidió y salió apresuradamente. Arróniz y Elena se quedaron un momento más en el café y al poco salieron también a la calle.

—Bueno, al final algo has podido hacer en lugar de darte por derrotado —dijo ella, alegre.

—Sí, gracias por la idea —respondió él, animado al imaginar la cara que pondría Enciso a la mañana siguiente al leer la noticia.

Se encaminaron por la calle de Atocha hacia el paseo del Prado. Arróniz pensó, una vez más, en abordar el tema de su relación, en declararle su amor. Lo había ido posponiendo los últimos días a causa del crimen que le había tenido tan ocupado. Ya no tienes esa excusa, se dijo, te han obligado a darle carpetazo. Pero, aunque la entrevista con Santamaría le había elevado momentáneamente el ánimo, se sentía demasiado frustrado todavía como para hablar con Elena sobre sus sentimientos. Otro día, se dijo. El próximo día sin falta.



DON RAMÓN MARÍA NARVAEZ.

El sábado, a primera hora de la mañana, cuando Arróniz todavía estaba leyendo la prensa, recibió la inesperada visita de Fermín Arteta. Acababa de leer *El Clamor Público*, que no solía hojear más que de tarde en tarde pero que aquella mañana había enviado a Alcolea a comprar. El artículo de Santamaría aparecía en primera página y, tras dar la noticia de la detención de Jarauta, dedicaba varios elocuentes párrafos a denunciar al Gobierno por sus constantes atropellos de los derechos constitucionales y dirigía su munición principalmente contra el conde de San Luis. Su lectura le había levantado un poco su decaída moral.

—¡Mi coronel! —saludó el comisario empleando un tratamiento que sabía que a Arteta le gustaba, le recordaba buenos tiempos; al menos tiempos en que eran más jóvenes—. ¡Cuánto honor recibirle!

—Buenos días, amigo Arróniz. He pensado que le obligo demasiadas veces a tener que venir a mi casa y que ya era hora de devolverle la visita, aunque sea a estas horas tan intempestivas.

—En absoluto, usted es bien recibido a cualquier hora. Venga, por favor, en el salón estaremos más cómodos.

Se instalaron en el salón y Arróniz pidió a doña Carmen que les sirviera unos cafés.

—Lamento no haber podido hablar con usted ayer, pero la sesión del Congreso acabó tarde, casi a las ocho, entramos en el debate de los presupuestos y la cosa se alargó.

—No importa, ya me hice cargo.

—Al menos, tuve la oportunidad de comentar con el ministro Bravo Murillo las noticias que me dio usted por escrito —Arteta mostraba el semblante muy serio—. Ambos quedamos muy desalentados. Parece que nos han cerrado todas las vías para poder denunciar la conspiración.

—Eso me temo —dijo, igualmente abatido, Arróniz—. He dado vueltas al asunto todo el día de ayer, y toda la noche, casi no he podido pegar ojo, y no veo salida posible. Han borrado todas las huellas. Me temo que se han cometido dos asesinatos impecables, sin dejar pruebas. El de Arribas pasará como suicidio, el de la Tomasa como muerte accidental. Y al haber silenciado a ambos para siempre, han borrado cualquier posible prueba de que Enciso estuviera detrás de la conspiración.

—Sí, desgraciadamente, eso parece. Yo ayer me sublevaba contra la idea de que esos hechos queden impunes —se lamentó Arteta—. Pero el ministro se lo tomó con mucha más tranquilidad. Mejor será dar este asunto por cerrado, me dijo. La justicia no puede llegar a todo, concluyó. Supongo que, como abogado, está más acostumbrado que yo a ver cómo a menudo los criminales escapan a su castigo.

—A mí también me indigna no poder hacer nada.

—Ha hecho usted todo lo que estaba en su mano —consoló Arteta al comisario—. El ministro le está muy agradecido, me pidió que se lo transmitiera. Le gustaría hacerlo personalmente, pero le resultaba imposible, al menos por esta semana. Hoy a la mañana tiene muchos compromisos, a la tarde tenemos sesión del Congreso... Por cierto, hoy por fin quedará aprobada la Ley de Pesas y Medidas.

—La ley con la que nos han pretendido distraer —dijo con amargura Arróniz.

—Eso es, hoy finaliza su tramitación en el Congreso y pasará al Senado, pronto la firmará la reina y estará en la *Gaceta*. Y mañana domingo, trece de mayo, es el cumpleaños del rey don Francisco de Asís, cumple veintisiete años, hay besamanos. Tanto el ministro como yo tenemos que ir hasta el Real Sitio de Aranjuez donde están actualmente la reina y su esposo. Un viaje pesado, por cierto, casi nueve leguas, cuatro horas en coche. Tendremos que madrugar, al mediodía hemos de estar allí. Lástima que no esté acabada la obra del ferrocarril, podríamos llegar en menos de dos horas.

—Sí, viajar en tren es mucho más cómodo y muy rápido, puede recorrer hasta cinco o seis leguas por hora —observó Arróniz, recordando los viajes que había hecho en el ferrocarril cubano.

—En fin, que a la espera de poder recibirle algún día de la próxima semana, el ministro me pidió que le entregara esta nota.

Arteta sacó un papel del bolsillo interior de su levita y se lo entregó a Arróniz. Este lo leyó en voz alta, en atención a Arteta. «Quiero agradecer su labor en la investigación del crimen del sistema métrico decimal», decía. El ministro es aficionado a utilizar la ironía, pensó Arróniz. «Espero hablar con usted en unos días; de momento es mejor que dejemos las cosas estar», concluía.

—Así que el ministro prefiere que no hagamos nada.

—Sí, eso parece. Pero créame que cuando le da las gracias lo hace sinceramente. Me dijo que, si no fuera por usted, el asunto podía haber quedado enterrado. Afortunadamente, usted no cayó en la trampa y no se creyó lo que le ponían delante de sus ojos.

—Pero, aun así, el asunto va a quedar enterrado —señaló con desaliento Arróniz.

—No del todo. Al menos, nosotros sabemos la verdad, y el ministro sabe la verdad, sabe de quién no puede fiarse. No actuará la justicia, pero en la política es muy importante saber a qué atenerse con cada cual.

—Es un consuelo... —dijo Arróniz con un tono que desmentía su afirmación.

—No se lo tome tan a pecho. Ahora que sabemos de qué son capaces el conde de San Luis y su gente, podemos estar prevenidos. Y ya llegará el momento del desquite.

—Espero que así sea.

Apenas Arteta se había despedido y ausentado alegando ocupaciones urgentes, llegó un mensajero con una nota para Arróniz. Era del jefe superior de policía. Le pedía que acudiera cuanto antes a hablar con él a la jefatura. ¿Qué querrá?, se

preguntó el comisario. Era una de las personas a las que tenía menos deseos de ver en aquellos momentos. Resignado, advirtió a Alcolea de su salida y se puso en marcha.

En cuanto llegó a la jefatura fue introducido al despacho de Enciso. Este se mostraba serio, aunque Arróniz dedujo que hacía esfuerzos por hablar con ánimo conciliador.

—Arróniz, he de agradecerle de nuevo su trabajo de estos días y comunicarle que, por ahora, hemos dado por zanjado el asunto del atentado en la plaza de las Cortes. Esta misma mañana hemos dejado en libertad a Nicasio Jarauta y con eso daré por finalizada la investigación.

Arróniz quedó sorprendido por la noticia, aunque le alivió que hubiese acabado la injusta detención.

—¿Finalizado? —acertó a preguntar.

—Sí, finalizado. No tiene objeto continuar con la investigación. He de reconocer que tenía usted parte de razón en cuanto a que las pruebas contra Jarauta, ante un tribunal de justicia, no eran todo lo sólidas que debieran. No obstante, yo confiaba en que hallaríamos otras pruebas que pudieran consolidar una acusación. Pero no ha sido así. Al contrario. Ya sabrá usted que tanto Juan Arribas como Tomasa García han muerto.

—Sí, me he enterado —respondió Arróniz con la entonación más neutra de que fue capaz. No percibía ninguna ironía en la del jefe superior, aunque sin duda sabía bien cómo había conocido la muerte de Arribas.

—El caso es que nos hemos quedado sin los principales testigos de cargo. Y, en esas condiciones, resultaría difícil sustentar una condena.

—Así es.

—Mire, yo sigo pensando que Jarauta está involucrado. Pero no tenemos pruebas para acusarle. Quizás porque él mismo las ha borrado.

—¿Cómo? —Arróniz se quedó con los ojos y la boca muy abiertos.

—Creo que las muertes de los dos testigos que podían incriminarle no son casuales —Enciso siguió hablando con toda calma—. El suicidio de Arribas se antoja muy sospechoso, y el accidente de la Tomasa también. Creo que Jarauta puede estar detrás de ambas muertes.

—Pero... Jarauta estaba detenido cuando se produjeron —Arróniz estaba estupefacto ante las afirmaciones de Enciso.

—Lo sé. Pero, sin duda, Jarauta nunca ha actuado solo. Hace años ya fue sospechoso de una conspiración política y fue detenido, aunque se le tuvo que liberar por no haber pruebas suficientes —así que Enciso sí que se acuerda de haber detenido a Jarauta en Barcelona, pensó Arróniz—. Posiblemente ha tenido cómplices que se han ocupado de eliminar a los testigos.

Arróniz apenas podía dar crédito a lo que oía. Enciso hablaba con un tono completamente serio, sin inmutarse. Su cinismo era asombroso. No podía pensar que el comisario fuese a creer una sola de sus palabras. ¿O sí? ¿Lo creía tan ingenuo? No,

no podía ser. Le estaba retando, pensó. No tenemos pruebas contra Jarauta, es cierto, le estaba diciendo de forma muy ladina. Pero usted tampoco las tiene contra nosotros. A su teoría sobre una conspiración en la que estaríamos involucrados el ministro y yo, si se le ocurre difundirla por ahí, le podemos oponer otra teoría de otra conspiración orquestada por los progresistas, o por cualquiera a quien queramos señalar. Hipótesis contra hipótesis, no tiene usted nada que hacer contra nosotros, era el mensaje implícito. El comisario, desolado, no supo qué decir.

—Por otro lado, he recibido noticias desde Segovia. Solicité al jefe político de la provincia que fueran interrogados los familiares de Jarauta. Los de su mujer, en realidad. Ratifican sus declaraciones de que entre el quince y el veintidós de abril estuvieron allí.

—Era de suponer.

—No sé si las declaraciones de los familiares son veraces. No me fío nada de ellas —refunfuñó Enciso—. Pero son las que hay. Así que, es una lástima, pero hemos tenido que soltar a Jarauta. El juez y yo hemos pensado que era lo mejor.

—¿El juez? —Arróniz continuaba atónito por el curso de la conversación.

—Sí, el juez del distrito. Bueno, supongo que no lo sabe —la voz de Enciso se volvió casi paternal—. El caso es que anteayer el abogado de la mujer de Jarauta presentó ante el juez de primera instancia una denuncia o requerimiento. Exigía que su marido fuese liberado o puesto a disposición del juzgado. El juez, antes de decidir nada, vino a hablar conmigo.

Otra muestra de cinismo, pensó Arróniz. Me está diciendo que el juez no da un paso sin consultárselo a él. Para que lo tenga bien en cuenta y me ande con tiento.

—El juez y yo coincidimos en que hay algunas dudas legales sobre el caso. No es fácil decidir si la suspensión de derechos constitucionales que está en vigor permite la detención por más de tres días sin comunicación al juez o no. Ya sabe que los códigos legales que han de regir uniformemente en toda la monarquía, como dice la Constitución, no han sido todavía elaborados —la voz de Enciso sonaba ahora profesoral—. Tenemos que aplicar normas antiguas o, en muchos casos, normas provisionales. Con frecuencia, andamos sobre aguas movedizas. El caso es que el juez Auriol y yo, a la vista de que no contamos con pruebas suficientemente sólidas para formular la acusación, hemos pensado que lo mejor, lo más prudente, era decretar la libertad del detenido. Y así lo hemos hecho a primera hora de esta mañana. Ya estará en casa con su mujer.

Arróniz se mantuvo en su mutismo, conteniendo la indignación que le producía lo que le contaba Enciso. Fingía un respeto por la ley del que carecía por completo. Estaba claro que su única preocupación era protegerse.

—Por cierto, no sé si habrá leído *El Clamor Público* de hoy —añadió Enciso más desenfadadamente—. Da la noticia de la detención de Jarauta y arremete contra el Gobierno sin piedad. Me imagino que su mujer, o su abogado, han ido con el cuento

al periódico pretendiendo presionar a la opinión pública contra nosotros. Bueno, no les va a servir de nada ya que el asunto, por el momento, está concluido.

Arróniz sonrió por un momento para sus adentros. Enciso se equivocaba sobre quién había acudido a la prensa. Y pensó que quizás la noticia en *El Clamor Público* no hubiese sido tan inocua como pretendía el jefe superior. Sin ella, puede que no hubiera tenido tanta prisa en soltar al detenido.

—De todos modos, me cuidaré de tener bien vigilado a Jarauta, por si acaso. Pero, comisario, no quería hablarle solamente de este asunto. Hay otra cuestión que el ministro me ha encomendado que trate con usted. Y, en este caso, son buenas noticias.

—Usted dirá —musitó, tan intrigado como desconfiado, Arróniz.

—El ministro quiere ofrecerle la plaza de comisario en Logroño.

—¿En Logroño?

—Sí. Usted es de allí, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Tómelo como un ascenso, como un premio a sus méritos. El ministro piensa que puede ser usted muy útil allí.

Arróniz quedó de nuevo en silencio, paralizada su capacidad de reacción por la sorpresa.

—Ya sabemos —a Enciso se le escapó un plural que dejaba claro que no se limitaba a repetir un mensaje del ministro— que el sueldo de comisario en una capital de provincia es inferior que en un distrito de Madrid. Pero no se preocupe, se le nombrará también para algún otro cargo que le asegure un sueldo mayor que el que tiene actualmente. Ya le digo, se trata de un ascenso.

Se trata de librarse de mí, pensó Arróniz con acritud. Sé demasiado y, aunque no pueda probar nada de lo que ha sucedido, resulto molesto. Mejor lejos de Madrid, lejos de la Corte, del Gobierno, de la prensa, y sin escándalo alguno.

—No sé, tengo que pensarlo —respondió tras un silencio.

—Por supuesto, Arróniz, lo entiendo —Enciso volvía a ser insufriblemente paternal—. Es un cambio importante. Tómese el tiempo que necesite. Aunque al ministro le gustaría tener una respuesta la próxima semana.

—Haré lo posible.

—Bien, no le entretengo más. Seguro que tiene muchas cosas que hacer.

El jefe superior le acompañó hasta la puerta y se la abrió, clara expresión del deseo que tenía de perderle de vista. Arróniz salió a la calle sumido todavía en la sorpresa. En lugar de tomar el camino de la comisaría tomó el de la calle Mayor. La mañana era soleada y de temperatura agradable. Necesitaba dar un largo paseo para reflexionar.

Elena se sentó en un banco a la sombra, cansada de caminar. Brillaba el sol y el termómetro Réaumur marcaba más de veinte grados. Esa mañana de domingo habían decidido pasear por el Retiro, buscando tranquilidad y alejándose del Salón del Prado, aunque este no se hallaba tan concurrido como en otras épocas. Aparte de que la más elevada élite social de la Villa y Corte había acudido a Aranjuez al besamanos real, esa primavera se estaba poniendo de moda el Paseo de la Fuente Castellana, al norte del portillo que cerraba el Paseo de Recoletos, recientemente abierto al paso de carruajes.

Tenían intención de buscar algún sitio para comer y después, a las cinco de la tarde, tenían previsto ir a la Plaza de Toros, junto a la Puerta de Alcalá, a ver torear a Cúchares, el Lavi y Cayetano Sanz. Arróniz había comprado dos entradas de tendido de sombra, a seis reales cada una y a beneficio del Hospital General que explotaba el coso. Elena no era muy aficionada, pero había transigido porque sabía que a él sí le gustaba la fiesta de los toros y en aquellos momentos necesitaba alguna distracción. Con tal de no ir a la lucha de fieras, había dicho ella, refiriéndose al espectáculo que estaba anunciado para el jueves siguiente, con presencia de la reina, y cuyo número fuerte iba a ser el combate entre un toro y un tigre.

—Realmente, ese Fernández Enciso es un canalla —dijo ella con indignación—. Y un cínico.

Arróniz le había estado relatando con todo detalle su entrevista de la víspera con el jefe superior.

—No te voy a llevar la contraria —respondió él. Una vez que se había desahogado contándolo todo, se sentía más sosegado e iba olvidando una pésima noche en la que, de nuevo, apenas había dormido dando vueltas a todos los acontecimientos de los últimos días.

—¿Y qué vas a hacer? —inquirió Elena con enojo—. ¿Aceptar el destierro en Logroño?

A Arróniz le complació que ella se lo tomara tan a pecho.

—No es un destierro —replicó—. Al menos, no lo es para mí. Es mi tierra, no es como enviarme a Cuba, a las Filipinas o a las islas Marianas, que todo podría ser. Aunque su propósito sea quitarme de en medio, he estado pensando que quizás sea lo mejor. Todavía tengo una casa y, aunque no me queda familia, algunos de mis antiguos amigos y vecinos siguen allí.

—¿Qué pasaría si rechazaras el nombramiento?

—No lo sé, pero me imagino que de todos modos me destituirían como comisario en Madrid. Lo pueden hacer en cualquier momento, aunque tienen la delicadeza de ofrecermme una salida más airosa, o de asegurarse de que me alejo de la Corte para que

no les pueda molestar. Deben de tener tantas ganas de olvidarse de mí como yo de perderles de vista a ellos.

—¿Te conviene aceptar su solución? —preguntó ella con aprensión.

—Estoy harto de la política de Madrid. En una lejana provincia seguro que no tendría que sufrirla tanto.

—Así que estás pensando en irte a Logroño —dedujo ella.

—Sí. ¿Vendrías conmigo?

EPÍLOGO

La Ley de Pesas y Medidas de diecinueve de julio de 1849 preveía el uso oficial del sistema métrico decimal en España a partir del primero de enero de 1853. Por real decreto, ante la imposibilidad de proporcionar en número suficiente colecciones de pesas y medidas y de básculas debidamente contrastadas a todas las instituciones públicas, se retrasó su implantación hasta 1854, luego hasta 1855 y después hasta 1856. Por real orden de diecinueve de junio de 1867, se dispuso que se aplicara a partir del uno de julio siguiente, y por otra real orden de veintinueve de julio de 1868 se dispuso que entrara en vigor el primero de enero de 1869. Se aplazó de nuevo por real decreto hasta el uno de enero de 1871 y luego hasta el uno de julio siguiente y, finalmente, por real decreto de catorce de febrero de 1879, se dispuso la aplicación del sistema métrico decimal a partir del uno de enero de 1880.

La Convención del Metro se firmó por diecisiete países en París el veinte de mayo de 1875 y estableció una Oficina y un Comité Internacional bajo la autoridad de una Conferencia General de Pesas y Medidas que se reuniría periódicamente para promover la implantación del sistema métrico decimal y definir nuevas unidades metrológicas. En 1960 la XI Conferencia General decidió dar al sistema métrico decimal la nueva denominación de Sistema Internacional de Unidades. Los únicos países del mundo que no lo han adoptado oficialmente en su legislación son Birmania, Liberia y Estados Unidos de América.

José de Salamanca se acogió a la amnistía —«completa, general y sin excepción respecto de todos los actos políticos anteriores a la publicación del presente Real Decreto»— que dictó el Gobierno del general Narváez el ocho de junio de 1849. Pocos días más tarde regresó a España, donde retomó sus negocios y prosiguió las obras del ferrocarril Madrid-Aranjuez que fue inaugurado el nueve de febrero de 1851 por la reina Isabel II. Impulsó también, en el Ensanche de Madrid, la construcción del barrio que lleva su nombre. Fue reelegido como diputado en las sucesivas elecciones hasta el año 1864 en el que fue nombrado senador vitalicio (figura que desaparece con la Revolución Gloriosa de 1868 que, encabezada por los generales Serrano y Prim y por el almirante Topete, destronó a Isabel II). En 1857, solicitó de Bravo Murillo que intercediera ante Fermín Arteta para que este le facilitara ser elegido diputado por Tudela, ya que tenía interés en la construcción del ferrocarril en Navarra, idea que no fructificó y le llevó a ocupar de nuevo escaño por Málaga. En 1866, recibió los títulos de marqués de Salamanca, conde de Los Llanos y grande de España. Durante la Restauración fue elegido de nuevo diputado en 1876 y 1881.

Juan Bravo Murillo fue nombrado ministro de Hacienda en agosto de 1849, cargo que desempeñó hasta noviembre de 1850 en que dimitió por discrepancias con otros miembros del Gobierno. En enero de 1851, fue nombrado presidente del Consejo de

ministros, cargo que ejerció hasta diciembre de 1852 conjuntamente con el de ministro de Hacienda. Fue destituido tras presentar un polémico proyecto de reforma constitucional en sentido autoritario influido por el régimen imperial de Napoleón III y fijó su residencia en París. Regresó en 1857, fue elegido de nuevo diputado y entre enero y mayo de 1858 fue presidente del Congreso; posteriormente abandonó la actividad política. Fue nombrado senador vitalicio en 1863, aunque rechazó otros honores que se le ofrecieron.

Luis José Sartorius, conde de San Luis, desempeñó el cargo de ministro de la Gobernación hasta enero de 1851, cuando Bravo Murillo accedió a la presidencia del Consejo y le sustituyó por Fermín Arteta. No fue reelegido diputado en las elecciones de mayo de 1851 y denunció las malas artes empleadas por el Gobierno para asegurar su derrota frente al candidato ministerial en su distrito de Priego, Cuenca. Volvió a ser diputado en las elecciones de 1853. Ocupó la presidencia del Consejo de septiembre de 1853 hasta julio de 1854, desempeñando también la cartera de la Gobernación. Fue muy criticado, entre otros escándalos, por sacar a subasta pública la concesión del ferrocarril Madrid-Irún en condiciones que favorecían a la reina madre María Cristina y a José de Salamanca. Gobernó de forma autoritaria y fue derribado tras el pronunciamiento militar encabezado por el general O'Donnell conocido como «la Vicalvarada» que unió en su contra a moderados, progresistas y demócratas, finalizando con la vuelta de Espartero al poder. Se exilió en Francia, aunque regresó a España un año más tarde. Fue de nuevo diputado entre 1857 y 1868. Con la vuelta de Narváez a la presidencia del Consejo fue nombrado embajador ante la Santa Sede en 1866 y presidente del Congreso entre 1867 y 1868. Ha legado una expresión al Diccionario de la Real Academia Española, polacada, «acto despótico o de favoritismo».

Fermín Arteta fue nombrado en julio de 1849 presidente de la Comisión de la Carta Geológica y en octubre de 1849 designado senador vitalicio, cargo que ostentó hasta 1868. Fue nombrado gobernador de la provincia de Barcelona en diciembre de 1849, director general de Obras Públicas en mayo de 1850 y ministro de la Gobernación entre enero y abril de 1851 en el Gobierno presidido por Bravo Murillo; en abril pasó a la cartera de Comercio, Instrucción y Obras Públicas que desempeñó hasta octubre de ese año en que dimitió. Fue miembro del Consejo Real hasta 1853, fecha en que se retiró a su localidad natal de Corella.

Alejandro Oliván fue nombrado en julio de 1849 miembro de la comisión encargada de la aplicación de la Ley de Pesas y Medidas y reelegido como diputado en las elecciones de 1850 y 1851. Fue designado como senador vitalicio en 1851, cargo que mantiene hasta 1868, y fue elegido nuevamente como senador por la Universidad de Oviedo en 1877. Publicó diversos estudios sobre agricultura, gobierno y administración pública; en 1849 fue premiado por su Manual de Agricultura, declarado texto oficial de enseñanza. Ingresó como miembro de la Real

Academia de Bellas Artes de San Fernando y de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. En 1857 el Gobierno le ofreció un título nobiliario que rechazó.

Vicente Vázquez Queipo fue nombrado en julio de 1849 miembro de la comisión encargada de la aplicación de la Ley de Pesas y Medidas. Fue reelegido como diputado en las elecciones de 1851, en octubre de ese año fue nombrado senador vitalicio y director general de Ultramar. Desempeñó diversos cargos, magistrado honorario del Supremo Tribunal de Guerra y Marina y del Mayor de Cuentas del Reino, consejero de Instrucción Pública, presidente de la comisión del Mapa Geológico de España y comisario regio del Observatorio Astronómico de Madrid, hasta el año 1868 en que abandonó la política y se dedicó únicamente a su actividad científica. Fue asimismo elegido miembro de la Real Academia de la Historia y corresponsal del Instituto de Francia.

José Fernández Enciso, comendador de la Orden de Isabel la Católica, cesó como jefe superior de policía de Madrid en septiembre de 1849 por supresión del cargo, fue nombrado gobernador de la provincia de La Coruña en diciembre de 1849, de la provincia de Málaga en junio de 1850 y de la provincia de Granada en noviembre de 1850. Con el cese del Gobierno de Narváez en enero de 1851 pasa al Consejo Real, pero es destituido al mes siguiente por el Gobierno de Bravo Murillo. En abril de 1851, el Consejo Real denegó al Tribunal Supremo el suplicatorio para procesarle por una detención arbitraria cuando era jefe superior de policía de Madrid. Fue candidato a diputado por los moderados en las elecciones de mayo de 1851 por el distrito de Ugíjar, Granada, del que era natural, sin salir elegido, tras de lo cual se retiró de la vida pública y se dedicó al cultivo de olivos en Málaga.

Pedro Arróniz se trasladó en junio de 1849 a Logroño, donde en septiembre de ese año contrajo matrimonio con Elena López. Ejerció como comisario de Protección y Seguridad Pública hasta 1852 y, posteriormente, se mudó a Cervera del Río Alhama donde se dedicó a la agricultura. Entre 1854 y 1856, durante el gobierno de Espartero, fue teniente de la Milicia Nacional hasta que fue disuelta por O'Donnell al ser nombrado presidente del Consejo. Al llegar la Primera República, en 1873, fue elegido alcalde por el partido republicano federal.

Nota del autor

Esta novela combina una buena parte de realidad con algo de ficción. Todos los personajes mencionados en el epílogo, con la salvedad que luego haré, no solo existieron sino que casi todo lo que se dice de ellos responde a lo que nos cuentan los historiadores. Lo mismo sucede con otros personajes históricos aludidos a lo largo de la novela: la reina Isabel II y su esposo, el rey consorte Francisco de Asís, la reina madre María Cristina y su esposo, el duque de Riánsares, los generales Narváez, Espartero, Serrano, O'Donnell, Figueras, Cabrera, Prim, Ciscar (cierto, era una época muy militarista); otros políticos, como Pacheco, Mon, Santillán, Calderón Collantes, el tenor Mirall, el juez Auriol, los periodistas Corradi y Navarro Villoslada, el matemático Pujals de la Bastida, etcétera. Para algunos personajes sólo he tomado de la historia sus nombres y ocupaciones, poco más se sabe de ellos, como el bandolero Cayetano García, el celador Bartolomé Rodríguez o el oficial de la Biblioteca Nacional Epifanio Rincón. En cuanto al Madrid de 1849, he procurado ser fiel a la historia y me he documentado sobre sus calles, plazas y edificios en planos, guías, literatura y prensa de la época. Así mismo he intentado ser lo más fidedigno posible al describir la sociedad y las costumbres de aquel tiempo. Sobre el debate para la implantación del sistema métrico decimal que constituye parte importante del trasfondo de la novela, también me he ceñido estrictamente a los datos históricos. Las únicas libertades que me he tomado, los únicos elementos de esta historia que son fruto de mi imaginación, son la figura del protagonista, Pedro Arróniz, algunos de los personajes que le acompañan (su adorada Elena, la servicial doña Carmen, el catedrático Jarauta o el coronel Cañedo) y el frustrado atentado contra el ministro Bravo Murillo.



MIGUEL JOSÉ IZU BELLOSO (Pamplona, 1960) es un escritor, jurista y político español, cuya trayectoria profesional y política ha transcurrido en su comunidad natal, Navarra.

Licenciado en Ciencias Políticas y Doctor en Derecho. Ha desarrollado su vida profesional primero como abogado y luego como funcionario de la Administración de la Comunidad Foral de Navarra, actualmente como vocal del Tribunal Administrativo de Navarra, y como profesor universitario de Derecho Administrativo. Es autor de diversas publicaciones, sobre todo en temas jurídicos y políticos, entre sus principales monografías: *La Policía Foral de Navarra* (1991), *Hablando sobre la autodeterminación* (1999), *Navarra como problema. Nación y nacionalismo en Navarra* (2001), *15 años de Izquierda Unida de Navarra* (2002), *El Tribunal Administrativo de Navarra* (2004), *Derecho Parlamentario de Navarra* (2009), *25 años de Izquierda Unida de Navarra* (2011) y *El régimen lingüístico de la Comunidad Foral de Navarra* (2013). En 2010 recibe el Premio Martín de Azpilicueta por el trabajo *El régimen jurídico de los símbolos de Navarra*. También ha publicado dos recopilaciones de artículos de prensa, *Sexo en sanfermines y otros mitos festivos* (2007) y *Crisis en sanfermines y otros temas festivos* (2015). En 2014 publica su primera novela, *El asesinato de Caravinagre*, y en 2016 participa en el libro *24 Relatos navarros*, de la editorial Pamiela, obra que recoge otros tantos relatos de autores navarros contemporáneos. En 2016 es finalista de la XXI edición del Premio Fernando Lara de Novela con la obra *El crimen del sistema métrico decimal*.

Fue miembro del Partido Carlista entre 1976 y 1988, y de Izquierda Unida de Navarra desde 1993, de cuya Comisión Ejecutiva formó parte entre 2004 y 2007. Entre 1995 y 1999 fue concejal por esta formación en el Ayuntamiento de Pamplona y en las mismas fechas Presidente de la Mancomunidad de la Comarca de Pamplona; entre 2003 y 2007 (VI Legislatura) fue miembro del Parlamento de Navarra.